BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA JENNY DE TALLENAY

# DEVENEZUELA

TRADUCCIÓN DE RENÉ L. F. DURAND



(5)

## DE VENEZUELA

Por IENNY DE TALLENAY

IJA del señor Henri de Tallenav. Cónsul General v Encargado de Negocios de Francia en Venezuela desde agosto de 1878 hasta 1881, Jenny de Tallenay no se ha destacado de modo particular en el campo de las letras francesas. Sin embargo, la sola obra que nos la da a conocer, sus "Souvenirs du Vénézuéla" editada por la Librería Plon de París en 1884 -v traducida por René L. F. Durand para la Biblioteca Popular Venezolana-, merece figurar en lugar muy honroso entre los libros de viaje suscitados por la gloriosa patria de Bolívar, Escritos al día, al correr de la pluma, con espontaneidad, naturalidad v sencillez, estos Recuerdos nos revelan una Venezuela desaparecida, cuvo encanto revive en resonancias de nostalgia en el alma del lector moderno, emocionado ante el pasado y maravillado por el presente de un país al cual rindió Jenny de Tallenay, hace setenta años, sincero homenaje de fervor.

## RECUERDOS DE VENEZUELA



## Títulos de la BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLA SERIE ROJA: Novelas v Cuentos

1.- Las Memorias de Mama Blanca,-Teresa de la Parra.

4.—Tio Tigro y Tio Conejo.—Antonio Arráis.
7.—Cantaclaro.—Rómulo Gallegos.
9.—Peregrina.—Manuel Díaz Rodrígues.

11 .- Leyendas de Caroni .- Celestino Perasa,

13.—Memorias de un Vividor.—F. Tosta García. 15.—Las Lauzas Coloradas.—Arturo Uslar Pietri. 17.—Las Sabanas de Barinas.—Capitán Vowel. 18.—El Mestizo José Vargas.—Guillermo Meneses.

22.—Cubagua-Orinoco.—Enrique Bernardo Núñes. 25.—Per los llanos de Apure.—F. Caixadilla Valdés. 38.—"En este país...".—L. M. Urbaneja Achelphol. 46.—Peonta.— M. V. Romerogarcis.

47 .- La tienda de mufieces .- Julio Garmendia,

## SERIE AZUL: Historia v Biografía

2.—Mocedades de Bolivar.—R. Blanco Fombona. 5.—José Félix Rivas.—J. V. González.

8.—Sucre.—Juan Oropesa.

12.—Hombres de Ideas en América.—Augusto Mijares.

12.—Al Margen de la Epopoya.—Eloy G. González.
21.—El Regente Herodis.—Mario Briceño Iragorry.
24.—Vargas, el Albacea de la Angustia.—Andrés 20.
28.—Historia de Margarita.—Francisco Javier Yanes.

30. Cinco Tesis sobre las Pasiones y otros Ensayos,-Ismael Pe

Flores.
33.—El Misterioso Almirante y su enigmático descubrimiento.—

37.-Andrés Bello,-Rafael Caldera,

39 .- Venezuela heroica .- Eduardo Blanco. 44. Vida anecdótica de venezolanos, Eduardo Carreño, 50.—Paisaise y hombres de América.—Oscar Rojas Jiménes.

# 51 .- Recuerdos de Venezuela .- Jenny de Tallenay (Traducción de

SERIE MARRON: Antologías y Seleccio

Cuentistas Modernos. Julián Padrón.
 Cancionero Popular. José E. Machado.

Afloranzas de Venezuela. Pedro Grases.
 Poetas Parnasianos y Modernistas. Luis León.

16.—Crónica de Caracas.—Aristides Rojas. 20.—Poesías y Traducciones.—J. A. Pérez Bonalde. 23 .- Folklore venezolano .- R. Olivares Figueros. 26. Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela. Josquis

27 .- El Paso Errante .- Pedro-Emilio Coll. 29.—Antología de Andrés Bello.—Pedro Grases. 31 - Geografia Espiritual .- Felipe Massiani.

31.—Geografia Repiritual.—Felipa Massiani.
22.—Sones y Qanciones Y Ottor Yomas.—Altredo Arvelo Larriva.
25.—Jaguey.—Helero Gulllermo Villatobor.
25.—Jaguey.—Helero Gulllermo Villatobor.
26.—Laguey.—Helero Helero Villatobor.
26.—Routs, Prelibro!—Manuel F. Rogeles.
40.—Retablo.—J. A. De Armas Chitty.
41.—Doctrian-Cecillo Accol.

42.—Antología—Francisco Pimentel (Job Pim).

45 .- La voz de los custro vientos .- Fernando Paz Castillo, 48.—Mitos y Tradiciones.—Tulio Febrés Cordero.

49. Fastos del Espiritu. Félix Armando Núfies.

F 5411

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

51

JENNY DE TALLENAY

## RECUERDOS DE VENEZUELA

(Apuntes de viaje)

Traducción del francés, con notas y prálogo por RENÉ L. F. DURAND

OBSEQUIO DE LA DIRECCIÓN DE CULTURA Y BELLAS ARTES DEL MINISTERIO DE EDUCA-CIÓN NACIONAL

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION DIRECCION DE CULTURA Y BELLAS ARTES CARACAS, 1954

ES PROPIEDAD

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Se terminó de imprimir el día 6 de octubre de 1954 en la Imprenta López - Perú 666 - Buenos Aires

#### PRÓLOGO

Los "Souvenirs du Vénézuela" cuya traducción al español demos abora al phiblico Jucono editados por la Liberta Plon de Paris en el año 1884. Los firmaba Jenny de Tallenay, Bastaba con hojar el libro para darac cuenta de que la autora no invitaba a sus compatriotas a bacer un viaje por un país quimérico e irreal, a caza de detalles puramente pintorescos a imaginarios o de acentrara espleixanates como las que los franceise de aquel entones podian suponer se encontraban lodasta en una Venezuela desconocida para la gran mayoría de ellos, tino que les esvelaba una región lejana de la América Equinoccida donde toda una marqueita franceis, acostumbrada a la vida refinada de Europa, al lajo y a las comodiaj de de Paris, babía sido, durante tres años de su vida, de-tamente felix.

¿Ontién era Jenny de Tallenay? El periódico "La Opinión

Nacional" de Caracas, en su edición del 26 de agosto de 1878, anunciana a sus lectores la llegada a La Guistra por el supor "Saint-Germain", de la Compagnie Génerale Transalan-lique, del señor Henry de Tallenay, Encargado de negocio y Contul general de Francia en Venezuela, acompañado por su gomilla. Los distinguidos viáeros, que bablan cruzado el Alfantico en 16 días, desde Saint Nazaire basta La Guaira, con escalas en Guadalupe y Martínica, xe dojaron en Caracas en el Hotel Lange, recién abierto, subicado en la esquina de Carnelitas. En el mismo botte sivisia el general Joquini Díaz,

ministro de Hacienda, a quien visitó de immediato el señor Henry de Talleney, según el mismo periódico. El presidente de la república, el general Linares Alcántara, estaba en aquel momento assente de Caracas: entre él y el diplomático fueron combiados telegramas de suldos y congravulaciones. El seño de Tallenay ocupó su cargo basta 1881. Dejó a Caracas el 7 de abril de aquel año. Fuel mombrado ministro plemipotenciario en el Perú por un decreto del 29 de julho de 1882 y munió en Lima el 29 de octubre de 1884, Jenny de Tallenay cra su bija. Se casó con el ministro de Bélgica en Venezuela, Ecuador y Colombia, el terior Erenst um Brusysel <sup>1</sup>.

La aufora de los "Recuerdos de Venezuela" vivió en este país durante unos tres años. Permaneció en Caracas la mayor parte del tiempo pero tuvo también la curiosidad de conocer un poco el interior y excursionó por el litoral, viajó basta Puerto Cabello, subiendo basta La Cumbre, y llevando basta

un boco el interior v excursionó bor el litoral, viajó basta Puerto Cabello, subiendo basta La Cumbre, y llegando basta las minas de Aroa, regresando después a la capital por Valencia y Maracay. Ella no se quedó encerrada en su mansión de Caracas, únicamente dedicada a una vida casera o social, sino que recorrió a bie sus alrededores, y basta se lanzó a la calle en tiembos peligrosos de revueltas políticas, pasando valerosamente (es verdad que el privilegio diptomático le daba facilidades bara ello) por entre los soldados desbarrabados de entonces, mezclándose con el pueblo, y conociendo de cerca el medio físico y bumano. Bajo el título de "La Musa Extranjera". Luis Correa le ha dedicado algunas páginas recogidas en "Terra Patrum". Parece que Jenny de Tallenay bizo latir muchos corazones y en particular el del famoso bardo Francisco Guaicaiburo Pardo. Pero no es a Jenny a quien el poeta dedicó una de sus composiciones sino a su madre, a quien retrata de amazona, comparándola con Diana cazadora:

<sup>1</sup> Hemos obtenido esten siltimos datos por una porte del Servicio de Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, y por ora parte de la casa editorial Plono. Si o agualecemos al señor Amelée Outrey, jed de servicio de los archivos, y al señor Manrice Bourdel, director general de la Liberta Plono.

Diana, la que el blanco velo Desata al aire sutil, La de los ojos de cielo, La del seno de marfil...

¿Fué seducido también Pardo por el "otoño esplendoroso", según frase de Correa, de Olga de Tallenay? En este caso

serian dos las musas extranjeras...

Es de suboner que la familia del Encargado de negocios 2026 en Caracas de merecido prestigio social. Su hija Jenny fué, si nos atenemos a la impresión que deja la lectura de su libro, una mujer inteligente, de espíritu ágil y fina sensibilidad. Debia poseer una instrucción muy recomendable. Tenía en política ideas un poco simplistas debidas a su admiración sin reservas para la persona y la obra de Guzmán Blanco: para ella los pro-hombres que tiraron de los cables cuando fueron derribadas las estatuas del autócrata, eran todos unos anarquistas. No era capaz de documentarse de modo absolutamente exacto sobre la bistoria venezolana, y en punto a religión, queremos decir en cuanto se refiere a las manifestaciones exteriores del catolicismo criollo, dejaba florecer sobre sus labios una sonrisa un tanto volteriana, Pero admiraba, y sentía con emoción no fingida, la belleza del paisaje tropical. Sabia captar lo bintoresco de una escena, de un personaie, de una situación; simpatizar con la gente, basta con la más bumilde, con quien trobezaba, Ella benetró con una bersbicacia no exenta a veces de exquisita ironía, en la vida venezolana de aquella éboca, de la cual nos ba dejado unos "recuerdos" que cobran abora más y más, dada la rápida evolución del país, todo el valor de una resurrección. Gracias a ella por fin ba basado a la bosteridad el nombre de "la berla de los cocineros venezolanos", el mulato Platón, de Macuto, cuyas suculentas comidas (Jenny de Tallenay era francesa y podía apreciarlo) añorarán todas las actuales victimas de las latas imbortadas.

Los "Souvenirs du Vénézuéla" no son de naturaleza a satisfacer al lector exigente en materia de bistoria y geografía. Éste seguramente se extrañará de ver que según la autora el general Páez fué presidente de la Gran Colombia y murió en 1848 (¿será errata del impresor?), es decir 35 años antes de su verdadera desabarición de este mundo; que Miranda firmó su capitulación con Vasconcelos y no con Monteverde; que Boves obtuvo una victoria en 1816, habiendo muerto en Urica en 1814. Para Jenny de Tallenay, Venezuela está en la América Central y el Guárico corre cerca de Valencia. Los botánicos bueden echarle en cara que los árboles de caucho que vió en la carretera de Antimano no pueden pertenecer al género Castilloa Elastica propio de Malasia, ya que en Venezuela se conoce solamente el género Hevea. Los economistas pondrán el grito en el cielo al leer que pone piastras en circulación. Por medio de notas bemos recalcado y corregido los principales errores y confusiones, algunos graves, de Jenny de Tallenay, sin pretender por lo demás que ningún otro no se nos baya pasado por alto. La escritora francesa no tuvo siempre la paciencia de consultar detenidamente un libro serio de historia. v al redactar su obra por medio de abuntes incompletos, incurrió en inexactitudes de hecho que pasan inadvertidas para un lector francés, pero que saltan a la vista del que está al tanto de las cosas de Venezuela.

En mestro deber señalar estos lunares, como Ismbila, en algunio cano, cierta superficialdad en los pistos y aprecisciones emitidos: defecto éste común a la meyoria de los viajeros cayas impessiones llegora a ser raras veces adnostrantes imparciales. Es probable que baya tectores que no estén compensables de acuerdo con tal o cual afirmación de la com-

de Tallenav.

Sin embargo, el balance positivo que los "Recuerdos de Venezuela" dejan al fin y al cado al lector de muertro días es, a nuertro parecer, muy grande, Jenny de Tallenay nos bra transmitido un testimonio en su conjunto valicos y orba sobre la Caracus y en parte la Venezuela de la época de Gusmán Blanco. Ella tenía un don agudo de observación que le permitió dejarnos algunos cuadros inolvidables escritos con astavalidad, sueilles y astradagle estilo, con penetración psisológica y algunas veces fino humorismo. El visig de La Guarra a Carcaa, el especialeolo ofrecido por La Plaza Bollsar sua noche en que actualos la bunda militar a la vista de presidente sentado en su balcón de la Casa Amarilla, la visita al doctor Bolet en Petare, la excursión a La Cumbre, y machos serta eccema descritas con facilidad y soltras se graban en la nemoria y nos dejan entrever una Venezuela pintoreca, animada, patriarcal y soductora, y un pueblo bueno y sencillo. El mirito mayor del libro de Jenny de Tallenay es, lal vez, de de baber solto escrito en umpatía. Ella se había, como muchos europeos, encariñado sinceramente con el país: y éste, de com como por la porta de la cultira de la propusión sus bellezas naturales que con el descubrimiento emocionado de un mundo nuevo cuyo mantillo tuttoro subo tresentir.

Jenny de Tallenay, la Musa extranjera, nos ha legado unas báginas que merecian ser traducidas, como homenaje a su

memoria de un país al que comprendió y amó.

RENÉ L. F. DURAND.

Caracas, mayo de 1952

A mi madre la marquesa Olga de Tallenay.



#### CAPÍTULO I

Llegada a las Antillas. - La Désirade. - Navegación costanera. - Guadalupe. - El puerto de la Pointe-à-Pitre. - La ciudad y sus babitantes. --La vuelta a bordo. -- El litoral. -- Un baño accidental. -- Basse-Terre y sus recursos. -- Una noche en el mar.

La tierra estaba cercana, y la idea de ver de nuevo verdes campiñas, boeques, casas blancas pintorescamente agrupado en gran a nosotros muy agradable. De modo que el 19 de agosto de 1878 nos levantamos temprano, anisones de impressones nuevas. Desde que llegamos sobre cubierta, éstas no nos faltaron. El aire era más suave, más perfumado; numerosas hadasts de pájaros acuáticos rozaban el agua, jugueteaban sobre cubiento filancos del barco, cerniéndose con soltura, curzándose en su vuelo, hundiéndose en la estela espumosa formada por la poderosa helice de nuestro, "steamer". El comandante, que en este momento bajaba de la toldilla, nos señaló una nube en el horizonte.

-La Désirade -nos dijo, extendiendo la mano.

La nube, primero vaga y poco distinta, se hizo más densa, se coloreó, tomó formas más acusadas, contornos más netos, y unos instantes más tarde costeábamos la isla de este nombre. Descubierta por Colón en 1493 cuenta hoy tres mil habitan-

tes. Su suelo, aunque poco fértil, es favorable al cultivo del algodón. Le encontramos, al salir de las soledades del océano, el aspecto más riente. Coccteros de troncos esbeltos mecian al viento sus gruesos frutos apiñados unos contra otros; pal-

meras gigantes desplegaban su corona copuda bañada de sol; ranchos con techos de bambú, medio ocultos en extrañas marañas de vegetación, estaban diseminados aquí y allá.

Andando a corta velocidad, nuestro barco entró pronto en una especie de estrecho formado de un lado por la Désirade, y del otro por las islas Santas plantadas de caña de azúcar y de cafetos. Delante de nosotros surgia del seno de las olas a medida que avanzábamos la isla Marie-Galante con sus acantilados siempre azotados por el mar cuya plañidera melopea llegada hatá nosotros.

Navegamos así durante tres cuartos de hora, admirando esta rica naturaleza tropical, tan poderosamente fecunda, cuya belleza esplendorosa estaba revelada por los panoramas más

variados.

A las nueve de la mañana, las costas de Guadalupe fuenos señaladas por el vigia y nos dirigimos hacia la parte oriental de la isla conocida bajo el nombre de Grander-Terre, probablemente por antitesis porque esta región es poco quebrada y muy férül, mientras que la Basse-Terre que forma parte ociental del país está cubierta por altas montanas crizadas de picos áridos. Estas dos secciones presentan entre si un contraste que llama tanto más la atención cuanto que no están separadas una de orta sino por el río Salado, un brazo de mar estrechismo que tiene apenas la anchura de un rio.

Media hora más tarde, después de recibir a un piloto, nuestro "steamer" el "Saint-Germain", hacía su entrada en la hermosa bahía de la Pointe-à-Pitre, llena de islotes donde crecían enormes manglares de troncos singularmente retorcidos, y ro-

deada de casas.

El cuadro era encantador; lo haciamos observar cuando el comandante, que había vendo a reunirsenos mientras tanto y para quien las Antillas no tienen ningún misterio, nos afirmó que no conocía en ellas paiseje más gracioso. Después que lo comición de sanidad hubo constatado que no había enfermos a bordo, el permiso de desembarco fué dado a los pasajeros. De pronto unos veinte botes abordaron el "Saint-Germain", y los negros que los guidado retrepando como monos por la escala

de babor se diseminaron sobre cubierta de todos lados importunando a los viajeros, empujándose, gesticulando, ofreciendo

sus servicios en una jerga incomprensible.

Un grupo no menos numeroso de negras con pañuelos de cuadros rojos y amarellos y anchos trajes flotantes, apareció poco después andando por todas partes, vendiendo abanicos, totumas talladas y otros productos de la industria local. Uno se hubiera creide en una feria, y este espectáculo animado, después de los paseos silencisoos dados sobre la tilla en pleamar, no carecia de encanto.

Aunque hacía un calor muy grande, decidimos ir a tierra. Un bote de velas fué puesto de inmediato a nuestra disposición, y bajamos en él provistos de inmensos quitasoles amariles forrados de azul destinados a preservarnos de los ardientes

rayos del sol de las Antillas.

La Pointe-à-Pitre, antes llamada Saint-Louis, es una ciudad de unos diez y seis mil habitantes. Fué casi enteramente destruída en febrero de 1843 por un terremoto. Reedificada desde aquel tiempo tiene muelles cómodos y espaciosos bordea-

dos con hermosas acacias cargadas de flores rojas.

Al pisar la orilla comprendimos cuán lejos estábamos de la vicia Europa. Todo era nuevo, naturaleza v población. Aquí enormes montones de paças de algodón entre las cuales se movian trabajadores negros con el torso desnudo que repetian un canto lento y monótono; más allá un grupo de mujeres vestidas del modo más primitivo, acurrrucadas en circulo v chupando una caña de azúcar que se pasaban de una a otra mientras que algunos negritos sentados más lejos las contemplaban con una mirada de envidia. Una vez despertada asi questra curiosidad, dimos la espalda al puerto y andando hacia el centro de la ciudad entramos en unas calles estrechas quemadas por un sol tórrido y llenas de desechos de todo género entre los cuales se revolcaban perezosamente puercos, gallinas, y perros errantes. Estas calles estaban bordeadas por ranchitos sombrios, sucios, cubiertos de bambú, en cuyo umbral había algunas viejas negras con la pipa en la boca que se llamaban unas a otras con aquel timbre agudo que les es particular y en aquel idioma criollo de entonaciones tan inesperadas y tan variadas. Aquí y allá notábamos algunos ranchos mejor construídos pero que tenían a nuestros ojos el grave defecto de estar encalados y de despedir al exterior más calor de lo necesario.

Contestaban a nuestra curiosidad por la curiosidad y una tropa de negros de trajes abigarrados nos acompañaba. El aire estaba infectado por el aceite de ricino con el cual las mujeres en Guadalupe se perfuman la cabeza 1. Pronto algunos de nosotros no pudiendo resistirlo más se quedaron atrás y volvieron al "Saint-Germain" tan acalorados como si hubieran salido de una hoguera. Otros, entre quienes estaba yo, desafiando el sol del mediodía y los efluvios tropicales, resolvieron quedarse en tierra hasta la salida del barco. Después de permanecer unos momentos al pie de unas gruesas palmeras, reanudamos nuestro pasco y la casualidad sirviendo nuestros deseos nos llevó al mercado. Allí fuimos envueltos en una indescriptible multitud, ensordecidos por los gritos, asaltados por calores sofocantes. Negros con toda la gama de su color estaban sentados, acurrucados, acostados delante de montones de mercancias chorreantes de grasa y aceite. Era un carnaval de fealdad aunque se podían notar por intervalos algunas caras bonitas de jóvenes mulatas que ponían de relieve sus atractivos con mucha coquetería. Eran vendedoras de legumbres y frutas. Despachaban con muchas sonrisas guayabas, toronias, aguacates y chirimovas que extendían hábilmente para despertar el deseo del comprador. Las probamos pero sin repetirlo, afirmando unánimemente que preferíamos las frutas de Europa. Después, saliendo a duras penas de entre la multitud, nos dirigimos hacia la iglesia cuya nave es poco elevada y la arquitectura sencilla v sin ornamentos. El interior está limpio; hay bancos colocados regularmente para los fieles y unos negritos vestidos con sobrepellices blancas cumplen muy convenientemente las funciones de monaguillos.

<sup>1</sup> Las antillanas no se untan el pelo para perfumarlo, sino para ponerlo tieso. (N. del T.)

La población de color domina en la Pointe-à-Pitre lo mismo que en toda la isla; de los ciento veintiséis mil habitantes que tiene Guadalupe, ciento diez y ocho mil son de origen africano. El elemento blanco se ha concentrado sobre todo en la Basse-Terre. Usos y costumbres se resienten de este predominio de la raza negra y la colonia no progresa mucho aunque está en relaciones constantes con Europa. Todo lleva aún el sello de un carácter primitivo: alimentación, vestidos, educación. La Pointe-à-Pitre está casi desierta en los días corrientes: la mavor parte de sus habitantes pasa días echada en sus chinchorros y no sale de su letargia sino cuando llegan barcos. Entonces todo se anima, todo rebosa de vida; negros y negras que visten sus más hermosos trajes vienen en muchedumbre a bordo del navio para encontrarse con el viajero europeo que ha de proveerlos para el farniente de los días corrientes. Se vacían los ranchos, el mercado se puebla. Notemos aquí de paso que no hay en la Pointe-à-Pitre, realmente, sino una sola casa, la del gobernador, quien viene pocas veces y vive en la Basse-Terre. Las otras casas son verdaderos ranchos de madera sin ventanas, iluminados por una puerta abierta y compuestos de dos cuartos. Allí viven mezclados personas y animales en una atmósfera viciada cargada de polyo y vapores acres. Cuando uno ha nacido ahí parece que se acostumbra; pero la aclimatación debe ser difícil.

Ibamos en buica de nuevas aventuras cuando un cañonazo del "Saint-Cermain" nos obliga a volver. Me encontré de nuevo a bordo con un verdadero placer, aspirando la brisa del mar delicioamente fresca después de nuestro pasoo por la ciudad. A las tres la tripulación y el pasaje estaban reunidos sobre cuaberta, el cabertante chirriaba, el oficial de servicio tomaba

su puesto sobre la toldilla y zarpamos.

Costeamos durante varias boras la parte occidental de la sila de Guadalupe donde desfilaban ante mosotros los sitios más pintorescos dominados desde lo alto por el majestuos volcán de la Soufrière. En lontananza, con catalejos, divisibamos los muros macizos de los fuertes de la Dominique que blanqueaban al sol. El mar estaba en calma, azulado y todo

contelleante de resplandores luminosos. Hacia las seis llegamos al puerto de Basse-Terre donde nuestra arribada fué señalada

por el cañonazo reglamentario

La escena de la mánian se renovó y el puente fué de nuevo invadido por este atractore. Estábanos en la popa del navio contemplando el paisie; que bajo los rayos del sol poniente se fundia en un color caliente y dorado, cuando gritos e imprecaciones salidos de los botes amarrados a lo largo del barco llamaron nuestra atención. Dos robustos negros con sus remos levantados uno contra otro, disputaban vehementemente porque quería mambos transportar a tierra el equipaje de un pasajero, quien, acodado cómo damente sobre la barandilla, esperaba pacientemente el fin de la discusión Parcia deber prolongarse indefinidamente con un flujo de palabras inagorables cuando de repente uno de los dos adversarios dejó adversarios dejó el de repente uno do los dos adversarios dejó en mediato mientras su dueño se lanvaba de cabeze en la noda amarzas.

Mientras se movia en ella tratando de agarrarse de las cuerdas, el vencedor riendo a carcajadas hizo una señal al pasajero, causa involuntaria de la disputa, embarcó rápidamente su equipaje y se alejó a fuerza de remos no sin echar una mirada triunfante a su enemigo quien vergonzos y chorreando agua

había alcanzado la escala de babor.

Esta pequeña escena con sus pantomimas expresivas divirtió a todo el mundo. Deseábamos también ir a tierra, pero nuestra escala en el puerto de Basse-Terre no debía durar más que dos

horas y ya empezaba a anochecer.

Base-Terre, capital de Guadalupe y residencia oficial del gobernador de la colonia, tiene una población de diez mil labitantes entre los cuales nueve mil cuatrocientos de gente de color. Esta pequeña ciudad pintorescamente asentada al pie de una colina cubierta de plantaciones cuyos macioso verdes es prolongan hasta el mar, presenta, vista desde alta mar, la mejor apariencia.

Se divisan, entre numerosos ranchos de negros, algunas casas de construcción europea. Los extranjeros que las hicieron edificar, en número de unos seiscientos, se entregan al comercio v pertenecen a varias nacionalidades. Sus operaciones comerciacipal el cacao y el tabaco, cuyo cultivo sin embargo está expuesto a algunos riesgos, a causa de los terribles huracanes que de vez en cuando destruyen las plantaciones, arruinando las cosechas.

Zarpamos a las ocho por una de estas hermosas noches tropicales que dejan al firmamento toda su claridad y toda su transparencia. Los rayos de la luna, bailando sobre las aguas, derramaban colores plateados en vivo contraste con los fuegos de reflejos rojizos que aparecían aquí y allá sobre la costa, alrededor de los cuales se divisaban sombras negras que se movian sin cesar. Estas se borraron insensiblemente v por fin la misma isla desapareció en el horizonte, bajo un vapor ligero matizado de plata.

Después del cansancio del día volvíamos al reposo. Sentados sobre cubierta, gozábamos deliciosamente de esa noche tranquila y solemne toda constelada de estrellas, llena de las grancon imágenes originales, sensaciones desconocidas hasta entonces, emociones vivas y profundas. Nuestra visita a las Antillas nos preparaba a escenas más interesantes aún y la considerábamos como el prefacio poético de nuestro viaje a Venezuela.

#### CAPÍTULO II

Saint-Perez. La Capilla de Colón. — Fort-de-Françe. — Una servicación imperada. — Un perio hajo in trejlecu. » Believane. Parco mochem. — La ceptante hiero de loma. — Escena populares. — Recuerdos de antas. — Comitante controlar generale. — La modos untrilujarios. — Controlar de Controlar d

Al despertarios a la mañana siguiente nos extrañó no oir ningún ruido. La poderosa hélice del "Saint-Germain" y an golpeaba las aguas; el silbido del vapor ya no agitaba el aire; un balanceo poco sensible había sucedido a los movimientos bruscos de la vispera: todo decansaba.

Nos arreglamos ripidamente y subimos sobre cubierta. Estibismos en la rada de Saint-Pierre, la ciudad más importantatibismos en la rada de Saint-Pierre, la ciudad más importante de Martinica y hasta de las Antilias francesas, ya que tiene veinte y dos mil habitantes. Por invitación del comandante, subimos sobre la pasarela para ver mejor el paisaje iluminado por el sol naciente.

Saint-Pierre situado en el fondo de una bahía circular, dominado por una sierra, está edificado muy irregularmente.

Las calles son estrechas, mal empedradas y el calor es execuivo. Pocos edificios mercen la atención. Se observa una iglesia muy sencilla, un teatro casi siempre cerrado y un jardi botánico de una gran riquera. La ciudad está defendida palgunas fortificaciones. En los alrededores se encuentra una pequeña capilla, edificada en connemoración del descubrimiento de Martinica por Cristóbal Colón en su segundo viaje. Nuestro "steamer" no hizo más que una corta escala en

Nuestro steamer no fuzo más que uma corta escala en Saint-Pierre, escibió algunos viajeros, embarcó algunas mercancias y se puso de nuevo en camino. Dos horas más tarde hacis su entrada con bandera desplegada en Port-de-Pirance. Este puetro que más de una nación europea ha envidiado a los franceses, ofrece una segunidad perfecta y su anclaje es excelente. Está dividido en dos secciones por un pequeño cabo o promontorio sobre el cual se levanta el fuerre Saint-Louis. Su entrada principal se concentra en di surocito Sou aguas son profundas y los mayores bercos pueden anclar sin ningún peligro. Una escuadra francesa, mandada por un almirante y compuesta de cinco o seis navios, está estacionada habitualmente en la bahía del Carénago, bajo los cafones del fuerre, cue nos pareció en bastante mal estado fones del fuerte, cue nos pareció en bastante mal estado.

La otra parte de la rada no presenta ninguna de las ventajas de la primera. Es ancha, pero no ofrece sino algunos pies de agua amarillenta a causa de los aluviones del río

Madame. Además está expuesta a todas las ráfagas.

Éstas son frecuentes según lo supimos desde nuestra llegada. Apenas lubiamos ancidad cuando un chubasco formidable, o "Amentin", nos inundó con torrentes de lluvia como no se ven sino bajo el trópico. Afortunadamente pasó tan rápidamente como había venido, dejando el cielo sereno, los campos más rientes y más verdes.

Lo mismo que en la Pointe-à-Pitre, las costas estaban borceadas por manglares que formaban breñas espesas y prolongaban hasta las olas sus raíces nudosas. Como en ortas partes también, no tardamos mucho en ver aparecer una cantidad de negras y cuatreronas con amplias faldas de indiana abigarrada.

Sin embargo no venían cargadas de pequeñas mercancias. Fran lavanderas en búsqueda de trabajo, dueñas de casas de huéspedes que querian alquilar cuartos e iban en búsqueda de inquilinos. Tuvieren éxito poque nuestra escala en Fortde-France había de durar dos días y la mayor parte de los viajeros había decidido pasardos en tierra. Habianes hecho reservar ya ua apartamento en el hote de Aviron que na habian reconendado como el mejor, cuando se nos entresó una carta del gobernador, el almirante Grasser, inivisitadonos a bajar a su residencia; su coche nos esperaba en el muelle y nos llevá de inmediato al palacio de gobierna. Durante el trayecto, divisamos cobre la plaza de la Sevano, medio oculta por hermosos jabillos, la estatua de mármol de la emperatriz losefina, obra de Vital Dubray.

El escultor ha sacado el mejor partido de esta graciosa figura, que, con la mirada fija en el océano, parece buscar a lo lejos aquella otra patria donde debía conocer cuanto la vida

ofrece de más brillante y más doloroso.

Cruzamos después una o dos calles bastante limpias, bordeadas con casitas bajas, y llegamos ante un vasto edificio a cuyo pie se paseaban algunos centinelas: habíamos llegado a nuestro destino.

El almirante Grasset nos recibió del modo más amable. Mientras nos dejaba algunos instantes para recibir su correo de Francia, fuimos a visitar el magnifico jardin dependiente de la casa de gobierno. Alli, sentados a la sombra de un enorme mango, de grandes y hermosas hojas lustrosas, vejamos verdecer a nuestro alrededor todo un mundo de plantas preciosas y raras. A algunos pasos de nuestro asiento se veían grandes matas de bambúes, de más de treinta pies de altura, inclinando sus tallos ligeros, ondeando al viento, como gigantescas plumas de avestruz, bacia el suelo húmedo cuya deliciosa frescura mantenían. Más lejos crecían en abundancia vuquillos, cactos, hierba luisa de flores rosadas, orquideas de toda especie, trepadoras de flores de azul pálido, cavenas de un hermoso rojo brillante, tuberosas olorosas, Lianas, entre las cuales advertimos la vainilla de tallos carnosos y hojas espesas, se entrelazaban en las ramas sobre las cuales saltaban pájaros de plumaje brillante. De vez en cuando un colibri que zumbaba en el espacio, resplandeciente como el oro, hundia su pico en una corola abierta, se quedaba un instante inmóvil y después desaparecía como un ravo.

Nuestro amable huésped vino a sacarnos de nuestra con-

templación; como le expresáramos el placer que nos causaban estas escenas tan interesantes para nosotros, nos propuso llavarnos a su casa de campo, situada en una colina a poca distancia de la ciudad; subimos de nuevo en coche y pocos instantes después estábamos en Bellevue.

La casa del almirante merecia este nombre. Un grito de admiración se nos escapó cuando nos encontramos ante el magnifico panorama que de repente se desplegó ante nuestra mirada. La isla entera de Martinica, con sus costas sinuosas, ora formadas de rocas elevadas, ora bajas y cubiertas de plantaciones, se extendia ante nosotros con sus relieves, sus colores, uvasto horizonte marino. A nuestra izquierda, altas montanas recortaban su vigoroso perfil sobre el cielo luminoso y puro; a nuestra derecha el ocáno movia asse rizos ribetados de espuma. Alla, el espacio silencioso y profundo; más cerca y el vaivén de una cantidad de botes cargados de frutas y mercancias, que se dirigidan hacia el "Saint-Germain" cuya banden tricolor enarbolada en el palo mayor, ondeaba a merced de la brias.

Hicimos una excelente comida en un gran comedor cuyas ventanas abiertas nos permitian seguir gozando del cuadro esplendido que acabamos de esbozar; después, según las costumbres del país, nos retiramos a los cuartos que nos habían sido preparados, para la siesta.

Después de este descanso, hacia las cuatro de la tarde, resolvimos, aunque el sol estuviese aún muy alto, ir a visitar a Fort-de-France que habíamos apenas entrevisto y que queríamos conocer mejor.

Bajamos la colina a pie, por un sendero encantador que nos llevá o orillas del rio Madame. Este río, llamado así en honor de Madame Royale, nace en los montes del interior, corre entre espesas musas de vegetación y, una vez llegado e porte-de-France, sirve para formar una escada atrifició mandada construir por un exgobernador de la colonia, a dimirante Du Gueydon. El río se dirige después, como lo lados deba

ya, hacia la segunda entrada del puerto donde se pierde en el mar de las Antillas.

Cruzamos el río en una barca guiada por un indio.

Al desembarcar en la otra orilla, un edificio bastante vasto de madera llama nuestra atención. Es el hospital, espacioso, bien acondicionado y perfectamente cuidado gracias al gobernador y al médico jefe de la infantería de marina. Los enfermos que no pueden sobrellevar el clima enervante de Fort-de-France son enviados al pueblo de Morne-Rouge donde el aire es puro y menos cálido. Esta diferencia de temperatura resulta de la altura de esta aldea situada a cuatrocientos cuarenta metros sobre el nivel del mar. Todos los cereales de Europa crecen allí en excelentes condiciones.

Costeamos el río un momento sin aventurarnos sin embargo demasiado cerca de la orilla porque en las altas hierbas que la cubren una serpiente terrible, el trigonocéfalo, hierro de lanza, gusta de refugiarse durante las horas demasiado asoleadas. Esta serpiente, una de las más terribles que se conoce, no existe sino en Martinica y Santa Lucía. Alcanza hasta tres pies de longitud; su piel es grisácea, tachonada de manchas amarillas y verdes; su cabeza repugnante como la del crótalo, es chata y triangular. Vive generalmente en el hueco de los árboles o debajo de viejos troncos derribados, en los lugares pantanosos, y nada traiciona su presencia. Su mordedura da, inevitablemente, la muerte. Emprende su cacería al anochecer y, tan ágil como voraz, penetra a menudo en las casas. Los colonos no hablan de ella sino con terror y cuentan sobre este odioso reptil las historias más fantásticas. En consecuencia, no salen nunca por la noche sin estar armados de un largo palo con el cual tantean las hierbas antes de pisarlas. Estos temores, sin embargo, son justificados porque se ha constatado en Fort-de-France un promedio anual de doscientas defunciones causadas únicamente por los ataques del trigonocéfalo.

Dejamos, pues, el río a distancia y nos dirigimos hacia la iglesia cuyo campanario, bastante pretencioso, domina toda

Sería difícil describir el efecto que produjo nuestro paso

en las calles, tal fué el interés y la curiosidad que notamos entre los habitantes. Por todas partes las negras se llamaban seguindones con el dedo:

-Viens voi, li béqué passer.

Supimos más tarde que la palabra "béqué", en criollo, quiere decir "blanco".

Hombres y mujeres acudian entonces en el umbral de sus ranchos y desfilamos así entre una doble hilera de espectadores mientras que los niños nos rodeaban riendo y enseñando sus dientes blancos. Una comitiva fúnebre apareció a la entrada de una calle.

Nos apartamos para dejarla pasar, pero los que llevaban el ataúd, depositando en tierra su carga lúgubre, se unieron a la multitud para examinarnos mejor, y el negro de sobrepelliz que andaba al frente de la procesión cantando las letanías, se paró en seco con los oios desencajados y boujulabiero.

Lo dejamos en sus reflexiones y prosiguiendo nuestro pasco divisamos en la plaza del mercado la casa de la cual había

salido la comitiva que acabábamos de encontrar.

En Martinica, cuando ocurre una defunción, exige la costumbre que la casa mortuoria esté cubierta enteramente con un paño, negro para los ricos, blanco para los pobres; ahora bien, como, con pocas excepciones, no hay sino desgraciados de raza africana en la colonia, se ven raras veces paños neoros.

El mercado de Fort-de-France aunque presenta escenas divertidas y pintorescas, tiene menos colorido local que el de la Pointe-à-Pitre. Por primera vez vimos ahí la fruta del árbol del pan, el mango, el nispero, las lechozas; pero después de haber probado todos estos productos tropicales sólo

el nispero fué de nuestro agrado.

Fort-de-France, hoy tranquilo y apacible, es conocido en la historia devid el siglo XVII, época de su fundación. Desórdenes graves, abusos de todo género llenaron los primeros años de la colonia. Los ingleses se apoderaron de el en 1794, lo devolvieron a Francia en 1802, se instalaron de nuevo en el en 1809, para restituirlo definitivamente al gobierno francés en 1814. Negros importados de Africa fueron utilizados

para desmontar las tierras vírgenes. Como la venta de los esclavos daba beneficios considerables, se desembarcaban tales cantidades de ellos que su colocación llegó a ser difícil. Cobertizos que existen todavía hoy fueron edificados a lo largo de los muelles para recibir a los desgraciados africanos que estaban amontonados allí en desorden mientras esperaban compradores. Estallaron entre ellos complots y rebeliones. Algunos llegaron a escaparse a los bosques del interior donde reanudaron su vida salvaje; otros alcanzaron la isla de Santo Domingo donde su presencia dió fuerzas nuevas a los elementos de discordia que ya se agitaban en ese lugar. En 1794 la Convención decretó la abolición de la esclavitud, medida intempestiva, demasiado precipitada, que dió por resultado la ruina de Guavana y de las Antillas. Se comprendió demasiado tarde que hubiera sido preciso hacer preceder la emancipación por un régimen transitorio y, cavendo en un exceso contrario, se restableció la trata por una ley del 30 Floreal año X. El código negro, que prohibía cualquier unión entre negro y blanco, siguió sin embargo abolido; los mestizos se multiplicaron y constituyen hoy la masa de la población.

Fort-de-France, como la mayor parte de las ciudades de las Antillas, tuvo que sufrir de los terremotos, y fué casi enteramente destruída por uno de ellos en 1838. La ciudad fué recedificada en madera y cuenta sctualmente más de diez mil labitantes, entre los cuales seiscientos a setecientos europeos. Sus calles son recras, bordeadas por casas compuestas generalmente de una planta baja y construídas de tal modo que reina en ellas una temperatura tan fresca como posible. Cada una de ellas gracias a la solicitud inteligente del almitrante Du Gueydon potee en un patio interior una fuente de gua pura obtenida por medio de trabalojo de canalización. Las ventanas están cerradas por persianas móviles que, en los países caluros, templazacia nos cristales cuyo uso impediría la libre circu-

lación del aire tan necesaria bajo los trópicos.

La ciudad no tiene ninguna importancia comercial. No se encuentran sino algunos detales, especies de quincallas donde se vende de todo, lo mismo que en los pueblos nuevos cuyos negocios no son bastante activos para especializarse. La gente se provec en Saint-Pierre, factoría principal de la colonia, y sede de la sociedad martiniqueña. Cuando los habitantes de Fort-de-France quieren hacer compras o asistir a una función teatral, toman el vapor que hace el servicio entre las dos ciudades y mientras gozan de una encantadora excursión a lo largo de las costas, tardan dos horas apenas para llegar a su destino. A los criollos les gustan las diversiones y sobre todo, el baile, con pasión; muy pocas veces sus tertulias nocturnas no terminan con un baile. El almirante Grasset ha sido uno de los primeros en hacérnoslo notar y nos dijo que había tratado primero de contentar a sus administrados ofreciendo veladas bailables en el palacio de gobierno, pero que éstas habían sido siempre causa para él de muchos desagrados, resultado del prejuicio de color, más profundo en Martinica que en otras partes. La situación más penosa es la del mulato desdeñado por el blanco y envidiado por el negro. En cada tertulia se forman grupos que representan el mismo número de castas y a menudo estallan serios conflictos entre estos elementos discordantes.

El negro, tratado con bondad, es esencialmente dulce y servicial. Sus pasiones, sin embargo, son vivay y ardientes. Si lo irritan en extremo por malos tratos su salvajismo nativo se manificata de nuevo y lo cxalta hasta las venganzas más atroces. Se ha tendo un ejemplo recientemente en Saintcroix y en Cayena donde los negros incendiaren todas la habitaciones que pertenecian a los colonos europeos. El espiritu de conciliación de las autoridades coloniales apartir de Fort-de-l'rance cualquier peligro de esta clase anuque reina all como en otras parses una sorda enamistad entre las dos all como en otras parses una sorda enamistad entre las dos all como en otras parses una sorda enamistad entre las dos de las como en otras parses una sorda enamistad entre las dos puedas con en esta parse una sorda enamistad entre las dos que la otra teme sin cesar nuevos atentados contra su libertad. Dieanos also de las modos martiniquestas, que cienen su

originalidad. Las mujeres criollas blancas llevan la "gaule", especie de bata flotante bordada más o menos ricamente. A las negras les gustan las vastas enaguas de calicó de colores muy vistosos y grandes dibujos de los más fantásticos. Se

tocan con un pañuelo eirrollado y llamado madrás de color amarillo o rojo que compran ya preparado por el precio de ocho a diez frances y que se coloca sobre lo alto de la cabeza como un combrecto. En cuanto a los negirios se les da, pero bastante raras veces, una camisita corta. En general van desnudos, de lo cual no sufren nucho a causa del clima, y esto es más conveniente aún para el bolsillo de sus padres. Hombres, mujeres y niños son fumadores decididos. Los últimos se afanan solicitamente alrededor de los europeos gritándoles sobre todos los annos.

-¡Un tabaco, dadnos un tabaco!

La población de Fort-de-France parece más activa que la de la Pointe-à-Pitre.

Muchos empleos publicos están ocupados por gente de color; los blancos se ocupan más generalmente de explorar las plantaciones de caña de azúcar y de cafetos o del comercio de exportación. Muchos negros están ocupados en el puerto en la carga o descarga de los buques. Casi todos possen una pequeña parcela de tierra plantada con yucas, bananos o árboles del pan, cuyos productos bastan a las necesidades de sus familias. Las mujeres se ocupan de los menesteres casero y dedican sus ocios a fabricar sombreros elaborados con una hierba marian que crece en los parajes de la isla. Estos sombreros, bastante toscos, sia ninguna especie de adorno, se venden casi por nada y resiguardan perfectamente del sol.

Se vive con pocos gastos en general, en la colonia. Los alimentos se despachan a muy bajo precio, excepto la carne que es escasa y cara. La gente de color vive con pescado y trutas el aguacate, y, sobre todo, el mango y el plásano, forman la base de su alimentación. El plásano ya frito, ya cortado en rebanadas y asudo, ya amasado con male y harina de yuca, figura en todas las comidas. Como bebida prefieren el aguardiente de caña y la loche de coco de los cuales gustan mucho lo mismo que del jugo de la caña de arúcar no fermano.

El clima de Martinica se parece al de todas las regiones tropicales: ardiente todo el año, húmedo, y malsano durante

el invierno que pasa raras veces sin flevar consigo su acompañamiento de fiebres que atacan sobre todo a los marineros de la escuadra y a los soldados del fuerte. Las lluvias duran una gran parte del año y caen con una violencia increible.

Volvamos a nuestro paseo por la ciudad olvidado un instante

durante estas disertaciones.

Al dejar el mercado tomamos al azar una pequeña calle que nos llevó ante la iglesia bastante antigua y de hermoras dimensiones. Se penetra en ella por cinco lados diferentes. Notamos en el coro un entarimado bastante alto coronado por tres banderas francesas entrelazadas: es la tribuna del gobernador durante las ceremonias religiosas. Frente a este entarimado, ieualmente a la vista, se presenta el asiento enisconal.

Durante nuestra visita a la iglesia, un sicerdore enseñaba el catecimo a unas secenta negras de todo edad reunidas unas pequeña capilla lateral al altar mayor. Hubiéramos dessado oir sus contestaciones a las preguntas de su instructor pero anochecia y debimos partir, de lo cual el sacerdore no se mostró disgustado porque causibamos estras distracciones a

sus feligresas.

El hotel de Aviron, que vimos después, está situado en la plaza de la Savane. Es el mejor de Fort-de-France, lo cual

no quiere decir que sea muy lujoso.

Hizo falta tomar de nuevo el camino de Bellevue. Ceruzamo otra vez, el rio Madame para entrar después en un sendero delicioso donde nos retardamos, tan hermosa era la noche, tan puro y dulce el aire, Civil fué nuestre actrañeza, al llegar a lo alto del monte, cuando no vimos sino caras turbadas e inquietas! Ni siquiera se nos abnor fo las reconvenciones. Parecque sin sospecharlo habiamos tomado el camino más frecuentado por el terrible trigonocéfalo y precisamente en la hora en que le gusta salir de las altas hierbas para estirarse y descanar a los rayos del sol poniente. El gobernador, previendo nuestra imprudencia había enviado soldados en nuestra búsqueda para advertirnos del peligro.

Algunos minutos más tarde no se pensó más en ello y nos sentamos todos a la mesa muy alegres. Algunos oficiales de marina se reunicron con nosotros después de la cena. Nos quedamos hasta las dize sobre la terraza, roleados de una mube de occupos que nevoloricaban a nuestro alrecledor en tales cantidades que se hubiera cercido ver una lluvia de fuego. La noche era de una claridad incomparable y el paisaje que la noche era de una claridad incomparable y el paisaje que tenámos a la vista, perfectamente distinto, parecia envuencia una gasa ligera con reflejos de plata que realizaba aún más, por un encantro misterioso, su poértica bellezaba su portun encantro misterioso, su poértica belleza-

Al dia siguiente ya estábamos de pie a las siete de la mana. Despois del desayuno el almirante nos propuso llevarnos a la ciudad. Esta nos pareció aquel dia más animada que la vispera. Algunos grupos se habian estacionado frente a las tiendas; negras iban al mercado cargadas de frutas. Puimos a visitar la bahía del Carénage y sus instalaciones marítimas, muy descuidadas, después la plaza de la Savane ya mencionada, rodeada de árboles seculares, tamarindos y jábillos. Es el paseo de moda y los negros en los didas de fiesta vienen alli a baiár la "bamboulah" a los pies de la estatua de la Emperatri: Dosefina. Durante la semana los soldados de la guarnición ha-

cen en ella el ejercicio.

Poco nue queda que decir sobre Fort-de-France que habíamos vinitado un sus menores rincones y que prono habíamos vinitado un sus menores rincones y que prono habíamos de abandonar. A las cuatro de la tarde, un cañonazo del "SintoGermain" llamá a los pasajeros dispersos por la ciudad. Nos
despedimos del almirante, agradeciendole la hospitalidad que
con tanta gracia nos había dado y media hora más tarde,
estábamos en los muelles delante de un pequeño embarcadero
adonde el comandante del Dupetit-l'Bouars había tenido la
amabilidad de enviar su bote para llevarnos a bordo del "stora
y habíando alcanzado el "Saint-Germain", lo encontramos todo
allí en movimiento. Zarpamos y el bello navio safió lentamente
del puerto costeando el fuerte Saint-Louis. Pocos instantes
más tarde, la pleamar se extendía de nuevo ante nosocromás tarde, la pleamar se extendía de nuevo ante nosocro-

### CAPÍTULO III

El último dia a bordo. – Desembarco en La Guaira. – La ciudad; sus habitantes; sus recursos. – Salida para Caracas. – La venta de Guaracarumbo. – En camino. – Llegada a Caracas.

Pasamos el día del 23 de agosto paseándonos sobre cubierta y reuniendo nuestros efectos personales para poder desembarcar al día siguiente temprano. La atmósfera era sofocante, indicio de que nos aproximábamos a la costa firme tan temida de los mariencos, a causa de su clima tórrido y malsano du-

rante una gran parte del año.

Hacia las dos, estábamos a la altura de la isla Blanquilla. El una tierra baja, árida, desprovista por entero de vegetación; más lejos divisamos un grupo de rocas aisladas, azoradas sin casar por las olas y conocidas en los mapsa marinos con el nombre de los Siete Hermanos. El resto de la tarde fué empleado en visitar el "Saint-Germain" haza el fondo de la cala y, en darnos cuenta de su acondicionamiento. [Cuántos progresos se han hecho en las construcciones navales y cuán superior es el navío moderno, rápido, verdadero hotel flotante, lujoso y confortable, a las antiguas carabelas de Colôni !

A propósito del "Saint-Germain", barco sobre el cual vino a Venezuela Jenny de Tallemay, el periódico "La Opinión Nacional", de Caracas, edición del 30 de marzo de 1878, publicó la siguiente gacetilla: "Este magnifico vapor de la Compañía General Traustlántica se espera en La Guira el seis del entrente abril por la mañana, y saldri el mismo día para el seis del entrente abril por la mañana, y saldri el mismo día para

Nos acostamos temprano y al día siguiente, al amanecer, estábamos ya sobre cubierta de donde observábamos por primera vez el litoral de Venezuela que habíamos costeado a corta velocidad una gran parte de la noche para no llegar a La Guaira demasido temprano.

La Guarra demassado temprano.

Por todas partes montañas de formas extrañas, de pendientes con grandes barraincos trazados por las aguas, destrozadas
por los terremotos; sobre sus faldas, bosques agrupados en
masas sombrias; aquí y allá una choza perdida en un desierto;
luego ruinas, vilimos vestigios del siniestro terrible de 1812,
cubiertas con una vegetación lujuriosa de donde se escapaban
nubes de pájaros. La cordillera se prolongaba hasta perderse
de vista, levantándose, hundiéndose, constituyendo un verdadero baluarte de gigantescas proporciones, una cintura inmenta de rocas ante la cual se extendía el mar, tranquilo,
asul y llimpido cual un lago.

No advertimos sino un solo pueblo en la costa, que se nos dijo ser Macuto; está rodeado de árboles y agradablemente

situado al pie de las sierras, Algunos minutos después de haberlo dejado atrás, se señalaba a La Guaira donde debíamos desembarcar.

La Guaira no posee en realidad un verdadero puerto. No se encuentra alli sino una rada abierta, expuesta a todos los vientos, en la cual no les gusta a los marineros permanecer mucho tiempo. Anclamos a una milla y media de la ciudad, para evitar el oleaie, muy fuerte en acuellos paraies.

Inmediatamente hicimos nuestros preparativos para desembarcar porque esperábamos abandonar el barco en el acto; pero no habíamos contado con la comisión de sanidad cuya

Sair Fusca de mois constituent de la fina de mois constituent de la fina de mois constituent de la Expansion mois constituent de la Expansion mois constituent de la Fusca de mois constituent de la fina de la

visita tuvimos que esperar, la cual no se presentó sino horas más tarde; una vez cumplidos todos los requisitos, bajamos en la lancha que había de llevarnos a la costa, no sin grandes trabajos a causa del balanceo incesante cuyos sobresaltos inesperados nos exponían a una zambullida que era necesario evitar tanto más cuanto que los tiburones, según dicen, son a menudo sus espectadores interesados.

Habiendo terminado felizmente el desembarco, nos alejamos por fin del "Saint-Germain", y algunos instantes más tarde llegábamos a los muelles y pisábamos por primera vez la tierra americana, rodeados de toda una población que acudía para

presenciar nuestra arribada.

Hacia mucho calor aunque era temprano. El clima de La Guaira, en efecto, es completamente tropical. El termómetro se mantiene alli generalmente a 25° R. y a menudo se eleva mucho más alto.

Por eso los venezolanos de las tierras altas, poco acostumbrados a una temperatura tan excesiva, y obligados por sus negocios a bajar a La Guaira, la llaman, bromeando, "el co-

rredor del infierno" lo cual no necesita comentarios.

Agreguemos sin embargo, que el clima es menos malsano de lo que se cree generalmente en Europa. Es verdad que ha habido en varias épocas epidemias de fiebre amarilla; pero desde 1855, gracias a una higiene más asiduamente cuidada, no se han constatado sino casos aislados de esta terrible enfermedad. Uno de nuestros compañeros de viaje se encargó de pro-

curarnos los coches necesarios para trasladarnos a Caracas, adonde deseábamos llegar lo más pronto posible: de este modo pudimos descansar un rato en el hotel Delfino y recorrer la cindad.

Según el último censo hecho en Venezuela. La Guaira tiene 1587 casas y 7.428 habitantes. Es uno de los mercados comerciales más importantes de Venezuela, a causa de la proximidad de la capital de la República, de la cual no está separada sino por una distancia de veinte kilómetros. En el año de 1880, 1630 barcos con un desplazamiento de 27.995 toneladas, y 246 buques extranjeros con una capacidad de 269.388 tonela-

das entraron en el puerto.

La ciudad, adosada a la sierra de los Andes costeños <sup>1</sup>, cubre un terreno muy quebrado, y casi todas sus calles están en declive. Dos iglesias, las de Santa Maria y de San Juan de Dios, dominan la aglomeración urbana. Delante de una plaza bastante vasta, bordeada con acacias de flores rojas y caobos, notamos un cuartel a cuya puerta dos negros semidensudos con el fusil debaio del brazo montaban la eutardia.

A poca distancia de alli nos mostraron un gran edificio actuales de gente donde estaban las oficinas de la aduana. Blancos, negros, indios y multaros se codeaban en el, todos igualmente atareados. La gente de color era sucia, desharrapada, y no tenia la fisonomía alegre y abierta de los negros de Martinica. Muchos parecian medio embrutecidos por frecuentes libaciones de acuardiente.

No les falta, sin embargo, actividad y vigor. A la llegada de cada barco y mediante un salario muy módico, se les ve acudir en tropel para proceder a la carga y descarga, muy difíciles en La Guaira a causa del estado del mar, siempre

agitado en la rada.

El alto comercio está en manos de los extranjeros.

Simples dependientes primero, se levantan poco a poco, a fuerza de valor y energia, hasta colocarse al frente de una granja que toma insensiblemente importancia y adquiere crédito. Durante esta larga lucha, gastan su juventud y, sometidos a las influencias de un clima ardrorso, pierden a menudo su salud. Cuando por fin llegan a la fortuna y pueden volver a Europa, meta de sus estruerzos, gozan raras veces de esta opulencia tan largamente perseguida y rudamente ganada. Sin embargo, sus sacríficios no son inútiles porque estos valientes pioneros abren vias nuevas y son en los países lejanos los agentes más eficaces del progreso y de la civilización.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Hay aquí un error de la autora, quien confundió con los Andes el Sistema de la Costa. Este error se repite varias veces. (N. del T.)

Había llegado el momento de reanudar nuestro viaje y

uestros coches nos esperaba

Cada uno de ellos, según el uso local, estaba enganchado con tres caballos de frente y guiado por un cochero color de ébano. Eran construídos sólidamente y guarnecidos con cortinas de cuero que se podían levantar o bajar a voduntad para guarecerse de la lluvia o del sól. El aire circulaba libremente y también el polvo, desgraciadamente.

Salimos de La Guaira hacia las diez y alcanzamos pronto a Maiquetía, pueblo bastante importante de más de seis mil

habitantes, rodeado de plantaciones de cocoteros.

Nos elevábamos lentamente sobre la pendiente de la cordillera. La primera subida freb bastante suave, los caballos iban
al paso y el paisaje que tentamos a la vista mercela ser contemplado; pero un calor sofocante nos impedia gozar de el.
El aire era abrasador, el cielo deslumbrante de luz, el camino
rido y polvoriento. Algunas mimosas y grandes álos crecian
aquí y allá entre las rocas. Nos adentramos luego en una
agranta estrench después de la cual no deblamos volver a contemplar el mar sino desde una gran altura. Nos volvimos y
divisamos de lejos el puerto y, en medio de él, el "Saint-Germain" anclado, rodesdo de botes y barquichuelos. Algunos minutos más tarde todo este panorama desaparecía de muestra
vista, y con él cesaba nuestra vida de a bordo y empezaba una
existencia nueva.

La carretera, siempre más y más abrupta, era de las más pintorerecas. De un lado orillabamos un profundo precipicio medio oculto por masas de vegetación; del otro se clevaba un baluarte de rocas donde se adherían a duras penas algunos cactos cargados de espinas. Mientras tanto, estábamos sacucidos de tal modo por el vaivén del coche que hubieran repiqueteado nuestros huesos si hubieran sido de bronce, lo cual, desgraciadamente, no era el caso.

<sup>1</sup> El trayecto entre La Guaira y Caracas ya no se hace en coche: un ferrocarril, que une las dos ciudades, ha sido inaugurado el 27 de junio de 183).

Fuimos de este modo de una pendiente a otra subiendo siempre, durante cuatro horas. A medida que avanzábamos en la sierza costeña, la temperatura bajaba. Un viento fresco y ligero reemplazaba los efluvios abrumadores del licoral y a cada vuelta del camino nuevos cuadros llamaban nuestra atención. A veces recuss de carretas y burros obstruian la via y retardaban nuestra movimientos. Los arrieros que guisban estas caravanas, fiándose en el instinto de sus brutos, caminaban tranquallamente por deterás, charlando entre si, fumando cigarrillos y limitándose a excitar la marcha de vez en cuando por el grito sacramenta: "¡Arre. burrol", que bacia enderezar la oreja de los asnos y apresuraba sus pasos.

Decimos "ienderezar la oreja", poque en efecto la mayor

Decimos "enderezar la oreja", porque en efecto la mayor parte de estas pobres bestias no tenía más que una, y otras aún estaban completamente desprovietas de ellas. Nos dijeron más arade que estas mutilaciones reroltan de la picadura de algunos insectos que depositan sus larvas en los apéndices auditivos de los desgraciados burros, en los cuales quellos huéspedes

incómodos producen estragos horrorosos,

Mientras mirábamos los asnos, los arrieros nos miraban a su vez; y en tanto gritaban: "¡Adiós, adiós!", desaparecían en el polyo

Llegamos así a una posada en la cual debíamos hacer alto

para cambiar los caballos y almorzar.

para cambiar los caballos y atmorzar.

La posida con referencia, situada a medio camino entre La Guaira y Caracas, forma, con algunos ranchos vecinos, la aldenuela de Guaracarumho, situada en plena cordillera, a 200 metros sobre el nivel del mar. Al descender del coche nos monontramos en un gran patio lleno de caballos, carretas, fardos de mercancias. Salimos de allí como pudimos y al entrar en la posida non hallamos primero en un pequeño cuarto de aspecto melancólico. Sus paredes extán cubiertas de telarañas de antigua estructurar; ristras de cebollas y espigas de maíz se balancean por encima de nuestras cabezas abrigando un mundo de insectos; una gran jofanta de hojalta Ilena de agua, colocada sobre una mesa arrimada a la pared atra enuestra mirada. Todos los visieros pueden hacer en ella sus abluciones, en el

mismo líquido, claro está, porque el agua es rara en Guaracarumbo y no llueve allí todos los días. Felizmente para nosotros, novicios aún en el uso de la lengua española, encontramos en la posada a un muchacho, antes francés, que sabía todavía algunas palabras del idioma nativo. Le pedimos con qué almorzar y mientras preparaban nuestra comida, salimos de la casa para examinar el panorama del cual se gozaba desde este punto elevado que nos habían dicho ser de una gran belleza.

No salimos defraudados y vimos extenderse ante nosotros, en efecto, una vasta extensión de grandes y hermosas líneas, limitada de un lado por el mar de las Antillas de un azul admirable, fundiéndose al extremo horizonte con el cielo. Al Este varias cadenas de montañas, desdibujadas por fuertes sombras, se alargaban paralelamente al litoral, formando pisos unas sobre las otras en gradas superpuestas. Sus cumbres coronadas de bosques eran vivamente iluminadas, mientras sus bases desaparecían detrás de nubes ligeras, cuyos vapores, ya violados, va dulcemente azulados, subian lentamente, v al elevarse cobraban un matiz de ámbar y oro de una hermosura verdaderamente ideal. Al Oeste, la carretera de Caracas serpenteaba a lo leios, como un hilillo blanco, ora costeando un precipicio, ora borrándose en una garganta profunda siempre orillada por todas partes de una vegetación exuberante.

Los panoramas americanos tienen un carácter más grandioso, en general, que nuestros más hermosos nuntos de vista de Europa. Sus contornos son armoniosos, su aspecto más salvaje, su conjunto más pintoresco. Se siente que el hierro del arado, que borra poco a poco las ondulaciones del terreno, iguala los cerros, destruve las plantas vivaces nacidas del mismo suelo, y, por consiguiente, fuertes y vigorosas, no pasó todavía por allí. La fuerza vital se manifiesta espontáneamente, v no contrariada, como en nuestros países, en sus desarrollos.

No hay rios canalizados, que corren cautivos entre orillas artificiales; no hay represas, que reunen sus aguas para hacer girar la rueda de un molino; el agua baja de los montes, entre las rocas que derriba y los troncos de árboles que arrança, se extiende en las llanuras, siembra en ellas sus guijarros y

arenas, forma idotes efimeros, se transforma en río y se pierde en un eleta inextricable antes de merclare con el océano. Cuanto más raro es el hombre en la naturalera, trano más activos son los elementos primordiales de ésta; y este caso de vida, siempre en movimiento, de donde se escapa el reptil venenoso y donde resplandece la flor tropical, esta mezcla de sombra y luz, de existencia fecunda y muerte constante, tiene algo de inaudito, imprevisto, poderoso, que cautiva vivamente la imaginación dejando en ella recuerdos imperecenteros.

Fuimos secados de nuestra contemplación por el muchacho de la posada que nos anunció la comida. Sin el apetito formidable que llevábamos, el aspecto de lo que nos habian servido habría bastado para ponernos en fuga; trozos de carne que nadaban en una salsa con pimentón y azafrán, frijoles, especie de habas hervidas, plátanos fritos, componían el menú-Pelizmente tentamos algunas conservas a las cuales pudimos

acudie

Nuestra comida fué terminada pronto, los caballos enganchados, y seguimos la marcha. La ascensión recomenzó. Durante una hora aún divisamos el mar de las Antillas, Sobre las faldas de las montañas crecian tunas dispuestas en grupos de largos tallos de quince pies de alto, erizadas de espinas; clemátides cubiertas de flores echaban sus redes verdes por encima de matorrales de malvas y arrayanes. La flora de los afrededores de Caracas es bastante rica y cuerta más de doscientos cuarenta y tres gêneros. Dominan en ella las leguminosas, las cruciferas, las umbellíferas, las geraniáceas.

A medida que avanzibamos, la animación aumentaba en la carretera. A la derecha y la izquierda se levantaban ranchitos en el umbral de los cuales aparecían negras llevando sus niños a horcajadas; velamos pasar indias de perfil regular, con pa-foloner rojos envueltos graciosamente sobre una capesa cabellera negra, un tabaco en la boca, el aire triste e indiferente. Gran cantidad de pájaros de varias especies saltaban alegremente en las hojas, Advertimos uno de un bello color anaranido, con la nunta de las alas y la espadia necras, cua re-

cordaba mucho por sus formas la urraca de Europa, aunque centa el pico más alargado. Era sun "icterus", Illamdo aqui "urapia" al cual Cuvier ha dado el nombre de "cacique". Sus cortumbres son las mismas que las de la uraca. Como ella, se apodera de todo lo que brilla. Su nido se parece a una botella abierta care de fondo. Estos pijatos viven en familia. Cacique estra decel y de domesticam mor ficialmente. El "cacique" estra decel y de domesticam rout ficialmente. El "cacique" estra decel y de monesta per en constituidada y de en enciana y los repite con una perfección asombrosa. A peter de todas sus facultades no puede pretender, sin embargo, al primer rango entre los cantores alados de Venezuela. El ruissión de la América del Sur es una especie de tordo que se llama "paraulata" en castellano y "turdos polygoltus" en latim científico 1, Sus acentos son suaves, melodionos, más bien melanciónicos, y durante la noche lleman la profundida de los bosques. Como el "cacique", la paraulata posee una memoria musical muy notable. Estos dos pájaros se venden, basta en el mismo país, a muy alto precio, y un buen cantor vale hasta docientes francos.

Eran cerca de las cinco cuando hicimos nuestra entrada en el hermoso valle de Chacao regado por el Gusiro, el Catuche, el Caraota y el Anauco, en cuya parte occidental ha sido fundada la capital de Venezuela. Cruzamos por Catia, puebliro compuesto de chozas construidas en adobe, de aspecto bastante miserable. Divisábamos aqui y allá alguna apartencia de cultivo, jardines, algunos árboles frutales, algunas flores. El movimiento de carretas y peatones iba aumentando; las casas se lucian más numerosas, se aglomeraban, parecian mejor construidas. De repente nuestro coche se paró y un amigo se presentó en la puerta deseidonos la bienvenida a Caracas donde un apartamento nos había sido preparado en el Gran Hotel, atendido entonces por un alemia, en la antigua morada

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Según EDUARDO RÖHL, Fauna descriptiva de Venezuela, existen la paraulata llanera (Mimus gilvus), la paraulata ajicera (Turdus leucomelas) y la paraulata montafera (Turdus serranus). (N. del T.).

de una vieja familia española emigrada a consecuencia de la guerra de la independencia 1.

Todo pasa, todo cambia, y el Gran Hotel de entonces es hoy un cuartel donde los soldados venezolanos se ejercen en el heroísmo aceptando con paciencia su vida reglamentada de cada día.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> El Gran Hotel, situado en la esquina de Carmelitas, cuyo propietario era el Sr. H. Lange, había sido abierto el 1º de julio de 1878 pocoantes de la llegada de Jenny de Tallenay. (N. def T<sub>2</sub>).

## CAPÍTULO IV

Configuración general de Venezuela. — La zona agricola. — La región pastoril y sus habitantes. — Costumbres del llanero. — Las sabanas de Caracas. — La zona silvestre y la población nómade.

Venezueli esté peco conocida todavía en Europa. Su superficia comprende sin embargo 111.645.227 heccireas, es decir un espacio dos veces mayor que Francia. Mil cincuenta y nueve ríos succan este inmenso territorio entre los cuales doc solamente macen fuera del país. Los panoramas más variados esperan al visjero, quien puede gozar de todos los encantos de la vida ropical, rebosante de vida hasta en sus menores átomos, o contemplar cumbres alpestres sobre las cuales se cienne el silencio de la muerte y cuyos declives áridos, azotados por un viento helado, surgen como otros tantos escollos entre olas de nubes.

¿Por qué este país nuevo, tan interesante a tantos respectos, es apenas explorado? ¿Son las funtes del Orinaco, este poderoso rio cuya inmensa cuenca tiene doscientas cincuenta y dos mil milias cuadradas, menos misteriosas de lo que eran antaño las del Nilo? ¿ Cuántos descubrimientos inesperados no harian intrépidos pioneros de la ciencia, al recorrer aquel immensa territorio! En cuanto a nosotros no podemos esbozar sino gran-

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Habian de transcurrir 73 años antes de que se conociera con certeza el nacimiento del Orinoco, cuyas fuentes fueron descubiertas en noviembre de 1951. (N. del T.).

des líneas, deteniéndonos aquí y allá en algún oasis que hemos estudiado más detalladamente y cuyo recuerdo imborrable hemos guardado.

Para ser fieles a nuestro plan, demos primero una idea general del panorama de esta región, la más septentrional entre los estados de la América del Sur; bajaremos después a los valles, recorreremos los bosques y vagaremos sobre las playas bordea-

das de azul que baña el mar de las Antillas.

Si un espectador, dotado de aquella visión del espíritu que nada turba ni detiene, se encontrara colocado sobre el punto más alto de Venezuela, la Sierra Nevada, macizo imponente cuva cima nevada alcanza 4,580 metros de altitud, notaría, en el extremo oeste y subiendo hacia el Norte, vastas cadenas de montañas, ramificándose en todas direcciones y formando entre la Nueva Granada y los estados venezolanos gigantescas murallas entrecortadas por llanos fértiles, profundos valles, mesetas rocallosas y desnudas. Un ramo de estos Andes, inclinándose hacia el Este, sigue las costas, ora hundiéndose, ora elevándose, sumiendo sus contrafuertes en las olas del océano o apartándose de él de manera que deja al litoral una estrecha banda arenosa. Son las cordilleras costeñas que tuvimos que cruzar al hacer el viaje de La Guaira a Caracas 1.

Hacia el medio del país, del Este al Oeste, nuestro observador notaría una depresión que va casi de una frontera a otra, ensanchándose al aproximarse al Atlántico y en cuya profundidad corren ondas rápidas e impetuosas: es el Orinoco navegable en un espacio de más de cuatrocientas leguas. Su curso no está conocido sino a partir de Guaharibos, alcanzado por el

español Bobadilla en el siglo XVIII.

Más allá del río v a lo largo de la orilla derecha se divisan nuevas líneas de montañas, más espaciadas, dirigiéndose de Norte a Sur para venir a parar a la vasta sierra de Paraná, formando, del Este al Oeste, la frontera de Venezuela del lado del Bracil

<sup>1</sup> Como lo hemos notado ya, la autora se equivoca ya que la Cordillera de la Costa forma un sistema independiente de los Andes. (N. del T.).

De esta configuración general resulta una división natural de la región en tres grandes zonas, distintas por su aspecto, su clima y sus producciones.

La primera, la zona agricola, se extiende a lo largo del litoral y hasta dos grados en el interior del país. Alli están reunidas las grandes plantaciones de café y cacao, las más bellas laciendas. Alli se presentan también las más ricas factorias mercantiles, los puertos más visitados por los barcos extrajeros. Le corresponden dos tipos sociales: el agricultor y el comerciante.

La segunda, la zona pastoril o de los llanos, la tierra de las sabanas y de los vastos pastos, es infinitamente más extendida. Forma un golfo inmenso que se avanza a lo lejos bacia el Sur, un océano de vegetación limitado al Coste por los Andes del Táchira, de Guzmán y de Trujillo; al Norte, por una parte de la sierra costeña prolongiandose hasta el delta del Orinnoo.

Estos llanos, como las Pampas de la Patagonia, se componen de llanuras interminables que han sido cubietras antaño, según se supone, por las aguas del mar. Cuenta Humboldt que viajando por ellas, pasó un día cerca de una peña enorme enteramente saliada en cuya cima estaban grabados incompensibles jeroglificos. Extrañado, preguntó a los indios que le acompañaban quiénes habian sido los autores.

-Nuestros padres -contestaron.

-¿Y cómo llegaron vuestros padres hasta lo alto de esta roca?

-En una lancha -replicaron los indios.

Etta antigua tradicióm no se ha perdido aún, y los indígenas que vagan hoy en los llanos repiten todavía que sua antepasados remaban en ellos antaño. El hundimiento del suelo, que en algunos siños se encuentra a diez metros por debajo del nivel del mar, las conchas fósiles que se hallan, la cantidad de sal acumulada, todo parece demostrar que existía en una época emosta un mar interiorio. Esta roca misteriosa, mencionada por Humboldt, habría resistido a las erosiones más violentas y, escollo en otros tiempos, se habría quedado sola en las soleda-

des del desierto, como único testigo de un pasado que no está leios de nosotros.

Algunas tribus indias frecuentan todavía las asbanas formando tres grupos principales: los Guaharibos, los Piaros y los Mapoyee. Estos representantes de los antiguos dueños del país son bastante pacíficos, aunque viven en estado solvajo. Recorren los llanos situados entre el Río Negro, el Meta y el Orinoco. Se les obligo a retroceder a aquellos vugarse en 1790, cuando la llegada de los españoles, quienes, remontando el río, fueron a fundar a 461 Kms. de su desembecadura la ciudad de Angotura, más conocida hoy bajo el nombre de Ciudad Ballesse.

Estos rudos aventureros con las armas siempre en la mano, eran adversarios demasiado formidables para las tribus locales que se retiraron ante ellos. Unas se internaron en las selvas inexploradas que se extienden entre el Río Negro, el Casiquiare, el Amazonas y el Orinoco; otras se contentaron con remontar el río, aproximarse a su delta, donde la tierra y las aguas se confunden, edificando allí sus aldeas levantadas sobre pilotes, verdaderas ciudades lacustres que estaban sin embargo obligados de abandonar todos los años en la época de las crecidas para volver a los llanos. Éstos también están inundados en parte en la misma época, excepto algunas mesas que dominan aquí y allá, las aguas. En estos parajes el indio, antes lo mismo que hoy, buscaba un refugio contra las ondas. Encuentra un alimento seguro y abundante, porque los pobladores de plumas y pelos del desierto, rechazados por el río, llegan a su vez creyendo estar al abrigo y no escapan de un peligro sino para tropezar

El indio nómade no es el solo habitante de las sabanas, A su alado, más próximo a la vida civilizada, se presenta el llanero, el pastor de rebaños, el hombre de las llanuras, tipo original que recuerda por algunor rasgos al beduino de África, al gaucho de las pampas, al piel roja de las estepas americanas. Como ellos, pasa sus días a caballo, verdadero centaror, eniendo por ame el machete cuya hois pesada con un solo filo se parece al sable, al hacho y al cuchillo. Los llaneros, selomore vieitantes, luchandra de la hacho y al cuchillo. Los llaneros, selomore vieitantes, luchandra de la hacho y al cuchillo. Los llaneros, selomore vieitantes, luchandra de la hacho y al cuchillo.

do contra los elementos, exponiendo sin cesar su vida en persecución de los rebaños innumerables que les han sido confiados, listos para cualquier ataque, constituyen una población aparte, con sus leyes particulares, regida por un jefe salido de su seno,

y obligada a su deber por agentes elegidos por ella.

Esta raza de pastores es fuerte y valiente. El llanero en general está dotado de una destreza y fuerza muy notables. Su tez es morena oscura, su estatura poco elevada, su complexión de las más vigorosas. Hay en él una curiosa mezcla de sangre africana, española, india, y aún china 1, bastante difícil de analizar. Enemigo encarnizado de las innovaciones, sintiéndose estrecho en las ciudades, gozando de las grandes escenas de la naturaleza, ávido de emociones fuertes, el hombre de las llanuras es poco sociable, busca la soledad, construye su choza cerca de algún grupo de árboles, en los lugares más salvajes. Allí traza su corral en el cual hará entrar por la noche su numeroso ganado. Apasionado por la música, descansa de las fatigas del día tocando su guitarra, y al día siguiente llevará sus animales hacia los horizontes lejanos de los llanos al sonido de un canto acompasado y melancólico. Por todo traje no lleva más que una camisa coloreada y pantalones que le llegan hasta las rodillas terminados por dos anchos alones que flotan sobre las piernas. La camisa muy vistosa, abierta en forma de corazón sobre el pecho, está bordeada por una ristra de gruesos granos rojos, destinados probablemente a llamar la atención del ganado. La sostiene alrededor de su talle por un amplio cinturón de indiana igualmente rojo. Los pies están desnudos y la cabeza cubierta con un pañuelo de color anudado de tal modo que sus extremos protegen la nuca contra los rayos

Los llaneros forman el lazo de unión entre los indios del Orinoco y los habitantes de la zona agricola. Al mismo tiempo que comparten la vida aventurera del salvaje, tienen como sus vecinos los colonos creencias religiosas, reconocen la existencia de un Ser Supremo, observan ciertos ritos mezclados con tradi-

<sup>1</sup> No hay de ningún modo mezcla china en el llanero. (N. del T.).

ciones, instrucciones morales y las más extrañas supersticiones. Hablamos aqui, naturalmente, de los verdaderos habitantes de las estepas que viven lejos de toda citudad sin salir de sus sabanas, porque a orillas del Orinoco se han fundado ya algunas parroquias que los dueños de los corrales de los alrededores comienzan a visitar con sus familias en los domingos y dias de fiesta. La poligamia no existe entre ellos. Se juntan en on bastante frecuencia con indias de la tribu de los Chaimas, la más adelantada entre las tribus indigenas.

Todo este mundo medio bárbaro está destinado sin embargo a sufrir dentro de poco profundas modificaciones, a consecuencias de la llegada de extranjeros más civilizados atraídos a los llanos por los beneficios considerables que se pueden sacar de la cria del ganado. Ya algunos criollos y tras ellos unos europeos, abandonando el litoral, se han dispersado por los llamos, donde han construido habitaciones modestas y llevado sus rebaños. El número de estos hatos, tal es el nombre que se da en el país a este género de estublecimiento, se ha aumentado poco a poco, y hoy las sabanas llamadas de Caricas, de Barcona y de Cumaná, contienen vastos correlas, bien cuidado, administrados por mayordomos, donde se multiplican rápidamente magnificos rebaños colocados bajo la vigilancia de indios o de llaneros acostumbrados al contacto de los blancos y cuyo número varia según la riqueza del duelo.

Los corrales mejor provistos se encuentran en los llanos de Caracas, más próximos a los mercados y acracados de rios muy útiles durante el verano. Mencionemos entre éstos el Guárico que ha dado su nombre a uno de los Estados de la confederación venezolana, a orillas del cual está construída la pequeña ciudad de Calabozo a donde vienen los llaneros a aprovisionarse; los rios Orituco, Chirgus, Tizandos y una parte del rio Apure, grande y hermios rio de casi doscientas trece leguas de curso, une ha dado como el Guárico su nombre a una de las reciones

del país.

Los llanos de Caracas se extienden entre el décimo y el octavo grado de latitud Norte. Humboldt ha dejado una descripción que traduce perfectamente su aspecto:

"Hay, dice, grandeza y una profunda melancolía en el espectáculo de estas estepas. Todo parece inmovilizado, excepto a veces la sombra ligera de una nube que se desliza lentamente sobre el suelo y anuncia el invierno al habitante de las sabanas. El ojo se acostumbra con trabajo a estos horizontes inmensos que durante viajes de veinte o treinta días no varían, recordando al espíritu por su vasto espacio y su calma profunda el mar tropical. Aquí y allá, grandes palmeras desprovistas de hojas que se parecen a mástiles de barcos, completan la ilusión."

Hemos descrito la vida de los llanos en su independencia y poesía. Sin embargo, tiene también sus dolores y miserias. Las pobres aldeas fundadas aquí y allá en las llanuras, tales como Pao, Camatagua, San Carlos, están diezmadas frecuentemente por fiebres perniciosas y en algunas époças la mortandad es horrorosa. En 1879, la población de doce pueblos del Guárico desapareció en tres meses y hechos semejantes, desgraciadamente, se renuevan a menudo. Las principales aldeas de los llanos del Guárico son: Unare, La Pascua, Altagracia, Barbacoas, Chaguaramas, El Sombrero y Camaguán.

Todas las poblaciones no son sin embargo tan malsanas y la zona pastoril venezolana podría adquirir la misma importancia para la cría que las partes más favorecidas de la República

Argentina o de Australia.

Las guerras frecuentes de las cuales Venezuela ha sido teatro han podido detener solas el desarrollo de esta industria. Los beligerantes de todos los partidos, en diversas épocas, invadieron los llanos apoderándose de los corrales y arruinándolos. El temor de perder en algunas horas, durante una conmoción política, el fruto de numerosos años de trabajo, ha turbado por largo tiempo a los especuladores, y se necesitará un largo período de paz antes de que recobren bastante confianza para dar a sus operaciones en los llanos la extensión que deberían tener y cuyos resultados probablemente serían de naturaleza a satisfacer las más ardientes ambiciones,

Más allá de las dos grandes subdivisiones que acabamos de describir, se presenta una tercera que tiene por sí sola más extensión que las otras dos, envuelta en la sombra, todavía misteriosa: la zona silvestre. El hombre civilizado ha penetrado en ella apenas, y la naturaleza no lleva la huella de sus trabajos. A partir de las regiones medio sumergidas del Orinoco, hasta las fronteras del Brasil, en una gran parte del Estado de Guavana v sobre el territorio del Amazonas v del Yuruari, se encuentra la inmensa selva primitiva de donde no se levanta más humo que el del hogar indio. La tierra vegetal se ha acumulado en algunos sitios hasta formar capas de más de dos metros de espesor. La vegetación, favorecida por esta masa de detritus así como por la acción del calor y de una atmósfera cargada de humedad, se extiende con una profusión extraordinaria. La luz llega apenas bajo las masas sombrias de estos bosques espesos, donde los caobos, los laureles, los tamarindos, las palmeras, los bambúes confunden su follaje. Según un explorador alemán habrian observado va en las partes cubiertas de bosques del Estado de Guayana, 2.450 especies distintas de plantas pertenecientes a 132 familias y 772 géneros entre los cuales más de 60 propios exclusivamente de estos contornos.

"En esta zona extraña, dice Humboldt, se acostumbra uno a considerar la existencia humana como si no fuera esencial de ningún modo al orden de la naturaleza. Esta está llena de animación sin su ayuda y él mismo no cuenta para nada."

Más de la mixad del territorio venezolano está ocupado por estas tierras vírgenes, donde se descubren apenas algunas familias criollas, unos dos mil indios pacíficos, y algunas millares de indios independientes en una superficie de 18.214 leguas cuadradas.

Acabamos de enbozar a grandes rasgos los contornos generales, por decicio así, de Venezuela. Para jugar el estado acido de este vasto país y prever sus destinos futuros, hace falta aprender a conocerlo en el pasado, lo cual intentaremos en el capítulo siguiente. Será el prefacio de nuestros viajes y la explicación natural de los hechos que habremos de constatar.

## CAPÍTULO V

Decebriminto de Verezuela. — Origin de ette tombre. — Eschu contre la indian. — La Graca y los Teques. — Rentineste de los cardes, resultante de los cardes. — Sas astiguas cremosa. — Espódera y ciolica. — Deceotrato de los colores como . Francio: de Mismada. — Proclameido de la Independencia. Conrec civil. — Simón Bolivar. — Sas derrotas y éstito. — Trinsip de la Revolución. — Marte de Sando Bullovar. — La Confederación de los Estados Unidos de Venezuela. — Astonio Luccalo Guando. — Antonio Guando. Blaco.

Los anales de Venezuela llevan en su primera página un nombre ilsutre, el de Cristóhal Colón, que reconoció las Bocas del Orinoco en 1498, durante su tercer viaje al Nuevo Mundo. Sus barcos anclaren primero a la entrada del Golfo de Paris, luego, por mandato del jefe, remontaron el Delta para reconocer al país. Sin embargo, no desembarcaron a causa de los reperativos de resistencia de una tribu indigena, la de los Guarives, establecida por aquellos contornos. Después de una toma de poseión solemae, en nombre de los soberanos de Castilla y Aragón, de la tierra asi descubierta, los españoles volvieron la proa de sus navios hacia Europa.

Al año siguiente, tres exploradores atrevidos, A. Vespucio, Cosa y Ojeda, costearon toda la orilla, del Golfo de Paria al

Lago de Maracaibo.

Llegados a esta región, de vastos espacios inundados, entre los cuales se divisaban algunos pueblos indios construídos sobre pilotes, la designaron con el nombre de Venezuela o de pequeña Venecia, denominación que se extendió más tarde a toda

Durante varios años ésta no recibió otras visitas sino las de algunos filibusteros, porque las primeras expediciones habían mostrado las disposiciones hostiles de la raza indígena o caribe. de la cual se había aprendido a temer las flechas envenenadas,

la tenaz energía y el canibalismo. En 1510 algunos barcos enviados por Fernando el Católico hicieron su aparición en la costa de la península de Caracas 1 y desembarcaron soldados que trataron de penetrar en el interior. Vivamente rechazados por los indios, volvieron a sus navios, los cuales singlando a lo largo del litoral realizaron alli nuevos desembarcos, en sitios desiertos donde no tardaron en levantarse algunos establecimientos. El más importante, fundado a orillas del Manzanares, a 180 millas del primer punto de ataque, dió pronto nacimiento a una ciudad llamada luego Cumaná. Para protegerla contra las incursiones de los indios se construyó un fuerte, el castillo de San Antonio, que aseguró su conquista.

No podía haber paz entre las tribus locales y los invasores. Los indios Caracas ayudados por sus vecinos los Teques, atacaban sin cesar a los españoles disputándoles valientemente cada pulgada de terreno. La lucha duró 60 años, durante los cuales los españoles extendieron poco a poco el círculo de su dominación, fundando nuevas ciudades, Coro, Barquisimeto,

Asunción, Mérida, Valencia, en varios puntos.

La superioridad de las armas, los efectos de la disciplina, acabaron por triunfar sobre el rudo valor de las poblaciones locales, pero después de numerosos combates, en los cuales éstas

defendieron enérgicamente su libertad.

Cinco de sus caciques han quedado célebres por sus brillantes hazañas y las inquietudes que ocasionaron a los conquistadores. Uno de ellos, Guaicaipuro, jefe de los Teques, fué quemado vivo por los españoles exasperados de su larga resistencia. Los otros tuvieron un fin no menos desgraciado, y sus com-

<sup>1</sup> No existe tal península. (N. del T.).

pañero, desaluntado por la insuitidad de tan largos esfuerzos, atemorizados por el número esiempe crociente de sus adversarios, acabaron por escerea. Al puno chimalo por la miemo del yugo estramero, se refugiaron en los homosos planeadon los llanos y fueron a mezclarse con los caribos. Fue entonese, en 1569 <sup>1</sup>, cuando Diego de Losada fundó la ciudad de Santiago de Loón, cuyo nombre fué reemplazado por el de Caracas, en recuendo de la tribu indigena que allí había vivido. Mientras tanto, minas de cobre habían sido descubiertas en el territorio de los Teques; se formá un pueblo llamado esgui tribu y situado en el mismo lugar donde se había levantado aleumos años antes la hoguera de Gualesquero.

Una vez vencidos y subyugados los indíos del litoral, quedaban los caribes, fatos eran más belicoso, mejor disciplinado, de una gran fuerza física y de una crueldad sin igual. Se necesitaron dos siglos para reducirlos y no fué sino en 1761 cuando se pudo establecer algunas misiones en el seno de estatvaliente nación, que, después de haber poseído todas las Arullas y la parte septentiónal de la América del Sur, se vás confinada a algunos distritor asidados al Norte del Orinoco.

La primera misión fué la de Nuestra Señora de Cari. Unao capuchinos, enviados por el gobierno español, tomanon su dirección y tuvieron mucho que padecer de las malas disposiciones de los indigenas que los odiaban y no descuidaban ninguna ocasión de hacérselo sentir. Los caribes, antes de la conquista, tenian ya algunas nociones religiosas. Adoraban con ciertos ritos al sol y a la luna. El hecho parece bien probado hoy. Se ha constatado recinemente la existencia, no lejos de la desembocadura del Orinoco, de ruinas de vastas construcciones nor ecuyas murallas estabs representado el astro del día rodeado de estrellas, cuyos colores amarillentos se veian aún. Algunas umbas caribes, descubiertas en el Estado de Guayana, encerraban los mismos emblemas. Además, entre el segundo y el cuarto grado de latitud Norte, en grandes llanos plantados de árbo-

<sup>1</sup> Caracas fué fundada en 1567, según CODAZZI, Resumen de la geo-grafía de Venezuela, tomo III de la edición del Men. 1940. (N. del T.).

¿Elacé falta concluir de lo que precede, con algunos sabios vonezolanos, que los incas extendieron antaño su dominio hasta las riberas del Orinoco? ¿O más bien la semejanza de los emblemas religiosos no tendria por origen un hecho natural, la concordancia de los institutos de todas las variedades de la raza humana en ciertos medios y en cierto estado de civiliza-

No nos corresponde dilucidar este problema. Añadiremos sin embargo que los que se interesan por las antigüedades americanas hallarán en Venezuela un campo bastante nuevo que explotar. Volvamos a nuestros caribes y a su historia,

Los misioneros españoles extendieron poco a poco su influencia, tanto más cuanto que la parte más enérgica, más vigorosa de la población había perecido en los combates. Desde entonces, la decadencia de la telbu fué rápida. Nuevas generaciones, ya más acostrumbradas a obedecer, bandonaron la vida númade y aventurera de sus antepasados, se reunieron alrededor de las misiones, fundaron pequeñas aldessy se confundieron pronto con las otras tribus indias de las cuales compartieron la humillación.

Se encuentran aún en nuestros días algunas familias caribes el los distritos situados al Sur de los linos de Cumaná; pero al ver a estos miserables salvajes cubiertos con una espesa capa de pintura, uno tiene trabajo en imaginar que deceitaden de los guereros intrépidos que supieron resistir por tanto tiempo a los mejores solidados de España. Mientras que los Hermanos de las Ordenes Menores proseguian su obra en los desiertos del Este las poblaciones del litoral habian llegado a ser el teatro de una nueva lucha que tenfa esta vez por actores a los crio-llos, descendientes de los primeros colonos, y al Capitán Gen-ral cuyos procedimientos despoticos indignaban a las poblacio-

nes. El eco lejano de la Revolución Francesa y los rumores de guerra que venían de las colonias de la América del Norte rebeladas contra su metrópoli, resonaban hasta Venezuela y

calentaban allí los espíritus.

La agitación se comunicó poco a poco de los criollos a la gente de color y a los indios, excitados secretamente por Inglaterra, entonces en plena hostilidad con España, a la cual acababa de arrebatar la isla de Trinidad. Hacia esta época, en 1796, se descubrió la existencia de un complot, en la península, contra el rey Carlos IV. Él perdonó la vida a los conspiradores y los hizo embarcar hacia las colonias más remotas donde fueron recibidos con gran alegría y cuyo deseo de independencia incitaron. Parecía cercana una crisis en Venezuela: el gobierno español envió a un nuevo Capitán General, Vasconcelos, que derrotó a los descontentos y los dispersó. Uno de ellos, Francisco de Miranda, nacido en Caracas en 1750, se trasladó a Trinidad y pidió el apoyo de las autoridades inglesas. El gobernador de la isla, Sir Thomas Picton, según las instrucciones que había recibido, le proporcionó la mejor acogida. Miranda, sintiéndose alentado y apoyado, abandonó después Trinidad para ir a Europa donde queria hacer algunos estudios de organización militar y crearse relaciones. Fué recibido con distinción en la corte de Rusia por la emperatriz Catalina II que le concedió un despacho de coronel y el derecho de llevar el uniforme ruso; de allí pasó a Inglaterra donde fué presentado al célebre ministro Pitt quien aprobó enteramente sus proyectos de rebelión contra España y le prometió la ayudadel gobierno británico. Después se trasladó a Francia donde combatió bajo las órdenes de Dumouriez siendo implicado poco después en las acusaciones dirigidas contra éste. Encarcelado, luego libertado después de algunas semanas de prisión, se embarcó por fin para su país al cual encontró más agitado que nunca. Venezuela, en efecto, estaba en plena guerra civil. Las crueldades de Vasconcelos, lejos de infundir terror a los patriotas, habían llevado a su colmo su indignación. Su partido se había reconstituído y va se habían librado varios combates. La llegada de Miranda era pues oportuna y fué saludada con satisfacción por los descontentos. Se reunieron en asambles secreta, el 2 de marzo de 1811, en Caracas, y escogieron a Miranda como jefe. Entre los que se apresuraban a rodeserlo freciendo su ayuda a la obra conún, as hallaba un hombre joven todavia, apenas de 33 años de edad, de una familia distinguida y cuyon nombre había pronto de eclipar el suyo <sup>1</sup>.

Eure hombre se llamaba Simón Bolivar. Como Miranda, habia vajado por Europa donde había adquiride conocimientos variados. Testigo de la Revolución Francea \* y de las glorias militares del Imperio, ardía en deseos de hoere por su patria lo que Washington había hecho por la América del Norte, y estaba dispuesto para conseguirlo a todos los sacrificios, a todas las abnegaciones. Miranda le dió las funciones de coronel de las milicas.

Los acontecimientos siguieron su curso. Un Congreso de patriotas venezolanos, reunido el 5 de julio de 1811 proclamó la Independencia del país por este préambulo solemne:

"En nombre de Dios todopoderoso, los suscritos no recono-

Venezuela rechazaba cualquier soberanía de España.

Fué decidido que se elegiría un presidente cada dos años.

Miranda, generalisimo de las fuerzas revolucionarias, fué ele-

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Todo este pitrefo contine grava errorea históricos. Missada aldó para España es nemo de 1771 para cuara estudio militarea. Se enterebistó por primera vez con Pitr en 1790. Su primera espedición, que fracado. Se Veneruela, es del año 1166, elimido Vasonocello Capitria General. El primer congravo se instaló el 2 de marzo de 1811. Miranda fué en tablida el alma de la Sociedad Partificia. El poder cientuiro nombredo por el congreto fué ejercido por Cirtóbal Mendora, Juan Escalona y Baltaraz Baleón, Miranda no había obentado más que cocho votos obre un tenta de treinta y umo. En el monento de los acontecimientos del 70 de abril del 1104, el Capitra General en Venerue Emparas. (N. del 73).

<sup>19</sup> de abril de 1810, el Capitan General era vicente Emparan. (N. del 1.).
2 Bolívar, nacido en 1783, se embarcó para Europa en 1799, y no fué, pues, testigo de la Revolución Francesa. (N. del T.).

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> El preámbulo verdadero del Acta de Independencia es el siguiente: "En el nombre de Dios Todopoderoso, nosotros los representantes de las provincias unidas, tc...". No encierra la frase tal como la transcribe Jenny de Tallenay. (N. del T.).

vado al sillón presidencial 1. La bandera nacional, amarilla, roja y azul iba a ser desplegada por primera vez ante el enemigo 2.

Înmediatamente después de la reunión del Congreso, la guerra civil recomenzó, pero con resultados desastrosos para la causa colonial. El ejército republicano, compuesto en gran parte de negros e indios, no pudo resistir ante los regimientos españoles bien disciplinados. Fué derrotado en Barquisimeto por el general Monteverde, mientras que el terrible terremoto courrido el 26 de marzo de 1812 artuinaba por completo las ciudades de Caracas, La Guaira, la Victoria, Media, causando la muerre de veinte mil personas. Como la catistrofe había sobrevenido en Jueves Santo durante el luto de las iglesias, gran número de combatientes vió en ello un mal presagio, un castigo celestial, y desertaron de los estandartes de la República. El ejército de Miranda dismunia cada día y se vió por fin

en Marcay rodeado de trescientos hombres solamente. Bolívar, enviado a Puerto Cabello para defender a eta ciudad contra los españoles, tuvo que ceder ante las fuerzas superiores de Monteverde. El mismo Miranda, abandonado por todos, ain nigún recurso, firmó una capitulación en una entrevista que tuvo con Vasconcelos. Poco tiempo después lo prendieron traidoramente, lo trasladaron a Cádiz, donde murió en 1816.\*

El partido republicano parecía aniquilado: en el mismo momento se hacia temible, encarnándose en una fuerte y vigorosa personalidad, cuya voluntad poderosa no admitía la derrota. Mientras que los más valientes renunciaban a la lucha.

Miranda fué nombrado por el Poder Ejecutivo Dictador y Generalismo. Por otra parte, la Contitución preveia que este poder sería confindo a un trunvirato que sería sustituido al cabo de cuatro años. (N. del T.).
La bandera yenezolana es amarilla, azul y roja. (N. del T.).

B Las causas de la capitulación de Miranda no son las indicadas por

la autora ya que el Dictador tenía un ejército muy superior en número al de Monteverde. En aquella época, Vasconcelos ya no era Capitán General y había abandonado a Venezuela. La capitulación fué firmada con Monteverde. (N. del T.).

Bolívar, casi solo entre todos, pensaba en comenzarla seria-

Ejercia un gran ascendiente sobre los que se le acecaban. Lleno de dignidad, sus manera llevaban el sello de la decisión y de la firmeza; su voz, generalmente suave y velada, se hacia vibrante y sonora en el mando. Tenía la cara alargada, la frente alta, precozimente arrugada, el pelo negro. Su mierada, soñadora y melanofilica, es animaba a veces de un brillo fulgurante y poseía un raro poderío de atracción. Su vida le pertenecía y podís dedicarás enteramente a su obra. Casado primero con una joven española de una gran belleza era visido en acuella efosea y no tenía otra familia sino la Patria.

Cosa singular, mientras los realistas enviaban a Miranda a España, libertaban a Bolivar, su más ardiente enemigo, que habían tomado prisionero en Puerto Cabello <sup>1</sup>. Este abandonó a su país donde ya no se combatía y se trasladó a Nueva

Granada donde se luchaba aún.

Se puso inmediatamente a las órdenes del general Nariño que alli hacia campaña, le prestó servicios, le intereó por la auerte de Venezuela, acabando por obtener de él una ligera subvención y el permiso de levantar mil voluntarios en territorio grandino.

Al frente de este grupo armado, Bolívar no vacila en marchar sobre Venezuela. Cruza los Andes de Trujillo y llega ante Mérida de la cual se apodera y donde establece su cuartel

general.

Briceño, uno de sus tenientes, había lanzado una proclama
prometiendo el grado de capitán en el ejército nacional y una
cantidad de sesenta piastras a todo combatiente que le presentara veintícinco cabezas de españoles <sup>2</sup>. Desaprobado, después degradado no ru iefe, cayó entre las manos del enemigo

<sup>1</sup> Esto es inexacto: Bolivar no fué tomado prisionero cuando perdió la plaza de Puerto Cabello confiada a su mando por el general Miranda.

<sup>2</sup> En realidad Briceño había prometido el grado de capitán al que le trajese 50 cabezas de españoles, sin fijar ninguna recompensa monetaria. Además, no se contaba por piastras sino por peson. (N. del T.).

y fué fusilado, pero no solo, porque otros patriotas absolutamente inocentes de sus actos, compartieron su suplicio.

Bolívar, indignado de este último hecho, proclamó la guerra a muerte, y, seguido de sus mil hombres, cuyo número crecia poco a poco, casbó la conquista de las provincias de Mérida y Trujillo, derrotó a los generales Ezquierdo y Monteverde en una batalla sangrienta, bombardeó las ciudades de Valencia, Puerto Cabello, La Guaira y entró con la espada en la mano en Caracas donde sus partidarios felices y orgullosos de aus éxitos le otorgaron el tírulo glorioso de Libertador de la Patria.

Los Jefes españoles mientras tanto se habian retirado precipitadamente a Aragua donde esperaban una ayuda de su gobieron. Habian comprado los servicios de un capirán de guerrilleros nombrado Boves quien al frente de una banda feroz y sanguinaria recorria el país asesinando sin piedad a los desgraciados venezolanos. Durante estas luchas terribles y coticianas más de sesenta mil personas precieron mieralalemente.

En 1816, Boves al frente de un verdadero ejército venció a los patriotas, mientras que el general Morillo enviado de España con cinco mil soldados venía a sustituir a Vasconcelos <sup>1</sup>.

Bolívar, vigorosamente asacado, tuvo que ceder ante tamalas fuerzas. Obligado a huir, dispersó a los pocos amigos que le permanecían fieles y emprendió de nuevo el viaje a Colombia. Llezado a Bogosá prosiguió sus trabajos que tendian sin cesta a libertar a su país.

Una nueva recluta fué hecha por obra siya y cruzé una vez más la frontera. Completamente derrotado en el paso del río Apure, la mala fortuna no pudo triunfar sobre su valor. En 1818 lo encontrámos de nuevo en Angotura, asidado a un Congreso, donde fué decidido que Venezuela y la Nueva

<sup>1</sup> Boves murió en la batalla de Urica en 1814. Morillo llegó a Venezuela en 1815 con 15.000 hombres. Vasconcelos había dejado la escena venezolana desde hacía varios años. (N. del T.).

Granada formarían de aquí en adelante un solo Estado bajo

el nombre de Colombia 1.

Fué elegido Presidente de este Estado. Reuniendo immediatamente voluntarios, cruza los Andes, entra en serritorio granadino, encuentra alli un cuerpo enemigo y lo derrota en Boyack, El Viersy, entonces en Santa Fe de Bogosti, es apersura a evacuar aquella ciudad en la cual el Libertador hace su entrada, precedido por las aclamaciones populares, en 1819.

Un periodo de negociaciones sucede a tantos trastornos Morillo, constantemente obligado a estar sobre cuidado, haco concluido un armisticio de seis meses con los beligerantes. Hábiendo expirado este plazo, se resmudó la guerra con enegolas dos partidos experimentaban el desco de acabar con ella: un comhate sumemo se acercaba.

Se verificó en 1821, en las regiones montañosas de Cara-

bobo, a algunas leguas al Sur del lago Tacarigua. Bolivar, poderosamente secundado por su heroico teniente Páez, y apoyado por un regimiento inglés veniedo de Trinidad, dió el último golpe al poderio español en Colombia <sup>2</sup>.

Venezuela y Nueva Granada estaban libres, Pero la metrópoli hacía pesar aún su yugo sobre el Ecuador y el Perú donde

los criollos eran tratados con el último rigor.

Pensó Bolívar que su tarea no estaba terminada. Reuniendo a sus valerosos soldados y seguido por uno de asu más atresto compañeros de armas, el general Sucre, no vacila en marchar sobre Quito para libertar las poblaciones ecuatorianas. Alemanos sobre Quito para libertar las poblaciones ecuatorianas. Alemanos el al enemigo sobre los flances escarpados del Pichincha, entabla la batalla en sesuida y lo derrora <sup>3</sup>.

El combate fué decisivo. En la imposibilidad de resistir a esta agresión, el Capitán General firmó una capitulación s

Estos años de la vida de Bolivar han sido casi completamente pasados por alto por la autora. (N. del T.).

dos por alto por la autora. (N. del T.).

2 No se trata de un regimiento venido de Trinidad, sino de la famosa
Legión Británica que ya actuaba desde tiempo atrás al lado de los pa-

triotas. (N. del T.).

B La batalla de Pichincha fué ganada per Sucre solo. (N. del T.).

<sup>4</sup> La capitulación fué firmada por el Virrey del Perú, Aymerich. (N. del T.).

destinada a cambiar el régimen de la antigua colonia española en el de una república independiente, que se unió con la Confederación Colombiana. Páez, uno de los vencedores de Carabobo, fué elegido presidente de los tres Estados reunidos de Venezuela, Nueva Granada v Ecuador 1.

Las banderas españolas ondeaban aún en el Perú. Bolívar, incansable en su obra de Libertador marcha hacia la frontera

El Virrey Canterac la esperaba con nueve mil hombres, bien armados y perfectamente disciplinados. Se encontraron en las Pampas de los Reves. La fuerza moral, el poder del entusiasmo vencieron las cualidades meramente militares y Canterac fué completamente derrotado. Al año siguiente, Bolívar lo atacó en Junín, donde fué batido de nuevo, después en Avacucho, donde el general Sucre lo tomó prisionero con sus principales rivales.

Una resistencia más larga se hacía imposible. Vencidos, completamente desalentados, los españoles abandonaron la antigua tierra de los incas que se había transformado en república peruana. Una estatua fué levantada a Bolivar en la plaza principal de Lima, y le otorgaron solemnemente el título de padre v salvador del Perú.

El Libertador mientras tanto recorría las provincias del Alto Perú. Un Congreso reunido en Chuquisaca proclamó la independencia de estas provincias y su formación en república bajo el nombre de Bolivia, en honor del general Bolivar. Este fué nombrado su protector, con el encargo de darles leyes constitucionales. El 25 de mayo de 1826, presentó su trabajo al Congreso que adoptó las conclusiones. Los peruanos siguieron el ejemplo de sus vecinos y ofrecieron la presidencia vitalicia a Bolívar. Él la rechazó y designó para que le sustituvera en estas funciones, a su amigo v compañero de armas el general Sucre 2. El gran capitán deseaba mucho volver a visitar el teatro de sus primeras luchas va primeras victorias, y salió

<sup>1</sup> Hay aguí un error grave: Páez no fué elegido presidente de la Gran Colombia, (N. del T.). 2 Sucre fué presidente de Bolivia y no del Perú. (N. del T.).

para Venezuela en noviembre de 1826. Fué recibido con el mís vivo entusiasmo y pudo gozar durante algún tiempo de una popularidad universal. Su alta personalidad sin embargo estorbaba ambiciones mezquinas que no podían prosperar a su sombra. Acudieron a su arma ordinaria, la calumnia, interpretaron maliciosamente sus menores actos y lo acusaron por fin de apigrar a la realeza. Estos rumores llegando a su reconocimiento, lo afectaron profundamente. Con el corazón lleno de amargura escribis al Senado en febrero de 1827:

"Sospechas de usurpación tiránica pesan sobre mi nombre y turban el corazón de los colombianos. Yo deseo renunciar a

toda autoridad v volver a ser simple ciudadano".

En 1829, la situación no habia cambiado, y hauta se había agravado. Una convención fue ilamada a preparar una nueva Constitución para Colombia, y Bolivar tomó parte en un principio en sus trabajos. Más y más desilusionado, presento de nuevo su renuncia. Lo instaron a que la retirara; pero esta vez u resolución era inquebrantable y abandomó definitivamente la vida pública con el corazón y el cuerpo quebrantados por el dolor y la enfermedad.

Descando salir para Bogotá, pasó dos meses en Barranquilla, pequeña ciudad que se halla en la desembocadura del Magdalena, sin poder remontar el río. Mientras tanto su vida se agotaba. Llevado a Santa Marta, pequeño puerto situado a orillas del mar de las Antillas, expiró el 17 de diciembre

de 1830 a la edad de cuarenta y siete años.

Es imposible no dedicar un testimonio de simpatia y admiración a este hombre ilustre tan intrépido en el peligro, tan perseverante en la derrota, tan moderado después de la victoria. Había sacrificado su existencia entera a una ideaz romper las cadenas de cinco colonias vasallas y darles con la independencia instituciones liberales, una actividad política real, fecunda, puesta al servicio de la civilización y del progreso.

Soldado valeroso, había triunfado, con sus bandas indisciplinadas, por su heroica tenacidad, de los veteranos del viejo ejército español; hombre de estado, se había visto abandonado por sus amigos, sus compañeros de armas, las poblaciones que lo habian aclamado tan largo tiempo. Es que había concebido para sus compartiotas un ideal social que no podian aplicar ni comprender, al salir de un largo período de opresión. El principio de autoridad estaba implantado demansiado fuertemen en las costumbres para dar lugar sin transición al libre ejercicio de las libertades públicas. Por eso transcurrieron doce asonantes de que recordaran en Caracas al llustre patriota cuyas cenizas decanassaban a lo lejo, a orillas del mar en el humitos que gobierno fue energada entones de trasladar a Venezuela los despojos mortales de Bolivar. Barcos de guerra fueron enviados por las naciones amigas para formar una escolat. Una faran nacional, la "Constitución" fué transformada en capilla ardiente para recibir el atadó.

Los habitantes de Santa Marta conservaron sin embargo el corazón del héroe en recuerdo de la hospitalidad que le habían

dispensade

Los navios se pusiron en marcha al ruido del cañdon, llegando tres diar depués a la vista de la costa vencolana. Desembarcaron el cuerpo en La Guaira y ex oficiales del General lo tomaron sobre sua hombros para transportarlo más alla de la cordillera, eccoluados de cuarenta llaneros a caballo. Lo colocaron en la Catedral de Caracas, donde permaneido varios años. No fué sino bajo la presidencia del general Guzmán Blanco cuando fué trasladado al Panteón Nacional y le erigieron una estatua en su ciudad natal.

Bolívar había sido amigo de Lafayette con quien se carteaba. Tuvo también relaciones de amistad con Humboldt, quien supo

apreciar su alta y noble inteligencia.

Después de la muerte del Libertador, disputas internas y la ambición de los jefes menguaron su obra y la poderosa confederación de Colombia se dividió en tres estados independientes, las repúblicas del Ecuador, Colombia y Venezuela.

Páez, Presidente de Venezuela después de Bolívar, murió en el destierro en 1848 1. Entre todos sus sucesores, Vargas, Fal-

<sup>1</sup> Páez murió en Nueva York en 1873. (N. del T.).

cón y José Gregorio Monagas <sup>1</sup> merecen sobre todo ser mencionados; este último libertó a los esclavos y, por una extraña anomalía del destino, murió él mismo en la cárcel.

Bajo el general Falcón se verificó un movimiento político de grande alcance, la accesión a los negocios del partido liberal, largo tiempo en lucha contra los conservadores u oligarcas. Dos hombres, llamados a ejercer más tarde una influencia considerable en los destinos de la República, Antonio Leocadio Guzmán, ex secretario de Bolívar, y su hijo Antonio Guzmán Blanco, tomaron parte importante en este triunfo, el primero por sus escritos, el segundo por sus éxitos militares. Mientras que uno se servía hábilmente de la prensa para combatir a sus adversarios, el otro se distinguía en la batalla de Sabana de la Cruz, después en la de Santa Inés, donde recibió el grado de coronel. En 1862, dispersa al enemigo en Quebrada Seca. Del 1865 a 1867, llegado a General y gozando de una gran popularidad, dirige virtualmente los asuntos públicos con el título de vicepresidente de Venezuela, bajo la administración de Falcón, retirado al campo. Después de un viaje por Europa v varias peripecias cuvo relato nos llevaría demasiado lejos, llega a ser, en 1871, presidente provisional. El país había sido agitado violentamente por las guerras civiles y se aplicó a hacer desaparecer sus huellas. Renunciando voluntariamente a la magistratura suprema en 1876, salió de nuevo para Europa, dejando como sucesor al general Linares Alcántara. Éste era el jefe del poder ejecutivo en el momento en que desembarcábamos en La Guaira en 1878. Nuestros relatos se refieren, pues, a los últimos meses de su presidencia y a los tres años que la siguieron.

<sup>1</sup> En el orden cronológico hace falta escribir Vargas, Mongadas y Falcón. (N. del T.).

## CAPÍTULO VI

Intilación en el Gras Huttl. — Presentacions oficiales. — Siluación place zeresa de Carcas. — Origen y Propesso de la cinidad — Barco por la ciudad. — La Placa Bolites. — Todogogía Isocal. — Las casa coragirán. — Concertos de de Bers. — Ona experión credita. — El rudo vinie que acabábarmos de hacer a través de la Cordi-

llera había agotado nuestras fuerzas, y el dia de nuestra llegada no salimos del Gran Hotel. El dueño de este establecimiento, el señor Lange, había puesto a nuestra disposición un apartamento que, aunque muy sencillo, nos parecia agradable, ancho y espacioso, en comparación con los estrechos camarotes del "Saint-Germain".

Cenamos en mesa redonda, para ponernos lo más pronto posible en la corriente local.

La comida se componía de una gran variedad de manjares, la mayor parte de los cuales nos eran conocidos.

a Calygo por conservative de la conservación de la

dientes blancos al alargarnos los platos.

Mientras tomábamos el café, algunos venezolanos, todos generales o doctores, nos fueron presentados. No hablaban sino español, idioma que en aquel entonces comprendiamos muy

imperfectamente. Advertimos sin embargo basta qué punto la propronuciación es colonias, se suaviza al perder sus sonidos guturales. All alteran no sólo el sentido de ciertas palabras, ora restrugillo ara generalizado, sino que crean también muchas expresiones nuevas que se refieren a hechos o usos locales.

En el momento en que ibamos a retirarnos, recibimos las feliciaciones de un personajo oficial, el soño general don que ocupa un puesto importante en el Ministerio de Hacienda Vivia en el Grand Horel, y sus atribuciones, no la hacienda que dirigia, le pesaban grandemente. Parece que tales empleos en la América del Sur no constituyen sinecuras y requieren los miramientos más sabios. Sea lo que fuere, don ... se mostró may amable y se ofreció para llevarnos a visitar al día siguiente las curiosidades de Caracas, lo cual aceptamos con agradecimiento.<sup>3</sup>

A la mañana siguiente temprano un alegre rayo de sol, penetrando hasta montros, disipó nuestro suño. Mientras no arregilibarnos, abrimos nuestras ventanas por las cuales entro una corriente de aire fresca y pura que nos rotanimo competamente. Como las casas en Caracas son generalmente muy bajas, abarciabarnos desde el primer piso de nuestro Gran Hotel un panorama inmenso que nos permitió apreciar la situación vertaderamente injutoreses de la capital de Venezuela. Mirando

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> "La Opinión National" del 26 de apreto de 1878 publicó la siguiente genellia "Llagó el sisable en el Saint-Germán y está y sen Cracas el Sr. de Tallemy, encargado de negecios de la República francesa en Venerucia. Al liegra del Gran Morte, donde morte al Ministro de Hacienda, Sr. Gral, Josquia Diaz, éste le envié en adutaciones con el atento chrecimiento de un servicios personales, cer. El atena de caballectroido del logo corrieramento del Sr. Ganceal Diaz para delle las grecias, extraindes frances de reciproca cordialidad y consideración. Tenemos entendido que entre el nurvo ministro de Francia; y el supremo magistrado de Venezucia, que hallas en esto momentos ausente de la capacida, se cambiaren recuisio elegráficos de atento salodo. Environ al Sr. de "falleary nuervo ministro de francia policia de la compania de la falla y fuerta pro-asjes telegráficos de atento salodo. Environ al Sr. de "falleary nuervo momento a farentina, dias de bienesar virualitada", (N. del T.).

hacia el Norte, divisábamos la Cordillera, conocida aquí bajo el nombre de Sierra del Ávila, que forma una linea magnifica entrecortada de barrancos, masas de árboles, torrentes, declives herbosos, rocas desnudas, todo de un color de oro viejo, que se tiñe de púrpura en ciertas horas y se mancha aquí y allá con pequeñas nubes aisladas de un blanco azuloso, inmóviles sobre las altas cimas.

Dirigiendo la vista hacia el Sur, se presenta a una distancia bastante grande otra cadena montañosa menos imponente, más cubierta de montículos, al pie de la cual corre un río impe-

tuoso, el Guaire, bordeado de cultivos y pastos.

Entre estas dos barreras naturales, dispuestas paralelamente v dirigiéndose del Este al Oeste, se prolonga el espléndido valle de Chacao cuyo suelo muy arcilloso y lleno de parcelas, de gneiss, bastante alto en la base del Ávila, se hunde de declive en declive hasta el Guaire.

En estos declives, surcados por tres ríos tributarios del Guaire, se levantan las blancas casas de Caracas entre las cuales se destacan los penachos de algunas palmeras o las formas esbeltas de grandes sauces que se parecen a álamos, muy comunes

en el valle, cuyo aspecto es de una rara elegancia.

Caracas data de mediados del siglo XVI. Algunos ranchos o establecimientos agrícolas fueron fundados en aquella época, cerca del Ávila, al Norte de la ciudad actual. Los primeros habitantes no tenían como recurso sino el ganado que habían podido salvar de los ataques de las tribus indias, los productos de la caza y la cosecha de algunas plantas alimenticias indígenas, que cultivaban alrededor de sus ranchos. Acampaban realmente en el desierto, no manteniendo más relaciones sino con los colonos de La Guaira.

Poco a poco se formaron dos calles en dirección de Norte a Sur. El dinero faltaba a los colonos. Lo suplían sirviéndose en sus intercambios de las perlas recogidas en las costas de la isla Margarita.

Los magistrados que componían el Cabildo intervenían además en las transacciones comerciales y habían fijado a treinta por ciento la ganancia de los importadores y a veinticinco por ciento la de los revendedores o detallistas, lo cual, a decir verdad, debía dejar a los consumidores pocos fondos disponibles.

Un filibustero inglés, Amyas Preston, entregó a Caracas al pillaje en 1595. Cinco años más tarde, se introdujeron los primeros esclavos negros, y los trabajos agrícolas empezaron a tomar más extensión.

La vida caraquefia en el siglo XVII era poco variada y se animaba apenas en los días de corridas de toros o cuando se trataba de festejar a San Jorge, San Sebastián, San Pablo o San Mauricio, los patronos de la ciudad colonial. Un terremoto la daño grandemente en 1641 y otro la artunió casi por entero,

según lo hemos dicho va, en 1812.

En la época actual, Caracas ocupa una superficie de tres millones seiscientos mil metros cuadrados, comprende 8194 casas y 57.638 habitantes. La temperatura es en promedio de 13º R. y varía poco. Las lluvias son abundantes, particularmente de mayo a noviembre.

Deseábamos vivamente empezar nuestras excursiones y nues-

tro anhelo fué satisfecho plenamente.

Mientras nos preparaban una taza de cacao acompañada de rebanadas de pan con mantequilla de coco, el general don...

vino a recordarnos el compromiso de la vispera.

Salimos, aprovechando la frescura de la mañana y una brisa ligera muy agradable que soplaba del litoral. Era un domingo; de modo que la ciudad parecia alegre y animada; unas negras con trajes de algodón, señoritas en mantilla, iban a las iglesias cuyas campanas repicaban. El europeo con sombrero de copa alta y levita se cruzaba en las calles con el indio color de bronce, vestido con pantalón de cutí y una camias coloreada; mulatas charlaban entre si, ajustando a sus hombros sus largos pañolenes negros, y toda esta gente nos examinaba de para cabeza; los oiamos repetir: "juon extranjeros, franceses, llegaron anoche! que simpáticos!"

Llegamos así al corazón de la ciudad, es decir, a la plaza

Bolivar.

Este parque dedicado a los héroes de la Independencia está rodeado por hermosos caobos sobre cuyos troncos florecen en

mayo espléndidas orquídeas y particularmente la Cattleya gigas, llamada aquí "flor de mayo" 1. Es de forma cuadrada y distribuído en graciosos parterres bien dibujados entre los cuales se han trazado anchas alamedas. Había fuentes más o menos monumentales en las cuatro esquinas del parque cuando nuestra primera visita a Caracas. Desde entonces han sido sustituídas por estanques elegantes con surtidores rodeados de magnificas maras de bambú.

En el centro de la plaza, dominándola de bastante alto, se levanta la estatua ecuestre de Bolivar. Esta hermosa obra de arte, encargada bajo la presidencia del general Guzmán Blanco a un escultor bávaro, fué vaciada en Munich e inaugurada en 1874. Es de bronce y aunque un poco exagerada en algunos de sus detalles, ofrece un conjunto imponente. Bolivar està representado conteniendo con una mano un caballo fogoso que se encabrita bajo su jinete, v extendiendo la otra mano para saludar la multitud. Su cara es noble y severa. Un largo manto de pliegues flotantes al viento cubre en parte su uniforme de batalla. Es el Libertador ya triunfante que rinde homenaje a la Patria, después de la victoria.

Decíamos que la plaza Bolivar está en el corazón de la ciudad. De ahí en efecto parten cuatro calles principales o avenidas, designadas según los cuatro puntos cardinales y formando una cruz perfecta. Las calles intermedias, es decir, las que están situadas entre los brazos de esta cruz, se indican por números precedidos de las palabras Norte, Sur, Este, Oeste, según su dirección. De tal modo que al abandonar una avenida principal, la avenida Norte, por ejemplo, todas las vías de comunicación situadas al Este de esta avenida están clasificadas con números impares, según su distancia: Norte 1, Norte, 3, 5. 7. etc.: las que están en el Oeste de la misma avenida, por números pares: Norte 2, 4, 6, etc.

Este sistema de topografía urbana bastante usado en América, presenta algunas complicaciones para los extranjeros quie-

<sup>1</sup> El nombre latino de la "flor de mayo" es Cattleva Labiata (Pittier: "Manual de las plantas usuales de Venezuela"). (N. del T.).

nes, después de haberlo entendido, todavía no están exentos de tribulaciones. Se trata además para ser iniciado completamente a los usos locales de saber lo que es una esquina.

Hemos dicho que las calles se cortan en ángulo recto y se dirigen paralelamente de Norte a Sur, de Este a Octeto. Los grupos de casas que las bordean forman espacios cuadrados o cuadras, cada lado de los cuales tiene un promedio de cincuenta metros de longitud. El sitú en que cuatro cuadras constituyen los cuatro ángulos de dos calles que se cruzan es una sequina y. Heav un nombre particular, completamente arbitrario, que no tiene ninguna relación con el sistema. Se concibe desde entonces que huce falta algún tiempo para saber adónde se va, o por lo menos adónde se debería ir, en una ciudad como Caracas.

Las casas no tienen generalmente sino una planta baja v nunca más de un piso. Su interior está dispuesto según la moda española: un corredor que da acceso a dos patios rodeados de una galería con columnas, a los cuales dan las puetras de los varios apartamentos; depués un segundo corredor que lleva al corral donde están ubicadas las cocinas, las, despensas, los cuartos de los criados. Los patios extán adornados con plantas, poblados de pájaros y engalanados a menudo con un surtidor de estilo morisco.

Después de la cena, es decir, a la noche cerrada, volvimos al mismo parque para escuchera algunos troros de música ejecutados por músicos de la guarnición. Estos no se distinguían por os vesido. Eran pobres negros, sin uniforme, apenas vestido, esta pobres negros, sin uniforme, apenas vestidos apoplaban con aire atomatodo A fagunas lueses brillaban en las ventanas de la casa amarilla que ocupa uno de los lados de la ventanas de la casa amarilla que ocupa uno de los lados de la plaza y es residencia oficial del presidente Alcintaria. Esta funcionario estaba sentado en su balcón con su esposa y de alla assistía al concierto. No lo veiamos sin embargo sino yea.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> La banda actual, formada según las órdenes del presidente Guzmán Blanco y colocada bajo la dirección inteligente del Sr. Sucre, no es de comparar con la mencionada anteriormente.

mente, a la luz vacilante de las lámparas de petróleo que

iluminaban débilmente la calle.

La noche era magnifica, millares de estrellas centelleaban en el cielo, y un viento suave y tibio nos traís de paso el perfume de las flores. La plaza Bolivar, llena de gente, presentaba una mezcla de razas, tipo y vestidos muy estraños. Las estraños caracterias, llevando trajes vistosos, con la cara enmarcada en una bonita mancilla graciosamente levantada sobre la nuca, caminaban en erupos de tres o cuatro dándose el brazo y charlando entre si. Casà todas cara de estatura media y tenían lo rascos delicados y resulares animados por bellos ojos negros llenos de viveza y dubatura.

Desgraciadamente hacen desparacer toda la finura de su rostro encantador bajo espesas capas de colorete y polvos de arrox. Hista se encuentran a veces nifias de siete a ocho años ridiculamente manuilladas hasta el blanco de los ojos. Los necros han creido deber adontar este uso y no es raro ver jóvenes negras con los hombros y los brazos codor de ébano, mostrar una cara cenicienta toda manuillada con una cara

espesa y pegadiza de polvos de arroz.

Los bancos de piedra, dismuestos aout y alfá bajo los árboles, estaban ocusuados por neeror debarranados; jóvenes de pie e estaban ocusuados por neeror debarranados; jóvenes de pie e inmáviles, formaban una doble hilera nar ver pasar a las señonos políticos graves y reservados platicaban misteriosamente nos políticos graves y reservados platicaban misteriosamente en la sombra, y por encima de los ruidos de pasos y voces se oían por momentos las notas idecantes de la banda que tocaba por deber ve can toda concluencia de la diciolínia.

En la multitud de los elesantes se advertían de vez en cuando entre los sombreros de felter y los panmá, algunos sombreros europeos de copa alta. No son conocidos en Venezuela sino desde hace unos viente años; la senación que produjeron a su primera aparición fué inmensa. Se introdujo desde luego el sombrero de resortes que los primeros dueños tentían place en hacer foncionar. De modo que los negritos persiguieron en las calles a los que se atrevieron primero a llevarlos, gritando a voz en cuello: "¡Pum-pá! ¡Pum-pá!", por alusión al ruido que resulta de la tensión repentina de la tela del sombereo desplazada por los resortes. El nombre es ha hecho popular y hoy día aún una de las grandes sombrererias de Caracas ¡Leva por letrero: "La Rosa y el Pum-pá".

## CAPÍTULO VII

Una viilta a la Casa Amerilla. — Escuritón for el campo. — Terremotoj.

y croibene; — La Toma de Agua. — Bi el bosque. — Plotata indigena. —
y croibene; — Lu Via alumero sobre la birba. — Incidente desagradalie. —
La rosa de las montaña. — La oneción de San Pablo. — El caballo del diablo. — Una lluvía tropica.

Los cambios repentinos de fortuna, que ponen de pronto de relieve individualidades de la condición más humilde, no son

raros en Sur América.

El presidente Linares Alcántara, bajo cuya administración empezblamos nuestras excursiones en Veneruela, es un ejemplo de ello. Nacido en el hermoso valle de Aragua, de madre de origen africano, ejercia en su juventud la profesión de cestero. Era uno de los cazadores más atrevidos del país, insensible a las privaciones y a la fatiga. Las guerras civiles lo atranacion de su pueblo para hacer de él un soldado. Pasando de grado en grado, no habia tardado en adquirir una gran notoriedad, y había sido designado para la presidencia después de la salida a Europa del general Guzmán Blanco<sup>1</sup>.

Tuvimos la oportunidad de serle presentados dos días después de nuestra llegada a Caracas. Nos recibió en la Casa Amarilla.

<sup>1.</sup> El presidente Francisco Linarra Alcintara no era de humide condición como lo dice la autora. Era hijo del general Francisco de Paula Alcintara. (Vetae "Rasgos biográficos del general Francisco Linarea Alcintara" (de El Zancudo, Nº 9) en "La Opinión Nacional" del 3 de abril de 1877). (N. del T.).

La residencia presidencial es una hermosa casa de un piso, de proporciones regulares, cuvas ventanas, en número de doce, dan a la plaza Bolívar. Las seis ventanas superiores están adornadas con balcones de hierro y coronadas por una cornisa encima de la cual, en el centro, se levanta un medio punto en forma de concha que lleva las armas de Venezuela. Lo mismo que todas las residencias de Caracas, tiene su patio hermoseado por un surtidor, sombreado de plátanos magníficos. Nada hay más gracioso, más fresco v más verde. Fuimos recibidos en un pequeño salón del primer piso, amueblado con bastante lujo pero sin demasiado buen gusto. El presidente estaba de uniforme y tenía dos de sus edecanes a su lado. Era un hombre joven aún, de estatura elevada; aunque mulato, tenía las facciones finas y regulares. El pelo un poco crespo revelaba la presencia de la sangre africana; si no, se le hubiera atribuído más bien un origen indio. Estaba casado con una mujer joyen y encantadora, perteneciente a una de las antiguas familias españolas establecidas en el país. Se la mencionaba por su belleza y distinción.

De vuelta al hotel nos encontramos con un antiguo conocido, el Sr. de S. . . secretario de la Legación de España, a quien habíamos visto en Roma algunos años antes. Estaba en Caracas desde hacía un mes y la había explorado en todos senidos. Nos propuso una excursión para la mañana siguiente, hasta el borque de Catuche, cruzado por el pequeño rio del mismo nombre. Aceptamos con gusto y al día siguiente temprano nos poníamos en marcha seguidos por un burro apacible carado de viveres, escoltado por dos neeros con cara radiante

de alegría.

Ibamos hacia lo alto de la ciudad, con nuestras cajas de herborizar a la espalda, aspirando el aire fresco de los montes y

felices de ir a ver de nuevo la naturaleza en su casa,

Llegamos así ante una pared de adobe, horsadas por un bueco cuadrado de un metro de ancho por dos de alto: aquí, la ciudad; más allí, el campo. Pasibamos sin transición de la animación a la soledad; de los grupos aprestados de edificio la llanura inculta crizada de matorrales, de plantas entremezcladas de zarza v mazos de flores. Los alrededores de Caracas, del lado del Ávila o de la cadena costanera, tiene muchos barancos. Los terremotos han agrietado fuertemente el suelo arcilloso del valle, y las aguas, abriendo más aún estas grietas, han formado verdaderos precipicios de más de 200 pies de profundidad, anchos en proporción, prolongándose en enormes surcos o quebradas, a grandes distancias. Varios de estos valleciosa, que dominan a pico cueras casi perpendiculares recortadas de una manera extraña, se extienden hasta la capital, de donde se pueden ver, al lado de calles concurridas, hundimientos repentinos, llenos de una vegeração crubestares.

Seguimos primero una senda estrecha formada en la cresta de uno de estos precipicios. Después de algunos minutos de camino, divisamos un vasto cercado rodeado de murallas. Nos creimos primero ante un cementerio, y admirábamos va su situación tan poética en medio de las soledades y en la linde de los bosques, cuando un hombre que nos había visto llegar se presentó y nos abrió la puerta. Vimos entonces extenderse ante nosotros una bella sábana de agua cuya superficie, brillante de luz, estaba levemente rizada por la brisa matinal. Era un depósito de agua o Toma de Agua, destinado al abastecimiento de uno de los barrios de la ciudad. Este trabajo hermoso, debido al general Guzmán Blanco, presentaba grandes dificultades y honra a su autor. Las aguas en referencia son llevadas a la parte Norte de Caracas. Provienen del río Catuche v son claras, transparentes, de un excelente efecto higiénico atribuído al hecho de que, en todo su recorrido, corren sobre raíces de zarzaparrilla. Las prefieren mucho a las otras fuentes que alimentan a Caracas, de las cuales tendremos la oportunidad de hablar más adelante.

Siguiendo nuestra excursión, vademos el río Catuche saltando de peña en peña, y nos encontramos en pleno bosque. El contraste cra violento: una semi-oscuridad sucedia a los vivos resplandores de la llanura; una humedad fría y penetrante, a los ardores del sol. Por doquier había grandes árboles de ramas poderosas cargadas de orquideas con largas hojas en forma de sable con flores estupendamente variadas: lueco cables floridos formados de lianas, espesas cortinas de enredaderas rodeando los matorrales, colegando sobre las orillas, engalanando los viejos troncos musgonos: ¿Cómo describir este mundo de vegetales, este asalto al espacio por estas masas de vegetación, estos insectos sumbantes, estos pájaros de alegre plumaje, esta maraña de cosa vivas siempre en acción, subiendo del suelo hacia el ciclo azul!

Nos acontumbramos al espectáculo de la naturaleza. Nos es revelado poco a poco, mientras pasamos de las vagas impresiones de la infancia a las sensaciones más vivas, pero ya familiares, que nos bace experimentar en la eda viril. Si nuestras iniciación al mundo exterior, con pleno entendimiento, fuera subitienta; si pudiéramos ses transportados de repente a testera, contempliadola por primera vez, 1con qué arrobamiento admirariamos los cuadros epidendidos que nos presenta, como nos sentiriamos conmovidos hasta el fondo del alma ante esta mercla armoniosa de gracia y elegancia, de fueras y hermosural

La grandeza sombria y solemne del paisaje que nos rodeabael ruido del viento entre las hojas, el murmullo de las aguas, el perfume embriagante de las flores, todo este conjunto poético y encantador nos había hecho silenciosos y soñadores. La senda por la cual nos habíamos internado, la sola que fuera marcada, se perdia muchas veces en los musgos y los helechos. Gruesas matas floridas, rocas, troncos derribados nos impedían pasar a menudo y no avanzábamos sino difícilmente hacia el interior del bosque. Volvimos a ver por fin el río Catuche, pero el hermoso pequeño río, tan apacible en la llanura, formaba aqui un torrente impetuoso, corriendo con fragor entre enormes piedras, sacudiendo las hierbas y las ramitas que obstruían sus orillas. Entre las plantas raras que se extendían a nuestro alrededor, notamos el guaco (Mikania Guaco), el famoso antídoto de los ríos del Orinoco y del Cauca contra el veneno de las serpientes más venenosas. Su acción, según el decir de los habitantes del país, es hasta preventiva. Para estar al abrigo de cualquier peligro, en caso de tropezar con un reptil, bastaría según la tradición beber todas las mañanas durante quince días una infusión de guaco. Los indios llegan a inocularse en

la muñeca algunas gotas del líquido y se pretende que pueden arrostrar por lo menos durante un tiempo, a consecuencia de esta operación, los colmillos acerados del más terrible crótalo.

Observamos también en el mismo sitio el Onoto (Bixa Orellana), árbol de dimensiones medias que da un hermoso color grana. Esta tintura se obtiene con las frutas, especie de bayas morenas del tamaño de un hueso de cereza. Se recolectan en cierta época v se les echa en agua hirviente. Se necesita medio litro de agua por cinco libras de bayas. Éstas se abren bajo la acción del calor, el agua se espesa poco a poco y cobra un hermoso matiz rojo, que no se trata más que de utilizar. Parece que se sirven de él sobre todo para teñir cobijas o ponchos, mantos redondos de lana con hendidura circular para pasar la cabeza, muy usados en toda la América ecuatorial. Los indios del interior tiñen con onoto las plumas de su tocado y lo emplean para tatuarse el cuerpo. Las mujeres caribes fabrican con él brazaletes para adornar sus brazos y tobillos.

La planta en ciertas poblaciones lleva el nombre de "achiote" o de "Roceu". Tiene algunas cualidades medicinales; está considerada particularmente como específico en los casos de disenteria. El mejor remedio contra esta enfermedad, tan frecuente en los países cálidos, es sin embargo la raíz del "simaruba" (quassia) recomendada por todos los médicos de Caracas. No se encuentra desgraciadamente sino en el Sur del Orinoco, durante el invierno solamente. Los indios Pariagotos cuva tribu recorre las riberas del río Caura abastecen de ella a Ciudad Bolivar en cambio de algunas piezas de tela. Llaman esta planta achecchari. La palabra "simaruba" es de origen caribe.

Al cabo de una hora de camino y después de cruzar varias veces el Catuche, llegamos a una especie de claro donde hicimos alto para almorzar. Este claro, llamado aqui los Mecedores, está rodeado con árboles seculares que proyectan su sombra sobre la hierba verde: los árboles están enlazados unos con otros por gigantescas lianas, algunas de las cuales forman columpios naturales, lo cual valió a esta localidad la denominación que le fué dada.

Nos instalamos al pie de una roca saliente por encima de

una alfombra de musgos y licópodos, después nos pusimos a sacar las provisiones mientras que nuestro bondadoso burro, sacudiendo sus largas orejas y agitando vigorosamente la cola, iba a pastar los retoños y revolcarse sobre el suave césped.

Nuestro apetito era formidable de tal modo que atacamos el almuerzo con alegría y entusiasmo. De repente uno de nues-

tros negros gritó: "¡Una culebra, una culebra!"

Vimos en efecto una serpiente de un metro y medio más o menos rodando desde las rocas vecinas y haciendo esfuerzos inauditos para agarrar de paso una rama o una mata cualquiera con el objeto de evitar la caída.

Acabó por caer en el torrente donde nuestros hombres muy excitados le machacaron la cabeza a pedradas. Fueron después a buscarla con toda especie de precauciones y la colocaron sobre

la hierba cerca de nosotros.

Era un crótalo, pero adolescente aún porque no tenía sino tres cascabeles al extremo de la cola.

todo peligro.

Parece sin embargo que hay algunos individuos particularmente favorecidos a quienes este santo patrono otorga el privilegio especial de neutralizar los efectos del veneno. Estos curanderos son muy venerados entre sus compatriotas y pronto su tama se extiende de un pueblo a otro. De alli resulta que si un peón, al recorrer el bosque, es mordido por una serpiente, envía immediatamente un mensigero al operador más vecino, suplicándole venir a recitar a su cabecera la Oración mágica. Este no siempre se molesta y a veces se contenta con dar su sombrero al mensagero, encomendándole aplicarlo sobre la heriad mientras que el enfermo recita con devoción la Oración de San Pablo. Parece que hay casos de curación; pero como se colocan catandamas de hierbas diversas sobre la litera al mismo tiempo que se repite la oración del Santo, resulta bastante dificil determinar cuál de los dos remedios es el más eficaz.

Nuestro crósalo, al torcerse sobre los fiancos de la roca, nos habis hecho descubir una flor espléndida de corazón rosado pálido rodeado de pétalos de un rojo vivo. Esta flor, llamada aquí "Rosa de la Montaña" (brownea coccina) tiene la forma y el tamaño de tres alcachofas reunidas. Crece sobre un tallo recto en medio de hojas verticales terminadas en punta. Uno de los negros cruzó el torrente, subió sobre la ribera opuesta y consiguió, no sin mucho trabajo, coger esta hermos flor que nos trajo triunfalmente.

Examinándola de cerca, su belleza nos llamó todavía más la atención. Se notaba una gradación de matices del rosado más pálido a la púrpura más viva de una armonía exquisita. Esta planta debe ser bastante rara en Venezuela, porque desentonces no la volvimos a ver sino una sola vez en San Esteban, cerca de Puerto Cabello donde un cazador nos la presentó como un obieto interesante v curioso.

No abandonamos los Mecedores sino bastante tarde porque

estábamos ocupados en llenar nuestras cajas con plantas, insectos y mariposas.

Hacia las cinco de la tarde, gruesas nubes negras, amontonándose sobre el firmamento, nos decidieron a marcharnos y a tomar de nuevo el camino de la ciudad. Mientras andábamos, nos encontramos otra vez con el guardián de la Toma de Agua. Tenía en la mano un gran insecto desmesuradamente largo y delgado, que movía las patas como un desesperado. Era el "caballito del diablo", bastante común en América, cuyas formas extrañas parecen casi incompatibles con una organización vital regular. A nuestra entrada a Caracas, llovía a cántaros. Es necesario haberse encontrado bajo un chaparrón tropical para formarse una idea de él. Es un diluvio, una serie de cataratas, una tromba acuosa que lo barre todo a su paso. Calados hasta los huesos, en medio de las calles transformadas en ríos, no teníamos más remedio que refugiarnos en la primera casa que se presentara. La casualidad nos sirvió a maravillas porque nos llevó a la morada de los

A..., honrada familia inglesa establecida desde hacía largo tiempo en Venezuela, con la cual cultivamos más tarde agradables relaciones. Nos rodesmon con gran solicitud y nos prodigaron mili pequeños cuidados llenos de amabilidad.

De este modo esperamos bastante alegermente el fin del aguacero y luego de agradecer a nuestros huéspedes su encantadora hopritulidad volvimos al hotel donde, depués de cambiar nuestros vestidos, no conservamos más que excelente recuerdos de nuestra excursión al boque de Caruche.

## CAPÍTULO VIII

Una corrida de toro. — El juego de ciutat. — El Hipódromo de Caráctat. — La riña de gallot. — Golorina Iocales. — Rergos de caráctes. — El Municiplo. — El Capitolo. — El Parque Guernán Blanco. — La Universidad de Caracat. — El Musto y la Biblioteca. — El Salón Académico. — La Guerrá de Bellas Artes.

Los días siguientes fueron dedicados a hacer visitas y recibilas. Trabanos conocimiento, entre otras personas, on los miembros del cuerpo diplomático acreditado en Venezuela. Uno de ellos nos convidó a sastier a una cortida de toros que había de verificarse en plena calle el domingo siguiente delante de su casa.

Encontramos en la residencia de la legación, en el día fijado, una reunión numerosa y brillante. Algunas señoras en traje de gala ocupaban las ventanas; sus parejas, formando grupos,

charlaban con animación en el interior del salón.

Esta separación de los dos sexos, excepto en las veladas

Exta separación de los dos sexos, excepto en las venaisa ballables, está conforme con los usos venezolanos. En rodas las reuniones, las señoras se colocan invariablemente en dos circulos, uno de los cuales comprende las mujeres casadas y el otro, las muchachas. En cuanto a los hombres, están en todas partes, en el patió, o en un pequeño salón anexo a la sala de recepción o de pie en las puertas, con los ojos fijos sobre los dos circulos mágicos, a los cuales ninguno de ellos, sin embargo, excepto raras excepciones, se atreve a aproximarze demasiado. Resulta de ello que la conversación falta casi completamente en la sociedad local. Las señoras, entregadar a si mismas, hablan de modas, vestidos y otros pequeños detalles de la vida doméstica; los caballeros, retirados en un rinción, se ocupan de política o de negoción. Cuando salen de su reserva, con motivo de un vals o de una políta, tratan a sus graciosas compañeras con la condescendencia familiar que se tendría para los miños, llamindolas por su nombre, haciendoles degios de una exegeración ridiculas. Un poso más de contacto, y aprenderían a conocerse mejor, apreciarse mejor y manifestane más atenciones y aprecio.

Pronto empezó la fiesta y vimos aparecer algunos hombres a caballo, en mangas de camisa, persiguiendo a grandes voces unos apacibles rumiantes que excitaban poco a poco, los cuales en su azoramiento acababan por dar algunas cornadas y lanzar algunas coces. Se trataba para los caballeros de agarara uno de los toros por la cola, y gracias a una rápida torsión de ésta, derribar el animal. Dan pandilla de negritos que chillaban, saludian sus harapos, seguía el grupo ecuestre, blandieno largas hojas de plátanos a manera de estandartes. El espectáculo era bastante alegre, la calle estaban en el composição de conserva en consultadas con banderas venecolanas y extranjeras, entremezcladas con guirnaldas, y el todo presentaba una variedad ecolores que, bois este cifeo azul dedumbraba la vista.

Más interesante que el tumulto que acabamos de describir es la corrida de cintas que se verifica con motivo de las fiestas

parroquiales.

La calle recibe el mismo decorado que para la soleminidad anterior; sólo que, de trecho en trecho, se extienden cuerdad a cierta altura, de una casa a otra. De estas cuerdas cuelgan cintas de diversos matices, cuya extremidad flotante lleva un anillo de cobre.

Se da una señal al extremo de la calle. Algunos caballeros, armados cada uno con una espada ligera, parten a gran galope de sus caballos cubiertos con elegantes caparazones. Sin disminuir la velocidad de sus movimientos se esfuerzan por pasar

la espada en uno de aquellos anillos y llevarse una cinta con-

quistada con habilidad al extremo de su arma.

Este juego, muy animado, tiene su lado amable y galante. Cuando un joven llega a ser feliz poseedor de una de las cintas, se acerca, mientras hace piafas su caballo, a las ventanas de las casas vecinas, llenas de preciosas señoritas de ojos negros, y hace el homenaje de su trofoe a la más hermosa. Esta le da en cambio algunas flores que ata al pomo de su saila ve con las cuales adoras su valiente correel.

El más hábil de los justadores, el que se llevó más cintas, es paseado en triunfo, al sonido de las charangas y al ruido

de las descargas de los fuegos artificiales.

Los cohetes constituyen el elemento indipensable de toda fiesta venezolana. Los hacen estallar casi siempre en pleno dia, no por su brillo luminoso sino por sus ruidosas detonaciones. Hace falta que la alegría se oiga desde lejos, en el mediodia, para ser popular.

Los repocitios que acabamos de describir, todavia frecuentes

cuando llegamos a Venezuela, tienden a carr hoy en desuso. El espectáculo de las calles donde cada cual desempeñaba su papel ha dado lugar a las luchas profesionales. Se inauguró en 1881, no lejos de las orillas del Guaire, un Hipódromo,

en el cual se dan corridas de toros.

Se ven alli tres o cuatro banderillero atormentando sin mucho peligro unos bueyes flaces que parecen no tener otro cuidado sino volver a su establo lo más pronto posible, lo cual acaban por hacer además, reapareciendo en otra ocasión. Los picadores a caballo con su traje tan pintoresco, cuyo papel es tan importante en los circos españoles, faltan en estas exhibiciones. Ellas bastan, sin embargo, para atraer la muchedumbre, que, los diás de corridas asedia las oficinas del nuevo catablecimiento.

Una sociedad protectora de los animales tendría mucho que

Das sociedad protectora de los animaies tendria mucho que bacer en Venezuela. No lejos del hipódromo del cual hemos hablado, se encuentra un recinto reservado a las riñas de gallos. Para prepararlos al combate se les corta la cresta; se despluma su pecho y se les ata por una pata durante semanas al pie de un poste y a algunos pasos de otro gallo, no pudiendo ambos acercarse lo bastante uno a otro para atacarse. Cuando están bastante excitados por ese tratamiento bárbaro, se les hace entrar en el ruedo donde no tardan en encontrar la muerte. Por una y otra parte se entablan apuestas.

Los gallos negros y rojos, según dicen los aficionados, son

los más ardientes y belicosos.

Volvamos a nuestro punto de partida, la casa hospitalaria desde la cual contemplabamos la corrida de toros. Entre los refrescos que nos obsequiaron mencionaremos una bebida excelente, extraída de la guanábana (Annona Muricata), fruta deliciosa y bastante rara, avin en Carcas. Con ella hacen bombones, confituras y sorbetes. Los martiniqueños poisen una variedad conocida igualmente en los Estados venezolanos bajo el nombre de chirimoya, de coroxol o de riáfos (Annona Saumosa): ruep ósta es mucho menos apreciada.

Otra fruta bastante común en los alrededores de Caraca, y de un gusto exquisiro es la parcha (Passiflora quadranguiaris). Su sabor recuerda el de la frambusa y de la grosella mezcladas. Se cultivan dos especies, la mayor de las cuales proporciona una baya del tamaño de una piña, muy buena para comer aderezada con vino blanco, y la otra del tamaño de una mazanta es apenas menos apreciada. La piel de la fruta se muy dura y de un bermose color amagille su unales consiste es muy dura y de un bermose color amagille su unales consiste es muy dura y de un bermose color amagille su unales consiste.

en una sustancia gris llena de granitos.

Mientras charlibamos en casa de nuestro huésped con algunos habitantes del país, tuvimos la oportunidad de constatar hasta qué punto les guata los elogios y son sensibles a la crítica, aún más benévola. Se prodigan entre si el incienso con las dosis más fuertes. Sus periodicos más autorizados no mencionan nunca la población de Caracas sin calificarla de 'divilizada", de "refinada", o algún otro adjetivo muy sonoro. Su tono es tal que pasarian en Europa, a perar de as seriedad, por hojas satíricas untadas de miel. Se comprende pues, cuán difícil es, para cualquiera persona que haya residido entre los venecolanos y es haya creado relaciones de amistad. el no herir los sentimientos al indicar aquí y allá en este concierto de alabanzas algunas falsas notas.

-¿Cómo encuentra Ud. a Caracas? -decían unos-. ¿No parece a París?

-¿Tienen Uds. en Europa -preguntaban otros- parques tan bonitos como la plaza Bolívar?

Casi había miedo de contradecirles.

Al día siguiente de la corrida, reanudamos nuestros passos por la ciudad. Siguiendo la calle Sur 2 que se extiende a lo largo de la fachada de la Casa Amazilla, divisamos a nuestra izquierda, en una de las esquinas de la plaza Bolivar, el Ayuntamiento que no presenta nada notable, y más lejos, rodeado de cuatro anchas calles plantadas de árboles, un vato edificio con la forma de un cuadrado perfecto que tenía en su centro un gran espacio dispuesto en iardines, en cuyo medio se levanta una fuente monumental. Nos encontribamos ante el Capitolio, es decir, ante el Palacio Legidativo de la República, edificado bajo la administración del general Guzmán Blanco.

El conjunto del monumento es bastante satisfactorio, Del Jado Nortes se presenta un perittilo adornado con estatuas encargadas a un artista del país, cuyas concepciones, hace falta decirlo, no tienen nada de ideal. Un hermoso salón, destinado a las recepciones oficiales, ocupa casi toda esta parte del deficio. Contiene una cantidad de retratos muy inferiores como obra de artes, que offecen sin embargo cierto interés desde el punto do vista histórico. Figueran alli urgan número de celebridades venezolanas, entre ellas Boltvar, cuya cabeza pensativa forma contraste con el rostro viril y enérgico de Guzmán; venos tambiém al general Sucre, el venedor de Ayacucho; a Páez, el héroe de los llanos; a Soublette, quien luchó tan valientemente por la independencia nacional; a Vargas, expresidente de la Unión y uno de sus mejores administradores, etc.

En el centro del salón oficial se levanta una rotunda, unas columnas dispuestas regularmente lo dividen en tres partes, cuyos muebles recuerdan por sus colores los de la bandera

venezolana, amarillo, azul v rojo,

A la derecha de la sala que cabamos de describir, se encuentra un cuarto de dimensione más modestas donde se verifican las sesiones del Consejo de Ministros. All sis eve una meso redonda y un escritorio más alto para al presidente. En un rincón, sobre un pupiren esper, un ejemplar de la Constitución Nacional, empastado en tercunos del violado.

Una escalera, situada en frente de la rotunda mencionada más arriba, conduce al parque dispuesto en jardin y rodeado de una galería con columnas, que separa las construcciones

del Norte de las del Sur.

Essa últimas, igualmente monumentales, contienen los locales reservados a las sesiones del Congreso, Seeún la constitución nueva, vorada en 1881, el poder lepislativo está ejeculopor dos cúmaras, unas de las cuales, la de Diputados comprende un representante por treinta y cinco mil habitantes, y la otra, el Senado, se compone de tres miembros activos y tres suplentes para cada Estado de la Unión. El presidente de la República, asistido por un Consejo Pederal, está encargado de la ejecución de las leyes.

Las salas dedicadas a las reuniones del Congreso son muy sencillas. En la principal, la de los Diputados, se encuentra un

palco enrejado destinado al cuerpo diplomático.

Las mujeres no asisten, como en Europa, a las discusiones

del Congreso, y no existen tribunas públicas.

La fachada meridional del Capitolio se eleva sobre otro parque, dedicado a Guzmán Blanco, en cuyo centro se ha colocado una estatua ecuestre del General. Es muy inferior, en mérito artístico, a la de Bolívar, Graciosos parterres, adornados con

plantas variadas, la rodean con vegetación y flores.

Del lado opuesto al Capitolio, completando el parque Gumín Blanco, ce levanta una larga fachado, horadud con ventanas olivales y adornada con un pequeño campanario gótico de etillo caprichoso, detrás de la cual se disimula un anticuconvento de monjes franciscanos, transformado en Universidad Nacional. Esta fachado, más larga que el edificio que cultilo sobrepasa hacia la esquina de la calle del Comercio y forma allí una simple pared, esperando que se colmen los vacios que oculta con bastante imperfección. Se han ocupado ante todo del efecto escénico de la decoración, a reserva de darle más tarde una utilidad práetica. En las repúblicas hispanoamericanas, se hacen a veces extraños decubrimientos, al mirar los monumentos públicos por las puertas vedadas entreablerado.

Fuera de los locales reservados a las diversas facultades universitarias, el antiguo convento contiene un museo y una biblioteca colocados ambos bajo la dirección de uno de los

profesores de la Universidad, el doctor Ernst.

Hablemos primero del museo, Se le ha dedicado una vasta sala situada en el primer piso del convento. Por el momento, contiene una reunión confusa de objetos curiosos más que una serie de colecciones serias. Su conservador, por otra pare muy competente, no tiene ni el tiempo ni el dimero necesa-

rios para clasificar y completar los objetos.

A la entrada del salón se presenta un obiero casi fantástico. Es una cabeza humana del tamaño del puño, que eine facciones reconocibles, cabellos lareos y trenzados, una piel aperagminada y casi neera. Ha sido preparada así por manos indias. Las tribus del Orinoco y de Colombia han nuesto en práctica este modo singular de embalsamamiento. Después de triunfar de un enemieo, y para perpetuar el recuerdo de su victoria, cortan la cabeza de su victoria, la desbuesan, mo-mifican y reducen a la cuarta parte de su tamaño, ún alteras ensiblemente la armonía de sus facciones. Las ceias, el pelo, la barba, queclan intactos; los ojos están cerrados, la boca conserva una expresión natural.

Estas pequeñas cabezas, que se pagaban hace poco a cien piastras fuertes (quinientos francos)<sup>2</sup>, son hoy casi imposibles de hallar, porque el gobierno colombiano prohibió su venta a causa de los crimenes frecuentes que los indios no

<sup>1</sup> El palacio de la Exposición ha sido edificado recientemente en este lugar.
2 La piastra es moneda desconocida en Venezuela (N. del T.).

tenían ningún escrúpulo en cometer para satisfacer su codicia. Después de este trofeo de la vida salvaje, mencionemos otro objeto curioso más importante, conservado también en el museo de Caracas. Se trata ahora de la bandera de Pizarro, de

otro objeto curioso mas importante, conservacio tambien en el umuseo de Carcasa. Se trata ahora de la bandera de Pizarro, de la vieja bandera española, desplegada por este valiente guerrero en 1524 cuando su llegada al Cuxco. Habiéndose apoderado de ella el general Sucre en 1824 la ofrendó a Simón Bolivar, su noble jefe su su noble jefe.

"Yo entrego, le escribe, al Libertador del Perú, el estandarte con el cual Pizarro entró hace trescientos años como

conquistador en la capital de los incas".

Tritte mudanza de las cosas humanas: a la sombra de esta vieja bandera, consagrada de aquí en adelante a la gloria del fundador de Colombia, se halla otra reliquia: el ataúd en el cual transportaron desde Santa Marta los despois morteles de Bolivar, olvidados y desconocidos por tan largo tiempo en un cementerio pueblerino.

Al lado de estos recuerdos del pasado, que deberían tener un sitio con los retratos reunidos en el Palacio Federal, en una galería especial que formaría un museo histórico, parece extraño encontrar colecciones zoológicas, botánicas y mine-

ralógicas

Tal e el caso, sin embargo. Allí, en vitrinas cerradas, observamos un gran número de nuestros antiguos conocidos, disecados bastante lastimosamente, entre los cuales deliciosos colibries, extas joyas animadas; el querre-querre o gálgulo, sil ambrado a initiación de su gitos; el canario indigena, un peco menos grande que el de las islas y de un color más claro: el cardenal, de plumaje rojo y penacho móvil; el garrapatero (crotophoga major), que presta tantos servicios al ganado de los llanos, libertindolo de las lavas que lo devoran: el tucán, cuyas plumas brillantes proporcionan a los indios un elegante tocado así como adornos para su hamaca; el "ya acabó" (Ismagra seplicolor), de matices variados como los del arco iris.

No faltan las grandes especies. He aquí el águila de los Andes, y la familia tan difícil de clasificar de los gavilanes; más lejoe, observamas el aguilucho (vultur harbarus), que no instala su nido sino en las ciman más altas, a dos mil doscientos metros de altura; el alexarván, pájaro de las playas, a medias aculacio y a medias terrestre, cuyo grito se parece a un ladrido de perro repetido freuentemente; el "tarotaro", especie de libis, cuyo canto recuerda el tañido de una campana; la "guacharea", especie de faisán muy abundante en las tierras calientes de Venezuela y muy apreciado por los astrónomos delicados; la grulla (grus Americana), que ya se encuentra apenas a orillas del Río Negro; el "guicharo", especie de chotacabras que exara por la noche y no se halla sino en los montes sue Caripe o en la gruta muy conocida que lleva su nombre.

La entomología, en el museo de Caracas, está bastante mal representada. Los lepidópteros figuran allí con algunas variedades brillantes, las noctuelas son raras. Los diferentes grupos de coleópteros, tan numerosos en Venezuela, están apenas re-

presentados.

Los arácnidos ocupan en los estantes un lugar muy distinguido. Vemos la araña grande, común en Guayana en los bosques espesos; tarántulas azules, amarillas, roias, igualmente venenosas, sobre todo las primeras, y que atacan al ganado. Uno de los peores entre los arácnidos venerolanos, según los habitantes, es la "arañita de la playa", muy pequeñita, casi invisible, cuya mordedura tiene consecuencias graves, a no er que la persona mordida sea sangrada inmediatamente. No se la encuentra sino entre la arena, en las costas de la península de Paraguaná.

Los alacranes muy comunes en el país, forman dos variedades, la negra y la amarilla. Esta última es la más venenosa

de ambas.

Pasemos del museo a la biblioteca. Ésta ha sido formada, en gran parte, por los libros tomados a los conventos después de la supresión de estas comunidades, Comprende unos 23.000 volúmenes, entre los cuales muchas obras teológicas.

En otra ala del edificio ha sido instalada la Sala Académica donde se verifican las sesiones del consejo de adminis-

tración de la Universidad y los concursos literarios. Su mobiliario medio gótico, es de damasco rojo. Videirara pintadas adornan las ventanas, y tres retratos, los de Bolivar, Vargas y Guzmán Bianco, decoran las paredes. Se ha tenido la idea reunir con esta sala una galeria de Bellas Arres, pero ésta es muy pobre aún y no encierra sino algunos cuadros, obras ed dos pintores venezolanos, bastante conocidos por otra parte, el señor Tovar y Tovar, y Ramón Bolet. Este último, que prometa un hermoso talento, ha muerto muy joven. Un viajero inglés, el señor Spence, se ha llevado a Inglaterra la mayor parte de sus subgozo y cuadros.

the class of the course of the

## CAPÍTULO IX

La historia esgán los monumentos. — El individios y el Estedo. — Précision religiones. — La Semana Santa en Ceracas: — Silneta velesiásticas. — Visita a la Catedrol. — San Francisco. — Las iglesias de San Juan, Ana Terresa, y la Candeleria. — El Panteón Nacional. — La Quista Gavanán. — La Mercel. — Allagracia y la Pastros. — El terremoto de 1812.

El aspecto general de una ciudad, la repartición de sub barrios, el destino de sus principales edificios resumen su historia. Los monumentos públicos en Caracas datan casi todos del dominio español o de la administración del general Guzmán Blanco. La época intermedia, la que siguió a la proclamación de la Independencia nacional, ha transcurrido sin dejar nada tras si.

Las guerras civiles no tuvieron más que una influencia indirecta sobre este estancamiento de desarrollo a largo término. Aunque restringidos, los recursos no faltaban; lo que faltaba era una dirección vigorosa e inteligente, la acción autoritaria.

En efecto, se han acostumbrado en Venezuela e esperado todo del gobierno. Es él quien debe tomar la iniciativa en todo, concebir, proyectar, ejecutar. Si pierde su prestigio, si está discutido, los estuerzos individuales no suplen su caren-cia. Bajo los Capitanes Generales, es decir, el régimen severo, Caracas tuvo sus conventos e iglesias; bajo el presidente Guzmán Blanco, gracias a una enérgica concentración del poder,

ha sido dotada de monumentos civiles, paseos públicos, jardines y parques.

Esta ausencia de espíritu de empresa fuera del movimiento oficial, esta inacción del individuo y su absorción en la idea colectiva se observan en todas las cosas en Venezuela. Uno no cree tener alguna importancia sino en la medida en que dispono a cualquier grado que sea de una fracción de la autoridad gubernamental. En ningén país el funcionarismo habecho tanto daño. El ensueño de la mayor parte de los venezolanos es ocupar algún empleo público, es decir, aproximar-robanos es ocupar algún empleo público, es decir, aproximar-gente, pero perezoso. Abandona a los extranjeros los grandes negocios comerciales e industriales, los trabajos que exigen conocimientos serios y una voluntad perseverante; la sema conocimientos serios y una voluntad perseverante; las canadad de dinero cualquiera en el presupuesto nacional.

La antigua fe religiosa, mezclada con extrañas supersticiones, pero, por otra parte, ingenua y sincera, se ha debilitado considerablemente. Las iglesias no son por ello menos concurridas por encantadoras señoritas elegantemente trajeadas, v numerosos jóvenes entre los cuales unos se detienen en el pórtico esperando la salida de las bellas devotas y otros entran hasta las naves laterales de los santos edificios más dispuestos a las aspiraciones mundanales que a la oración. ¿Cómo evitar además las distracciones, en presencia de estas señoras sentadas sobre los rojos ladrillos 1, con la cola de su vestido envuelta alrededor de sus pies, en una actitud de abandono, riendo, cuchicheando, y cuyos oios no miran siempre su libro de oraciones? ¡La mantilla española de encaje negro les sienta tan bien y enmarca tan deliciosamente su rostro de facciones finas v delicadas! Este adorno no pertenece sino a la clase alta: tiende desgraciadamente a desaparecer porque las venezolanas adoptan más v más las modas de Europa. Las mujeres

<sup>1</sup> Las señoras venezolanas ya no se sientan en el suelo en las iglesias, porque el Presidente ha hecho colocar sillas y reclinatorios en las principales parroquias.

criollas de la clase media se embozan en un largo pañolón de lana negra o de seda blanca con las extremidades bordadas de flores. En cuanto a las negras llevan una banda de muselina de 10 cms. de ancho y 2 mts. de largo con la cual se cubren

los hombros y la cabeza al ir a la misa.

Si no fuera por esta multitud masculina que obstruye di porta o las capillas, y de donde se escapa de vez en cuando exclamaciones admirativas: "iqué buena moral jude bonitat qué simpatical", zereira las caraquéas an diligentes en cumplir con sus deberes religiosos? givistrarían, como lo hacen, varias iglesias en una sola mañana? Algunos escépticos lo du-

dan v no por eso se les reconviene.

Los templos son concurridos particularmente el Jueves y el Viernes Santo. Durante estos dos días, la ciudad cobra un aspecto de animación desacostumbrada. Este período de recogimiento, luto v oración en nuestra vieja Europa, no parece inspirar bajo el cielo azul de Venezuela, sino ideas de triunfo v resurrección. Perezosas señoras, encerradas en su casa durante todo el año, se muestran entonces en las calles con sus atavios más hermosos. La mayor parte, durante la Semana Santa, inaugura cada día un vestido nuevo que no será sustituído, es verdad, sino en el próximo aniversario pero que no surte menos efecto por ello. Los elegantes afluyen más que nunca a la entrada de las iglesias, vestidos de nuevo de pies a cabeza. Unas negras, sentadas a lo largo de las aceras, tienen en sus rodillas grandes bandejas de aspecto extrañamente abigarrado, cargadas de conservas de coco, pelotas, suspiros, polvorosos, novios y otras golosinas locales. En otras partes se despachan en algunas mesas bebidas, cerveza, guarapos de toda clase, cuva base es el papelón, limonadas gaseosas, chicha, vino, En los santuarios, el tránsito se hace casi imposible; se apretuian, se empujan, se amontonan, hablan alto, rien, mientras en los rincones brillan las bayonetas de los soldados encargados de mantener el orden. Después se verifica la procesión de los santos. Se llevan solemnemente de una iglesia a otra una docena de estatuas feísimas de madera fantásticamente vestidas con telas de colores vistosos, tocadas con una peluca

desgeñada, con las mejillas rojas, ora rigidas y afectadas en sus trajes im pliegues, ora colocadas dramáticamente, con los bezzos extendidos y muecas de dolor. Para dar una idea de estas exhibiciones, mencionaremos un grupo de la Santa Familia que pertenece a una de las igleisia más concurridas de la ciudad. La virgen está representada con un traje rosado escotado, hinchado por una immensa crinolina bajo la cual se divisan zapatitos de baile con tacones Luis XV. Una cabellera negra, enmarañada y crespa, cubre la santa imagen hasta el talle. Da la mano a un Niño Jesús de sombrero de copa alta, frac y botas charoladas. San José, de levits parda y calzones grises, tocado con sombrero panamá, completa esta obra original.

Si la instrucción dada a los jóvenes sacerdotes en los seminarios nacionales comprendiera un curso de arqueología religiosa tendiente a formarles el gusto poniéndoles a la vista hermosos modelos, no se tendrían que señalar más esta rarezas lamentables que hacen perder al culto todo carácter de dig-

nidad y grandez

No es sólo en este punto que deberían practicarse las reformas. Excepto honrosas excepciones el clero hispanoamericano, muy ignorante en general, está lejos de hallarse a la altura de u misión. La hipocereia y la venalidad no le son desconocidas y la celebración de una misa mayor que produce veinte francos o de una misa rezad de tres francos, provocca a menudo entre sus miembros graves competiciones en las cuales la religión es por completo extrafa.

Existian hace algunos años muchos conventos en Caracas; han sido suprimidos y sus bienes secularizados. Se cuentan hoy en la capital de Venezuela unas diez iglesias, entre las cuales mencionaremos primero la Catedral, construída en 1636°, cuya arquitectura ha sufrido numerosas transformaciones.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> El traslado de la catedral, de Coro a Caracas, se hizo en 1637, simdo escogida como esde la iglesia mayor cuyo coro estaba construido ya en 1631. La edificación siguió con lenitud en los años posteriores (Ebrique Bernardo Núñez: "La ciudad de los techos rojos", tomo II, pás. 46). (N. del T.).

Llama la atención al entrar el aspecto frio y desnudo de un altas pardeis. Nada predispone en ella a la oración y a la meditación. Del lado derecho del edificio se levantan algunas epoqueñas capillas, bastante obseuras, que no se divisan a primera vista. Los confesionarios, sin ningún adorno, abiertos en su parte alta, no contienen sino una silla de madera corriente y están desprovistos de banquillos; uno se arrodilla en el suelo. El altar mayor, situado al frente de la puetra pincipal, no tiene ningún estilo. El órgano, fabricado en Carabres en 1711, es la obra de un fabricante francés, Claude Fabres.

En cierto dis del año, no recordamos cuil, se verifica en la Catedral una ceremonia muy singular, desusada, según creemos, en cualquier otra parte. Los canónigos del cabildo se reúnen ys colocan en una sola hibra delante de la puerta de entrada, en el interior de la iglesia. Todos llevan sobre los hombros un manto de seda cuyos pliegues barren el suelo. Se trata de saber quién entre ellos se distinguirá por la cola más larga, por el despliegue más notable de telas preciosas. Se arrodillan y curzan casi arrastrándose, toda la nave principal hasta el altar mayor donde se prosternan lentamente. Una multitud considerable presencia esta processión observando con ojos críticos los explendidos mantos de los reverendos padres que cubren las losas con su masa ondeanto.

La iglosis de San Francisco, edificada en 1598<sup>2</sup>, contigua a la Universidad de Caracas, es interesante de visitar. Atendida antes por monjes terciarios ha quedado tal como la han dejado, con sus altos paneles de madera, curiosamente tallada, profundamente trabajada, que se levantan a la altura de unos diez metros, y de un aspecto a la vez suntuoso y severo. Debajo de la iglesia, en una especie de cripta, se divisan a travée de estrechos respiraderos, en la penumbra, algunas tumbas de mármol que se pueden visitar sólo el Jueves Santo.

mármol que se pueden visitar sólo el Jueves Santo.

Entre los santuarios del Sur de la ciudad, mencionaremos
San Juan y Santa Rosalía. San Juan está ocultado a medias

<sup>1</sup> El convento de San Francisco se fundó en 1576 (Ver Enrique Bernardo Núñez: "La ciudad de los techos rojos", tomo I, pág. 57). (N.

por altos árboles que llenan de sombra y frescura un bonito parque, islote de vegetación rodeado de calles polvorientas, abierto a la banda alegre de los niños de los alrededores.

En una situación más céntrica y en un barrio mucho más concurrido, se presentan otras dos iglesias, las de Santa Ana v Santa Teresa, no formando más que un solo edificio, construído durante la presidencia del general Guzmán Blanco, en el sitio ocupado por un monumento religioso más antiguo dedicado a San Felipe. Las patronas del nuevo templo son también las de la Sra, de Guzmán, la encantadora esposa del presidente. La basílica de Ana Teresa es una de las más bonitas construcciones de Caracas. Es de estilo renacimiento moderno, flanqueada por cuatro torres cuadradas entre las cuales se levantan seis torrecillas de cúpula redonda. El interior está adornado elegantemente y provisto de sillas y reclinatorios a la moda europea. Dos butacas coronadas por un palio de terciopelo rojo están colocadas a la izquierda del altar mayor, para el uso del presidente de la República y del Arzobispo primado de Venezuela. Se ha inaugurado un nuevo órgano, confiado al cuidado de un músico francés, el Sr. Chevreu, quien pone de relieve las cualidades de este instrumento como verdadero artista.

Subamos de nuevo hacis la plaza Bolívar e instalémonos en uno de los coches del tranvia l' listo para salir. Siguiendo una calle estrecha, populosa, llena de tiendas, nos encontramos pronto ante un parque florido, plantado de árboles, adornado con grupos de bambúes de tallos graciosos. Más allá de las tramas verdes, se divisa una fachada bastante monumental, que sin embargo no oculta sino ruinas, las de la iglesia de la Candelaria, abierta aún al culto, pero moy deteriorada. Más lejos, al Norte, hacia las montañas, dos torres blancas se levantan en un fondo sombrio: es el Patrofo, Nacional, el campo santo de las glorias venezolanas. Allí fueron depositadas las cenizas del héroe de la guerra magna de la Independadas las cenizas del héroe de la guerra magna de la Independada su cenizas del héroe de la guerra magna de l

<sup>1</sup> En la época de nuestra llegada a Caracas, es decir, en 1878, no había tranvía; éste no ha sido puesto en circulación sino en 1882.

dencia. Simón Bolívar. Su sepulcro de mármol blanco es la obra del célebre escultor italiano Tanneranni. Dos hermosos candelabros ofrecidos por el general Guzmán Blanco adornan el santuario, animándolo en los días solemnes con sus fuegos resplandecientes. En el aniversario de la muerte del Libertador, el jefe del poder ejecutivo, rodeado por sus ministros, se traslada al Panteón con mucha pompa para visitar la tumba del célebre patriota. Alrededor del mausoleo, se ven losas funerarias; cubren los restos mortales de sus compañeros de armas, reunidos a su alrededor en la muerte como lo fueron antaño en los campos de batalla. Algunos de los oficiales superiores del heroico ejército libertador viven aún, últimos testigos de una era gloriosa. Los venezolanos, en reconocimiento de los servicios que prestaron a la Patria, los honran con el título de ilustres próceres. Entre los ciudadanos que gozan todavía de esta distinción merecida, mencionemos al exsecretario de Bolívar, don Antonio Leocadio Guzmán, padre del presidente Guzmán Blanco. Hoy octogenario, ha conservado todo su vigor intelectual y se ocupa aún activamente de los negocios públicos. Su casa de campo, o Quinta, está situada no lejos del Panteón. Hermosos jardines admirablemente cuidados y llenos de plantas raras, con miras de aclimatarlas en el valle de Caracas, testimonian el gusto y el sentimiento artístico de su propietario. Una población de pájaros y animales de toda clase recibe sus atenciones. Es uno de los últimos sobrevivientes de una generación fuerte y poderosa, y sus trabajos incesantes perpetuan su influencia y sus tradiciones. No nos queda más que mencionar algunas iglesias caraque-

nas, entre ocras la Merced, fundada en 1681, al Norte de una calle llamada antes "la otra banda". Este edificio dependia de un antiguo convento cuyas mismas ruinas desaparecieron para dar lugar a un parque, en el centro del cual se ha erigido una estatua al marisca Fación. Al extremo de la calle de la Mar ses presenta otro templo religioso, consagrado a Ntra. Src. de Altagracía, resplandeciente de luz en los días de fiesta y lleno de elegantes señoras; más abajo, la iglesia de San Murício abre sus ouertas a los felierese, voor fin en una Murício abre sus ouertas a los felierese, voor fin en una

meseta elevada, dominando la parte septentrional del valle de Chacao, se dibujan las paredes agrietadas de la Pastora, antes parroquia importante y centro de la vieja ciudad de Caracas. No comprende hoy más que algunos ranchos de negros y cercados abandonados. Sus ruinas datan, como tantas otras en el territorio de la República, del terrible terremoto de 1812 que privó a Venezuela de más de las dos terceras partes de su población 1, ya diezmada por las guerras civiles. Tuvo lugar el Jueves Santo, a las cuatro y siete minutos de la tarde. Diez mil personas que en aquel momento visitaban las iglesias perecieron en ellas miserablemente. Las campanas de la Catedral se pusieron en movimiento durante los sacudimientos y tañeron por espacio de diez segundos; las aguas del Guaire se hicieron de repente ardientes y sus orillas se cubrieron de peces muertos: arroyos venidos del monte, exhalando un olor fétido, se abrieron un camino en el valle. La duración del choque fué de cincuenta segundos según unos, y de un minuto y doce segundos, según otros. Hubo un doble movimiento de oscilación y trepidación; el suelo ondulaba al paso de las fuerzas Anocheció sobre estas escenas de desolación: la noche era

Anonecco sore ettas escensa el desusación il noche era serena, tranquila, majestuosa, y el cielo constelado de estrellas. Al día siguiente, la población rural, que no había sido tan perjudicada, Altuya e Caracasa. En un día se levantazon dos noil cadáveres que fueron transportados, horriblemente muticular desenva en esta el composição de la cuerca de la composição de la ruina y la desolación allí donde la vispera la multitud stretab las cales de la vispera la multitud stretab las cales.

Este horroroso cataclismo, que arruinó toda la costa de Venezuela, había sido precedido por varios fenómenos del mis-

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Este dato de Jenny de Tallenay es muy exagerado. El terremoto causé numerosas virtimas en ciertos lugares, en particular en Caracas, donde se cree perceleron unas 12,000 personas; pero de país no perdido afortunadamente, ni con mucho, las des tercess partes de su población, los destructos partes de su población. Se exclusi que al finalizar las guerras de Independencia Venezuela había perdido una teceres pupte de una babiantes. (N. del T.).

mo género en América, en las Anvillas y hasta las Azores. En estas últimas de San Miguel, es vió surgir un volcán submarino el 30 de enero de 1811. Cosa extrafa, el mismo día en que Caracas, la Guaira, Antimano, San Felipe, Mérida y Baruta to desplomaban casi al mismo tiempo, un entrada y Daruta to desplomaban casi al mismo tiempo, un directo de desencionaba sobre la Luisiana, arranando sus plantaciones de caña de azúcar, devastando sus bosques y desplomaban como desplomaban como desplomaban como desplomaban como desplomaban de sus paso.

La mieria fué espantos en Venezuela a consecuencia de este desastre. Washington, comovido por la situación de la antigua colonia española que, como los Estados Unidos aficimaba valerosamente entones sus títulos a la Independencia, decidió al Congreso americano a enviar socorros a los venezalanos. Barcos cargados de hatira fueron despuelsados herocomo de la costa firme, y sus cargamentos, generosamente distributidos a los más necesitados, fueron recibidos

con agradecimiento.

En presencia de la desgracia, la solidaridad humana no es una vana palabra. Discutida en política, se afirma a la voz de la caridad.

## CAPÍTULO X

Los arrabales de Caracas. — El Matadero y el Mercado. — Los conventos. — Los alrededores. — El Calvario y su leyenda. — Un parque en el monte. — El valle de Chacao. — El acueducto Guzmán Blanco. — El leprocomio.

Alejémonos del centro de Caracas, es decir de su palacio presidencial en la plaza Bolivar, de su Capitolio, de su zona comercial, de sus iglesias, y sicancemos los arrabales donde viven numercosa familia de negros en unas calles apenas trazadas, mal empedradas y poco concurridas. Hacia el Este se extienden dos masas sombrias de vegetación: son vastas plantaciones de cafetos, que pertenecen a las familias Eraso y Mosquera. Más al Sur, cruzada por el Cuaires, se presenta la lacienda del Conde, otra explotación agricola del mismo género, propiedad del general Guzmán Blanco quien hizo construir allí una casa de campo redeada por graciosos parterres de flores. Un parque de creación reciente, la plaza Carabobo, la separa de un vasto edificio uniforme de aspecto triste, en cuyo reciatos e abre un ancho patio; es el matadero de la capital.

Contiene un promedio de un centenar de cabezas de ganado. Inmensos zamuros o buitres grises que se parecen por sus costumbres a los "urubides" de Cayena, se ciernen por centenares encima del patio donde se matan los animales. A veces se los ve también posados en los árboles vecinos, con el cuello hundide entre las alas, espenas árboles vecinos, con el cuello hundide entre las alas, espenas árboles vecinos, con el cuello fundide entre las alas, espenas árboles vecinos, con el cuello se desenado en la cuel faction. No se les puede matar bajo pena de multa porque la ley le da su protección a causa de los servicios que prestan a la higien pobilica. Existe una especie particular de estos pájaros, igualmente gris pore mayor, nombrada "rey de los zamuros". Los otros los tienen en gran veneración. Si uno de estos reves de los zamuros se encuentra a proximidad de un cuerno putrefacto, los demás no lo tocan antes de que su soberano lo haya probado; sólo cuando se ha hartado y abandonad el «tio, to zamuros ordinarios se precipitan en masa para devorar lo que ha deiado.

El consumo de carne es muy reducido entre la población de Caracas. Se despetha spensa diariamente, para una población de \$10.000 almas, un promedio de \$45 animales, bueves, vacas, carneros, puercos, etc.... Este comercio, sunque poco considerable, deja sin embargo importantes beneficios. En efecto, el precio de una libra de carne comprada al por menor se de veinticinco a treinta centavos. Pues bien, un buev del país, que proporciona trescientas libras de carne, vale doscientos francos. Se calculan los aestos de matadero en unos cuarenta francos. La diferencia de la cual dispone el vendedor es pues, como lo señalan las cifiras, bastrata elentadora.

El mercado central de la capital es bastante mal abastecido, sabre todo durante el invierno. Ocupa el lugar de un antiguo convento, el de San Jacinto, suprimido después del triunfo de los liberales. Bajo la administración colonial. Caracas contenía diecisiete comunidades religiosas de diversas órdenes. Sus miembros, favorables en general al antiguo régimen, sufrieron las consecuencias de la derrota de las tropas españolas. Algunos, denunciados como realistas, fueron fusilados por los patriotas; otros se vieron obligados a vestir de nuevo el traje de paisanos. Un pequeño número de casas salvaron sin embarco la crisis, manteniéndose hasta el advenimiento del presidente Guzmán Blanco. Su actividad pesaba principalmente sobre la clase obrera. Las monjas claustradas confeccionaban vestidos y fabricaban artículos de lencería, que colocaban ventajosamente en las tiendas. Vendían también el café y el cacao, las legumbres y las frutas de sus haciendas: enviaban

a despachar en las calles por jóvenes huérfanas, pasteles, dulces y confituras y quitaban de este modo una de sus industrias principales a las pobres negras que trataban entonces de ganar su vida por medio de la prostitución. Se decidieron por fin a clasurar definitivamente todos estos establecimientos, a pesar de la viva oposición del clero y los bienes que dependian de ellos valvieron al Estado.

ellos volveron al Estado,
Acabamos de señalar los limites de Caracas hacia el Este.
Del lado Norte se extiende la magnifica cadena de montañas
que separa esta ciudad del litoral del mar de las Antillas.
Hemos señalado ya en esta dirección el Panteón y la Quinta
Guzmán. Humboldt vivia en esta parte de la ciudad; su casa,
interesante por haber tenido tal huésned, se halls hov en

ruinas

Al Oeste de Caracas, dominindola por completo, se presenta un monte bastante alto, antes árido, que lleva en su cumbre una humilde capilla o calvaño; la cual le dió su nombre. Se relaciona con él una leyenda commovedora admiriblemente constad por un poeta de gran talento, Francisco G. Pardo, muerto prematuramente, sin haber podido acabar la obra que se proponía dedicar a las glorias indigenas. Según veremos,

había elegido su tema inteligentemente.

Trasladémonos al siglo XVI, época de luchas y combates, ilustrada por la elocuencia de la tribuna, los esplendores del arte y de las letras, el heroismo de los campos de batalla. Los españoles acaban de llegra al valle de Caracas. Tropiezan con los indios, los combaten, retroceden delante de su resistencia animosa y, sintiéndose debilitados, piden un armisticio. Su adversario, Paramaconi, cacique de la tribu a la cual han atacado, consiente en parlamentar con ellos e indica las orillas del Guaire como lugar de encuentro. Los españoles van allá y levantan a algunos pasos del río una vasta tienda embanderada con telas de vivos colores. Está destinada a su jefe don Rodrigo. Éste llega pronto en armadura de guerra, seguido en brillante estado mayor. Paramaconi se reúne con el al frente de sus principales guerreros. Es un joven de veinte con el al frente de sus principales guerreros. Es un joven de veinte

negros y resplandecientes. Está vestido con una tela ligera de fibras de palmera y lleva en la mano su arco y sus flechas. Al acercarse a su enemigo, ha dado una señal a su escolta. la cual se detiene quedándose a distancia. Sólo hay a su lado una hermosa muchacha de 16 años. Un cinturón de plumas de loro ciñe su talle cimbreado y su largo pelo le cubre los hombros. Es Caira, la flor de la tribu y la novia del cacique. Mientras discuten los preliminares del armisticio tiene la mirada fija en ella, cautivado por su hermosura. Se aproxima Paramaconi, lo atrae a cierta distancia y le ofrece la paz si consiente en entregarle a Caira. El cacique, furioso con tal propuesta, no escucha más que su rencor, cede a la violencia de sus pasiones, y agrarrando a su rival por la garganta, lo arroja en el polvo.

Se sigue un tumulto; las negociaciones son abandonadas y los dos partidos se separan amenazándose: la sangre va a correr de nuevo.

Al anochecer, don Rodrigo que vaga en los puestos avanzados de su campamento, ve una forma humana dibujarse en la sombra. Ésta se aproxima, y reconoce a Caira. La joven india, ignorando las causas de la ruptura que acababa de producirse, pero que temía sus consecuencias, se había decidido a ir a suplicar a don Rodrigo para que no inquietara más a su tribu. Este, creyendo que el cacique había cambiado de parecer, la recibe con alegría:

-; Caira! -exclama-, ¿eres tú?, ¡el tigre ha soltado, pues, su presa!

Y extendiendo los brazos, trata de agarrar a la muchacha v atraerla hacia él. Temblorosa, ésta comprende el peligro al cual se ha expuesto.

Retrocede, pero sonriendo, porque deseaba inducir al español a renunciar a sus provectos de venganza contra Paramaconi. -Yo no puedo quedarme a tu lado -le dice- porque se

darían cuenta de mi ausencia: ven mañana por la noche a la entrada de nuestro pueblo, me reuniré contigo.

Y desaparece, ligera como una cierva, huyendo rápidamente en la noche sombria.

Don Rodrigo no tenía el valor de resistir a este llamado: abandunando, pues, toda cautela, se decide al dis siguiente a ir a la cita solo y sin escolta. Llega al lugar designado, se detines cerca de una roca, detrás de la cual se oculta lo megque puede, y espera a la bella india. Esta, fiel a su promesa, no tarde en aparecer. Don Rodrigo se adelanta a su encuenta, la atrae a si y la aprieta contra su pecho, sin darse cuentafo, de que ella acaba de secarele el puñal que lleva en el cincutafo, desarmándolo. Él le habla, trata de besarla cuando un grito terrible resuena de repente a algunos pasos. Un hombre, tendre invisible de esta entrevista nocturna, se ha lanzado hacia el iefe castellano: es Paramacono, alterado por la ira.

Caira lo acoge con una exclamación de alegría.

-¡Mátalo! -exclama- ¡está en tu poder!

Don Rodrigo, en presencia del peligro, no ha perdido su sangre fría. Salta hacia atrás, esquiva el ataque de su rival y huve con rapidez exclamando:

-¡Todavía no! ¡Hasta mañana!

Al dia siguiente, la montaña estaba cubierta de gente armada. Una lucha mortal, decisiva, se preparaba entre los conquiexdores y la valiente tribu india. Por un lado, el capitad español, a caballo, rodeado de sus oficiales, alentaba a sus compañeros con el gesto y la voz; del otro, Paramaconi y sus guerreros, armados de mecanas y flechas envenendas, esperaban tranquilamente la carga de los invasores. Cerca del joven cacique se tenía de ple la encantadora Caira. Las demás mujeres, los niños y los ancianos se habían quedado en el pueblo, esperando el fin del combate.

No tarda en empeñarse con un encarnizamiento indecible. Se luchba cuerpo a cuerpo y vida por vida. Durante el tumulto de la matanza, los dos jefes se encuentran y acercan uno a otro. Paramaconi, para desafiar aún más a su adversario, coçe a Gaira y besa apasionadamente sus labios rojos. Don Rodrigo, que le ha visto, levanta su espada y hiere con rabia. Es Caira quien recibe el golpe y cae, cubierta de sangre, a los pies de su novio. El indio, ciego de dolor, olvidando toda prudencia, se precipira sobre la ioven, la levanta, trata de

reanimarla. Su enemigo, implacable, toma una pistola, lo apunta y lo derriha en el polvo al lado de su amada. En este momento, los indios atacan numerosos al jefe español; éste, abrumado por la multitud, es muerto. Su soledado espantendo se dispersan, y pronto su derrota es completa. Huyen por doquier, dejando a los indigenas dueños del campo de batalla dod de acababan de sucumbir su joven y orgulloso cacique y su novia. la bermos Caira.

Se cavaron sus fosas en la cumbre del monte. Dos mármoles blancos recuerdan aún, en nuestros días, su conmovedora

unión hasta en la muerte.

El pueblo indio desapareció más tarde, siendo substituído según decíamos más arriba, por un calvario al cual se llegaba por senderos rocallosos y áridos. Al general Guzmán Blanco, seducido por la situación admirable de la montaña que domina todo el valle de Chacao, desde las grutas del Encantado al Este hasta el territorio de los Teques al Oeste, se le ocurrió construir alli un parque digno de una gran capital. Hizo trazar carreteras bordeadas de árboles de toda clase, de matorrales floridos y macizos de vegetación. De trecho en trecho se dejaron unos claros entre el follaje, desde donde se divisa la ciudad entera con sus numerosas casas, sus campanarios y edificios. La cima de la montaña fué transformada en jardín con parterres de mil colores y surtidores. En el punto más alto, una estatua de bronce fué erigida al presidente, quien, por su inteligente iniciativa, ha dotado a Caracas de este espléndido paseo. Los habitantes, sin embargo, lo aprovechan poco. La pereza criolla vence el amor a lo pintoresco. Apenas el domingo los acordes sonoros de una banda militar atraen a algunos peatones que caminan a pasos lentos en las alamedas sombreadas.

Seria difícil no obstante imaginar un panorama más bello que el que se goza desde lo alto del Calvario. A la izquierda, la sierra de los Andes<sup>1</sup>, formando una serie de grupos rocallosos, sembrados aquí y allá de matas de vegetación; en el

 $<sup>^1</sup>$  No se trata de los Andes, según apuntamos ya, sino de la cordillera costeña. (N. del T.).

horizonte, a más de tres leguas de distancia, destaníadose en um fondo verde, el blanco campanario de la igleia de Petare, capital del Estado Bolivor, más oceanos pero a la misma dirección, es preses el chastrosta de la isociata de la compania del compania del compania de la compania del com

Al Sur está limitado por colinas bajas y cubiertas de montículos: una de ellas ha sido cortada por una vasta zanja que da paso a una carretera que lleva al nuevo cementerio, al pue-

blo del Valle y a los distritos del Tuy.

El cuadro importante que acabamos de esbozar, constantemente bañado en esta atmórfera luminos peculiar de las regiones tropicales, es uno de los encantos mayores de este paseo del Cabrairo, tan llem de atractivos a todos respectos. Ofrece sin embargo otro interés, a causa de los trabajo nidefusilicos mandados a ejecutar por el presidente Guzmán Blan-

dráulicos mandados a ejecutar por el presidente Guzmán Blanco. En la cumbre de la montaín, se extende el vasto depósito de Macarzo, que abastece de agua toda la parte Suroeste de la ciudad. Un inmenso acueducto unido a él se prolonça hasta más allá de Los Teques, dando la vuelta a la cordillera a

media ladera siguiendo todas sus sinuosidades.

Hemos hablado anteriormente del Leprocomio. La lepra es bastante frecuente en las regiones tropicales. En Caracas se presentaron varios casos. Los desgraciados atacados poe esta terrible enfermedad; extenuodos de miseria, paseaban ante las calles de la ciudad sus llagas horrorosas y su doloroso martribo. Los internaron primero en un viejo edificio, en plena ciudad, en frente del matadero. Aislados hoy, gracias al general Guzmán Blanco, se les socorre con humanidad y reciben rodos los cuidados que necestia su pensa situación. Medidas semejantes han sido tomadas por lo que se refiere a los enajonados, antes abandonados, para los cuales se ha abierto un ailo en el pueblo de Los Teques, del cual hablaremos más adelante.

## CAPÍTULO XI

Econsida a Febrer. — La estaction del Este. — El guesa. — La curriera. «Raina del ortiguo carillo optoido. Chocon. — La puleria. — El castillo del Humboldi. — Sobana Graelo. — La Silla. — Los Don Gramino. — Peter. — Carro del Gastie. — Villa del De. Bolci. — El Common. — La Peter. — Carro del Gastie. — Carro del Carro — El pueste de Bierro. — El Portechado. — La Polomera. — On Agustia. — Sa bistorio. — Se casa y su jusidia. — El servo comoterio. — Manda de discuso. — El dis de difunto. — El criso de la gagnia. — El Vello. — Turmerio.

Uno de nuestros primeros cuidados al llegar a Carseas, había sido bucar una casa decente; no podiamos permanecer indefinidamente en el Gran Hotel que estaba lejos de realiza le ideal del confort. Depudo de informancon, nos habían ballado por fin, una habitación bastante espaciosa, pero en talestado de deteriore, que no habíamos podido instalarose en ella en el primer momento. No pudimos pensar en hacer algunas excursiones por los alrededores de Carcacs sión después demá de un mes de permanencia en la ciudad. Además el estado del tiempo no las favorecía. Estábamos entonoses en pleno inviero, no, período que se extiende desde mayo a noviembre. Una vez solucionado del problema del domicillo, revolvimos sin embargo, a pesar de los chaparrones, no diferir más nuestras correrias por el campo.

Un paseo hasta Petare, capital del Estado vecino, había de

inaugurarlas.

Salimos de Caracas temprano, en coche, pasando por delan-

te del matadero y las haciendas del Conde, Mosquera y Boulton. Un poco más abajo de esta última, del lado izquierdo del camino, una vieja pared agrietada, horadada por una pequeña puerta desvencijada que lleva esta pretenciosa inscripción: "Ferrocarril del Este". llama nuestra atención. Hacemos parar nuestro vehículo, v echamos una ojeada en el misterioso recinto. Divisamos allí un viejo vagón, lastimosamente inclinado sobre uno de sus lados, casi totalmente reventado. Algunos trozos de rieles están desparramados aquí y allá entre las matas de hierba, ¡Era todo lo que quedaba para recordar el ferrocarril del Este! Se nos contó que algunos años antes una estación había sido establecida en este punto, lo mismo que una vía férrea para reunir a Caracas con Sabana Grande. Un día, el tren había descarrilado y nadie había intentado levantarlo: ¡la empresa estaba condenada!

La opinión pública la había acogido por otra parte con indiferencia. No existe en Venezuela, hasta el presente, sino una sola línea férrea, construída por una sociedad inglesa, sirviendo a los transportes entre las minas de cobre de Aroa y el pequeño puerto de Tucacas. El general Guzmán Blanco se ocupa enérgicamente sin embargo en mejorar este estado de cosas, y gracias a sus esfuerzos una asociación hace realizar grandes trabajos entre la Guaira y Caracas, con el objeto de fundar un "railway" entre estas dos ciudades. Se espera inaugurarlo en 1883 1,

Subimos de nuevo en coche. La carretera de Petare, más allá de la estación del Este, se aparta hacia la derecha y costea la hacienda Mosquera que se extiende a una gran distancia en el valle. Los cafetos que se cultivan alli están plantados a la sombra de magnificos bucares, árboles muy altos, de follaje vigoroso, generalmente utilizados en las plantaciones para proteger los arbustos fructíferos. La recolección se hace en octubre y cada planta de cafeto da un promedio de un kilo de

<sup>1</sup> Estas esperanzas se han realizado; como lo hemos dicho anteriormente en una nota, el ferrocarril entre La Guaira y Caracas ha sido inaugurade el 27 de junio de 1883.

bayas. Se recogen en la hacienda mencionada tres variedades de excelente café, comparables a los mejores productos del extraniero.

El aspecto de una propiedad explotada de este modo es el de un bosque: a seis o siete pies del suelo se levantan los cafetos, apretados uno contra otro; por encima de sus ramas flexibles se extiende a una gran altura la bóveda impenetrable formada por las cimas de los bucares v de los etuames.

El guama (inga spuria), de gran dimensión, así como el bucare, produce una larga vaina erizada de pelos pardos cortos y duros que le dan una apariencia aterciopelada. Se tuerce al secarse y encierra una especie de almendra muy solicitada por los negritos.

Depués de dejar artis la hacienda Mosquera, nos encontramos a ofillà del Guaire. La carretera, a partir de este punto, est verdaderamente pintoresca. Aquí, raachos, ora construídos en el bode del camino, ora medio ocultos bajo ramas espetas; en otras partes, casitas de eampo rodeadas de jardines, morandos su techo por encima de las grandes hojas de plátanos; más lejos, a la izquierda, el antiquo palacio ya mencionado de uno de los últimos Capitanes Generales españoles, el cual se hundió en parte durante el terremoto de 1812, cubriendo el suelo con una minas.

Nos apeamos para ir a visitarlo, siguiendo un sendero arenoso que pasa no lejos del leprocomio, grande casa blanca, rodeada de árboles.

El palacio español, compuesto de una planta baja y un piso, era vastísimo y llenaba con sus construcciones una meseta aislada que se prolongaba hasta el pie de la cadena del Avila. Sus paredes agrietadas son todavía lo bastante intactas como para que uno se de cuenta de la disposición interna. Una espesa vegetación lo invade por todas partes y lo cerca con sus guirnaldas floridas. Ante el porta principal del edificio se abtian jardines dispuestos en terrazas sucesivas hasta el fondo del valla.

Se disfruta allí de un panorama admirable. A través de una niebla ligera, en el horizonte, se presentan las casas blancas de Caracas bañadas de sol; luego una muralla gigantesca de montañas, de colores variados, líneas ondulantes y crestas imponentes. Grandes espacios cubiertos de una hierba amarillenta alternan con las masas sombrias de bosques inmensos. Un cielo puro, de un azul intenso, enmarca este cuadro armonioso que es casi tan difícil de describir como de pintar.

Bajamos lentamente y casi a pesar nuestro de este espléndido observatorio, y subimos de nuevo en coche. Pronto llegamos a Chacaito, aldehuela casi exclusivamente habitada por negros. A cierta distancia de allí se halla Chacao, pueblo grande donde varias familias de Caracas poseen casas de campo. Una larga calle, bastante sucia, mal empedrada, en la cual pasan y vuelven a pasar gallinas, perros sarnosos y burros cargados de mercancías, forma su principal arteria. En cada cuadra se presenta una pulpería, especie de tienda donde se vende de todo, frutas, tabaco, aguardiente, queso, cabuyas, cartón, herramientas y muchas otras cosas aún. Allí se encuentran todas las negras de los alrededores y se repiten las noticias del día.

Entre Chacao y el pueblo vecino, Sabana Grande, costeamos una nueva plantación de café, cuyos bucares extienden sus ramas copudas por encima de la carretera, sumiéndola en la sombra. Hacia el medio de dicha plantación, en una colina cuyo pie está bañado por el Guaire se levanta un peristilo con columnas, medio desplomado, y algunos lienzos de pared horadados por ventanas ojivales. Se notan también una torrecilla y dos cuartos habitables aún, ocupados por una familia de negros. Estas ruinas formaban parte antaño de un pequeño castillo donde residía Humboldt, cuya situación convenía perfectamente a los estudios astronómicos. En frente de las ruinas, del otro lado del Guaire, se observan las altas chimeneas de un ingenio de azúcar o "trapiche", y cerca de allí una hermosa habitación conocida bajo el nombre de Bello Monte.

Hénos aquí en Sabana Grande. Es un conjunto de casas de campo y quintas, entre las cuales se abrigan, oscuros y desvencijados, algunos ranchos de negros. Se cuenta una población

total de unos 700 habitantes.

No hacemos más que pasar. Hacia este punto la carretera

se acerca a los primeros contrafuertes de la Silla, esta montaña espléndida e imponente que domina todo de valle de Caracas. Tiene 8.340 pies de alto <sup>3</sup> y ha sido escalada por varios exploradores, en particular por el visjero inglés Spence quien dejó de ella una interesantisma descripción. Debe su nombre a su forma tara que recuerda la forma de una silla de caballo, de proporciones gigantescas, abriéndose sobre el ciclo azul. Desse lo altro de la Silla se goza de un panorama muy extenso. Del lado Norte, se ve el puerto de La Guiara, el mar de la Antillas sembrado de ialas, una larga linea de costas bordesdas con un hilllo plateado; del lado Sur, varias cadenas de montañas dispuetas en terrazas y entre ellas otro gigante de los Andes costaneros, el Píco de Naiguatá, de 9.450 el 10 a 11°C, lo cual hace una diferencia de más de la mitad con relación a la de la llatura.

Continuando nuestra excursión, llegamos a la vitas de los Dos Caminos que ni siquiera merecen el nombre de aldehuela, ya que sólo se ven tres ranchos y una pulperia. Antes de entrar en ella notamos en una plantación de propiedad de don López de Ceballos, ex ministro de España en Venezuela, dos árboles enormes que numerosas generaciones contemplaron antes de monotros y que todavia están rebosantes de vida. Según la tradición, Bolivar descansó antaño a la sombra de su espeso follaje. Cerca de allí, con un dulce murmullo, corre una fuente de agua ferruginosa que es excelente según dicen. La hubiéramos probado de buena gana, pero nuestro cochero no nos dejó el tiempo de hacerlo. Envolviéndose en su cobija, azoró sus caballos eritándonos:

-: Va a caer un aguacero!

El cielo, en efecto, hasta entonces de la mayor serenidad, se cubría de nubes amenazantes. Partimos a todo escape, y con mucha razón, porque al alcanzar las primeras casas de Petare, un verdadero diluvio se abatió sobre nosotros, trasformando la

<sup>1</sup> La Silla tiene una altura de 2.640 metros y el pico de Naiguatá del cual habla la autora más abajo, de 2.765 metros. (N. del T.)

carretera en un torrente. Afortunadamente nos acercábamos a un abrigo hacia el cual nos dirigimos a toda prisa.

La ciudad de Pesare, pintorescamente agrupada en la laciens de las colina, a 3ª nuova de altune, estra sire la la cleas de las colina, a 3ª nuova de altune, estra sire la labitantes. Se ha cehado un puente sobre el Guaire que, fornado por la reunión de los dos río San Pedro y Macros, corre primero al Sur de Caracas, se dirige después bacis el Este, hasta la pequeña cadena de las Auyamas, en la cual se levanta Petare, la rodes, se abre un paso a través de las rocas, se escapa en otro valle donde forma dutanta el invierno una magnifica cascada y se echa en el mar de las Antillas, no lejos de Río Chice.

Nos esperaban en Petare, en casa del Dr. Bolet, pariente del pintor venezolano del mismo nombre. Nuestro coche, después de seguir lentamente una calle tortuosa, de pendiente bastante rajuda, se paró ante una gran casa situada cerca de la iglesía. Un hombre y ade edad, de alta estatura, vigoroso y lleno de salud, vino a desearnos la bienvenida en francés: era el Doctor. Nos hizo entrar en el patio de su casa, donde nos esperaba una primera sorpresa. Este patio estaba lleno de pájaros de toda clase, algunos de ellos muy raros, que revoloteaban y saltaban por doquier con perfecta seguridad.

Cada uno tenía un nombre serán lo supinos por nuestro.

huésped y contestando a éste venía a posarse sobre los hombros del dueño. Si abandonaba na veces el patio para irse a lo lejos, pronto volvian por si mismos. Uno de ellos, sin embargo, se ausentaba llegado el caso más largamente: era un trupial, vazabundo por temperamento, el andaría de la banda. En el momento en que entrábamo; de llegaba a todo vuelo después terse días de locas correrias por entre bosques y praderas. Divisando al Doctor se había acurrucado en un matorral que florecia en medio del patío.

-¡Chico, ven acá! —le gritó el Dr. Bolet con un tono severo.

La orden fué repetida con más fuerza. El pobre turpial levantó la cabeza con aire lastimoso, abrió las alas y vino a posarse sobre el dedo de su dueño. -¿Qué has hecho tan largo tiempo afuera? —le dijo éste—, ¿No te avergüenza semejante conducta?

El pájaro hinchó sus plumas con aire postrado.

-: Vamos, vo te perdono una vez más! :Pero no recomien-

ces!
Y el doctor acarició suavemente el bonito animal que muy

alegre lanzó un trino magnifico para darle las gracias.

Abandonando el patio y su curiosa población, entramos en un gran salón que servia al mismo tiempo de escritorio. Alli, nuestro huésped nos presentó su mujer, doña Mariquita, quien nos recibió de mode encantador. Su fisionomía, animada por grandes ojos negros y vivos, estaba abierta, cordial y del todo simpática. Tenía coglido de la mano a un nálito de unos seis años, cuyas facciones singularmente inteligentes llamaron nuestra atención.

-¿Es su hijo? -preguntamos al buen Doctor.

—No —contestó—, es un joven huérfano a quien he recogido y educo.

Después, dirigiéndose al niño:

-¡Vamos, vén a saludar a las señoras!

—Rafael Ruiz, servidor de Ud. —dijo el niño con voz breve llevándose la mano al sombrero.

-Ya sabe leer y escribir -observó su protector muy orgu-

lloso de su pupilo-. Hasta entiende el francés.

Luego, llamando al huérfano a su lado, abrió un ejemplar de los Evangelios, lo pasó al pequeño Rafael, quien se puso a leer el texto francés muy claramente, con un excelente acento y sin ninguna timidez.

El Sr., y la Sra. Bolet han recibido en su casa varios otros niños abandonados por sus padres. Doña Mariquita los cuida, los viste, como una madre verdadera, y su marido les hace aprender un oficio, para asegurar más tarde su porvenir. Sería difícil citar un ejemplo más noble de abnegación y caridad.

Nos sirvieron un buen almuerzo en una vasta pieza que daba al patio. Un excelente sancocho de gallina nos abrió el apetito. La población alada que vivía en el patio tomaba vivo interés en nuestras operaciones y se mostraba en masa en el

umbral de la puerta. Había alli una mezcolanza de palomas, querrequerres, tórtolas, turpiales, etc., azorados y en acecho. Como pájaros bien criados, no trataban, sin embargo, de penetrar en el cuarto y agarraban al paso, atropellándose, disputándose, las migajas que se les echaba de la mesa. En los postres, el Doctor nos hizo probar vino de naranjas e hidromel fabricados en su casa. Después fuimos a ver sus colmenas, situadas en el jardín, detrás de la casa. Es él quien introdujo en Venezuela la abeia de Europa. Antes no se conocía en el país sino una pequeña abeia, de la cual existían sin embargo algunas variedades sin aguijón o por lo menos con aguijón rudimentario. Eran conocidas a causa de esta particularidad bajo el nombre de "angelitos", vivían bajo tierra o en los troncos de los árboles y producían una miel poco abundante pero muy perfumada, El Sr. Bolet, que las había amaestrado, quiso darse cuenta si se podía aclimatar en el país la especie europea. Encargó, pues, dos enjambres de procedencia italiana. Apenas las recién llegadas fueron instaladas en su jardin, cuando se pusieron a dar caza a las indígenas, que fueron rápidamente expulsadas. Los "angelitos" se refugiaron en los bosques a donde las demás, habiéndose multiplicado considerablemente, no tardaron en seguirlos. Según nuestro huésped, el resultado de la guerra no es dudoso, y las especies autóctonas están destinadas a sucumbir tarde o temprano ante la invasión extranicra.

Habiéndose aclarado un poco el tiempo, nos atrevimos a dar un paseo por la ciudad. Excepto su iglesia, Petare no posee ningún monumento y no se compone más que de algunas calles montuosas poco animadas y llenas de casas baías con

ventanas enrejadas.

Se trataba pues de ir a ver la Iglesia. El sacristia, un viejo negro canoo, nos hizo su honores. El pavimento del delficio estaba aún sembrado de flores porque en la vispera se había verificado una fiesta religiosa. AllI como en Caracas volvimos a ver extrañas estatuas de santos vestidos del modo más grotaco. Una de ellas nos alegró mucho con gran admiración del sacristía que nos contemplaba con aire de reprobación.

Representaba un santo de su color, es decir negro como el claro, vestido con una pequeña falda roja y un jubón azul claro. Levantaba una de sus manos al cielo; con la otra se apretaba el vientre y parecia padecer mil angustias. Era el "une plus ultraz" de la fealdad y de lo ridiculo.

Hacia las cinco, vinieron a avisarnos que todo estaba listo para la salida. Nos despedimos con mucho pesar del amable Doctor y su digna compañera, y hacia las siete, volvíamos a

Caracas, encantados de nuestra visita.

Algunos días más tarde hablábamos en presencia del Sr. de S. de la excursión que acabamos de relatar y de la buena impresión que nos había dejado.

-¿Han ido Uds. ya al Valle? -nos preguntó.

-No.

—Pues bien, si Uds. lo permiten, vendré mañana y almorzaremos de paso en "La Palomera", pequeña fonda atendida por uno de mis compatriotas que tengo empeño en hacerles

Habiendo aceptado la invitación, nos pusimos en camino en el día y hora convenidos. Salimos de la ciudad, cruzando un hermoso puente de hierro echado sobre el Guaire bajo la

administración de Guzmán Blanco.

A la derecha del puente se divisa una magnifica alameda de palmeras. Estos árboles, en número de cuarenta y cuatro, todos muy altos, se yerguen orgullosamente en el aire como otras tartas columnas majestrosas adornadas de sus capiteles. A orillas del Guaire se ven por doquier negras que limpian la ropa, golpendola con toda fuerra sobre lajas y fumando "capadaree", tabaquitos malos que valen cinco céntimos. Para distruarlos por más tiempo tienen la costumbre de poner la parte encendida del tabaco en su boca y de volverlo de vez en cuando solamente para sapirar una bocanada. Es difíciel entender cómo ejecutan esta maniobra sin quemarse el paladar o la lengua. Ellas solas podrían explicardo.

Más allá del puente, la carretera sube ligeramente rodeando una colina a cuyos lados se levantan casas de campo y pequeñas chozas de adobe llamadas en el país "pajareques", en las cuales se han establecido pulperías. Una de ellas tiene un rótulo ambicioso: "La roca Tarpeya". Después de dejarla atrás, el camino se interna en una garganta estrecha bordeada de acantilados. Este sitio lleva un nombre característico, el Portachuelo. A veces, en los días de fiesta, se tiende una cuerda de una roca a otra, por encima del camino, y un Blondin venezolano, paseándose sobre los aires, divierte a la muchedumbre.

Desde este punto se goza de una vista admirable.

Más allá del Portachuelo, hacia la izquierda, notamos un camino en declive, a cuva entrada había un rótulo con estas palabras en letras amarillas: "Hortalizas, venta de semillas". Habíamos caminado rápidamente, y empezábamos a sentir un poco de fatiga. Preguntamos al Sr. de S.:

-Ud. ha llegado -nos dijo sonriendo. -1Cómo!, pero ¿dónde está pues la Palomera?

-Sigame Ud. - replicó - está a dos pasos de aqui.

Dejando el camino principal, seguimos la senda montuosa mencionada más arriba y llegamos pronto ante una casita rodeada de flores, protegida contra los ardores del sol por un higuerón, árbol enorme, cuva fruta se parece a la de la higuera, pero más pequeña. Sus hojas, bastante consistentes y de un verde hermoso, contienen un jugo lechoso, más o menos venenoso. La casa estaba adornada de este lado por un corredor v en los muros había divisas, inscripciones, estrofas versificadas, obras del dueño de casa, refiriéndose casi todas a los placeres de la vida campestre. Una mesa y un banco estaban colocados hospitalariamente en el corredor. Nos sentamos y el Sr. de S. adelantándose hacia la entrada llamó con alta voz: -IDon Agustin!

Vimos aparecer un individuo de estatura mediana, muy flaco, con ojos negros v vivos, nariz larga v afilada. Estaba en mangas de camisa y llevaba un ancho panamá que le ocultaba la nuca. Tan pronto como hubo divisado a nuestro guía, se avanzó hacia él sonriendo, alargándole la mano:

-¡Cuánto tiempo sin venir! -le dijo.

Después, señalándonos, agregó:

-;Y estas señoras? ¡No las conozco!

El Sr. de S. le dijo quiénes éramos. De inmediato se volvió

hacia nosotros y, dirigiéndonos la palabra en francés: -Sois buenos caminantes -replicó-: ocurre raras veces

que las venezolanas vengan a pie hasta aquí; no les gusta salir de sus casas. ¿Deseáis tomar algo?

Le pedimos café. Nos deió un instante v. durante su ausencia, el señor de S. nos contó su historia.

-Es un hombre singularmente raro -observó-, pero por lo demás bastante hábil. Nacido en España, hizo sus estudios en un seminario y vistió los hábitos. Poco satisfecho del estado eclesiástico, se reunió un buen día con una tropa de carlistas, se alistó entre ellos y después de algunas destacadas acciones obtuvo el grado de coronel. Después de la ruina de la causa a la cual se había sumado, abandonó su país, pasó a Francia v se embarcó en Burdeos para Venezuela. Llegado aquí, el exsacerdote, el atrevido guerrillero, alquiló la casita que usted ve y se hizo jardinero. Vende flores, frutas, legumbres, sirve bebidas y alquila algunos cuartos amueblados que forman parte de una quintita construída en su jardín. Es poeta ocasionalmente v aún no ha olvidado por completo su latín.

Su vuelta puso término a nuestra charla. Don Agustín se sentó a nuestro lado y se puso a hablar familiarmente, como si se hubiera encontrado con antiguos conocidos.

-- No volverá usted a España? -- le preguntamos.

-Lo pensé, desde luego; pero el presidente me ha aconse-

jado quedarme aquí -contestó con orgullo. -Sin embargo, susted debe desear ver de nuevo a su país? -Si, claro. Pero ¡todo ha cambiado tanto allá! ¡Si el rey volviera no digo que no! Entonces, vicio como sov, tiría alla

para presenciar su triunfo! Mientras hablaba tocaba con sus dedos huesudos una mar-

cha militar sobre la mesa.

-¿Quieren ver mi jardín? - replicó después de un momento de silencio.

-Con mucho gusto.

El jardín se extendía en una colina detrás de la casa. Para llegar hasta él hacia falta, pues, cruzarla. Pasamos por el salón de nuestro huésped. Era un pequeño cuarto sombrio, amuebiado con una vieja mesa, algunas sillas, dos armarios llenos de vinos y llocore, y un chinchoro colgado en un rincón. En la pared, enfrente de la puerta de entrada, se extendía un enorme tótulo montado como un mapa geográfico en el cual estaba dibujado de cuerpo entero el retrato del general Guzmán Blanco illuminado con los colores más vivos.

Al salir del salón, se encontraba uno en una galería y a la

entrada del jardín. Éste era riente y lleno de flores.

No nos quedaba más que despedirnos de don Agustín, quien, por lo demás es un hombre muy amable. Siguiendo la avenida por la cual habíamos venido, volvimos pues al camino principal.

A poca distancia de La Palomera, del otro lado de la ca-

rretera, se divisa un establecimiento de baños recién insugurado. Más abajo, y hacia la derecha, en el fondo de un valle, han establecido un vasto cementerio. Está separado de la ciudad por una cadena de montañas de laderas incultas. Este campo de descano es de una tristeza desolada. Su

Exte campo de acecanso es de una tristeza desosata. su situación aislada, las murallas que lo rodean refuerzan esta impresión. No se nota ninguna tumba de aspecto arquietechnico o artistico. Los féretroe están enterrados como en Europa. Este sistema de inhumación es nuevo entre los venezolanos, quienes colocaban antes sus muertos en nichos acondicionados de trecho en trecho en unas construcciones de mampostería.

Existá hace poco en el país una costumbre extrafa, que no ha sido abandonada por completo. Cuando un enfermo se está muriendo y empieza su agonía, su amigo más fartimo se coloca a su cabecera, de pie, con un cirio en la mano. Alís, inmóvil, vela sobre el moribundo. Apenas éste ha exhalado el último aliento, cuando apagan el cirio cuya llama vacilante simbolizaba probablemente, según pensaban los primeros colonos, la vida humana a punto de desaparecer, volviendo a la noche y al mistratio.

Las ceremonias fánebres no ofrecen aquí nada particular. En Caracas como en Europa, suntuosos carros fúnebres reciben el cuerpo en la casa mortuoria, lo transportan a la iglesia, y de allí al cementerio, acompañados por una hilera de coches puestos a disposición de los parientes y amigos del difunto. La manía de los discursos y de los panegíricos es ein embargo exessiva. No es rato' ver un padre, un marido, un hermano, derremar públicamente su dolor en flores de retórica demasiado cuidadas que los periódicos locales publican al día siguiente en su parte literaria. El silencio ante una tumba entreabierta en segúa tal vey emenos elocuente pero seguramente más conve-

En la capital venezolana, esta sfición a las manifestaciones En la capital venezolana, esta sfición a las manifestaciones odominidad a la celebración del día de difuntos. Con este mocrito es entrecar la recurso stiminada que camerterían la contra esta esta esta entre esta entre ent

Nuestra excursión a La Palomera y al cementerio no nos labalis cansado mueho, de modo que nos pusimos de nuevo en camino para ir al Valle. Dos caminos llevan al pueblo: uno que escala las montañas, rocalloso, árido, de pendientes muy rápidas, cruza una aldebuela llamada El Rincón; el otro más anche, llano, fácil, cotra plantaciones de caña de azúcar y maíz y está bordeado a ambos lados por un seto de urape negro (Rushisia: multimeriria) arbusto espicioso con lojas de un verde bermoso. Tomamos esta filtima vía y, después de un verde bermoso. Tomamos esta filtima vía y, después de marcha alcanzamos un navor desfiladeso más

ni la soledad ni el recogimiento.

pequeño que el del Portachuelo, dando paso hacia un tercer valle, relativamente ancho que se reunía con el de Chacao más allá de Sabana Grande.

Un bonito río, tributario del Guaire, corre allí, deslizándose entre riberas bordeadas de cañas silvestres cuvos penachos emplumados se inclinan al viento. Lo llaman El Tuy, y los Distritos que riega son muy notables por su fertilidad.

El pueblo de El Valle donde hicimos pronto nuestra entrada, no tiene nada de pintoresco. Es bastante grande y posec una iglesia, algunas calles mal empedradas y varias casas de comercio frecuentadas por la clientela rural, verdaderas quincallas con la exposición más variada de artículos. El clima es muy sano, y varias familias de Caracas van a pasar alli una temporada en el verano. Las colinas que se levantan alrededor del pueblo son bajas, estériles y sin más vegetación que algunos cactos de raquetas espinosas. Habiendo hecho observar nuestro guía que hallaríamos más lejos sitios más interesantes, resolvimos dejar atrás El Valle, con mucha razón, porque después de caminar una hora nos encontramos en un lugar encantador llamado Turmerito. Figurense ustedes una vieja casa de paredes resquebrajadas,

agrietadas, coronada por un techo de bambú, medio oculta debajo de grandes matas de árboles; más abajo el río claro, limpido, corriendo con un dulce murmullo. Cansados como estábamos, un alto nos parecía delicioso. Una vieja negra nos acogió deseándonos la bienvenida. Ella nos informó que estábamos en una posada, muy concurrida por los arrieros en procedencia de los distritos del Tuy que se trasladaban a Caracas. Le pedimos algunos refrescos para apagar la sed ardorosa que nuestra caminata había engendrado. La buena vicia corrió a prepararnos un guarapo a su modo, hecho con aguardiente, papelón y agua, de un gusto tan extraño que nos fué imposible probarlo. Nuestra huéspeda no comprendía nuestra

-: Jesús, niñas! -exclamaba-, ¿cómo no les gusta el guarapo?, juna cosa tan buena!

Y juntaba ambas manos en señal de sorpresa.

Su admiración se volvió estupefacción cuando nos vió tomar una totuma colgada de la pared, ir al río y beber con delicias su agua cristalina. Una depravación semejante sobrepasaba todas sus previsiones.

En el momento en que nos poníamos de nuevo en camino

para volver a Caracas, murmuró entre dientes:

-¡Caramba! ¡un guarapo tan fino!

## CAPÍTULO XII

Ocala ritrospectiva sobre la política. — Mareir y entirero de Alciatara. —
Genera civil. — Caraca duanta la revolución — Un incidente despedable. — Desordene. — La demoledene. — El trimely de Celeina. — Escurvilia a Advisana. — La careira. — El campanento le la guinnotaliana. — April de volto. — La Vega. — El "Pareçan de Guarde." —
Antimeno. — El Coracol Fastilian. — Valeta e Carcat. — Propositiva
de fietta. — Entreda trimefal de los guunnechta. — Comilderaciones
de fietta. — Entreda trimefal de los guunnechtas. — Comilderaciones

Nuestra primera excursión a Antímano, pueblo grande situado a dos leguas de Caracas y en una dirección opuesta a la de Petare, se verificó en circunstancias excepcionales. Para explicarlas, estamos en la obligación de recordar un episodio muy importante de la historia contemporánea de Venezuela. A nuestra llegada al país, según lo dijimos anteriormente, la silla presidencial estaba ocupada por el general Francisco Linares Alcántara. Sucedía al general Guzmán Blanco, quien lo había recomendado antes de salir para Europa a los sufragios del Congreso. Se esperaba, pues, que el recién electo seguiría las tradiciones políticas de su antecesor. Estas previsiones no se realizaron por completo, y la administración del nuevo presidente no tardó en descontentar a ciertas personas. Estas se mostraban poco satisfechas de la situación financiera que tendía a agravarse y echaban de menos a su antiguo jefe cuya reinstalación en el poder deseaban.

Un acontecimiento inesperado precipitó la crisis, ya inevi-

table. Se supo de repente en Caracas que el general Alcántara, durante una partida de caza en los alrededores de La Guaira había caído enfermo y acababa de exhalar el último suspiro.

Su cuerpo fué llevado a Caracas para ser enterrado en el Panteón Nacional. En el día fijado para las exeguias, una comitiva se formó con mucha pompa. El féretro, llevado en hombros, abría la marcha, seguido del presidente interino de la república, venerable anciano cubierto de canas: del clero con el arzobispo de Caracas a su cabeza, en hábitos pontificales; del cuerpo diplomático con uniforme de gala; de una división militar, con los tambores velados, y por fin, de una enorme multitud turbulenta y agitada. La calle que lleva al Panteón estaba adornada con flores y bordeada de postes con emblemas masónicos. Todo se llevó a cabo en el mayor orden hasta el paso de un puente que cruza la quebrada del Catuche en la esquina de la Trinidad. En este lugar un pistoletazo se ovó de repente y provocó una riña horrorosa. Cada uno de los asistentes tomó el revólver en mano, y los soldados, crevendo en un complot, empezaron a disparar sobre la comitiva. Se siguió una desbandada general y el ataúd del difunto presidente fué colocado en la calle abandonado por sus cargadores. Después de unos momentos de desorden inenerrable varias personas levantaron el féretro y lo transportaron rápidamente al Panteón.

No se conocieron nunes los autores de este incidente, pero se supuso que había sido preparado de antenano como señal de revolución. A partir de este dia, en efecto, se formaron guerrillas en todo el país. Unas aclamaban al general Guzmán, otras soxenían las pretensiones de jefes menos conocidos, con este en en en esta en en en esta junta de la como de la como de la como de anarquía, siete u ocho rivuelas se apoderaron succeivamente de la silla presidencial que ninguno de ellos tenía la fuerza defender. La vida en Caraca se hacía insostenible. No se defender.

<sup>1</sup> En realidad, a la muerte de Alcántara, el doctor Villanueva, jefe del gobierno, entregó el mando al general Jacinto Gutiérrez. La Asamber de Constituyente nombró como presidente al general José Gregorio Valera. Pero a consecuencias de varios pronunciamientos, Guzmán Blanco volvió

veian en todas partes sino casas, puertas y ventanas cerradas herméticamente. Algunos grupos silados estacionaban en las hesquinas de las calles, hablando en voz baja de los acontecimientos del día; los comercios estaban paralizados, las oficinas desiertas, las comunicaciones entre Caracas y La Guaira completamente interrumpidas.

Este estado de crisis no nos causaba impresiones tan vivas como a los venezolanos, y no habíamos renunciado a nuestro paso, cabezas asustadas aparecian a veces en las ventanas y voces ahogadas murmurabam —; Vea uted 1: Es una locura! (Seria preciso mandarlas a

Los Teques!

Pronto no se permitió a nadie salir de Caracas sin un salvocenducto. A petición nuertra el presidente en funciones no explidó uno, y resolvimos, hacer como antes, es decir, ir en nuestras excursiones hasta más allá de los suburbios. Una mañana, después de habernos desayunado, seguimos el camino de Petare, pero fuimos detenidos pronto por cuatro negros desharrapados, quienes, sentados en una acera, velaban por la seguridad pública. Uno de ellos, levantándose, nos pládie el pa-

al poder en 1879. La silla presidencial no pasó, pues, a siete u ocho rivales succesivos, aunque si hubo un período un tanto anárquico entre la muerte de Alcántara y la vuelta de Gurama Blanco. (N. del T.).

Se lo presentamos abierto. Lo tomó al revés, lo consideró gravemente durante algunos instantes y acabó por devolvérnoslosonriendo. Es evidente que si le hubiéramos dado, en vez de un documento oficial, la copia de una oda de Victor Hugo, el resultado hubiera sido por completo el mismo!

Reanudamos la marcha, y nos encontrábamos ya ante la plantación Mosquera cuando una bala silbó de repente a nuestro oido y se oyó un disparo entre los árboles. Algún vagabundo, por pasatiempo y ejercicio, acababa de disparar sobre nosstros. Iuzamos prudente no exonocernos más y volver

atrás.

Al dia siguiente el ruido de nutridos disparos se escuebi del Jado del puente de hierro. El combate se prolongó durante varias horas y parecia de los más encarnizados. No costó sin embargo sino un pedazo de oreja a un perro errante, viejo alano que pertenecia al excatilista don Agustín. Se había quemado mucha polvora, lo cual, para la gente de color, es uno de los grandes atractivos de la guerra.

Una acción más seria se verificó poco después en el Calvario. Quinientos hombres, salidos de Los Teques, habían seguido la cordillera a media pendiente y se esforzaban por pepertar en la ciudad. Durante la lucha huba alzunos muertos

herido

Mientras tanto, el campo era el teatro de atropellos constantes. Se aquesban las haciendas, se robaban los caballos, se llevaban por la fuerza para incorporarlos entre los beligerantes a los negros y peones empleados en las plantaciones. Los anarquitass, sobreexcitados por la pasión política, resolvieron un dia derribar las estatuas erigidas a Guzmán Blanco. Se traslacon primero al Calvario, para destruir un monumento que le habia sido levantado después de la creación por sus cuidados de este hermoso paseo. Una estatua ecuestre del presidados de este hermoso paseo. Una estatua ecuestre del presidados de este hermoso paseo. Una estatua ecuestre del presidamento con cierto ceremonial, al sonido de una banda militar, y altos funcionarios tiraron del cable que había de servir para precipitarla fuera de su pedestal.

Esta guerra al bronce y a la piedra no aumentó la popula-

ridad de sus autores. Claro que no se acostumbra en Europa glorificar a ilustres personaje en vida, levantándoles así varias estatuas en su país natal; pero el lector no debe olvidar que estamos en la América del Sur, donde estas manifestaciones exageradas forman parte de los usos <sup>3</sup>.

Mientras tanto reinaba cierto malestar. A la entrada de cada cuartel vigilaban soldados quienes, arincinerados detrás de las ventanas enrejadas, con el fusil en la mano, interpelaban de lejos a los transeimes preguntándoles la contractera "¡Patria federall" Si la contestación se hacía esperar, tenían orden de disparar. Una noche, hubo un pañoco serio.

Un centinela había visto una sombra avanzar lentamente a lo largo de las casas. La calle era oscura, mal iluminada, y una emboscada era posible...

-¿Quién vive? -gritó el centinela.

La sombra avanzaba, siempre, guardando silencio.

Era un traidor, sin ninguna duda. Una segunda interpelación se quedó también sin respuesta. Se escuchó un disparo, una bala cruzó el aire, y un cuerpo grande y pesado cayó en la penumbra.

Én un instante la emoción llegó a su colmo; acudió la guardia con bayoneta calada; unos faroles iluminaron la escena; parlamentaron, se acercaron al cadáver, y descubrieron un pobre burro errante que había pagado con su vida su descuido y su mutismo.

Mientras estas escenas pueriles se presentaban en Caracas, se organizaba un gran movimiento en el interior del país. El general Cedeño, valeroso soldado muy influyente en el Estado de Carabobo, levantaba toda la provincia a favor de Guzmán que estaba entones en Francia. Después de varios combates entre sus fuerzas y las de los varios aspirantes a la presidencia, combates en los cuales siempre se llevó la ventaja, Cedeño llegó a Antimano, estableció allí su campamento y mandó

<sup>1</sup> Estas estatuas fueron colocadas de nuevo en su pedestal después de la vuelta del general Guzmán Blanco.

pedir a Urdaneta, entonces presidente interino, la rendición de la capital federal, Cualquier resistencia era imposible: Urdaneta tuvo que re-

tirarse y dar sitio al vencedor. Mientras que Cedeño estaba aún con sus tropas en Antímano, ya firmada la capitulación y fijada para el día siguiente la toma de posesión de Caracas, se nos ocurrió ir a visitar su campamento. Nos entregaron un pase especial, en nuestra calidad de extranjeros, y hacia las dos de la tarde subimos en coche, decididos a llevar a cabo nuestra expedición arriesgada. Tuvimos primero que seguir la calle del Comercio, entonces poco animada, y pasar por la plaza de San Pablo situada en la parte suroeste de la ciudad. Se ha construído recientemente allí un teatro y una estatua ha sido levantada al general Monagas, frente a la casa que ocupaba antes. Cruzamos un puente y seguimos después una larga calle que se ensanchaba poco a poco para venir a parar a la carretera de Antimano.

Por aquel lado no hay terrenos estériles con profundas quebradas: ni bloques de cuarzo o de mica que brillan al sol como en el norte de la ciudad. Por doquier el valle es perfectamente cultivado sin dejar de ser pintoresco. Cañas silvestres que tiemblan al viento bordean la vía pública sombreada de altos árboles de caucho, con ramas tortuosas, hojas espesas y lucientes. Pertenecen a la variedad conocida bajo el nombre de Castilloa elástica 1, que se podría explotar con provecho en Venezuela. Un árbol de esta especie, de cincuenta centímetros de diámetro da hasta 25 kgs. de caucho. De trecho en trecho, entre los macizos de vegetación, se abren unos claros ocupados por maizales: los riega el Guaire cuyas aguas límpidas y poco profundas corren en un lecho de guijarros.

Nuestro coche iba a buen paso y alcanzamos pronto Palo Grande, luego el Empedrado, dos aldehuelas compuestas de algunas casitas de adobe, con ventanas de reias de madera a un kilómetro más o menos de Caracas. A partir de este punto,

<sup>1</sup> El castilloa elástica es un árbol de caucho propio de Malasia. Los árboles de caucho que crecen en Venezuela son todos del género Hevea.

la escena se animó. Los negros guzmancistas habían instalado a ambos lados de la carretera pequeñas chozas provisionales ao ambos lados de la carretera pequeñas chozas provisionales formadas con cañas silvestres, cubiertas de bojas de plátano. No se podía entrar en ella sino arrastraíndose. Ante esta estrán de perchas a los soldados quienes colgaban en los sus quepis y sacos. Grupos de individuos más o menos desharrapados, mejor más que menos, obstruitan el camino. Advarente de la diagrafía formaban círculo alrededor de un gran fugos obre el cual se asaban gruesor cuartos de carne tomados de las haciendas vecinas; más lejos se aconstaban a la sombra sobre la cobija roja o azul, fumando descuidadamente el cigarrillo. Gallos y gallinas, stados por las patas como verdaderos prisioneros de guerra, tumbiandose y atropellándose, chillando aqui y allá, esperaban el golpe de gracia.

Al aparecer nuestro coche, toda esta gente se conmovió y nos rodeó una tropa de negros que gritaba a voz en cuello:

-JUn tabaco! JUn centavo!

Oficiales y soldados se precipitaban afanosamente. Habiamos previsto este episodio, de modo que nos habiamos provisto, antes de salir de Caracas, de tabacos y centavos. Se pusieron los caballos al paso: innumerables manos se

era ensordecedor. Empezamos a distribuir tabacos y centavos.
Se los disputaban, se empujaban, grupos de hombres se for-

maban a nuestro alrededor.

Nuestra provisión fué pronto agotada y nuestros cabalhos de canedo acto han de ponerse de nuevo al trote, cuando otro incidente detuvo nuestra marcha. Un toro furioso, los cuernos gachos, las narices humeantes, venia a nuestro encuentro, levantando una nube de polvo. Una bandada de negros armados con palos y picas lo perseguian chillando. De repente una gruesa piedra lanzada con mano segura alcanzó al animal y le reventó un ojo. Aguijonacelo por el dollor, el toros es volvió bruscamente y se echó mugiendo contra sus perseguidores quienes riendo a carcajadas se apararano vivamente. Su victima, medio cegada,

arrastrada por su propio impulso, se fué a dar de cabeza contra un árbol corpulento y se abatió en seguida. Los neguidas acudieron, le echaron un nudo corredizo alredeor del cuello y mientras unos levantaban sus machetes para immolar el toro los otros bailaban y pateaban en el camino echando formidables jhurras!

No quisimos asistir al desenlace de esta escena cruel y mandamos a nuestro cochero que apresurara la marcha de los ca-

damos a nues

El valle se hacía más y más estrecho. A la derecha se levantaba una cadena de montañas áridas, alegradas aquí y allá por los tallos flúidos de algunos áloes y ocradas a media pendiente por el trazado del acueducto de Macarao; a la izquierda surgian colinas plantadas con árboles del aspecto más riente; entre estas dos cordilleras, se extendía la llanura de Antímano, regada por el Guuire que seguia su curso hacia Petare.

A cinco kilómetros de Carcas, en el fondo de un circonatural formado per las montañas, descubrimos un bomanatural formado per las montañas, descubrimos un bomapueblo, La Vega, compuesto de algunas calles en declive, de una plaza publica sembrada de hierbas, y de una pequeiglesia, blanca y limpia. Al pie de ésta, a cirillas del río, se extende un vasco ingenio de articar de propiedad de la fan-

lia Francia, una de las más opulentas del país.

Notamos a la vuelta de un seto una encantadora trepadora

de flores amarillas llamadas aqui "zapatos de la reina".

De La Vega hasta Antímano, se cuentan tres kilómetros, los recorrimos lentamente, siendo detenidos a cada instante por patrullas de gente de color precedidas de sus oficiales montados sobre burros muy flacos. Pocas casas se lovantea en esta parte del camino; se ve apenas de trecho en trecho una choza que sirve de pulpería en la cual se despacha guarapo a los arrieros. Sin embargo observamos al pasar un árbol bastante extraño, sin ramas inferiores, cuya cimas se redondas en forma de amplio domo, formando una bóveda impenetrable. Ha sido llamado con el nombre de "paraguas de Gozardia".

Antimano, donde no fuimos recibidos sino después de largas conferencias y gracias a nuestra calidad de extranieros. es un pueblo bastante grande sin carácter muy definido, pero de situación encantadora. El general Guzmán Blanco se ha hecho construir allí muy recientemente una casa de campo. Las montañas lo rodean por todas partes excepto en la dirección de Caracas. El Guaire, cuyas orillas están cubiertas en este lugar de bambúes y sauces de follaje ligero y gracioso, anima además este paisaje. La iglesia de Antímano es bastante hermosa, y recuerda por su arquitectura, aunque en proporciones mucho más modestas, la Magdalena de París.

El pueblo estaba tan congestionado que no pudimos pensar en descansar alli. Hizo falta volver grupa y desandar el camino lo cual nos apresuramos a hacer. Estábamos va cerca de Palo Grande cuando se nos presentó una escena divertida.

En el camino por delante de nosotros venía un negro que montaba a pelo un pequeño burro de largas orejas, seguido por ocho o diez hombres, el fusil al hombro, descalzos en el polyo. Nuestro cochero y él se hicieron unas señales de inteligencia y de bienvenida:

-: Adiós, amigo! -gritó el negro.

-¡Adiós, mi general! -exclamó el cochero.

Luego este último, inclinándose hacia nosotros, agregó en

voz baja: -Es el coronel Pantaleón, pero le llamo general para darle

Y en efecto, el buen negro tenía la cara radiante. Hablaba

con animación de los acontecimientos del día, cuando uno de sus hombres dijo con aire lastimoso: -Estoy muerto de sed.

-Y yo también -dijo en coro cada uno de sus compañeros. Sus miradas se dirigian con envidia bacia una gran can-

timplora terciada a la espalda de su jefe.

Éste no resistió al llamado. Colocó a sus compañeros al borde del camino, hizo cambiar de frente a su burro, como si se dispusiera a pasarles revista, y cogió la bendita cantimplora que contenía una mezcla de agua y aguardiente.

Entonces, irguiéndose, y tomando una actitud marcial:

—Vais a beber —les dijo— pero cada uno no puede tomar sino dos tragos, ¿Cuidado con los desobedientes!

ino dos tragos. ¡Cuidado con los desobedientes!

Después dió el recipiente al primer soldado; éste lo llevó a

su boca y bebió los dos tragos prescritos pasándoselo después a otro quien ejecutó la misma maniobra. Ninguno de los bebedores intentó sobrepasar la dosis disciplinaria. El coronel estaba dispuesto a reprender vivamente a los delincuentes.

Después de la ronda, la cantimplora estaba aún llena a

medias.

Pantaleón, en su calidad de oficial superior, la cogió a su

vez, įvaciándola hasta la última gota!

Eran las siete de la noche cuando volvimos a Caracas donde hacian grandes preparativos para recibir dignamente las tropas victoriosas. Las casas estaban adornadas con flores; arcos de triunfo cubiertos de banderolas y divisas, se levantaban a la entrada de las calles; todo anunciaba una fiesta alegra.

Al dis siguiente el sol sajó radiante en un cielo avul. Deude las ocho de la mañara, una multitud enorme se puo en movimiento, llenando las vias públicas y los parques. Señoras vestidas de blanco se habían engalanado con cintras amarillas en honor de los guzmanciass, quienes habían adoptado este color, los hombres llevaban colgadas al cuello cintras parecidas pero más anchas con la divise; ¡Viva Guzmán Blancol, impresa en letras negras sobre la tela. Se exhibían por todas partes retratos litografiados del expresidente a compañados con palabras de alabanza, en el gusto hiperbólico español. Se esperaban con impociencia los vencedores.

A las nueve, una salva de artilleria disparada desde el Calvario anunció la llegada del ejército liberador. Todo se llevó a cabo en el mayor orden. El general Cedeño, con mucha modestia y tacto, se negó a pasar por debajo de los arcos del triunfo, diciendo que no era más que un soldado, y que Guzmán Blanco solo, para quiem había combatido, tenía devecho a este honor. Cañones con guirnaldas de flores, colocadas sobre carretas, arrateradas por bueyes, abrian la marcha. Después venía el general en jefe rodeado por sus principales oficiales a caballo, mula o sano, vestidos con traises de toda class. Sesuán los soldados, descalzos, alegres bajo sus harapos, en una connisión muy pintoresca. Unos avanzaban gravemente, guardando bajo sus brazos gallos y gallinas, otros llevaban en la mano racimos de plátanos; vimos a uno que había colgado chiato crudas alrededor de su gorra, y todos, cubiertos de polvo, extenuados de cansancio, actamaban a Guzmán y Cedeño.

Hicieron un alto ante el Capitolio. Negras caritativas acudieron con calabazas llenas de agua, ofreciendo de beber a los oldados. Un Tedeúm de acción de gracia, al cual asistieron Cedeño y su estado mayor, fué cantado en la catedral por el arzobispo de Caracas. Se refa, se circulaba algermente en la

ciudad, la animación era general.

Aljan tiempo después, Guzmán Blanco, desembarcó en la Guaira, tomó poseiño de la presidencia de la república y todo volvió al orden. Bajo su vigilancia, el ejército venerolano, poco numeroso, fue instruído y disciplinado. Los soldados que se ven hoy en Caracas llevan el uniforme, están provistos de buenas armas y ejercitados convenientemente. Después de describir los cuadros extraños que anteceden, es justo señalas reformas que siguieron la guerra civil y los progresos cumpildos durante el periodo actual, de absoluto apaciguamiento y completa renovación.

## CAPÍTULO XIII

Salida para Macuto. — El ferrocarril de La Guaira. — El Rincón. — De La Guaira a Macuto. — La playa. — Los baños. — La alameda. — Caraballeda. — Naiguatá. — El mulato Platón. — Salida para Puerto Cabello.

Después de permanecer dos años en Caracas, nos decidimos, en 1880, a reanudar nuestra vida de viajes y visitar algunos puntos del litoral venezolano, así como algunos distritos del interior del país famosos por sus sitios pintorescos y notable fertilidad.

El 11 de diciembre, subimos en un pesado coche de viaje, tomando de nuevo la carretera de La Guaira que hemos descrito ya anteriormente.

En varios logares, zu aspecto ya no era el mismo. Una nubde trabajadores había puesto manos a la obra, aplanando el suelo, horadando el monte, llenando los valles con enormes derrumbes, penetrando la roca que cedia bajo el pico o estallaba al ruido de las explosiones de la pólvora. Se trazaba una vía para los trenes de vapor que deben pronto circular entre La Guaira y Caracas.

Estos trabajos, prolongados entre los repliegues tortuosos de las Andes, presentan dificultades considerables. No se trata sólo, en efecto, de hacer pasar el "railway" en un dédalo de alazs montaños y de graduar sus pendientes desde la primera estación, casi al nivel del mar, hasta una altura de 922 metros, sino también de preservando de las erosiones formidables cau-

sadas por las aguas en aquellas regiones alpestres durante el inviseran. Se necesitó la enérgica intervención del general Guzmán Blanco y el espíritu emprendedor de uns compañís inglesa, formada bajo sus autopicos para triunfar de los obstáculos inherentes al establecimiento de esta linea destinada a cartivar podersosamente las relaciones comerciales de Venezuela.

El ferrocarril en construcción, que se espera inaugurar en 1883, tiene su punto de salida en El Rincón, pueblecio situado a poca distancia de Maiquetía, cerca de La Guaira, y vendrá a patra a Carcas, según lo declamos más arriba. Monopolizará los transportes tan dificilimente llevados a cabo hoy a lomo de bestias de carga o en carretas de bueyes, entre el principal puerto del legada de la República y la capital. Es una obra de civilización y progreso tanto más laudable cuanto que es casi única en la América Central <sup>1</sup>.

La Guaira, adonde llegamos a las 11 de la mañana, no nos pareció ni más alegre, ni más animada que cuando nuestro primera visita. Almorzamos en el hotel Delfino, luego, mientra cambiaban nuestros caballos, dimos un paso por la ciudad. La iglesia de San Juan de Dios estaba abierta y entramos en ella. No presenta nada muy notable. Todas las iglesias venezolans se parecen; por doquier las mismas pinturas fantásticas, las mismas figuras grocesamente trajeadas.

ticas, las mismas figuras grotescamente trajeadas.

Et caro ets sorcente y tute un gran patter para mosciva unbir de nuevo en coche hacia las 4 de la tarde puna ir ut un un conduce all'i, amplio, bien cuidado, hordeado de alter cocoteras, se encantador. De un lado el mar azul; del otro, la linas imponente de las montañas de gradas verdeantes, poderouse contrafuertes perfiliandose en un ciclo replandeciente de reflejos metálicos. De vez en cuando, en un espeso macizo de árboles urage una estat de campo con su corredor coronado de jazmines o rosas. Estas habitaciones rurales son bastante raras en Venezuela. Los terrenos mejor situados en los alrededores

<sup>1</sup> Venezuela se encuentra en la parte norte de la América del Sur y no en la América Central como dice Jenny de Tallenay. (N. del T.).

de una ciudad, en las localidades más sanas y más agradables, se quedan incultos. Una sociedad corredora de inmuebles podria adquirirlos por poco dinero y, haciendo venir de Europa quintas de madera y de hierro ya fabricadas, las instalaría con pocos gastos. Las quintas, provistas de muebles muy sencillos de madera tallada y algunas esteras de junco serían alquiladas inmediatamente por familias criollas. Una empresa semejante, manejada con destreza, daría, sin duda alguna, hermosos be-

Volvamos a nuestro punto de salida, la carretera de La Guaira a Macuto. A medio camino de este último pueblo, pasa entre lienzos de pared medio hundidos entre los cuales yacen dos viejos cañones cubiertos de orin y medio ocultos en la arena. Aquí se levantaba antaño un fuerte español, desmantelado durante la guerra de la Independencia por los compañeros de Bolivar. Las bocas de hierro que tronaban antes a la voz de los conquistadores han enmudecido hoy. Una población nueva, compuesta en gran parte de los antiguos vencidos, ha reemplazado a los hombres de capa y espada de los siglos XVI y XVII. Ya no celebra sus hazañas sino las de los caciques que los combatieron y a quienes arrastraban, cargados de cadenas, a hogueras humeantes. Unos no han deiado tras de sí más que ruinas: de la sangre de los demás surgió un pueblo que reanuda lentamente su marcha ascendente y sus aspiraciones hacia la civilización y el progreso.

Macuto está situado apenas a unas 3 millas de La Guaira. Constatamos sin embargo, al llegar allí, que su temperatura es mucho más agradable que la de la ciudad vecina. Se siente uno bajo la influencia de la brisa marina, y respira más libremente. Es una aldea tranquila y apacible, frente al océano, sobre cuya orilla se balancean altos cocoteros inclinados por el viento: éstas agitan al aire su follaje desordenado, debajo del cual cuelgan gruesas nueces verdes. Unos bancos colocados en la arena de trecho en trecho sobre la plava están a disposición de los paseantes que tienen ante ellos una bahía circular donde azulean las olas veteadas de plata del mar de las Antillas

Paralelamente a la línea de los cocoteros, del otro lado de la carretera, se extiende una hilera de casas bajas, sin pisos, cortada por algunas pequeñas calles muy cortas, porque Macuto no ocupa sino una lengua de tierra limitada de un lado por la bahía y del otro por una cadena de altas montañas. No reina allí un poco de animación sino durante la estación de los baños, es decir, de noviembre a marzo. Fuera de este período, se encuentran apenas grupos de pescadores, algunos guardacostas tocados con sombrero y la carabina terciada, y largos rebaños de bueyes de regreso del pasto.

Faltan por completo los hoteles y las casas amuebladas son raras. Tuvimos que descender en una pequeña posada donde no encontramos más que un cuarto disponible. Una vez visitado éste, nos dimos cuenta de que no estaba separado de la sala de la fonda sino por persianas en mal estado, cubiertas de papel rojo, por entre cuyos desgarrones se veía gente sentada a la mesa, que bebía, charlaba, reía, jugaba a los naipes y a los dominós. Dejamos ahí nuestro equipaje y nos apresuramos a salir, decididos a volver lo más tarde posible.

Ante nosotros, a algunos pasos de nuestra posada, en medio

de la carretera actual, notamos un árbol corpulento rodeado de una veria y bancos de madera. Según las tradiciones locales los indios se reunian antaño en este lugar para celebrar sus consejos, bajo la presidencia de su jefe, Guaicamacuto, cuvo nombre abreviado ha seguido siendo el de la aldea.

Un bonito establecimiento de baños de mar, de reciente construcción, se presenta luego a nuestra vista, no lejos de ahí. Está casi abandonado y en parte lleno de arena. Se rumora que van a transformarlo en mercado y que van a construir nuevos baños más lejos de la orilla, lo cual resultará muy costoso porque tendrán que ser fuertemente enrejados a causa de los tiburones que hacen frecuentes excursiones hasta en la bahia.

Un jardín público o alameda, está en frente del establecimiento mencionado. Está plantado de grandes árboles de diversas esencias y han dibujado en él bonitos parterres de flores. Penetramos en este sitio y llegamos pronto ante una hermosa habitación, compuesta de dos vastas quintas reunidas entre sí por diversas galerías. Esta morada, sombreada de magníficos mangos cargados de frutas, pertenece al general Guzmán Blanco, a quien el pueblo de Macuto debe todos los embellecimientos que atraen cada año numerosos visitantes.

A la entrada de la quinta, vigilando una cuadrilla de excavadores ocupados en la nivelación de la alameda, se hallaba un capataz de tez morena y ojos vivos; fumaba un cigarrillo con el quepis sobre la oreia y el bastón en la mano. Nos acercamos a él para preguntarle si habían descubierto, a consecuencias de las excavaciones considerables realizadas en diver-

sos puntos de Macuto, algunas antigüedades indias.

-¡Cómo no! -replicó con volubilidad-; ayer no más al pie del monte, bajo un montón de arena y guijarros procedentes de un antiguo derrumbe, hemos exhumado el esqueleto de un indio que guarda todavía en la boca la pipa en que fumaba en el momento de ser bruscamente sepultado. El esqueleto está perdido, pero si usted lo desea, mañana le enseñaré la pipa. Al escuchar esta respuesta nos pusimos a reir y el desconoci-

do nos aprobó. -¿Ustedes van a los baños de río? -replicó volviéndose

serio. -- Dónde quedan? -Allá, al extremo de la alameda. Hay dos establecimientos,

uno de los cuales, dividido en dos secciones, es público; uno se baña gratuitamente. Un poco más lejos, verán Uds. una casita blanca donde se compran por 25 céntimos billetes de baños que se venden a la entrada del segundo establecimiento, reservado a la gente que paga. La familia del presidente, durante su estancia en Macuto, va allí todas las mañanas.

Informados de este modo, torcimos hacia la derecha y nos encontramos pronto en las riberas de un hermoso río de aguas cristalinas que corría ruidosamente en un lecho pedregoso. Una multitud de lavanderas negras golpeaba ropa charlando a más v meior. Remontando el curso del agua, llegamos primero a las represas populares que nos parecieron bien acondicionadas, luego a la casa blanca, donde tomamos nuestros billetes para entrar en la segunda casa de baños. Ésta, edificada en una altura, es elegante v de buen gusto. Está dividida en dos departamentos, el de los hombres y el de las mujeres, y contiene además cabinas particulares. El agua que los cruza porporcionada por el pequeño río cuyas riberas habíamos seguido, es de una rara limpidez y se renueva sin cesar. Su profundidad es suficiente para poder nadar fácilmente. En cuanto a las cabinas especiales contienen un banco, perchas, un espejo y un amplio baño a cielo abierto, sombreado por las ramas de unos altos árboles que crecen alrededor del establecimiento. Se goza ahí de un confort delicioso, apreciable sobre todo bajo el trópico, donde las abluciones frecuentes son una de las necesidades de la existencia.

Al volver a la posada, la encontramos casi desierta. Acampamos en regulares condiciones en nuestro pequeño cuarto, donde pasamos, contrariamente a lo que esperábamos, una no-

che bastante buena.

Al día siguiente temprano estábamos levantados, interrogando a nuestro huésped acerca de las excursiones que se

podían hacer por los alrededores del pueblo.

Nos contemplaba con timidez, con los ojos desorbitados v rascándose la cabeza. Era evidente que le costaba trabajo comprender esta necesidad de movimiento y aire libre por nuestra parte, cuando podíamos pasar el día sin hacer nada, sentados en un banco al pie de los cocoteros, mirando rodar las olas que se rompían en la orilla.

-No lejos de aquí, hay el pueblo de Naiguatá -nos dijo por fin-; Uds. podrían ir alli en unas pocas horas y volver

luego a almorzar en casa de Platón.

-¿Ouién es Platón? -Un mulato, cocinero famoso que vive cerca de aquí. No

tiene igual en toda la República.

-Bueno, iremos a Naiguatá, y almorzaremos en casa de

Platón Los nombres sonoros son muy frecuentes entre los negros.

En los Estados Unidos, los Jorge Washington, los Clay, los Jefferson, abundan; en Venezuela, los Bolivares, los Temistocles, los Aníbales, los Belisarios y los Arístides, menudean. En Martinica la manía negra toma otra forma: se dan a los negritos nombres de barcos, los de los más importantes "steamers" de la Compañía Transatlántica. La raza africana es así: le gustan los penachos y galones, aún en la misma servi-

Poco tiempo después de nuestra conferencia con nuestro huésped, pequeños burros ensillados y embridados nos esperaban ante la puerta de la posada, agitando la cabeza, sacudiendo sus largas orejas, coceando contra las moscas y tomando su mal en paciencia.

-¡Arre burro! -vociferaron por fin nuestros guías blandiendo sus fustas.

Siguió un galope que precedía un pequeño trote brusco y regular: estábamos en camino dando la espalda a Macuto y siguiendo la costa. Al extremo del pueblo, gritos penetrantes que salían de la ventana de una casita nos acogieron al paso:

-2 Quién pasa, lorito? El rev que va para su casa, ¡Corre!

Era un loro verde de las Amazonas que saludaba así con un

vicio estribillo revolucionario nuestra tumultuosa cabalgata. Ante nosotros se extendía un camino estrecho, arenoso, bordeado de un lado de matas y de uveros (cocoloba uvifera) de largas hojas, de ramas tortuosas, y del otro por magnificos

Las orillas del mar, que se divisaban entre los árboles, estaban cubiertas por gran cantidad de guijarros; las conchas y las algas eran raras. Las olas se llenaban de espuma, brotaban entre las piedras con un ruido retumbante. Algunos alcatraces negros de gran envergadura volaban perezosamente por encima de la llanura líquida, en cuya superficie se zambullían bruscamente de vez en cuando.

Teníamos apenas el tiempo de examinar el paisaje, en cuyas partes pobladas de árboles se levantaba de trecho en trecho la corona graciosa de una elegante palmera.

- Arre burro! - repetian nuestros guias corriendo a toda prisa detrás de nuestros jumentos, y pasábamos levantando nubes de polvo, azotados al paso por los matorrales vecinos. Afortunadamente era sólo el primer impulso y la indolencia

criolla había de recobrar pronto sus derechos.

Pasamos al lado de una antigus hacienda donde se fabrica un poco de aguardiente de caña, luego, delante de una aldehuela llamada Caraballeda, cuyo nombre mercee ser conservado. Es alli, en efecto, donde según la tradición, los españoles desembarcano por primera vez al aparecer en la costa.

Nuestros burros trotaban, el sol nos cegaba, nuestros vestidos polvorientos cambiaban de color y el paseo empezaba a parecernos largo cuando divisamos en una pendiente bastante árida un grupo de casas de adobe, de pobre apariencia, de techos cubiertos con hojas de palmera: estádamos en Naiguatá.

Seguimos el mismo camino a la vuelta, detenifendonos de vez ne cuando a orillas del mar para contemplar desde lejos las velas blancas que singlaban rápidamente, graciosas y ligeras en un horizonte azul. Al entrar de nuevo en Macuto, un edificio muy modesto y de construcción singular llamó nuestra atención. Era la jelesia del pueblo con sus dos campanarios a la altura de un hombre, en un nicho acondicionado en la muralla. Un tonel lleno de tierra donde crecia un naranjo adornaba su entrada. ¡Nada más sencillo, más limpio y más ingenuo!

Deseábamos trabar lo más pronto posible conocimiento con

el ilustre Platón v su cocina.

Nos llevaron ante una casa de tamaño regular batrante deteriorada, de ventansa provista de gruesos barrotes de madera pintados de verde. Hénos aqui pronto en un patio donde divisamos, en un corredor, una gran mes cubierta con un hermono mantel blanco sobre el cual se levantaban algunas servilletas saliamente plegadas. Un mulsta con gruesa cabeza crespa, quijadas enormes, un verdadero ciclope, daba la vuelta complacientemente alrededor de la mesa, dando el último toque a su arreglo. Tenía un torso de atleta y piernas de sátiro: ere platón, la perla de los cocineros venerolanos.

Nos saludó con un gruñido sordo, y mientras murmuraba sonidos incomprensibles, se fué hacia el interior de la habitación. Dos minutos más tarde estábamos en presencia de una comida exquisita perfectamente servida por un negrito ágil

de ojos vivos y brillantes.

Haciamos honor al festin cuando golpes sordos seguidos de gritos penetrantes llegaron a nuestro oldo. Corrimos al fondo del patio, creyendo que había ocurrido un accidente. Allí encontramos a Platón sentado en una silla baja manteniendo en sus rodillas a un pinche de cocina a quien golpeaba a brazo partido. Su cara era impasible, como si cumpliera con un sa-

-¿Qué hace usted? -exclamé llena de lástima.

—Nada, señora —replicó tranquilamente— le enseño a hacer la cocina.

Dos días después un menasjero se presentaba ante nosotros, viniendo de La Guaira. Nos anunciaba que el "Saint-Simon" de la Linea Transatlántica acababa de entrar en la rada. Hicimos en seguida nuestros preparativos de salida ya, alguna horas más tarde, nos embarcábamos en La Guaira con destino a Puerro Cabello.

## CAPÍTULO XIV

Puerto Gabello. — Aspecto de la ciudad. — Hotel de Santander. — El clima. — Un poco de bistoria. — La Calle del Comercio. — El indio Tiburcio. — El puerto. — La alemeda. — El bule del club. — El vals venezolano. — Visita al Castillo Libertador.

Al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, tenfamos a la vista a Puetro Cabello que puede ser considerado como el depósito principal de los productos venezolanos destinados a la exportación. Seis líneas diferentes de buques procedentes de Saine Nazaire, Burdeos, Marsella, Hamburgo, El Havre y Liverpool bacen escala regularmente.

Èl puerto tiene la forma de una herradura muy alargada. Se entrada ext defendida por una antigua ciudadela epañola, el fuerte San Felipe, conocido hoy bajo el nombre de Castillo Libertador. Este macizo de muralla y baluartes se levanta a la izquierda del paso. Del lado opueto se presenta un pequeño establecimiento de baños, separado por un amplio muelle de una alameda o pasos público; despues, la ciudad entera, pinto-rescamente agrupada y rodesda de montañas imponentes, centre las cuales surgen las altas cimas de los montes Hilarias algunos citene más de 500 piese de altura. Más alfá de las plarates labitadas, a la derecha y a la izquierda, se extineden vastra lagunas llenas de agua salohore, cortadas por islotes, cubierta de manglares, en cuyas raíces están pegados innumerables mariecos.

El nombre de Puerto Cabello se resiente un poco de la

exageración castellana. Le ha sido dado según dicen porque su superior es tan tranquilo y seguro que bastaría un cabello para amarrar un barco en cualquier estación. Sea lo que fuere, es justo reconocer que es uno de los mejores anclajes del mar de las Antillas.

El "Saint-Simon" se colocó a lo largo de lor muelles hacia las nueve de la mañana y nos permitieron desembarcar. Había una multitud de negros que gritaban, vociferaban, alargaban sus manos hacia nuestro equipaje, se ofrecian para servirnos de guias. No pudimos librarnos de ellos sino adquilando un coche que llegaba en ese momento. Se cargaron rápidamente nuestros baúles y la pesada máquina se movió al sonido de los cascabeles, en dirección del hotel Santander en el cual nos habían tromprodada desender.

Mientras nos trasladisbumos al horel, miribarmos con curiosidad a nuestro alrededor no sin un poco de decepción ciciudad, vista del mar, nos habia parecido riente, limpia y aún hermosa, con uns torres blancas, sus massa de vegeración y aún fachadas acoleadas. Vista de más cerca, la encontribamos descuidada, polvorienta, construida irregularmente. Sus calles nos estrechas, sus casas bajas y mal ventiladas. Sin embargo tuvimos apenas el tiempo de comunicarson susestras reflexiones a este respecto, porque en diez minutos llegamos a nuestro destino.

El hotel Santander está situado en una pequeña plaza triangular, en medio de la cual se encuentra un espacio sombreado

por algunos almendros.

Nos instalaron en un vasto cuarto, en el primer piso del establecimiento, que tenis como cielo raso un techo de bambúes tapizado de telarañas. Un tabique delgado de madera lo separaba de una habitación vecina, desde donde se podia oir todo lo que ocurría en la nuestra y reciprocamente. La vida privada, en el Mediodía, tiene, por lo demás, pocos misterios. No se conocen las ventanas bien cerradas, las espessa cortinas, los amplios tapices. Se vive afuera y no sin causa: ¡hace tanto

Los muebles de nuestro albergue temporal eran de los más

sencillos. Dos catres, es decir dos telas tendidas sobre coportes en forma de tijenas, sin jergio in ciolchón, una gran mesa, dos mecedoras y un lavabe constituían toda su riqueza. Pusiceno a nuestro servicio a un indio venido del interior, nombrado Tiburcio, quien entré inmediatamente en funciones. Mientras lo arrecibato todo, nos refuziamos en un pequeño

baleón con vists a la plaza.

A la izquierda del hotel se alarga una calle estrecha, más allá de la cual se divisan el campo y los Montes Hilaria, cuya línea magnifica está coratala por trea picos de una gran altura. Enfrente del hotel, se yergue un vasto edificio, sin ainguna arquitectura, cuyo interior sirve de mercado y donde se alinean miserables pulperias, concuridas por una población desharra-pada. De vez en cuando algunos burros llevando dos barriles a manera de albarda con colores franceses o venezolanos, detrás de los cuales se pavonea un indigena con el pantalón arremangado y las piernas desmudas, cruzan la plaza. Así es como se verifica en Venezuela de casa en casa el transporte del pan. Los colores nacionales, pintados sobre los barriles, sirven de marcas de fábrica a las panaderías locales, varias de las cuales son dirieidas voe extranieros.

El ardor del sol noi obligó pronto a dejar nuestre observatorio. Nos sirvieron el almuezzo hacia las doce y hubiérno deseado salir immediatamente después, pero tuvimos que aplaza nuestro pasoo. El clima de Puerto Cabello, sin ser maleno, es completamente tropical. Por eso hacia la mitad del día las calles son abandonados o poo más o menos, a los pertos errantes y a algunos cerdos hambrientos que se revuelcan en la tierra. Es apenas hacia las cinco de la tarde cuando la ciudad sacude su sopor, se reanima, se puebla de nuevo, en todos los lugares donde hay un poco de somber y de frescura.

Puerto Cabello, cuya población es hoy de 8,000 habitantes,

Puerto Cabello, cuya población es hoy de 8.000 habitantes, fué fundada por los españoles a principios del siglo XVIII <sup>1</sup> pero no tomó importancia alguna sino hacia el año de 1736,

<sup>1</sup> Puerto Cabello fué fundada a fines del siglo XVI por unos contrabandistas que construyeron algunas chozas de pescadores. (N. del T.).

época en la cual la Compañía de Guipúzcoa estableció allí

sus factorias.

Esta célebre asociación, salida del régimen colonial, gozaba en Venezuela de privilegios comerciales exclusivos. Mientras empobrecia al país, entregado a sus exacciones tiránicas, bacia la fortuna de la nueva ciudad que contenia sus depósitos. Una vez despojada de sus derechos, la arrastró en su ruina. La población de Puerto Cabello, de 1000 almas a principios del siglo XVIII, estaba reducida a 2000 algunos años después de la disducción de la Compañía. Sus situación se agraveó aún durante la guerrá de la Independencia, época en la cual fué el textro de luchas sangrientas, Alli fué donde Bolivar, todavía joven y desconoción, fué tomado prisionero por los españoles después de una vigorosa defensas del fuerte San felipe acediado se mastuvieron más largo tiempo y resistieron com nás suregás a los esforzos descuerados de los cripilos.

De 1801 a 1826, la ciudad se hallaba dividida por un brazo de mar en dos secciones distintas. La primera, más próxima e la rada y a la fortaleza, estaba habitada por los funcionarios del gobierno, los oficiales y soldados de la guarnición, y contenia las oficinas de las diversas administraciones publicas; la segunda, situada al Sur, hacia los montes Hilaria, estaba ocupada por las familias indivenas y los necociantes evosñoles

establecidos en el país.

Estas líneas de demarcación ya no existen loy. El brazo de mar que las formaba ha sido colmado; la ciudad ha tomado más extensión, está construida más regularmente, es más sua y mejor cuidad que antes. Su comercio adquiere cada dis más importancia, y, en 1880, el valor de las mercancia exportadas sleanzaba una cifra de 16 millones de francos. La línea de los muelles, actualmente, no se extiende lo bastante. Dos o tres grusos "steamers" que llegan a la vez pueden apenas verificar simultáneamente sut decarga, Sin embargo se trabaja en prepararles nuevas facilidades, por medio de dragados que permitirán multiplicar los puntos de desembarco. Una vez realizadas estas meioras, Puerto Cabello podrá ser

considerado sin contradicción como uno de los mejores puertos

del mar de las Antillas.

La calle del Comercio, dedicada por entero a los negocios, constituye la calle principal de la ciudad. Alli se encuentran reunidas las mayores casas de negocios, las principales tiendas, con establecimientos mejor abstecidos en todo género. Los escudos y las astas de los consulados extranjeros le dan un aire de fiesta, y al mismo tiempo un sesectos muy original.

Después de una siesta bastante larga, hacia las cinco de la tarde, nos preparamos a salir, a pesar de las protestas de nuestro nuevo criado Tiburcio, quien tenía empeño en servirnos la cena antes de nuestra partida. ¡Qué tipo era ese Tiburcio! Pequeño, flaco, con la cara alargada, la tez aceitunada, la expresión melancólica, era tan flojo que cada movimiento le arrancaba un suspiro doloroso, lo cual no le impedia cumplir convenientemente con su servicio. El colmo de la beatitud, según sus concepciones, era echarse sobre un banco con la cabeza a la sombra y los pies al sol, y quedarse allí horas enteras, entre la vigilia y el sueño. No salía de su apatía, sino cuando le ofrecian un tabaco, lo cual le arrancaba exclamaciones de alegría. Estaba radiante, transfigurado, y hacía durar su goce todo el día, fumando discretamente, dejando apagarse el precioso tabaco para no consumirlo demasiado rápidamente, encendiéndolo de nuevo después para aspirar otra vez algunas bocanadas, y continuando esta operación el mayor tiempo posible. Tenía siempre consigo una provisión de "capadares",

pero no los usaba sino en época de escasez.

—Tabacos malucos —decía, haciéndoles la mueca.

Salimos, pues, a perar de las observaciones de Tiburcio, ordenándole de encargar la cena para las siete. No se necesita mucho tiempo para recorrer Puerto Cabello; de modo que hubimos pronto visitado la ciudad. Dos o tres bonitos parques plantados de árboles alegran la monórona uniformidad de sus calles compuestas de casas blancas, generalmente bastante baias, sobre las cuales el ola lanza sus ravos ardientes.

La iglesia colegial, coronada por un campanario de madera no presenta nada notable: un teatro en construcción ocupa la extremidad de la calle del Comercio. El solo lugar donde reina un poco de animación es el puerto, con sus muelles atestado de mercancías, sus graciosas goletas amarradas a la orilla, y de vez en cuando la entrada o la salida de un gran navio de carena elevada, poderosas máquinas, chimenea negra y humento.

La alameda o paseo público, está situada no lejos de los muelles. Hermosos árboles, entre los cuales observamos magnificas palmeras reales, caobos, acacias y tamarindos, extienden su follaje variado. Una fuente de mármol, bastante elegante y rodeada de bancos, adorna el centro de este hermoso jardin, de donde se escucha el ruido de las olas que se rompen con fuerza sobre la ribera. ¡Cuántas veces hemos venido a sentarnos al anochecer ante las reias de la alameda, para descansar del calor y de las fatigas del día! ¡Nos sentíamos tan felices, contemplando el cielo constelado de estrellas, y abandonándonos a las caricias tibias y suaves de la brisa, cargada a la vez de las emanaciones salinas y del perfume penetrante de las flores entreabiertas a nuestro alrededor! Ante nuestra mirada se extendía el puerto, lleno de barcos, cuyas formas alargadas y altas arboladuras se perfilaban en el espacio en negras siluetas: más lejos, el Castillo Libertador extendía su masa imponente; en el horizonte centelleaba en las tinieblas, a intervalos, cual rava viva v brillante, el fuego circular del faro de Punta Brava. ¡Qué bellas son las noches tropicales, tan luminosas, aún bajo su velo de sombras!

Nos habíamos prometido sacar todo el partido posible de unuestra permanencia en Puerto Cabello, de enriquecer con dibujos y croquis nuestros álbumes de viaje, aumentar nuestras colecciones de insectos y plantas; por eso estábamos sin cesar en movimiento. Ora segulamos las lagunas, entre las matas de arrayanes y los tallos frágiles de los cocoteros; ora ibamos a orillas del río San Esteban para ver solazarse las lavanderas negras, los negritos jugar y gritar, los caballos encabritarse, y contemplar las mulas que eran llevadas al baño. A veces, subiendo en bote, seguíamos la costa, registrando su cintura de manelares. Nos conocian, y por doquier nos acogían bien.

Una mañana, al salir de casa, notamos en la ciudad un movimiento desacostumbrado: una fragata alemana, esperada impacientemente, acababa de llegar y había anclado no lejos del puerto. Ya algunos ricos negociantes se habían reunido y discutían el programa de una fiesta que pensaban ofrecer a los oficiales del barco de guerra. Decidieron en el acto dar un gran baile en su honor. No se había contado sin embargo con las sorpresas de lo imprevisto. La fragata señalada no hacía más que una corta escala, y las necesidades del servicio exigían su salida inmediata. A pesar de la falta de oficiales, quisieron bailar y recibimos una invitación de parte de los organizadores

Se verificó algunos días más tarde en la morada de un negociante de la ciudad, quien había prestado sus salones para la circunstancia. Había hecho adornar la escalera, el corredor, v los descansillos de su casa con ramas de palmeras y banderas, elegantemente arregladas. El salón de baile, muy espacioso, engalanado con gusto, y vivamente iluminado por tres grandes arañas, se abría sobre una terraza por encima de la cual habían levantado un toldo y de donde se contemplaba la calle del Comercio llena de negros acudidos para ver entrar a los convidados.

A nuestra llegada en el salón, hacia las diez de la noche, no vimos desde luego sino señoras y muchachas vestidas con telas ligeras, que charlaban y reian juntas. Sus pareias se habían reunido en la terraza donde se había dispuesto una cena fría, y pasaban de allí a una pequeña sala transformada en salón de

Negros limpiamente vestidos circulaban entre el grupo femenino, ofreciendo vino, helados y pasteles. Diez minutos más tarde, se hicieron oír los violines, los ausentes reaparecieron y se formaron parejas para el baile. Se tocaba un vals muy rítmico y de un movimiento bastante lento, particular al país. Recuerda a la vez la "redowa" y nuestro vals a tres tiempos. Las jóvenes criollas, naturalmente graciosas, se dejan para decirlo así mecer al sonido de la música, y nada es más

encantador sino ver sus bonitos pies seguir la cadencia de la "wenezolana", la cual, introducida en Europa, obtendrá la invenezolana", la cual, introducida en Europa, obtendrá la vamente, no cedeindo su lugar sino pocas veces a la "políta" y a una especie de cuadrilla, la "danza", cuyas figuras son inseniosas y variadas.

Los cabálleros desaparecieron al terminar el último retornelo de la orquesta, volviendo a la terraza o al salón de fumar. Observamos que los extranjeros, en gran número, se conformaban con el uso y se apresuraban después de cada danza a

abandonar a las señoras.

Los festejos se prolongaron hasta las tres de la madrugada. Entre las personas presentes, nos hicieron trabar conocimiento con el general S. J. pariente del presidente de la república y comandante en jefe de la guarnición militar de Puerto Cabello. Charló muy cordialmente con nostros y nos coavidó a visitar el Castillo Libertador cuya custodía le había sido confidad, lo cual aceptamos con mucho gusto.

Al día siguiente, a las cuatro de la tarde, llegábamos al muelle donde el general se encontraba ya, a bordo de un bote con bandera venezolana. Nos embarcamos y cinco minutos

después habíamos llegado.

El Cartillo Libertador era considerado antaño como intomable. Está situado en una pequeña iala a la entrada del puerto y se halla hoy en muy mal estado. Se penetra, cruzando un puente levadizo, en un pasio central, alrededor del cual se levantan vastas construcciones antes temibles pero perfectamente inútiles en muestra época. Una simple bateria de cañones de fuerte calibre, colocada en los alrededores de Punta Brava, prestaria más servicios que estos montones de ladrillos y piedras, armados de piezas caducas, que la artillería de un barco de guerra reduciria muy pronto al silencio. No habris sino ventajas en hacer desaprecer estas viejas construcciones españolas, y reemplazarlas por muelles y depósitos útiles al comercio y a la navezación

Venezuela no tiene que temer de ningún modo una invasión extranjera. No sólo el país está protegido por un triple baluarte de montañas, sino que un ejército enemigo, por considerable que fuera, no podría cubrir su inmenso territorio donde se formarían innumerables guerrillas, las cuales por ataques incesantes acabarían por devolver su independencia al país. El bombardeo de las ciudades del litoral no tendría más consecuencias que arruinar casas extranieras y quitar al comercio europeo una salida importante.

Si el antiguo fuerte San Felipe ha envejecido, la vista de que se goza, por una parte sobre la ciudad y los montes Hilaria, y por otra parte sobre el pleamar, no ha perdido nada de su admirable belleza. El general S. I. nos hizo notar además una palmera solitaria que crecía entre las murallas blancas de los bastiones. Este exilado de la tierra firme hacia la cual se inclinaban sus ramas nos recordó estos hermosos versos de Heine, tan hábil para interpretar la naturaleza atribuyéndole

los sentimientos del hombre:

En la cumbre de la montaña. Se levanta un abeto verde: La nieve cubre el campo, Y el árbol sueña estremeciéndose.

Sueña con una palma verde Oue vive en el extremo Oriente, En el seno de un llano desierto. Bajo un sol abrasador.

El sol, en efecto, nos abrumaba con sus rayos; por eso nuestro amable huésped se apresuró a ofrecernos refrescos preparados por él mismo y sabiamente compuestos. Eran casi las seis cuando volvimos al hotel Santander donde fuimos recibidos por Tiburcio quien nos gritó con aire consternado: -: La comida va está fria!

## CAPÍTULO XV

Airedelora de Parto Calello. — Le gum llamva de tal y los samuro. — Dos comenteios. — Le carretare «Hazañ de Tilvarcio. Borbarta. — Sa boblación y recurso. — La instrucción en Venezuela. — Pao veal. — Uncamino empérado con occo. — Carretera de San Bitchen, — Marquita. — El traplobe. — Plantación de cacastron. — San Estebas. — El vío. — El clima. — Fabricación de cacastron. — San Estebas. — El vío. — El clima. — Fabricación de fora el plamas.

Entre los pueblos que podiamos visirar en los alrededores de Puerro Cabello, nos habitan señaldo a Borburata, Paso Real y San Esteban. Un cochero indio, que poseía uno de los raros coches de alquiler de la población, se ofreció a llevarros allá mediante la cantidad de quince piastras (sesenta francos) <sup>3</sup>. Salimos, pues, bacia las siete de la mañana, empezando nuestras excursiones por Borburata.

No habíamos descuidado ningún confort. Tiburcio, sentado al lado del cochero, guardaba entre sus rodillas una cesta grande de provisiones abundantemente provista. Nuestro vehículo, sin ser elegante, era espacioso, y podíamos acomodarnos

a nuestras anchas.

Hénos aquí fuera de la ciudad, cruzando un vasto llano, limitado de un lado por una cintura de matorrales achaparta dos y altos cocoteros, y del otro por los montes Hilaria, de bellos matices azules. Este llano, árido, arenoso, cubierto de sal cristalizada, que exhala miasmas infectas, sirve de pudridero

<sup>1</sup> No se conoce la piastra como moneda venezolana. (N. del T.).

a los habitantes de Puerto Cabello, quienes echan alli cadáveres de animales y desechos de toda especie. Una nube de buitres negros, que se parecen a los zamuros de Caracas, se agitan sobre estos detritus en putrefacción con que se hartan disputindoselos a piocatzos y con las alsa. Apenas se mueven a nuestro paso. Algunos de estos pijaros repugnantes, ya ahitos, y posados unos al lado de los otros sobre los ecocetros vecinos, la cabeza hundida, nos siguen con la mirada, con un aire atontado y triste.

El horízonte nos ofrece aspectos más rientes. A nuestra derecha, en la cima de una alta colina, se levantan las blancas murallas de una pequeña fortaleza que hace frente al Castillo Libertador, habitada por unos cincuenta soldados negros. Bien asentada sobre su roca, recuerda los castillos feudales de la vieja Europa. Insuficiente para la defensa del puerto, podría procegor úcilmente a Puerto Cabello, en caso de ataque dici-

gido desde el interior del país contra la ciudad.

Más cerca de mostros, en lo bajo de la colina mencionada, cemeno de nuevo en las escensa lógubres. Alli están dos camposantos cerrados con murallas; el uno, de dimensión mediocre, sombreado por árboles copulos, con tumbas cuidadosamente mantenidas, está reservado a los miembros de las diferentes mantenidas, por protestantes; el otro, mucho mayor, expuesto en pleno sol, que contiene algunas sepulturas de mármol blanco, entre las cuales vegetan matorrales de euforbios, es el cemente in cualdo de cottaciones, bajo los auspeicios de la colonia alemana, para evitar cualquier disputa con el clero local quien negaba la sepultura a los disidentes.

Nuestros caballos andan a buen paso, y pronto damos la vuelta a la siquierda, siguinedo un amplio camino perfectamente llano. Por una parte, rocas abruptas, sobre las cuales crecen cactos y áloes, entremezclando sus ramas espinosas donde corren enormes lagartos de brillantes colores; por otra parte, immensa lagunas medio secas, separadas unas de otras por manglares. Es evidente que el mar cubría antes toda esta parte del litoral, incluso el sitio actual de Puerro Cabello.

Por doquier abunda la sal, aun en las laderas de las montañas, donde se encuentra hasta a 10 y 15 pies de altura. Pronto nos hallamos en un segundo llano, más monótono, más seco, y más desolado aún que el anterior, rodeado por completo de altas

cimas desnudas y pedregosas.

Alli, a orillas del camino, se levanta una alta cruz negra plantada apresuradamente en un montón de piedras y guijarros; en otras partes se presentan grandes charcos de agua; sobre nuetras cabezas bialla un cielo de un azul crudo, sin la menor nube, inmutable, y uniforme. Nuestras impresiones es haclan más y más perosas cuando felizmente nuestro coche da una media vuelta y se alejs del mar para dirigirse al interior de las tierzas. Inmediatamente el paísaje so anima y se vuelve riente. Cuzamono una gran plantación de plátanos, apretados unos contra otros, doblándose bajo el peso de sus racimos, ulego divisimos una gran posada construida en el borde del

-Tiburcio, ¿cómo se llama este lugar? -preguntamos a

nuestro indio.

Con gran sorpresa nuestra, Tiburcio guarda un silencio completo. Mueve la cabeza, hace una mueca y parece a punto de ahogarse. El cochero presenta los mismos síntomass parecen

ambos tener la boca llena de pasta.

Un presentimiento cruza por nuestro espíritu: cogemos nuestra cesta de provisiones [ay! jun excelente pastel de liebre que habíamos hecho abrir a nuestra salida estaba empezado! Nuestros dos hombres, probablemente para paar agradablemente el rato, no habían encontrado nada mejor sino meter los dedos en el pastel mencionado sacando grandes pedazos.

-¿Qué significa esta conducta? -gritó mi marido tomando la lata que contenía el malhadado pastel, y lanzándola a lo leios entre las hierbas.

-Todavia queda bastante para ustedes -contesta Tibur-

cio sin desconcertarse y haciendo una señal al cochero.

Éste, con gran sorpresa nuestra, detiene sus caballos, baja de su asiento, va a escrudiñar entre las hierbas y saca el pastel. -¿Quieren Uds. regalárnoslo? -nos pregunta al subir de nuevo sobre su asiento.

-1No! -exclama Tiburcio- soy yo el sirviente de la fa-

milia, ja mí me toca!

Cortamos la discusión ordenando al cochero tomar de nuevo includa y proceguir el viaje. Durante más de una media hora, nuestra gente sigue disputándose, mezclando con sus argumentos vigorosos ¡carambal, ¡caray! Terminan por dividirse el paste, pero Tiburcio está obligado a ceder a su com-

dirse el pastel, pero Tiburcio está obligado a ceder a su con pañero la lata, que este último quiere llevar a su mujer.

Borburata, adonde llegamos hora y media después de haber salido de Puerto Cabello, es un pueblo bonito de unos 150 a 200 habitantes. Antaño puerto de mar, se halla actualmente a unas dos millas de la orilla, de la cual está separado por terrenos enarenados. Hacemos detener el coche debajo de un hermoso mango que crece en el ángulo de una plaza pública. rodeada de casas, y mientras Tiburcio y el cochero, completamente reconciliados, van a beber un vaso de aguardiente para digerir nuestro pastel, nos apeamos para visitar los alrededores, lo cual no es largo, ya que la aldea se compone apenas de la gran plaza que tenemos a la vista. En el fondo, una humilde iglesia, a la derecha y a la izquierda, modestas viviendas, en cuyo umbral se agrupa la gente para vernos pasar. En uno de los rincones del parque observamos sin embargo una quinta encantadora, rodeada de un hermoso jardín, que pertenece a un rico negociante de Puerto Cabello.

Más allá de la plaza no hay sino callejuelas invadidas por las hierbas, donde se levantan de trecho en trecho pequeños ranchos cubiertos de hojas de plátano y habitados por gente de color. No hay ninguna clase de tiendas, sino la inevitable pulpería, que contiene mercancias baratas compradas en Puerto Cabello. Un rumor de voces infantiles nos revela también una escuela que hasta parece bastante concurrida. La instrucción primaria ha sido rorganizada en Venezuela por el general Gurmán Blanco, y declarada obligatoria por decreto presidencial del 27 de junio de 1870. Esta medida, tan fecunda en resultados prácticos, honra a su autor y constituye uno de sus mejores títulos al agradecimiento nacional. No existen, en efecto, garantías de paz y libertad allí donde predominan la ignorancia y la rutina. Instruir al pueblo, es quitar a los fac-

ciosos los medios de engañarlo y corromperlo.

Existen actualmente en Venezuela dos universidades, una en Caracas y la otra en Mérida; cuatro colegios federales, un colegio de ingenieros, quince colegios seccionales, dos escuelas nacionales de infas, cinco escuelas normales, mil ciento treinta y cinco escuelas federales, tree escuelas militares y una escuela especial establecida en la fortaleza de Marcaibo.

Hay por cierto muchos progresos a realizar en esto diversos establecimientos. La instrucción primaria en los pueblos es aún may deficiente y la eneñanza superior en las ciudades, poco portunda. Las júvenes son retiradas de las escuelas demasiado pronto, labiendo apenas aprendido a leer y escribir correctamente su lengue materna. Es decir lo bastante como para que salgan de alli extremadamente ignorantes, sin nociones de las literaturas extranjeras y de las ciencias naturales. Una vez en su casa, pasan su vida rutinaria en hacer un poco de música, en sentarse a la ventana, en couparse de su vestido o de los en sentarse a la ventana, en couparse de su vestido o de los

chismes que corren en la ciudad.

En cuanto a los jóvenes, están tometidos a una disciplina intelectual más seria, suaque ésta deja todavía mucho que desear. Venezuela no ha dado aún sabios ilustres, pero se hallan ya algunos hombres de un valor real, cuyos trabajos han sido distinguidos y merecian serlo. Mencionemos entre estos últimos al Sr. Aristides Rojas, hermano del ministro de Venezuela en Inglaterra, por sus hermosas reseñas historicas y filológicas; los Srs. Antonio Leocadio Guzmán y Rafael Seijas, por sus estudios concienzudos sobre legislación comparada; el Sr. Andrés Bello, quien se ha hecho apreciar aún en España como crítico y gramático; el Sr. Fernando Bolet, por sus investigaciones sobre historia natural, y, por fin, el Sr. Baralt, autor de una interesante historia de Venezuela.

Las ciencias exactas propiamente dichas han sido poco cultivadas. La astronomía, las altas matemáticas, la geología, la química, tienen muy pocos adeptos. Su enseñanza, según lo

decíamos anteriormente, es completamente descuidada en las escuelas, aún superiores, y es ésta una de las partes más defectuosas del programa de estudios. Las bellas artes en Ve-

nezuela se encuentran aún en su infancia.

Entre los pintores venezolanos no podemos mencionar sino a los señores Tovar y Tovar y Herrera quienes viven ambos en el extranjero. Los escultores indigenas son todavia más raros y ni siquiera se levantan hasta la mediocridad. El genio nacional se revela por lo contrario con mucha fuerza en las obras poéticas y literarias. Volveremos más adelante sobre este punto que mercee ser tratado largamente.

Si la instrucción es relativamente inferior en Venezuela, se deben tener en cuenta, sin embargo, las dificultades presentadas por la difusión de las ciencias en un país nuevo, cuya población es aún escasa, y que no dispone más que de recursos

limitados.

Reanudemos nuestra narración en el punto en que la hemo dejado, se decir en Borburata. Depusé de errar un tiempo suficiente, ordenamos a nuestro cochero seguirnos con su coche, al paso, y caminamos de nuevo a pie por el camino principal, buscando un logar sombreado para almorzar sobre la hierba a lo bohemio. Divisamos pronto un bonito riachusel de orillas stapizadas de museo, que corria debajo de las ramas verdes de unos altos árboles. Como el sitio nos convenia, Tiburcio recibió la orden de colocar allí la cesta de provisiones, aun bien provista, a pesar de la desaparición del famoso pastel de lisbre.

Nuestro retiro campestre era delicioso; teníamos que almorzar, hacer ramilletes, coleccionar plantas e insectos; de modo que nos quedamos alli largo tiempo, aspirando a pulmón lleno un aire puro y fragante. Eran más de las cinco cuando

volvimos, bastante cansados, a Puerto Cabello.

Al día siguiente requerimos de nuevo nuestro tiro de eaballos grises. Se trataba esta vez de ir a Paso Real. No hallamos más que una miserable posada situada a medio camino del pueblo de Gusiguază. La carrecera que conduce allí ofrece una particularidad muy extraña: está empedrada en un espacio de más de un kilómetro con cortezas de cocos. Las ruedas se hundían de manera fantástica haciéndonos sufrir los contragolpes; nos sentíamos por eso muy poco en disposición de admirar las plantaciones de cocoteros que bordeaban la vía, ol mismo que el bonito río que tuvimos que vadear dos veces en el viaje. Las sacudidas se sucedian sin cesar, arrancándonos exclamaciones que nada tenian de admirativas. Vimos de nuevo con alegría los carriles de las calles de Puerro Cabello a los cuales por lo menos estídamos acostumbrados.

Si nuestra excursión a Paso Real no nos dejó sino recuerdos poco agradades, no direano lo mismo del paseo que dimos algunos dias más tarde a San Esteban. Este pueblecito está algunos dias más tarde a San Esteban. Este pueblecito está assuado en las montañas a vana legua poco más o menos de sistuado en las montañas a vana legua poco más o menos diseminadas entre espesas marsas de vegetación a cuya sombra serpentea el río. San Esteba quintay portenecen a negociantes on muy pintorescos. Dichos quintay portenecen a negociantes del puerto, quienes viven ahí con sus familias, no trasladándose a la ciudad vecina sine en las horas de oficinas. Uno de los nos convidó a pasar algunos dias en su casa de carampo, una de las más bonista del luest. Semeiante ofere are tentadora y la la más bonis ad el luest. Semeiante ofere are tentadora y la

aceptamos con mucho gusto.

Para ir a San Eareban se cruza la gran llanura arenosa que se extiende al Sur de Puerto Cabello; pero en vez de seguir el camino de la izquierda que conduce a Borburata, se toma el que sale entre los dos cementerios en dirección de las motatañas. Este presenta una serie de cuadros encantadores. Se interna primero en un estrecho desfiladero dominado por altas colinas pedregosas. Al a entrada de este paso, llamado el Portachuelo, se goza de un panorama muy extenso de la ciudad, rodeada con sus lagunas, así como del puerto y de la alta mar. Al salir del Portachuelo, se encuentra uno en una pendiente en forma de curva que se inclina bacia la derecha. La vegetación se hace más espesa, y en las altas hierbas a ambos lados de la carretera, en el suelo, entre las ramas de los árboles, la exuberante vida tropical se manifiesta de mil modos. Tórtolas se levantan con rasidez bajo los vieis de los caballos y van a aba-levantan con rasidez bajo los vieis de los caballos y van a aba-

tirse en la arena, doscientos pasos más lejos; pequeñas cotorras verdes, conocidas en el país con el nombre de "mariquitas", saltan de rama en rama lanzando gritos ensordecedores; culebras, lagartos verdes se deslizan entre las hojas secas; el aire está lleno del zumbido de los insectos que liban entre las flores. Se divisa por fin una casa, muy deteriorada, la única existente entre Puerto Cabello v San Esteban. Es un antiguo ingenio de azúcar. El Trapiche, de paredes aun negras y ahumadas. A partir de este punto se hace muy notable la belleza del paisaje. La carretera ora ancha, ora estrecha, sube, baja, serpentea al pie de las colinas bajo un domo de follaje de lo alto del cual caen guirnaldas de lianas floridas. A la derecha se extiende una plantación de cacaoteros que pertenece al Sr. Emanuel Matos, cuvos árboles, colocados a unos metros unos de otros, y protegidos contra los ardores del sol por bucares (erythrina umbrosa) llevan en el tronco sus gruesas frutas rojas y pardas surcadas de rayas negras, que se parecen a

El cacao venezolno es superior a cualquiera otra variedad conocida; por eso lo cultivan en todo el litoral y aun en otrat partes, en las tierras calientes. La frecuencia de las revoluciones, al alejar momentánemente a los trabajadores, ha periucicado sin embargo el desarrollo de esta exploración, que no debe su conservación sino a la excelencia de sus productos. El cacaotero exige un clima caliente y himedo, condiciones perfectamente llenadas en la plantación mencionada, regada por el-río San Esteban, donde la temperatura baja apenas de

26°R.

La planta es indigena en Venezuela y se la concentra en estado silvestre en las selvas del Orinoco. Los españoles, guisdos por el ejemplo de los mexicanos, fueron los primeros en secar partido de ella. No fructifica sino después de cinco o seis años. Las flores, muy pequeñitas, aparecen en la corteza del tronco. Un árbol produce anualmente un promedio de do kilos de frutas que se venden en los mercados europeos a razón de tres o cuatro francos el kilo según la calidad.

Seguimos la hacienda Matos durante un cuarto de hora

poco más o menos, entreviéndola detrás de un seto de plátanos y árboles de pan, estos últimos con grandes hojas dentadas de un verde sombrio. Pronto torcimos a la izquierda y nos internamos en una espléndida alameda de árboles de todas las esencias, palmeras, mangos, caobos, extrañamente entre-

-Estamos en San Esteban -nos dijo nuestro cochero.

-¿Cómo?, pero, ¿dónde está, pues, la aldea?

Se la divisaba apenas, en efecto, porque cada una de las quintas que la componen estaba oculta detrás de una cortina de vegetación. Algunas chozas de negros aparecieron un instante, reunidas a lo largo de la carretera, después las habitaciones se espaciaron de nuevo cubiertas de un velo de sombra, evitando las miradas curiosas.

Nuestro coche se detuvo por fin ante una bonita casa adornada de un corredor, rodeada de jardines, alegre, abierta a la brisa, florida de rosas. Una acogida encantadora, de la cual conservamos un agradable recuerdo, nos esperaba allí, y tomamos alegremente posesión de nuestro asilo campestre.

Tuvimos mucho que hacer. ¡Cuántos paseos encantadores ocuparon nuestro tiempo durante estos días de vacaciones! Ora trepábamos por las rocas, en persecución de marinosas dignas del estuche de un hada: ora errábamos del lado del río v de los bosques que lo orillan. A veces, descalzándonos, entrábamos valientemente en el agua, y caminando en una arena suave como terciopelo, seguíamos el río en sus caprichosos meandros, dando el oído a los ruidos circundantes. Si algún sitio bien sombreado, muy solitario, se presentaba a nuestra vista, nos instalábamos en la hierba, absorbidos por completo por nuestras impresiones y olvidados de la vida tumultuosa de las multitudes. Conviene de vez en cuando acercarse a la naturaleza. Se vuelve mejor preparado para las luchas dolorosas, a veces tristes, de la existencia cotidiana.

Las aguas del río San Esteban son muy frescas y de una notable limpidez; se pescan en ellas excelentes peces y deli-

ciosos cangreios.

Uno de los miembros de la familia que nos había ofrecido

hospitalidad, el señor Kempf, había aprendido a conocer, durante una larga permanencia en San Esteban, los sitios más bonitos del río. Ocupándose con éxito de fotografía en sua momentos de asueto, nos obsequió una colección de vistas tomadas por el, con verdadero sentimiento artístico, en el pueblo y sus alrededores. Presentamos algunas a nuestros lectores, sintiendo al mismo tiempo no poder reproducir más, tanta es

su exactitud, fidelidad e interés.

Gustan las artes en esta colonia extranjera, transportada bajo un cielo tropical. Un día me mencionaron a una alemana, la señora Simmons, quien vivia en la población y fabricaba perfectamente flores y otros objetos con plumas de náiros.

Como yo expreara el deseo de verla, la hija de nuestro huesped, una bonita muchacha de veinte años, me propuso llevarme a su casa. Llegamos, pues, al día siguiente ante una quinta riente, cubierta de enredaderas y medio oculta en una mata de árboles, Puimos saludados a nuestra llegada por los ladridos de tres o cuatro perritos y el silbido de una enorme boa confinada en una jaula en el corredor.

La señora Simmons apareció pronto en persona y nos mos-

tró con amabilidad cestas de rosas, de jazmines y tulipanes, fabricadas con plumas de todos los colores, matizadas con mucho gusto y destreza.

Como yo la felicitara por su talento, me contestó que acababa de hacer un envio importante a Caricas, excusândose de no poder presentar un surtido más completo; sin embargo me parecia difficil que se pudiera hacer mejor. Sus creaciones me recordaban los más bonitos especiemens del mismo género, procedentes del Brasil, donde ese trabajo constituye una verdadera industria.

## CAPÍTULO XVI

Proyecto de ascensión a la Cumbre. — Preparativos de visie. — Nustros peones. — Salda. — La "pidra de los indios". — Campanero. — El pueste del diablo. — Pano Hondo. — Modo de censar el vío. — Relatos de Lorenzo. — Canciones populares. — La selva. — La soloded. — Palo Donito. — Jabi mimol - Lo Canales. — Elegamos a la cumbre!

Nos habían hablado de una excursión muy interesante de hacer pero muy penosa, y hasta superior a nuestras fuerzas, según los habitantes de Puerto Cabello. Se trataba de la ascensión de uno de los tres picos principales de la sierra del Hilaria. el más alto de todos, la Cumbre o cima del grupo. Se nos mencionaba a tal turista quien, después de llegar a medio camino, había renunciado a la empresa; otro que se había desmavado de cansancio por haber querido persistir. Estos ejemplos, lejos de atemorizarnos, nos inspiraron el deseo de lanzarnos por nuestra parte a la aventura y tratar de llevarla a cabo. Nuestro huésped se ofreció para acompañarnos, y como conocía perfectamente el país, su cooperación era preciosa. El viaje fué decidido pues, y los preparativos se hicieron en consecuencia, a pesar de la desaprobación general. Abundaban las sierpes según decían, en las altas hierbas; se había visto un tigre rondar en lo bajo del monte; por poco hubieran llevado luto por nosotros. Mientras tanto, hacíamos preparar nuestro equipo, nuestros víveres, y enganchábamos a cinco peones, indios y negros, como cargadores y guías, En el día fijado, a las seis de la mañana, toda nuestra gente

En el dia fijado, a las seis de la manana, toda nuestra gent

se encontró reunida y dispuesta a salir. Un sol radiante iluminaba el campo, el aire era fresco, delicioso: la naturaleza entera sonriente y hermosa. Bebimos el café con mucha prisa; el equipaje fué dividido en cinco lotes que fueron repartidos entre los peones. Su iefe, Lorenzo Rivas, un negro viejo v robusto, no era un cualquiera; había combatido a las órdenes de Bolívar durante la guerra de Independencia, y se había retirado del servicio con el grado de coronel; otros tres de los peones eran de raza india y se llamaban Abelardo Yáñes, Aquilino y Monasterio. El quinto era un pequeño mulato de catorce años, llamado Jesús María quien nos acompañaba en calidad de voluntario. Todos tomaron alegremente su carga bastante pesada, porque fuera de las provisiones de boca nos habíamos provisto de ropa y calzado de repuesto, así como de las indispensables cobijas. Cada uno de nuestros guías tenía además su machete, para abrirse un camino en la espesura. Mi marido y nuestro huésped estaban armados con fusiles; en cuanto a mí, me había contentado con un cuchillo de caza que llevaba valientemente en la cintura.

Hénos aquí en camino, siguiendo a grandes pavos una carretera estrecha que conducia a Campanero, una aldehuela que veremos más adelante. Pequeños ranchos habitados por gente de color se presentan aqui y allá a nuestra vista, dejando secapar su alegre población que nos grita de leios y en todos

os tonos:

-¡Adiós! ¡que le vaya bien!

Más allá de estas habitaciones, el suelo se hace pronte más desigual, y encontramos peñas bordeadas de espesos matorrales que hace falta rodear o escalar. Entre cortinas de vegetación, en lo bajo de una pendiente rápida, divisamos el río de 
San Esteban corriendo con un ruido ensordecedor sobre rocas 
disgregadas. Sublimos, bajamos, cruzamos riachuelos, y llegamos por fin delante de una gran roca rodeada por un marco 
de hojas que nuestro húceped nos señala diciendonos:

-La "piedra de los indios".

Era un bloque cuadrado de dos metros de alto por tres de ancho, que llevaba en la superficie algunos jeroglíficos grabados en la piedra y medio borrados por el tiempo. Estos jeroglíficos, en número de cuatro, son todos parecidos, aunque colocados en diferentes direcciones. Ostentan la forma si-



de la cual se encuentra el mismo tipo en México, Perú y Colombia.

¿Cuál es su significación? ¿Indican estos cuadros sucesivos, que se ensanchan al alejarse de un centro, una serie de años de cuatro estaciones, y recuerda su conjunto una fecha memorable en la historia de las poblaciones indígenas? Todo a este respecto es pura conjetura y debemos limitarnos a constatarlo. Se ignora el origen de las tribus que levantaron a orillas del Misisipi los montes fortificados que se descubren aún en nuestros días; se conocen apenas las extrañas migraciones de los aztecas mejicanos, así como la fecha de la fundación y de la ruina de las ciudades olvidadas del Yucatán y del Perú, El pasado del continente americano está lleno de misterio aún y los pacientes y laboriosos estudios de los exploradores modernos han hecho apenas adivinar algunas de sus fases. Sabemos lo bastante, sin embargo, para haber adquirido la prueba de que, allí también, valientes razas se han empeñado en organizar las fuerzas sociales, en fundirlas en la obra común, en hacerlas útiles y fecundas. Podemos echar de menos que inmensos desastres, cuyo recuerdo mismo se ha borrado, las hayan detenido en su desarrollo. Si hubieran podido desenvolverse sin interrupción siguiendo su propio curso, es probable que vastos territorios, hoy abandonados, serían conquistados para la civilización y enriquecerían a la humanidad con sus tesoros.

Mientras nos abandonábamos a estas reflexiones, nuestros

pones, indiferentes y pusivos, no esperaban más que una señal para reanudar su marcha. Se pusieron de nuevo rápidamente el morral a la espalda y salieron como exploradores mientras que nosorros seguiamos más elentamente, escrudifiando las hierbas, buscando insectos y plantas. Hacia las ocho legamos a Campanero. No encontramos alli sino una gran casucha, muy destartalada, que servia antes de albergue para los arrieros. A cierta distancia de esta antiqua posada, a orillas del río San Esteban, viven algumas familias en miserables ranchos, formando la población de la aldehuela. Se ha dado a éste el nombre de Campanero o de tañedor de campanas a causa de un pájaro, muy abundante por aquellos contornos, cuyo canto se parece, hasta el punto de engañarle a uno, a un tañido lejano.

Después de un alto bastante corto, reanudamos la marcha por un camino reducido en este sitio a un estrecho sendero, obstruído con ramas y troncos de árboles derribados. Pájaros de toda especie revoloteaban en la entamada. Los prones, muy excitados, habian tomado los fusiles y acechaban las aves, que no llegaban a divisar.

Ta temperatura era sún húmeda y penetrante, y caminábamoi sobre um alfombra de musgo, hojas muertas y ramitas, impregnador de rocio. Nos sentianos molestos, oprimidos, jadeantes. Habiamos convenidos en detenernos para almozzar en un lugar del río llamado Paso Hondo, a donde debiamos llegar hacia las once. La conversación emperaba a languidecer y las miradas se dirigian hacia los sacos de las provisiones.

—¿Llegaremos pronto? —pregunté a Lorenzo Rivas, quien me seguia.

—Oueda aún el Puente del Diablo, un paso bastante malo

replicó meneando la cabeza.

Y como yo lo miraba con inquietud:

—Andamos ahora sobre seda —continuó— en comparación de lo que nos espera más tarde; si la niña lo desea, es tiempo aún de volver a San Esteban,

Como yo le hacía observar que tenía la esperanza de ir hasta

el fin, el viejo coronel negro gruñó bajito, de modo que pu-

-Muieres no se deben meter en estas cosas!

No era tranquilizador para el porvenir y ésto me hizo apretar el paso.

Llegamos por fin bastante acalorados al Puente del Diablo. Era una quebrada profunda cubierta por todas partes de una vegetación exuberante. Se trataba de bajar en ella y subir después del lado opuesto. Los peones pusieron su carga en el suelo y cogieron su machete para abrirnos un camino. La ladera era muy abrupta; por eso fuimos obligados a agarrar las ramas y descender paso a paso, con mil precauciones para no caer. Las provisiones, cuidadosamente envueltas en cobijas, fueron rodadas hasta el fondo de la quebrada, donde nuestros hombres las tomaron de nuevo para subir por la la-

dera opuesta.

Eran las once y el sol se hacía sentir más y más; teníamos hambre, empezábamos a cansarnos; fué pues con satisfacción que divisamos por fin el río. Ahí nos esperaba una nueva dificultad. El agua era tan profunda, y las peñas que emergian en la superficie tan alejadas unas de otras, que no se podía pensar en cruzar el torrente saltando de piedra en piedra. Después de un momento de deliberación, se convino en que uno de nuestros peones, Aquilino, nos tomaría sucesivamente sobre sus hombros y nos llevaría a la otra orilla. Era un joven indio de alta estatura, torso vigoroso y miembros atléticos. Se quitó los vestidos en un abrir y cerrar de ojos, entró en el agua que le subía hasta el pecho, y nos pasó sin accidente. El equipaje siguió el mismo camino, gracias al cuidado de sus compañeros,

Una gran roca llana, que se parecía a un dolmen, se levantaba en el lugar al cual habíamos llegado. Se colocaron los cubiertos y almorzamos con excelente apetito. Nuestros peones, alborozados por la vista de las provisiones, charlaban alegremente entre si, contándose las historias más fantásticas acerca de sus correrías en las montañas y cantando en coro coplas populares:

¡Ah caramba, valecito!
¡Qué tirano es el amor!,
Por una sola paloma
¡Que baya tanto cazador!

Y esta otra conocida en todo el país, que fué puesta en música por el compositor italiano Gallignani durante su permanencia en Caracas:

Cuando la perica quiere
Que el perico vaya a misa,
Se levanta bien temprano
Y le plancha la camisa:
¡Ay perical ¡Ay perical

-¿Conoce Ud. muchas coplas? -preguntamos al viejo coronel.

—¡Ay! jun montón! —nos contextó Lotenzo riendo—; cuando estábamos en los llanos acompañando al general Páez y habíamos preparado el campamento por la noche, encendíamos grandes hogueras ¡y es entonces cuando hubiera sido preciso oirnos cantar!

Y para darnos un ejemplo, comenzó a gritar a voz en cuello:

Mi caballo y mi mujer Se me murieron a un tiempo; ¡Al diablo la mujer! Es el caballo que lloro...

Luego, volviéndose serio, el negro agregó con voz triste y

—Era el buen tiempo entonces. Queríamos a nuestros jefes, y nuestros jefes nos querían. Obteníamos nuestros grados con la punta de la espada, mientras que los generales de hoy no saben cómo sostener un fusil.

-¿Ud. recuerda bien a Bolívar? —le pregunté sonriendo.
—¡Como no! Lo recuerdo como si lo hubiera dejado aver,

y sin embargo no tenía más que veinte años cuando murió. ¡Ah, qué grande hombre era!

-¿Qué aspecto tenía?

—¿Que aspecto tenia?

El anciano reflexionó un instante, luego dijo lentamente:
—Era flaco y de estatura mediana; sus ojos eran pardos.
sueses, y parecian siempre tristes. En el campo de batalla,
era muy diferente, y entonces, icarambal, jera un verdadero

león! —Luego, cambiando de tema para sustraerse a la emoción que le embargaba: —Vamos, vamos —agregó frunciendo el ceño— es mediodía y ya es tiempo de levantar el campamento. ¡Debemos

llegar allá arriba antes de que anochezca!

A partir de Paso Hondo empezó una ascensión fantástica; la ladera de la montaña era tan rápida que no avanzábamos sino alzándonos por medio de ramas que agarrábamos de paso. Cualquier rastro de sendero había desaparecido, y seguíamos a nuestros guías. A veces, escalando peñas, teníamos que avudarnos con nuestras rodillas y nuestras manos; en todo momento caíamos sobre el musgo y las hojas que nos hacían resbalar a cada paso. Los ravos del sol no llegaban hasta nosotros; un domo impenetrable de vegetación se extendía sobre nuestras cabezas manteniendo en la selva una humedad constante. Hace falta haber cruzado las soledades silvestres de la América ecuatorial para formarse una idea de esta lucha por la vida constatada por los naturalistas entre millares de gérmenes que se disputan el espacio, se mezclan, confunden, ahogan unos a otros. Describir estas plantas de toda clase que nos rodeaban, sería una labor superior a nuestras fuerzas. Los árboles estaban cubiertos de orquideas de toda especie, cuyas flores formaban puntos luminosos en una masa sombría de bulbos y hojas. Magnificas cattleyas de anchos pétalos, "odontoglossum" de largos racimos floridos de todos los colores derramaban a lo lejos sus ásperos perfumes.

En otras partes, el cuadro se modificaba. Las malezas, los grupos de áloes y de cactos ya no eran visibles. No se divisaban más que gigantes vegetales, enlazados unos a otros por lianas largas y flexibles. Ante nosotros la montaña, siempre

igualmente empinada y ardua; por detrás una pendiente vertiginosa que se parecía a un precipicio abierto.

-¿Cómo se llama esta parte de la selva? -pregunté a Lorenzo Rivas.

-La Soledad- me dijo.

Y era una soledad, en verdad, de la cual los mismos pájaros parecían huir. No se oía ningún canto, ningún grito: todo era silencio y misterio. La escena tenía algo tan solemne que sufriamos a pesar nuestro su influencia, caminando en fila con la cabeza baja y sin proferir una palabra.

Hacia las cuatro de la tarde, llegamos a una altura superior, comenzamos a constatar que la temperatura se hacía más fría. Una neblina espesa que se resolvía en lluvia fina nos envolvía en sus velos.

Anduvimos así casi al azar durante un cuarto de hora, no divisando más que los objetos más cercanos. De repente, sin transición, gracias a un brusco salto de viento, volvimos a ver el sol más resplandeciente que nunca. Por debajo de nosotros, en profundos valles, se amontonaban masas de nubes de reflejos azulosos y metálicos. Una palmera aislada, de una especie diferente de las que habíamos visto hasta entonces, se elevaba en un talud vecino rodeada de matorrales acha-

De alli el nombre de Palo Bonito dado a este lugar por los cazadores indios. Está desprovisto de árboles en un espacio de

Al volver a la selva, fuimos acogidos por sonidos ensordecedores. Una nube negra se formó sobre nuestras cabezas v pasó rápidamente en los aires. Estaba constituída por una legión de loros que se escapaban a nuestra proximidad. Los peones apuntaron rápidamente con su fusil pero los astutos pájaros se mantenjan a distancia.

-- Demonios! -- les gritó Lorenzo enseñándoles el puño. Luego, volviéndose hacia sus compañeros:

-Vayan -les dijo- y vuelvan con una pieza de caza cualquiera.

Dos de los peones, obedeciendo a la consigna subieron por la ladera y otros dos se quedaron por detrás.

-Dentro de una hora -agregó su jefe- estén Uds. en

Los Canales: ¡Buena suerte, muchachos!

El viejo coronel volvió luego hacia nosotros.

-¿Llegaremos pronto? -le pregunté.

-¡Ahí mismo! ¡Ahí mismo! -me contestó con una sonrisa. A pesar de su afirmación anduvimos por lo menos una legua más sin ver nada nuevo; estábamos en camino desde las siete de la mañana v eran las cinco de la tarde; nos volvíamos en consecuencia más v más indiferentes ante las bellezas

del paisaje. Teníamos calor, teníamos sed, y empezábamos a desear el descanso. -Vamos a ver, hablemos seriamente, coronel -dije al viejo negro siempre ágil a pesar de sus setenta años y la pesada

carga que llevaba-; ¿vamos a llegar pronto a La Cumbre? -¡Ahí mismito! - replicó con un tono sarcástico.

Esta vez me hizo perder la paciencia.

-Hace una eternidad que Ud. me dice esto -exclaméy estamos siempre en el mismo punto.

Lorenzo se sonrió más v más, lo cual aumentó mi mal humor, y repitió en el mismo tono que antes:

-: Un momentico, niña, ahí estamos!

Tomé el partido de no despegar más los labios y seguí caminando mientras maldecía la serie de diminutivos españoles que, en las circunstancias actuales, me parecían bastante irri-

Hacia las seis llegamos al lugar llamado Los Canales, a orillas

de un riachuelo a donde los peones habían de reunirsenos. Nos sentamos con satisfacción en una alfombra de hierba y musgo, después apagamos nuestra sed. El agua del río era fresca y nos pareció deliciosa. Plantas de anchas hojas, diapreadas de vivos colores, crecían a nuestro alrededor. Espigas floridas las dominaban aquí y allá, como cohetes azules o rojos de irradiación permanente, Experimentábamos una especie de remordimiento al pisar tan preciosos especimenes vegetales, que habíamos visto cuidar con tanto amor en los invernaderos.

Un grito penetrante vino a interrumpir bruscamente nuestros ensueños. Era el pequeño mulato Jesús María, quien

anunciaba de este modo su presencia.

Echó en el suelo, triunfante, tres perdices que había abatido. Sus compañeros le seguían de cerca, pero no habían sido tan felices; no traían más que dos o tres conotos y algunos gálgulos, es decir, piezas de caza mediocres.

Después de prolongar nuestro alto algunos minutos más, para dar tiempo a nuestros indios de recobrar su aliento, seguimos nuestra penosa ascensión. Hacía frio, y nos sentíamos tan cansados que nos arrastrábamos apenas. El sol había desaparecido del horizonte y algunas pálidas estrellas centelleaban ya en el cielo. Ruidos secos, seguidos de silbidos, indicaban que los reptiles empezaban a agitarse en la hierba. Extenuada, completamente agotada, me volví una vez más hacia Lorenzo:

-Digame la verdad -le dije- ¿está lejos aún?

-Si, muy lejos - replicó con aire grave, pero con un guiño malicioso.

Anduvimos aún algunos pasos.
—¡Ya estamos! —gritó el viejo negro soltando la carcajada.

## CAPÍTULO XVII

Cantracción de un rascho. La velada direletor del juago. — Consesación con los ponest. La anaconda. — El cariba. — Una serienti quemada viva. — Esplindido punorama sobre la llarura de Cerabolo. — Cezar y passo. — La ceiba. Mariano. — Una historia de Igra. — Malaventura de un botinico. — Un disparo de fusil. — El árbol vaca. — Vuelta é sua Estaba.

Los peones echaron cobijas sobre el suelo húmedo, y nos dejamos care en el como plomo. Eran las siete de la noche y había oscurecido. ¡Habíamos caminado durante doce horas, excepto un corto tiempo de parada en Paso Hondo!

Nuestra gente empezó por encender un gran fuego al pie de un manzanillo cuya permiciosa influencia no parcelar tener de ningún modo. Se trataba de calentarse, cocinar la cenida y alejar por medio del resplandor de las llamas a los animales de toda especie que pululaban en aquella parte del bosque. Hecho esto, mientras Jesós María nos preparaba café, Aquilino, Monasterio y Abelardo cortaban las ramas que habían de servir para construir un rancho, cuyas bases echaba Lorenzo cavando la tierra con su machete. Custro postes, reunidos entre si por ramas y lianas, y corona-

Cuatro postes, reunados entre si por ramas y nanas, y coronados con un techo de hojas de plátanos, completaron la instalación. Nuestra choza estaba cerrada por tres lados; el cuarto, enfrente del fuego, estaba abierto; el suelo, en el interior del rancho, fué cubierto con una capa de helechos y hojas secas.

Nuestros peones, a pesar de la marcha forzada que acaba-

ban de hacer, estaban más activos que nunca. Ni el pequeño mulato que sólo tenía catorce años, ni el viejo Lorenzo que tenía setenta, parecían cansados. Charlaban alegremente encantados de su jornada, que formaba diversión en su trabajo monótono de cada día. Se extendieron las provisiones sobre grandes hojas de papel que servía de mantel; hicimos círculo y cenamos alegremente. El calor del fuego aumentaba nuestro confort, tanto más cuanto que el termómetro no marcaba más de 8°R. bajo cero.

Debíamos formar un grupo bastante pintoresco, cubiertos con nuestras cobijas, iluminados por grandes llamas rojas, rodeados de macizos de vegetación, con los fusiles y machetes al alcance de la mano, el equipaje desparramado sin orden, a la entrada de un rancho temporal. A pesar de la altitud de nuestro campamento, situado a más de 5,000 pies sobre el nivel del mar, nos encontrábamos aún en pleno bosque. Caobos, palmeras, plátanos silvestres se levantaban a nuestro alrededor, dibujando en la sombra sus siluetas negras, destacadas aquí y allá por vivos resplandores.

La comida fué despachada con un magnifico entusiasmo. Nuestros peones, de muy buen humor, no cesaban de contar anécdotas curiosas, sobre todo el viejo Lorenzo, quien había

vivido largo tiempo en las llanos.

-En las llanuras - decia- hace falta tener buen pie y buen ojo. Un dia que seguia una gran laguna, he aqui que mi caballo, El Modregón, un animal fuerte, empieza a enderezar las oreias, a temblar con todos sus miembros y a retroceder como si hubiera visto la tierra abrirse debajo de sus pies. ¡Caramba!; iba a espolearlo cuando divisé entre la maleza, a tiro de fusil, un toro que pisoteaba el suelo, extendia el cuello y se golpeaba los flancos con la cola. Una gran serpiente, cuvo cuerpo estaba hundido a medias en el agua lo tenía agarrado por las narices. Era una anaconda o "madre de agua" 1, de más de 30 pies de largo, gruesa como una viga.

<sup>1</sup> La anaconda es más conocida en Venezuela por el nombre de "culebra de agua". (N. del T.).

El toro se defendia y trataba de alejarse de la laguna; la serpiente le dejaba dra algunos pasos, luego, contrayéndose, lo llevaba de nuevo hacia adelante, lo mismo que haria un pescador con un pez al extremo de su guaral. Era horrible y yo estaba muerto de miedo. Por fin el troro e2yó sobre las rodillas, con los ojos exorbitados, la lengua pendiente, y la anaconda, enrolliandose sobre d, lo arrastró entre las cañas. Le aseguro que El Modregón y yo nos sentiamos harto incómodos y galopamos tan bien que yo aún galopo!

Una serie de ¡caray! y otras interjecciones sogieron la historia del viejo coronel. Por fantistica que parezea, es más que probable que sea verdadera. Hemos vitro noscros mismos ne el Musos de Caracas la piel de una de estas serpientes, de grandisimo dimensión. Desgraciadamente falta la cabeza. Estos rectiles tienen las contumbers de la box: abandonan rara esta rectiles tienen las contumbers de la box: abandonan rara esta probable.

ces los grandes pantanos del interior del país.

Lorenzo Rivas, mientras hablaba, se había animado, había hecho grandes gestos, lo cual había puesto su brazo derecho a descubierto. Noté una enorme cicatriz, aún rojiza.

-¿Qué es esto? -dije al anciano.

-Un recuerdo de una maldita criatura, de un verdadero demonio.

-¿De una mujer?

-INo, no!, Ique Dios las bendiga! [Del caribe!

-¡Ay chico!, no hablemos de este diablo -gritó Abelardo.

-Pero en fin, ¿qué es el caribe?

—;Una pettel, jun canallat, jun monstruot Figieres Ud.
un pecceillo no mayor que esto —y el coronel enseñaba su
gruesa mano negra—, que devora a un hombre como nosotrocomeriamos arepa. Los hay por millares en los ríos de los
llanos, y jayl de ciuanto cae en el agua. Están allí por nubes
mordisqueando por dequier, de modo que un nadador no tiene
tiempo de alcanzar la otra orilla. ¡Son peores que los caimanes!
—'Ay cómo ha sido Ud. herido?

—Pescaba a orillas del Guárico y había cogido ya en la red docenas de bagres, payares y caribes cuando Dolores, mi amiga— dijo el coronel con tono significativo— vino a avisarme corriende que el general Péez había sido informado de que una tropa de españoles acababa de apoderas de un corral, y había dado la orden de salida para ir a combastielos. Toues miedo de faltar a la llamada y en mi precipición puse mi brazo en el agua para sacar mis redes, ¡Ud, ve el resultado!

-¡Estos peces deben tener los dientes muy fuertes!

—¡Ya lo creo! ¡Los canallas mascarían hasta metal! Son tan voraces que se atacan a menudo entre sí; se echan aún sobre los caimanes y jes de ver lo rápido que son en su tarea!

—El coronel dice la verdad —observo gravemente Aquilino, quien también había vivido en los llanos— y la señora puede creerlo. A la entrada del Orinoco, hay indios que viven en chozas, sobre los árboles, por encima de los llanos imundados. Como no tienen tierra en que poner sus muertos, les atan una cuerda alrededor del cuerpo y dejan care el cadáver en el agua. Alli extán los caribes y pronte terminan con el. Dos horas más tarde se levanta la cuerda en cuyo extremo no hay más que un esqueleto, cuyos huesos se colocan entances en cestas de junco que se cuelgan de las ramas superiores de los árboles.

—Vamos a acostarnos —exclamó Lorenzo— no es bueno hablar tanto por la nochel

Estábamos extenuados, y la propuesta del viejo negro tuvo

la aprobación extensasion, y la propuesta del viejo negro turo de aprobación general. Los utensilios de cocins fueron puestos en su lugar; nuevos haces de leña se ceharon al fuego y nos retiramos en el rancho donde nos echamos con voluptuosidad sobre nuestras camas de hojas secas. Los fusiles, cuidadosamente cargado, estaban al alcance de la mano. Los peones se acostaron igualmente, excepto Monasterio, encargado de mantener el fuego ducarate dos horas, pars ser relevado más tarde por uno de sus compañeros y así sucesivamente hasta el día.

A pesar del cansancio que me abrumaba, tenía dificultad en dormirme. Mil ruidos extraños llegaban hasta mi, entre los cuales distinguía el siniestro ulular del buho, los gritos horrorosos de los monos aulladores, el crujido de las hojas secas que indicaban el paso de un reptil, los glu-glus acompasados del guácharo, una especie de chotacabras; el zumbido de insectos de toda clase, atraídos por nuestro fuego; el murmullo del viento entre las hojas y, a largos intervalos, echando una nota dolorosa en este concierto noccurno, el silbido quejum-

broso y prolongado del paují.

Me revolvis de un lado a otro sin llegar a cerrar los ojos. Un momento, levantándome a medias, mirá átuera. La noche era obscura, excepto cerca del rancho, sobre el cual el fuego proyectaba su resplandores rojizos. El indio de guardía, acurucado a algunos pasos de nosotros, envuelto en su poncho, fumba un ciagrarillo. Mi marido, nuestro huesped de Sin Esteban y los peones, dormían apaciblemente. Iba a tratar de hacer otro tarto, cuando o ún chisporroteo en el fuego. Me incliné hacia adelante para ver mejor. Una serpiente, de la especie conocida bajo el nombre de "terciopolo" se habis dejado coger en las lámas de la fogata; dió vueltas un instante sobre si nisma y se desplomé entre las cenizas,

Me acosté de nuevo y me dormí hasta el día siguiente.

La voz de Lorenzo nos llamó de nuevo a las realidades de la vida.

—¡De pie! —nos gritaba— sale el sol, ¡se ve a Valencia!

Nos incorporamos de inmediato y envolviéndonos en nuestras cobijas, porque hacía mucho frío, salimos del rancho.

Desde la cima de la montaña en que estábamos, abarcelamos un panotama immano. Tode el valle de Carabbos se extendia ante unestra mizada, vivamente iluminado por los
controles de la unastra de la companio de la controles de la controle

Nuestros cazádores volvieron hacis las doce del dia, cargados de gallinas de los montes, cachicamos, y acures; los
peones comenzaron a preparar el almuerzo. El cachicamo,
especie de gruesa rata, cubierto con un carapacho cómeo,
constituye un manjar muy delicado en Venezuela. Se nos sirvió
un excelente caldo de acure preparado con apios cuya raíz.
harinoas se parece a la papa, una gallina de los montes; jamón
y cachicamos cocidos a punto. Como postre tuvimos plátanos
y el todo fué rociado con un excelente Burdoso traído de soa
y el todo fué rociado con un excelente Burdoso traído de soa

Esteban.

Una vez satisfecho nuestro apetito, reanudamos nuestra correrias en la edva. Por doquier revoloteaban pájaro, robre todo lotos y grandes guacamayos azules y verdes, ide espléndido plumaje. Entre los árboles extraños que llamaron nuestra atención, hace falta mencionar la ceiba, venerada por los indigenas. Según las tradiciones de los Nahuas, una celba sirvió antaño de habitación a Smoc, el padre de la raza americana. Este árbol adorna las plazas públicas en los pueblos del interior. Se puede ver aún, en nuestros días, a orillas del río Arauca uno de estos árboles, de gran tamaño, a cuya sombra Bollvar y Páez se encontraron por primera vez en 1817.

La ceiba era de una gran utilidad para las tribus indias; servía en la construcción de sus canoas largas y estrechas, labradas en una sola pieza. Las mujeres, sempre un poco supersticiosas cuando sus instintos maternos están en juego, arrancaban las estinas que se forman sobre su corteza haciendo collares para sus hijos, como preservativos contra las denticio-

nes demasiado tardías y las convulsiones.

Depués de errac en el bosque durante una gran parte de la tarde, sintieñodene un peco cansada, volvi sola al campamento y, tomando mi cobijs, fui a instalarme a algunos pasos de alli, para gozar de la vista de los valles de Carabobo. Estaba celada sobre la hierba, contemplando los esplendores del incomparable panorama que se desenvolvia ante mi, cuando un ruido repentian me arranco bruscamente de mi ensueño. Un hombre de alta estatura, vestido con una vieja blusa desgarrada, avanzaba hacia mi abriendose paso entre los matorrales a machetazoo. Su cara, cubierta en parte por una espesa cabellera, degrefidad y entrecana, parceía muj poven aún. Estaba armado con un viejo fusil cubierto de orin y llevaba, colgadas del hombro, perdices, iguanas, y un payo silvestre mantenidos por medio de lianas. Sus piernas eran demudas y surcadas por manchas de sanger.

Hubiera sido atemorizada un poco por esta aparición, si no hubiera sabido que en caso de peligro muy pronto me hubieran socorrido. No tenía más que dar un grito, en efecto, para avisar a nuestra gente que vagaba en los bosques de los

alrededores.

El recién llegado sorprendido de encontrar a una mujer en exta soledad, se detuvo a dos pasos de mí, me consideró un instante muy atontado, luego, alejándose lentamente sin pronunciar una palabra, desapareció pronto de mi vista en la espesura del bosque.

Volví en seguida hacia el rancho donde, encontrando a los

peones, les hablé de mi aventura.

—¡Es Mariano! —exclamaron todos juntos.

Supe entonces que este Mariano era un cazador blanco, que vivia solo en la montaña, en una especie de choza que se había construído entre los árboles. No se le veía en San Esteban sino en raros intervalos, cuando venía a vender caza para renovar sus municiones. Nuestros indios no subian más, y faimor doblieados a contentrarose con extos informes.

La cena había sido fijada para las cinco, y transcurrió muy

alegremente. Luego al anochecer escuchamos una vez más con mucho placer la conversación original y coloreada de los peones. Después de una velada bastante larga, nos echamos sobre muestras camas de musgo y hojas secas. Se nos había hablado tanto de tigres que esperábamos ofir su aulido durante la noche y despertarnos al ruido de los disparos. Todo esto no pasó de ser ocurrencia de nuestra fantasía.

Ésta, sin embargo, no había sido excitada sin causa, porque el viejo Lorenzo nos había contado una historia para poner

el pelo de punta.

-Éramos unos veinte hombres -había dicho- acampados en guerrilla en la ribera de un riachuelo, esperando las órdenes del general que residía entonces en San Jaime. Era su hijo, un hermoso joven de veinticinco años, quien nos mandaba. Un buen día, cae enfermo de fiebre y hénos aquí apurados porque no teníamos nada que darle. Se convino en que uno de nosotros lo llevaría al cuartel del general donde se hallaba el médico del regimiento. Un bosque de unas tres leguas separaba nuestro puesto de la aldehuela de San Jaime. Era más fácil de proponer que de hacer, y nuestro oficial, llamado Don Carlos, no pudo subir a caballo sino tres semanas después, casi agotado. Yo fuí designado para acompañarlo, lo cual hice caminando a pie a su lado. Estaba tan débil que se mantenía difícilmente en la silla, pálido como un muerto. La fiebre lo sacudía y busqué en vano un medio de aliviarlo. Llegamos así, viajando muy lentamente, hasta media legua de la aldea. De repente vi a Don Carlos inclinar la cabeza hacia adelante, extender los brazos y caer pesadamente de lado. Me precipité para so-

-¡Lorenzo -me dijo- ya no puedo más! Ve a buscar gente y que traigan unas andas: yo esperaré aquí.

gente y que traigan unas andas; yo esperare aqui.

Era el mejor partido que se podía tomar. Desenvolví mi chinchorro que colgué entre los árboles, y después de acostar en el a mi oficial, tomé su caballo y me alejé rápidamente. Cuando volví una hora después acompañado por el general, el chinchorro estaba vacio, manchado de sangre, y haliamos al pobre Don Carlos, a unos pasos más lejos, medio devorado por un tigre.

Tales son los dramas de la soledad v del desierto!

Al día siguiente a las seis estábamos listos para descender de nuevo a San Esteban. Mientras los peones reunían el equipaje, nos desayunamos con un fuerte caldo de acure y algunas raíces de apio cocidas en la ceniza. Hacía mucho frío: por eso empezamos el viaje caminando lo más rápidamente posible. Aquilino y Monasterio estaban va en camino desde las cuatro de la madrugada, en compañía del cazador blanco Mariano, a quien habían encontrado la víspera y que les había prometido llevarlos a las partes más abundantes en caza del bosque. No quedaban para escoltarnos sino Lorenzo Rivas, Abelardo y el joven Jesús María. Alcanzamos sin dificultad el lugar donde habíamos descansado la antevispera, llamado Los Canales. Abelardo nos contó que un botánico, venido de Europa v a quien acompañaba a La Cumbre, había tenido que detenerse en Los Canales, algunos meses antes, abrumado por la fatiga y el calor. Había sido necesario extenderlo en el suelo, desnudarlo y friccionarlo de pies a cabeza, para decidirlo a hacer algunos esfuerzos más y alcanzar la cima del monte. El pobre botánico había llegado allí medio muerto, jurando, pero un poco tarde, que no le sorprenderían más. Mientras escuchamos al peón, seguimos nuestra bajada. Es

extremadamente ruda. Durante cinco horas, los pies en el musgo hímedo de rocio, bajamos rodando la ladera de la montaña, agarrándonos de las ramas, escalando peñas, resbalando a cada paso. Hénos aqui por fin en La Soledad que encontramos más desiolad que nunca. De repente varios disparos retumban cerca de noistros, y observamos en las altas cimas de los árboles un movimiento descostumbrados una tropa de monos, gritando, vociferando, saltando de rama en ramas, con una razidez increible, pasaba sor encima de nues-

tras cabezas.

Comprendimos la causa de su emoción al divisar a cierta distancia al cazador Mariano y nuestros dos peones, reunidos alrededor de un pobre cuadrúpedo herido de muerte. El mono había sido herido en el pecho al cual llevaba la mano con un gesto lastimoso. Su agonía fué corta, y pronto fué a juntarse en el fondo de un saco con algunos pares de perdices y otros

pájaros matados por nuestros hombres.

No teníamos más que reanudar la marcha. La bajada recomenzó, y a la una de la tarde exishamo de nuevo en Hondo, donde debiamos hacer alto para tomar una ligerar comida. Enfente de nosotros, del otro lado del rio, se levantaba un árbol que llamó nuestra atención a causa de sus vastas proporciones.

-¿Cómo lo llaman? -preguntamos a Lorenzo, enseñán-

—El árbol vaca —contestó— porque nos proporciona una leche excelente: /quiere probarla?

A nuestra respuesta afirmativa, hizo una señal a Aquilino,

quien, entrando en el agua, pasó del otro lado con una tapara en la mano.

Le vimos hacer una profunda incisión en la corteza del árbol y en seguida corrió, según nos lo habían anunciado, una leche espesa, abundante, blanca y viscosa. La probamos y nos pareció desde luego agradable de beber; pero esta primera impresión duró apenas porque es muy astringente.

El árbol vaca, descrito por el botánico Linden, bajo el nombre de "Brosimum galactodendrum", alcanza hasta 60 pies. Es bastante raro, aún en las tierras calientes. El Sr. Boussingult ha hecho el análisis de su savia lechosa que contiene

azúcar, grasa y fosfatos en gran cantidad.

Después de almorzar, cruzamos todos el río sobre los hom-

bros de Aquilino. Durante el trayecto, un precioso frasco, lleno de arañas recogidas en la cima de la montaña, fué roto en mil pedazos al caer sobre una roca. Era una pérdida, pues contenía seguramente nuevas especies a las cuales más de un abió entomólogo hubiera sido feliz de dar un nombre. A las cinco, volvimos a ver la piedra de los indios, donde tuvimos la agradable sorpresa de encontrar a la familia de nuestro huésped venida a nuestro encuentro. Estábamos cansados, extenuados, pero encantados de nuestra excupsión que se había

prolongado durante tres días y nos dejaba los mejores recuerdos.

Por la noche en la cena, el mono que había sido musero en el bosque apareció sobre la mesa, bien condimentado, senrados. Y fair la única en que probaba y con la zase cortan dura y tan coriácos que no repert. Su piel, cuidadoamente diseada, fué envisida a Francia dande se conserva en un pequeño museo de historia natural dependiente de una penión de muchasha y

¡El destino tiene a veces caprichos extraños, aún para los

## CAPÍTULO XVIII

Salida de San Estrian. — A bordo del "Venezuela". — El piplamento. — En el mar. — Los tibarone. — Aspecto del golfo y de las contas. — Las Lluve. — Llegala y Tauccas. — La postas. — Las composita de misdel ferrocerrit. — Esteriblad del terreno. — Nuerta-buispeda. — Tertulas popular. — Paco el claro de inna. — El comencio de Touçatulas popular. — La poblicción y la emigración. — El matrimonio "ma estricol montro."

Algunos días más tarde nos despedíamos de nuestros amables huéspedes, v abandonábamos su pueblo por una espléndida mañana, con la intención de ir a visitar el puerto de Tucacas y las minas de cobre de Aroa en el Estado Yaracuy, Mientras seguíamos por última vez el encantador camino de San Esteban a Puerto Cabello, tan florido, tan asoleado, nuestro pensamiento nos llevaba hacia Europa, donde nos imaginábamos a nuestros amigos del norte cubiertos aún de pieles, caminando penosamente en la nieve helada. Francamente, nos parecía que no teníamos nada que envidiarles y que después de todo la naturaleza tropical tenía sus encantos. Llegados a Puerto Cabello nos apresuramos a ir a los muelles para visitar un vaporcito, el "Venezuela", de unas 500 toneladas, a punto de salir para Tucacas, y que pronto iba a recibirnos a bordo. No tenía nada imponente, por lo contrario. Nos pareció mal acondicionado, bajo, y se nos dijo que se balanceaba horrorosamente. Lo mandaba un inglés, ex teniente en la marina británica, a quien habían adjunto por la forma (no permitiendo la ley venezolana el cabotaje sino a los marinos nacionales) un patrón titular, regularmente naturalizado. Este último había nacido en Curazao y hablaba el idioma más extraño que sea posible imaginar, mezclado de francês, alemán, español e inglés. Este dialecto, muy en boga en Curazao, se conoce bajo el nombre

bastante expresivo de "papiamento".

Nes embarcamos en el momento preciso señalado para la salida. Hubbiéramos podido sin inconveniente, llegar dos horas de la salida. Hubbiéramos podido sin inconveniente, llegar dos horas destandos porque las autoridades locales inviviterora por lo menos este tiempo para devolver los documentos del barco. El comandante nos habís convidado a instalarnos sobre la tol-dilla yes lo agradecimos mucho porque doscientos soldados por abrain tomodo posesión de la cubierta, donde el marco habís pasado al estado epidémico. Se levantó por fin el anela ve d'"venezuela", singlando hacia el Castillo Elbertador, orilló

la costa y la pequeña isla de Guaiguaza.

Una vez en pleamar, comenzó a balancearse de tal modo que daba de bandar lo mismo que un barco de velas. Era impaible quedar de pie sin correr el riesgo de ser echado contra la barandilla. Nos fué forzoso permanecer acostados sobre nuestros bancos, agarrándonos lo mejor que podíamas de las jarcias. El "Venezuela" por otra parte no había sido construido para hacer largos visjase. Está dedicado exclusivamente al servicio de los transportes entre Tucacas y Puerto Cabello, y recibe con dettino a esta ditima ciudad los cargamentos de café y cicao procedentes de las plantaciones situadas en los Estados de Barquisimeto y de Yaracuy.

El tiempo era magnifico; el mar, aunque picado, era de un hermoso azul oscuro, con olas franjeadas de plata. El aire era

vivo y muy impregnado de acres emanaciones salobres.

Habiamos dejado a Puerto Cabello desde hacía una hora más o menos cuando vimos de repente al segundo comandante, el hombre del "papiamento", abandonar el timón que mantenia en aquel momento, precipitares a la barandilla haciendo grandes gestos, sefialando un punto negro que se levantaba y bajaba a merced de las olas.

-¡Un tiburón! -gritó -¡un tiburón!

Mientras volvía a su puesto, todos se inclinaron sobre la borda y vimos varios tiburnose que nos precedian y seguian enseñando sus sletas agudas por encima del agua. Los tripulantes cogieron sus revolveres, los soldados apuntaron su revolveres, los soldados apuntaron su revolveres, los soldados apuntaron su riputusiles y lais balas cayeron como granizo alrededor de los monstruos marinos. Varios fueron heridos y codos desaparceiron con rapidez en el horizonte. Mientras tanto, bandadas de pecevoladores rozaban las ondas, sumergiéndose, levantándos e zambullendose de nuevo al paso del navlo con gran satiafacción de los pasajeros.

Después de tres horas de navegación llegamos a la vista de tres islotes colocados a igual distancia unos de otros, en la entrada del Golfo Triste, y llamados a causa de esta circuns-

tancia Las Llaves.

El Golfo Trisue se extiende entre la Punta Tuzcaes y la desembocadura del rio Chivez en un enpacio de treinta y cuatro kilómetros. La costa que lo bordea, donde se hallan algunas ricas haciendas, es ora montaños, ora llana y orillada por cocoteros que elevan hasta cuarenta pies su tronco delgado y flexible. Varios rios vienen a echarie en el, entre otros los rios Urama, Yaracuy, Agualinda y Aroa. En cuanto a las islas mencionadas, son perfectamente circulares, su circunferencia está poblada de árboles y su parte central llena de agua.

Son verdaderos atolones de formación reciente, debidos enteramente a los trabajos incesantes de pólipos submarinos.

Eran las cince cuando llegamor a Tucacas, pero no pudimo desembarcar sino después de la puesta del sol porque el "Venezuela" había tocado el fondo al entrar en la bahía a consecuencia de una falsa maniobra. A nuestra derecha se presentaba una costa baja cubierta de manglarea. Del lado opuesto se agrupaba la ciudad cuyo aspecto poco venezolano nos llamó desde luego la atención. Las casas no estaban construidas con ladrillos y adobes como en las regiones que acabábamos de recorrer, sino en madera, y su techo estaba formado con hojas de zinc. Tinglados cubiertos llensam los muelles, abrigando vagonos e inmensos montones de carbón. Entre la fante de la carbón.

población acudida para asistir a la llegada del barco, predominaban el traje europeo, los cabellos rubios, los ojos azules. Uno se hubiera creído en un pueblo inglés de creación reciente,

excepto la limpieza.

El comundate del "Venezuela" nos llevó muy amblemente la Comundate al Tuccasa, sun asequeña habitación sin plas situada do lejo del puero. Una multra alta receidió si receidió experenciamente en el cuarto que se nos destinada. Los muebles eran de los más primitivos comprendidan dos cares, una vieja caja s manera de asiento, un candelabre chorreando grass. El conjunto descansaba sobre un pipo dessiviedado, aguierada cagui y allá, procegido ineficiazmente por un techo de bambú entre cuyas hendidures se divisaba el cielo azul cuando no lo impedian espesas telarañas. Hicimos colocar nuestro equipaje y nos apresuramos a salir de allí muy resultos a no volver sino lo más tarde nosible.

Tucacas cuenta hoy con unos mil quinientos a dos mil habitanese. La ciudad debe su ereciniento y recurso a la explotación de importantes yacimientos de cobre, descubiertos en Aroa a 80 millas de la costa. Estas minas, que pertenciento antes a Bollivar, están hoy en manos de una sociedad inglesa, la "New Quebrada Company". Aunque muy ricas, permacer ron largo tiempo poco explotadas a consecuencia de los gastos que resultaron del transporto del mineral. Primero se sirvuel de chalansa que navegaban hastá la desembocadura del río Aroa, donde docletas recibilm sus carazimentos, con destino a

Puerto Cabelle

Habiendo sido juzgados insuficientes estos medios de comunicación, se pesas en supilite por la creación de un eferocarril. Este fué construído por otra asociación, la "Bolivar Railway Company", después de comprometeres la "New Quebra Company" a despachar anualmente por intermedio de la primera 20,000 uneludas de mineral al nuerto de Tucacas.

El ferrocarril mencionado es de vía estrecha, cruza la selva en una gran parte de su recorrido y se eleva insensiblemente hasta las minas, situadas a 1200 pies de altura. Ambas compafaías, omnipotentes en Tucacas, tienen cada una su dominio cerrado con altas empalizadas de madera, de puertas giratorias. Han hecho construir habitaciones para sus principales empleados, casi todos extranjeros, así como alojamiento de obreros, tiendas y talleres. La ciudad, no empedrada, sin aceras, bastante sucia, está edificada en un suelo arenoso, recién conquistado al mar. No se divisa ningún rastro de vegetación, excepto una palmera solitaria de una longitud desmesurada que lleva una escasa corona de hojas y domina un grupo de casas bajas mal cuidadas. Por doquier se oye hablar el inglés, aun por la rril. Los alimentos despachados en el mercado de Tucacas vienen de Puerto Cabello o de las haciendas del Yaracuy, porque la producción local es completamente nula. Faltan los pastos en los alrededores donde no se encuentran ni carneros ni bueyes, ni vacas, ni caballos. En cambio abundan los ceryen el principal alimento de los negros quienes no se ocupan de ningún modo de su mantenimiento. Pronto hubimos dado la vuelta a la ciudad y volvimos

hacia las siete a la posada, donde se nos esperaba para cenar. La huéspeda se sentó a la mesa con nosotros sin ningún miramiento y comenzó a abrumarnos a preguntas:

--- Cómo se llaman Uds.? Hace mucho tiempo que están

Como no poníamos ninguna prisa en contestarle, se levantó de muy mal humor, se arrellanó en una mecedora y se puso a balancearse con vigor mientras gruñía sordamente.

La noche era hermosa y nos levantamos para salir.

-¿A dónde van? -nos preguntó la mulata irguiéndose

-A pasearnos.

-Yo cierro la puerta a las diez, y después ¡no habrá nadie para abrirla!

Contemplamos sonriendo la vieja puerta destartalada, dislocada, que un niño hubiera hecho caer sin esfuerzo. La observación de nuestra huéspeda no tenía, pues, nada alarmante v salimos sin inquietud. Las calles estaban desiertas v no ofrecian nada interesante. Nos dirigiamos hacia el campo. cuando sonidos musicales llamaron nuestra atención. Salían de un ranchito donde algunos negros daban una tertulia. Dos de ellos llevaban un instrumento singular, que se parecía a la guitarra y a la mandolina, cuyas cuerdas rasgaban con la extremidad de las uñas. Los otros, en número de cincuenta más o menos, tanto hombres como mujeres, saltaban alegremente, pateaban sin moverse del lugar, luego después de bambolearse suavemente, se lanzaban de un extremo a otro de la sala. Cuatro velas de cebo, plantadas en la boca de algunas botellas, alumbraban el baile. Se hacía circular entre los convidados trozos de caña de azúcar y aguardiente del cual todos tomaban su parte. Nuestra presencia, lejos de molestar a los bailarines parecía darles una animación nueva y nunca habíamos visto alegría más expansiva y, sobre todo, más ruidosa.

Después de gozar algún tiempo de este espectículo inesperado reanudamo nuestro passo y salimos de la ciudad. Una gran llantra cubierta de critalizaciones salinas y sembrada de onamentas dispersadas, e extendía a lo lejos, hacia el Norte, cruzada por las dos lineas, negras y delgadas del ferrocardi. Hacia el Este, algunos matorrales de hojas estrechas y brillantas, que llevaban pequeñas bayas verdes, ocultaban en parte el horizonte. Esta masa de vegetación estabs formada por una planta subarbarescente conocida en el país bajo el nombre de "crempillo". Del etro lado, divisibamos el oceáno cuyas aguas espejeaban a los rayos de la luna. Seguimos la playa aspirando con voluptuosidad el aire fresco de la noche, caminando lentamente en la arena himeda que guardaba la huella de nuestros

A un cuarro de legua de la ciudad, vimos levantarse en la noche algunas cruces negras, la mayor parte rotas, plantadas en amontonamientos de conchas y piedras, aisladas en un terreno desierto, sin cercas ni empalizadas. Nos hallábamos sin sospendarlo en el camposanto de Tucacas, sobre el cual las olas del mar echaban su espuma y desechos. Hubiera sido difícil imaginarse un sitio más tritre y más l'outore, serulturas más

miserables y abandonadas tan completamente. Huesos de todas las formas asomaban del suelo, incesantemente hurgado por grandes cangrejos que corrían aquí y allá como gigantescas arañas entre los siniestros montículos que nos rodeaban. Nos costaba trabajo apartar la mirada de este cuadro penoso cuya hermosura sombria y solemne nos fascinaba. Nos quitó todo deseo de seguir nuestro pasco, y volvimos silenciosamente a la posada sin haber podido sustraernos a nuestras entristecedoras

La primera parte de la noche transcurrió sin incidente. Hacia las dos de la madrugada desperté bruscamente: acababa de oir un gran ruido sobre mi cabeza. Un animal cualquiera se arrastraba sobre una de las viguetas, aproximándose poco a poco al lugar en que se hallaba mi catre. Es probable que cualquiera otra europea, en un caso semejante, se hubiera imaginado que una serpiente venenosa amenazaba su vida o por lo menos que un alacrán de dardo formidable se preparaba a visitarla. Mi fantasía no fué tan lejos por la sencilla razón de que yo temo mucho más a las ratas y ratones que a los reptiles más horribles. La presencia probable de un roedor nocturno se impuso de inmediato a mi mente y temblé de horror. Fué peor cuando sentí un objeto bastante pesado caer sobre mi sábana y hacer algunos movimientos. Me levanté de un salto y lanzándome en el cuarto grité con voz trágica:

-¡Tengo una rata en mi cabezal!

Mi marido, quien dormia tranquilamente sobre su catre, despertó todo asombrado.

-¡Cómo!, ¿qué?, ¿qué hay? -¡Hay una rata sobre mi cama!

Cogió un bastón y dió valientemente unos pasos hacia adelante, revolviendo mi camita de arriba abajo. De repente el ruido recomenzó y mientras me estremecía oí a mi marido que golpeaba un cuerpo duro, el cual se sustraía a sus golpes con asombrosa rapidez. La lucha fué larga, luego por fin todo ruido cesó. Yo estaba más muerta que viva y nos acostamos de nuevo sin saber con qué enemigo nos habíamos topado. No fué sino al dia siguiente por la mañana cuando

conocimos el secreto de esta alarma, descubriendo en el suelo el cadáver de un enorme cangrejo de más de un pie de largo. -¿Tiene Ud. a menudo visitas parecidas? -preguntamos

a nuestra huéspeda mientras nos servía el desayuno.

-¡Oh, sí! -contestó- estamos a dos pasos del mar.

-Por qué no habernos avisado?

-Pero los cangrejos no hacen daño, ¡al contrario!; somos

nosotros quienes los comemos.

No había nada que contestar a este argumento, tanto más cuanto que, en efecto, el crustáceo mencionado había perecido en la contienda.

Cambiamos, pues, de conversación.

-¿A qué hora sale el tren para las minas?

-A las ocho, pero siempre son las nueve y aún las nueve v media.

-¿Cuándo se llega a La Luz?

Teníamos empeño en estar informados acerca de este último punto, porque La Luz era una estación bastante próxima a Aroa, donde pensábamos pasar la noche. -Eso depende -dijo la mulata- a veces más temprano, a

veces más tarde; generalmente a las cinco de la tarde.

-¿Se encuentra allí una posada?

La respuesta era alarmante pero no nos extrañaba. Habíamos observado va, durante nuestras correrías en el interior, cuánto trabajo tienen en el país los viajeros para encontrar un alberque decente. Esta carencia de buenas posadas, aún en pueblos bastante importantes, se explica por el hecho de que están visitadas por un número muy reducido de extranieros. En cuanto a los nacionales, se alojan fácilmente en casa de parientes, amigos o corresponsales. No tienen nada que hacer, pues, con la posada cuvos beneficios en tales circunstancias serían demasiado problemáticos.

En realidad, falta población en estas ricas regiones de la América Central 1, tan admirablemente adaptadas sin embargo

1 Venezuela no está en la América Central sino en el norte de la América del Sur. (N. del T.).

a la satisfacción de todas las necesidades de la vida humano.

Los nueve grandes Estados de la Unión vencolona actual.

Los nueve grandes Estados de la Unión vencolona de los nos un immensos territorios, sus recursos variados, contienen apera tres miliones de habitanes. Millares de leguas de excelucieras están baldías, mientras que nuestras ciudades de Eucitopa robosan de indigentes que mantienen apenas su existica precaria con un trabajo incesante, sin esperanzas de salir de un miseria. Hay en este reparto desigual de nuestra raza sobre la superficie del globo un hecho lastimoso que deben deplorar todos los amigos de la humanidad. El gobierno vencelonano, hace falta rendrife esta justicia, se ha esforzado a este respecto por combatir la ignorancia y la rutina. Se ha impuesto varias veces sacrificios considerables para determinar un movimiento de inmitgración hacia sus puetros, pero sin gran éxito.

A propósito de estadística, y evitando sus cómputos complicados, notemos de paso que el movimiento de crecimiento de la población en Venezuela, revela cada año un número considerable de nacimientos ilegítimos. Esta situación resulta de la alta turifa aplicada a los matrimonios religiosos y del rigor con el cual el clero hace valer sus derechos. La gente poco acomodada que se arredra ante el gasto, aplaza la conagración de su unión hasta que eccrúpulos de conciencia, durante su última enfermedad, la deciden a ella. Existen pocos países en que los matrimonios "in artículo mortis" sean más frecuentes. Hay en esto un abuso que la iglesia debería poner empeño en enderezar, en interés de la moral pública que siempre ha pretendido asociar con su enseñanza y sus obras.

## CAPITULO XIX

Salida de Trueçan. — El trem. — Su receptido. — La velus — San Felipe. — Polius Sola. — Neutron compium de cembro. — Sa terela servición de debido de tradar a los crisdos. — El queno de meno. — La Las. — En bisquesda de ma dospientento. — Mentro albregar. — Otra ver don Anguero la compiumento. — La velada. — Puesta en prietira de la terela compiumento. — La velada. — Puesta en prietira de la terela compiumento. — La velada. — Puesta en prietira de la terela compiumento. — La mina de Venezuela. — Nacettrós del compiumento de la compiumento del compiumen

No nos quedaba más que dejar la posada para reanudar nuestro viaje.

—Vayan Uds. derechito hasta la casa del ingeniero jefe, —nos dijeron— podrán subir en coche. Sin embargo si quieren Uds. esperar el convoy en pleno campo, son libres de hacerlo; el maquinista se parará con muy buena gana.

Llegamos a las ocho en punto ante la casa señalada. Algunos mineros, provistos de sus berramientas y llevandos usupaje en un pañuelo de color cuidadosamente anudado, esperaban pacientemente, echados sobre montones de carbón, la señal de la partida. El tren se componía de una pequeña locomotora americana, de chimenea cônica, de unos ocuodos de vagones chatos y de un carro con bancos que habían sacado de un tinclado en nuestro honor.

Nos sentamos, no sin haber tenido el cuidado de mandar traer de la posada una cesta llena de provisiones de boca, precaución muy necesaria. El carro de bancos, aunque cubierto, estaba desprovisto de portezuelas, v el aire circulaba en él abundantemente. Una vez completada nuestra instalación, hicimos como los mineros y esperamos. A las nueve, un agente de la compañía apareció, un silbato resonó y dejamos detrás de nosotros la pequeña ciudad de Tucacas y la laguna seca donde nos habíamos paseado la víspera. A ésta sucedió pronto una llanura menos árida, sembrada aquí y allá de matorrales achaparrados. Poco a poco la vegetación cambió; árboles, lianas, se levantaban a ambos lados de la carretera; se agrupaban y multiplicaban a medida que avanzábamos. Pronto la naturaleza tropical reapareció en toda su gloriosa expansión. No es una tarea fácil construir una vía férrea en tales regiones. Después de abrirla a grandes hachazos, no se ha hecho más que la mitad de la labor. Es preciso aún defenderla semana tras semana, contra la invasión de las plantas, la obstrucción de las hoias, ramas y raíces; disputar el suelo recién adquirido pie a pie a la fuerza vital que se desborda bajo todas las

La selva se espesaba a nuestro alrededor, hasta tal punto que por momentos teniamos la impresión de rodar en que por momentos teniamos la impresión de rodar en tunidad de vegetación. Ramas floridas azotaban el tren al paso penetrando hasta nuestro coche. Algunas pequiñas estaciones compuestas generalmente de cuatro pestes coronados por un techo de paja, se levantaban en unos claros en nuestro recorridos. El tren se paraba a veces para renovar la provisión de agua o de carbón. Así es como vimos el Agualinda, un bombo pequeño río, luego una choza de madera bastante pintoresca. de techo de zine que llevaba test inscripción muy británica:

"Bachelor's hall".

¡Se necesita cierta dosis de energía y apatía para aceptar tan alegremente un destierro indefinido en plena soledad!

Tres horas después de haber dejado a Tucacas, alcanzamos a Palma Sola que sirve de depósito para las mercancías procedentes de San Felipe, capital del Yaracuy.

San Felipe debe su fundación a la Compañía española de Guipúzcoa que estableció alli una factoría con el objeto de mantener relaciones comerciales con Montalbán, Yaritagua y

Nirgua, tres puebles grandes, situados a la entrada de los Llanos. Antaño llegaban barcos antes de la creación del ferrocarril, por el río Yaracuy, cargados de los diversos productos de las haciendas circundantes. La ciudad actual, que cuesto coho mil habitantes, ha sido construída en el lugar de la anriena noblación judia de Cocorote.

Palma Sola se compone de tres o cuatro tinglados que sirven de tiendas. Hizo falta espera alla durante más de media
hora el tren que venia de las minas. Llegó ruidosamente, cargado de mineral, con una cantidad de minegos, hombres y
mujeres, que cambiaron con los que se hallaban en nuestros
vagones coloquios vivos y animados. Se saludaban slegermente
y algunas charlas se mecclaban en la conversación como
castañuelas en un aire de baile. Luego, el vapor silbó, se oyó el
rodar del tren y reanudamos nuestro visia e través del boique.

Mientras tanto, en el momento en que dejábamos a Palma Sola, hacia la una de la tarde, compañeros de viaje habían subido en el carro de bancos. Era un grueso mulato y su mujer, no menos corpulenta, seguidos por un criado indio tan flaquito que parecía no tener más que una mitad de cuerpo y haber celido el resto a sus duchos. Estos se instalaron con gran ruido, abrieron un bolso lleno de vituallas y empezaron a comer con tal glotonería que se hubiera dicho que salian de un largo ayuno. Su peón estaba sentado sobre el estribo del carro de bancos, en pleno sol, y de allí vigilaba la comida con una filosofia estojes.

Pronto el gordo, después de charlar con su mujer, se decidió a un ataque por nuestro lado.

-¿A dónde van Uds.? -A las minas de Aroa.

--Vengan más bien a Barquisimeto. Tengo allí una tienda bien abastecida, porque soy rico. Les presentaré a Uds. a mis conocidos.

Le expresamos cortésmente nuestro sentimiento de no poder aceptar su invitación. -¡Lo siento mucho! -replicó.

Luego, tomando la palabra con gran volubilidad:

-- ¿Quieren un poco de queso de mano? Es muy bueno y viene de los Llanos. Uds. me darán en cambio un vaso de su

Y el mulato nos señaló con el gesto la boca de una botella que sobresalía de nuestra cesta de provisiones.

—De buena gana —le dije—, pero ¿su sirviente no necesita

La flacura del pobre hombre me daba lástima.

—¡Oh!, esta gente —replicó el dueño riendo —no necesita

-Esto les impediría trabajar -observó la mujer.

—Sin embargo —replicó su marido —ya que esto daría gusto a la señora, voy a darle nuestros restos, aunque ha tenido ya café y cambures esta misma mañana.

Al decir esto, pasó carne y pan de maíz a su peón quien me echó una mirada agradecida y se puso a devorar su comida

con grandísimo apetito.

El queso de mano, que recibimos en cambio de nuestro vino, es un queso del país, fabricado en los corrales del ganado. Empiezan por hacer cuajar la leche, después la ponen sobre el fuego. Cuando ha adquirido cierta consistencia, se amasan los pedazos hasta que se han enfriado completamente. Luego forman tortas redondas y achatadas que hacen secar después de añadirles un poco de sal. El que nos dió Aureliano Vázquez, porque tal era el nombre de nuestro compañero de viaje, era excelente y muy comparable a los quesitos suizos de Neuchatel. Sentimos mucho haberlo aceptado, porque esta amabilidad nos atrajo un diluvio de palabras, una conversación inagotable, a chorro continuo. Don Aureliano y su esposa conversaban a más v mejor v pronto estuvimos al corriente no sólo de su vida íntima sino también de la de todos sus amigos. El bosque que cruzábamos era espléndido y maldecíamos interiormente nuestros vecinos y las distracciones que nos causaban. Viajábamos en medio de las más fantásticas decoraciones de ópera. Diferentes especies de palmeras, como otras

entre masas de vegetación; plátanos silvestres, de aspecto completamente tropical, orillaban el camino. Cedros, caobos, enlazados entre si por cortinas de lianas, formaban por encima de la vía férrea una bóveda de vegetación. En estas masas, se agitaba un mundo de pájaros que silbaban, cantaban, volaban rápidamente, atemorizados por el paso del tren. Aquí, guacamayos que parloteaban en la sombra, Alli, cardenales que agitaban su plumaje rojo; más lejos, minúsculas pericas ruidosas y atareadas. Vimos aún cinco o seis monos que saltaban entre las ramas de un gigantesco samán, a los cuales los mineros que se hallaban sobre el convoy enviaron algunas balas de revólver sin más resultado que ahuyentarlos.

Seguimos durante algún tiempo el río Aroa que costeaba la vía y nos enviaba un poco de frescura. Después de haber dejado atrás una pequeña estación, rodeada como las otras de una muralla de matorrales y árboles, cruzamos el río Yumare en un puente de madera. Por fin, hacia las cinco de la tarde, divisamos en un claro algunas casitas y una especie de estación: estábamos en La Luz.

Se trataba de encontrar un albergue cualquiera, lo cual, después de inspeccionar los lugares no parecía fácil. Mirábamos a nuestro alrededor, con nuestros sacos de viaje en la mano, bastante poco tranquilos, cuando un agente de la compañía que hablaba inglés se nos acercó preguntándonos si podía sernos útil. Le expusimos con elocuencia nuestra situación.

Pareció preocupado, se alisó el bigote y acabó por decirnos: -Nuestra choza, allá, no contiene más que dos cuartos va

atestados y no convendría a la señora. Conozco sin embargo a un comerciante que acepta a veces alojar viajeros, quien consentirá tal vez en recibirles. Espéreme un momento, yo voy

Volvió poco tiempo después, trayéndonos una respuesta afirmativa: dos catres estaban puestos a nuestra disposición. Lo seguimos inmediatamente y nos llevó a una habitación

destartalada, situada a orillas de un camino, compuesta pordos grandes cuartos por delante y dos pequeños cuartos estrechos v sombrios del lado opuesto. El dueño de casa era un israelita alemán a quien la afición a los negocios y el deseo de hacer fortuna habían atraído a estas regiones lejanas. Vino a nuestro encuentro y nos acogió con la tradicional fórmula española:

-Todo lo que hay aquí, está a la disposición de Uds.

Frase eminentemente cortés pero empleada demasiado a menudo para ser tomada al pie de la letra. Se contesta a ella ampliamente quitándose el sombrero.

-¡Concepción! -gritó nuestro huésped. Una mujercita, muy limpia, bonita, de bellos ojos negros, acudió a esta llamada seguida por cinco o seis rapazuelos de todas

las estaturas. -He aquí dos personas más que alojar -le dijo su mari-

do-; prepara los catres y sírvenos la comida. Misia Concepción nos dirigió una graciosa sonrisa y des-

apareció como había venido, seguida de toda la tropa de niños. Nos trasladamos entonces a un cuarto vecino, ¿Cuáles no fueron nuestra sorpresa y fastidio al encontrar de nuevo a Aureliano Vázquez v su pesada compañera! Se precipitaron a nuestro encuentro apretándonos las manos y abrumándonos con protestas de amistad. No pudimos sustraernos a su expansión, sino saliendo lo más pronto posible bajo el pretexto de ir a visitar los alrededores.

Orillamos primero la linde del bosque pero sin aventurarnos dentro a causa de las serpientes. Una orquidea muy extraña llamó nuestra atención. El centro de sus flores era de color amarillo, todo sembrado de pequeñas manchas pardas. Tres largas puntas muy agudas partían de este centro, una superior y las otras dos inferiores. No recordábamos haber visto nada más singular ni más paradójico. Mi marido la cogió haciendo de ella un esbozo rápido. Mientras trabajaba, una negrita de cinco a seis años se le había acercado, atraída por la curiosidad

<sup>-¿</sup>Qué hace Ud.? -acabó por decir tímidamente. -Dibujo -le contestó.

Se quedó un momento inmóvil, perdida en sus reflexiones.

-¿Por qué? -dijo por fin, asombrada de no entender. Su cara, en este momento, tenía tal expresión que nos fué

imposible conservar más tiempo nuestra seriedad.

Al volver a casa, en la hora de la comida, mostramos nuestra flor cuvo nombre nadie pudo decirnos. Supimos más tarde, que ha sido clasificada ya bajo el nombre de "masdevallia chimoera" y que es muy rara.

Cenamos con nuestro huésped, su familia y los Vázquez. Misia Concepción se había verdaderamente esmerado y nos

dió una alta idea de sus talentos culinarios.

Una vez levantado el mantel, se formó un círculo alrededor de la mesa; dos o tres negras endomingadas se reunieron con los asistentes y todos se dedicaron enteramente a la conversación. Nuestros dos catres habían sido levantados en la sala de recepción, de manera que no nos era posible acostarnos antes de que saliera todo el mundo. Durante algún tiempo tomamos nuestro mal en paciencia, pero por fin, cansados de todo el ruido que se hacía a nuestro alrededor y pensando que habíamos contestado bastante a las innumerables preguntas con que se nos bombardeaba, llevamos nuestras sillas bajo el estrecho corredor que se extendía a lo largo de la fachada, para disfrutar de algunos minutos de tranquilidad y paz. La noche era clara, tranquila, resplandeciente de estrellas. Sentada a orillas del camino, seguía con la mirada las negras siluetas de los altos árboles vecinos, cuando, al volverme divisé al peón indio, criado de los Vázquez, que colgaba su chinchorro en el corredor. Acababa apenas de terminar su tarea cuando su dueña lo llamó desde el interior. Echó en el chinchorro su cobija va desplegada v penetró en la casa.

En este momento apareció don Aureliano, Después de dar unos pasos bajo la galería, notó el chinchorro preparado por su criado. Debió parecerle confortable, porque se instaló en él de inmediato estirando la cobija hasta sus hombros y echándose cuán largo era. El pobre indio, a su vuelta, no pudo contener una exclamación al encontrar el sitio ocupado. Hasta lo era por algún tiempo porque su dueño roncaba enérgicamente. El peón, acostumbrado a todos los contratiempos, vagó primero a derecha e izquierda como alma en pena, luego se

fué a acostar en un rincón sobre el pavimento.

La noche era freeza, y el pobre muchacho con su vestido ligero de linoro, no se sentia a sus anchas. Se levantó y comenzó a caminar para calentarse. Sus facciones expresiban tanta contrarieda y canancio que, apidadnome de su triste suerte, le ofreci una cobija. Me dió calurosamente las gracias y se instaló de nuevo en el suelo donde cabó por dormires.

La velada de nuestros huéspedes se prolongé hasta la mitade la noche. La despedida ocupó un buen cuarto de hora porque las mujeres se abrazaban y daban palmaditas en la espalda lo cual constituye la salutación amistosa de los croillos. Pudimos por fin retirarnos a nuestro cuarto, y ya estábamos dormitando cuando oímos a nuestro huésped que hacía la ronda con una palmatoria en la mano, para asegurarse si las puertas

estaban bien cerradas v si todo estaba en orden.

Al día siguiente a las seis nos encontrábamos en la estación, dispuestos a salir para las minas. Sobre la vía férrea estacionaba una pequeña locomotora, delante de la cual se había colocado un vagón chato que contenía dos sillas de paja colocadas una al lado de la otra. Este vagón y estos asientos nos estaban destinados. Se bajó una de las paredes del vehículo y nos alzamos sobre la plataforma, abriendo nuestros quitasoles por encima de nuestras cabezas para resguardarnos del sol. El tren se puso en marcha a las siete: no comprendía más que la máquina y el vagón mencionado. Sólo hay 7 millas de La Luz a Aroa, pero se invierte un tiempo bastante largo en recorrerlas, porque las curvas son numerosas en la línea y trazadas con gran audacia. Se da la vuelta a altas montañas pobladas de árboles; se pasa al lado de enormes precipicios o sobre puentes que dominan profundas quebradas. El trazado de la vía debió presentar dificultades muy serias y hace honor a los ingenieros que trabajaron en ella. Altos hornos destinados a hacer sufrir una primera preparación al mineral se levantan a medio camino de Aroa, en la ribera del río de este nombre. Un joven belga, el Sr. Deby, los dirigía en la época de nuestra visita.

El pueblo de Aroa se compone de una cantidad de pequeñas

chozas agrupadas en el fondo de un valle sombrio. Tanto sucias, miserables y tristes parecen estas habitaciones cuanto que el paisaje que las rodea es salvaje y grandioso. Uno se creería en un campamento temporal de gitanos que viven en la osobreza más abvecta. Los mineros son casi todos viven en la osobreza más abvecta. Los mineros son casi todos

extranjeros y de todas las nacionalidades.

El tren se detuvo ante montones de mineral, sobre los cuales era necessirio subir para llegar a un terreno llano, no sinriesgo de un esguinee entre los derrumbes. Un joven inglésvino a nuestro encuentro y nos llevé por un camion inchesdo, lleno de piedes y descebos, basta una casa de maderadonde se alojada el ingeniero jefe, el Sr. X... quien nos recibió muy cordialmente. No sólo nos dió la autorización de bajar a la mina, sino que se ofreció para acompañarno.

El aspecto de la montaña que encierra los vacimientos de cobre es de los más impresionantes; hace falta imaginarse una masa imponente sembrada de rocas desnudas entre las cuales verdea aquí v allá una vegetación escuálida. A diferentes alturas se abren agujeros negros de donde salen escalas de cuerda fijadas al suelo. Son las entradas de las galerías superiores de la explotación. Otros pasos situados más abajo son accesibles a pie llano. Nuestro guía se detuvo ante uno de ellos, y habiendo encendido hachones que nos entregó, nos precedió en un corredor oscuro en el cual nos internamos con él. Caminábamos en el agua, debajo de una bóveda redonda donde el resplandor de nuestros hachones hacía espejear reflejos metálicos. Recorrimos así varias galerías, dando vueltas y más vueltas, y nos encontramos en una sala bastante vasta cavada en las profundidades de la montaña. Cinco o seis mineros que Hevaban una lámpara fijada en el sombrero trabajaban bloques de cuarzo. Esta especie de gruta tapizada con lentejuelas de cobre ha recibido de los mineros el nombre de "salón amarillo", en honor del general Guzmán Blanco quien comió allí el día de la inauguración del Bolívar Railway. Volvimos a ver con verdadera satisfacción después de un nuevo recorrido entre subterráneos obscuros el cielo azul y la luz del día.

Las explotaciones se extienden en un espacio de varias

millas y se las conoce bajo diferentes nombres. Se cuentan cuatro depósitos principales: los de Camaragua, de Titiara, de San Antonio v de Aroa, Todos son de una gran riqueza v presentan la inmensa ventaja de poder ser utilizados sin necesitar el empleo de máquinas costosas. Según lo hemos dicho va. la compañía de las minas se ha comprometido a proporcionar veinte mil toncladas de mineral a la Bolívar Railway Company para cuyo transporte ésta recibe anualmente, en promedio, más de 85,000 libras esterlinas.

Todo el país cruzado por la vía férrea pertenece a la sociedad de las minas y constituye una fuente de riquezas, a causa de los bosques de todas las esencias que crecen allí. Abundan los caobos, los árboles tintóreos, plantas medicinales, Además se ha constatado la existencia de filones de oro y plata entre San Felipe y Aroa en las colinas del Tesorero y de Guarataro. Las empresas mineras en general tienen un gran porvenir

en toda la Unión venezolana. El subsuelo de esta vasta comarca encierra no sólo vacimientos inagotables de cobre, sino también hierros de excelente cualidad, grafito, petróleo, asfalto, carbón de piedra. Los depósitos de oro del Callao, de Chile, de Potosi, de Nueva Providencia, del Botanamo, de Corina, de Cicapra, de Caratal, son bastantes conocidos y la explotación de algunos de ellos ha dado ya a sus felices propietarios un beneficio de hasta 1.000 por ciento.

Nos sentamos de nuevo sobre nuestras sillas ante la locomotora, muy satisfechos de nuestra excursión: esta vez, sin embargo, el tren se había alargado con cuatro vagones cargados de mineral, que precedían el nuestro y contenían, fuera de su cargamento, mineros y sus mujeres sentados sobre piedras, quienes iban a La Luz para renovar sus provisiones. Al llegar a esta última población encontramos entre las personas reunidas en la estación a Don Aureliano Vázquez, su esposa v el indio quienes nos esperaban para despedirse. El mulato, con la cara radiante, nos enseñó con la mano un gran coche de tres caballos detenido en el borde de la carretera.

-Lo he hecho venir -nos dijo con un gesto de orgullosa satisfacción -adrede para mí, desde Barquisimeto.

-Y, ¿cuándo estará Ud. en Barquisimeto?

-Dentro de dos días si todo va bien. En serio, ano quieren acompañarnos? Hay lugar para cuatro; el sirviente va sobre el asiento al lado del cochero.

-No, no -exclamé espantada por la perspectiva- jes imposible! Tenemos que ver de nuevo a un pariente en Puerto

La excusa era mediocre pero tuvo que contentarse con ella.

Viendo que nuestra resolución estaba tomada, el buen hombre nos alargó su gruesa mano negra y agregó a manera de con-

-No dejaré de venir a saludarles en mi primer viaje a Caracas.

Subió pesadamente en el coche, seguido de su esposa, luego ambos agitaron sus pañuelos mientras su criado indio me gritaba con todas sus fuerzas: -¡Adiós, niña! ¡Adiós!

El coche se puso en movimiento y desapareció pronto en una nube de polvo.

A las nueve, después de dar las gracias a Misia Concepción, nuestra huéspeda de la vispera, seguimos nuestro viaje que no presentó ningún incidente nuevo hasta Tucacas.

La pequeña posada recibió una vez más nuestra visita. Nada había cambiado y volvimos a ver hasta el cadáver del cangrejo que habíamos matado, en el mismo lugar en que lo habíamos dejado dos días antes.

Algunos días más tarde, nos encontrábamos de nuevo a bordo del "Venezuela", en dirección a Puerto Cabello, desde donde pensábamos salir para Carabobo y los valles de Aragua.

## CAPÍTULO XX

Salida de Paerto Cabello. — Inginio y un caballo. — La carretera de Valencia, La Artaloquia riagram. — El Palito — Llegada ze l'Gembur. — La posada. — La terpintes con dos caberas. — En combo. — Un buracia ne la Carollitera. — Balvala. — Naque-Naqua. — Horraetes el pueblo en Venezuela. — Llegada a Valencia. — Una limonaita por amor de Dios. — La carillad senezolam.

Necesitamo: un carro de viaje. Se nos presentó un buen indio que nos dreció uno y al mismo tiempo sus servicios personales como cochero y guía por cuarenta frances diarios. Lo contratamos de inmediato porque nuestros amigos nos lo habian recomendado como un hombre activo, resuelto, y que conocía perfectamente el país.

Al dis siguiente a las tres de la tarde, Inginio, así se llamaba nuestro auriga, se ballaba nen enestra pueres vigilando orgulloamente tres buenos caballos que interpelaba sucesivamente bajo los nombres poéticos de "Flor de Mayo", "Estrella" y "Rayo de Luz". Subimos en la gran calesa enganchada de este modo; nuestro cochero cambió cariñesos adioses con los nuerosos especadores reunidos en la calle, y nuestros tres nobles corceles salienon a escape, estimulados por los tradicionales chasquidos de látigo.

Tomamos el camino de Valencia, bastante amplio, bordeado de cocoteros y espesos matorrales poco verdes en aquel entonces porque las lluvias son raras en febrero en Venezuela. Notamos sin embargo, alrededor de la cerça de un rancho, una enredadera cuyas hermosas y anchas hojas habían conservado toda su lozanía. Era una especie de aristoloquia conocida bajo el nombre de El Gallo, a causa de su flor extraña que recuerda por

su forma la del corneta de nuestros corrales.

Un coche nos precedía, levantando nubes de polvo, Pronto finimo cubiertos con ellas de pies a cabrea. Inginio sofocado lo mismo que nosotros, se esforzaba por adelantare al maladado vehiculo. Después de sabias maniobras y no sin un cambio de palabras bastante vivas entre los dos cocheros, "Elor de Mayo", "Esretla", y "Rayo de Luz" scabaron por vencer a costa de una carrera loca tan prolongada como desagradable. As sis kilómetros de Puerto Cabello, respiramos por fin más libremente. Costebbamos las orillas del mar cuyas altas olas venían a romperse con fragor al pie de unas pobres casuchas que formaban la aldebuale de El Palito. Este lugar, habitado hoy por algunos pescadores, poderia adquirir más tarde importancia cuando se abra un ferrocarril entre Puerto Cabello y San Felipe, como punto de reunión de una linea procedente de Valencia.

Nuestra satisfacción duró muy poco tiempo, porque la carretera forma un recedo en este sitio apartándose del litoral y dirigiéndose, levantándose poco a poco, hacia las montañas del interior. Tuve solo el tiempo de cehar una mirada llena de poesar hacia este océano azulado que ibamos a dejar deteis de nosotros, cuyos cuadros cambiantes y variados estaban mezclados en mi corazón con las más vivas y profundas im-

presiones

Teníamos la intención de pasar la noche en El Cambur, puebleciro distante dos leguas de El Paliro. Hubiéranos leducemprano, si un incidente de bastante mal augurio no nos hubiera retrasado, Inginio se dió cuenta de que uno de uscaballos, "Rayo de Luz", cojeaba ligeramente. Hizo falta moderar el paso de sus compañeros. Felizmente cruzisbamos un país pintoresco y nuevo para nosotros. Una ancha quebrada en cuyo fondo corría un pequeño río, costeaba la carrear, por un lado, mientras que por el otro se alargaba una cadena de colinas noco elevadas. No llecamos a El Cambur sino a la de colinas noco elevadas. No llecamos a El Cambur sino a la

puesta del sol, hacia las seis de la tarde. Nuestro coche se detuvo delante de una pequeña posada que nos pareció bastante bien cuidada, detrás de la cual se escalonaba una alta montaña,

rodeada por algunos ranchos diseminados.

Mientras que Inginio desenganchaba sus caballos y los llevaba a beber a un riachuelo vecino, penetramos en una sala común provista de dos catres y dos chinchorros ocupados en este momento por algunos criollos que descansaban agradablemente. Pronto se presentó la dueña preguntándonos lo que desas hamos

-Un cuarto para la noche.

-Seguidme -nos dijo de inmediato con una sonrisa en los labios.

Nos llevó a un cuarto vecino donde cuatro catres estaban instalados, dispuestos a recibir a los viajeros.

-Aquéllos están libres -nos dijo, señalándonos los del fondo- v testaréis bien!

La perspectiva de acostarnos en un verdadero dormitorio, en compañía de unos desconocidos, no me gustaba de ningún modo. Propuse a mi marido desplegar nuestras cobijas e ir a instalarnos en el corredor. Nuestra huéspeda, que había entendido mis palabras, nos preguntó cuánto tiempo pensábamas pasar en su casa.

-Saldremos para Valencia -le dije- a las dos de la ma-

drugada.

-En este caso -replicó- les alojaré a Uds. en el cuarto que yo ocupo y yo me acostaré en la cocina.

Entonces nos abrió otra puerta, y nos dejó en una habitación muy pequeña, bastante mal alumbrada, donde no había por todo moblaje más que dos catres y una silla, pero en la

cual teníamos por lo menos la ventaja de estar solos. Mientras nos preparaban la cena, aprovechamos un último

ravo de luz para dar una vuelta afuera. Una maleza baja, espesa, cortada aquí v allá por pequeños senderos, hacía frente a la posada del otro lado del camino. Algunos altos cocoteros que se inclinaban bajo la abundancia de sus nueces, dominaban estos macizos. A unos cuarenta metros de la posada se encajonaba un valle estrecho, regado por un rio rápido donde no son raros los caimanes según Humboldt. Es preciso creer que desde el paso del célebre viajero se les hizo una guerra de exterminación, porque nada nos reveló su presencia.

A nuestra vuelta a la possáa, la encontramos llena de movimiento y ruido y enteramente invadida por una tropa de arrisros llegados de Valencia. Como nuestra cena se hallaba retrasada, fuimos a sentarnos estoicamente en una grueas piedra, sofando en la distancia que existe en algunas circunstancias entre la copa y los labios. Había anochecido y estabamos allí, silenciosos, presenciando de lejos el trabajo que se hacia alrededor de las mulas y la descarga de los fardos de mercancias, cuando un carretero negro me gritó de repente:

-¡Cuidado, niña, una culebra!

Me levanté precipitadamente y divité, en efecto, en el lugar en que labié estado sentada, una serpiente negra, pero a delgada, tan pequeña, que se hubiera podido tomarla por una lombriz. Tenis las dos extremidades del cuerpo exactamenta parecidas, de donde su nombre local de "dos cabezas" (Typhlus lumbricaulis). La enviamos a hacer compañía a otros animales de su especie en el fondo de un frasco lleno de alcohol, colocado en una de las cajas de nuestro vehículo.

No pudimos más que felicitarnos de la cena que se nos sirvió, poco tiempo después, en la posada de El Cambur. Se hace allí una buena cocina y a este respecto hubiéramos podido creernos en la misma Francia, en algún horel de provincias. La llusión cesó, ecuando volvimos a entrar en nuestro cuarto de

dormir, incontestablemente venezolano.

Hacia las dos de la madrugada Inginio llamó a nuestra puerta anunciándonos que todo estaba listo para la partida. En efecto, al salir a la calle, descubrimos a "Rayo de Luz", "Flor de Mayo" y "Estrella" ya enjaezados y sacudiendo impacientemente sus cascabeles. Nuestro coche llevaba tres farole, dos de lado y uno de frente, que bastaban apenas para iluminar

<sup>1</sup> El Dr. Eduardo Röhl en su "Fauna descriptiva de Venezuela" da como nombre científico de la culebra de dos cabezas, Ambhibaena fuliginosa. (N. 461 T.).

un pedazo de camino. El cielo era sombrío, sin estrellas; a nuestro alrededor las tinieblas se hacían más espesas. Esta obscuridad desacostumbrada nos extrañó primero, pero pronto nos fué explicada. Llegados a media milla de El Cambur, vimos un relámpago cruzar el horizonte mientras el ruido del trueno se escuchaba en lontananza.

-¡Caramba! -exclamó Inginio- tendremos una gran tormenta.

-Volvamos a El Cambur -le dije.

-No. no. tendremos el tiempo de alcanzar Las Trincheras. Y azotando a sus caballos les hizo coger el trote. Estábamos horriblemente sacudidos porque el camino estaba lleno de baches que era imposible evitar a causa de la oscuridad. A nuestra izquierda se encajonaba una profunda quebrada que hacía falta costear a causa de las colinas que a nuestra derecha estrechaban la vía. Pronto la lluvia comenzó a caer fuertemente, formando cascadas cuvas ondas se derramaban ruidosamente en el precipicio vecino. El cielo se iluminó más y más; los truenos se hicieron incesantes; presenciábamos un verdadero desastre y la naturaleza entera parecía convulsionada a nuestro alrededor

Nuestro cochero gritaba; los caballos enloquecidos ya no obedecían a las riendas, se encabritaban, se echaban de lado, y nos ponían a cada momento en peligro de volcar. Inginio se precipitó fuera de su asiento, se echó ante los caballos y les lanzó una cobija sobre la cabeza.

Los pobres animales se detuvieron temblorosos. La noche era más oscura que nunca porque una violenta ráfaga había apa-

gado de repente nuestros faroles,

-Tenemos que esperar aquí -exclamó el cochero -ya no

hay más medio de caminar.

Hace falta haber asistido a un huracán bajo el trópico para formarse una idea de la potencia irresistible de los elementos una vez que se ha roto su equilibrio. Todo se somete v cede. todo está barrido por el viento y los aguaceros; los ríos más humildes se hinchan, crecen, se transforman en torrentes impetuosos que arrastran troncos de árboles y pedazos de rocas entre su masa espumosa; ¡no hay nada más imponente ni más terrible!

Vivamente impresionados, nos quedamos alli inmóviles, en el fondo de muestre coche, calados hasta los buesos, divisuando vagamente gracias a vivos resplandores la cima de los árbeles que se torcian bajo la tempestad; ora el horizonte se llendo de destellos, ora se cubria de espesas tinieblas. Poco a poco sin embargo el ruido disminuia y el fragor del rayo se hacia menos frecuente. Hubo un momento de calma, luego el cielo se aclaró y algunas estrellas centellearon entre las nubes.

-¡En camino! -dijo Inginio haciendo restallar su látigo. Los caballos partieron de nuevo y reanudamos nuestra marcha. Eran las cinco de la madrugada cuando alcanzamos Las Trincheras. Al asomarnos a la portezuela no divisamos más que dos o tres ranchos. Muy cerca se encuentran las célebres fuentes de agua termales va descritas por Humboldt, Brotan a unos cuarenta metros de la carretera, en un estanque, escapan de allí formando una corriente rápida, la cual más allá de Las Trincheras toma el nombre de río de Aguacaliente y va a perderse en el mar de las Antillas, a una milla del Palito. La temperatura de estas fuentes es tan elevada que uno no podría bañarse en ellas: sube a más de 80°. Una espléndida vegetación cubre las riberas del río sombreadas por algunos gigantes de los bosques tropicales, mimosas, palmeras, caobos. Fenómeno bastante extrañol, a diez metros del estanque de las aguas termales corre un pequeño río cuyas aguas son completamente frias.

Después de visitar las fuentes, nos decidimos a preceder al coche caminando a pie algún tienpo para secar nuestro vestidos todavis mojados. Los reaplandores de la aurora entrojecia de firmamento, iluminando un piasje muy pintoresco, lleno de un aire vivo y puro. Bien envueltos en nuestras cobijas, andishamos rápidamente, aguiendo los recodos del camino que se elevaba insensiblemente, colgado de las laderas de la montaña. Subimos la pendiente basea La Entrates; altil el camo desciende y se inclina de ladera en ladera hacia un valle grande y hermoso.

Hacia las seis y media el sol apareció por encima de los montes, más replandeciente que nunca. Delante de nosotros montes, más replandeciente que nunca. Delante de nosotros se extendía un llano del aspecto más riente. Plantas y árboles destilaban nocio; flores se abrian entre las hierbas: los pájaros cantaban, revoloteando de rama en rama; la naturaleza, descupués de sufrir la terrible tormenta de la noche parecia salir de una pesadilla y querer borra hasta su recuerdo derramando por doquier sus más bellos encastos.

Cruzamos el pueblo de Bárbula, compuesto de una sola calle, sin dettenersos en él. Sin embargo nuestro paso foé no-tado gracias a los chasquidos del látigo de Inginio quien nos proporciono una entrada trunfal al galogo endido de sus caballos, y atrajo en el umbral de las casas toda una poblición de negras y raspurados que hacian gestos de bienvenida y companyo de negras y raspurados que hacian gestos de bienvenida y

proferian exclamaciones admirativas.

A algunas millas de allá, en Nagua-Nagua, te reptito la mísma escena con la variante de que nuestro cochero nos rogo detenernos un rato bajo el petesto de tomar algo caliente. A decir verdad, una taza de café nos habiera gustado mucho a nosotros también, pero la pequeña pulpería a la cual nos llevó Inginio tenia tal aspecto de suciedad que no tuvimos el valor de entrar. Nos apeamos sin embargo para visitar la sidea.

Nagua-Nagua no ofrece nada notable. Entre sus habitantes, en número de unos quinientos, casi todos gente de color, unos viven con un pequeño comercio o del producto de su trabajo en las haciendas circunvecinas; los otros se emplean en el transporte de las mercancias y géneros alimenticios despacha-

dos de Valencia a las poblaciones vecinas.

Nuestro coche, cargado de equipaje, se había quedado en el camino, abierto a los transenires sin que nadie se ocupara de el. A nuestra vuelta hallamo stodas nuestras objetos en el mayor orden. El pueblo venezalano es muy honrado, y a este respecto se disfrust en todo el paíso de una perfecta seguridad. Raras veces seyo habíar de pobos a mano armeda se destruste a tendo el paíso. Si el hecho se presenta muy de cuando en cuando, cas isempre se debe atribuir a ex-muy de cuando en cuando, cas isempre se debe atribuir a est-

trinjeros. Algunos de ellos muertran, dado el caso, una raza audacia. Se menciona, por ejemplo, la náecota siguiente ra individuo penetró un día en una casa, en Caracas, entró deliberadamente en el salón, romó un sofá, lo puso sobre sub hombros y aleanzó rápidamente la puerta de la casa. El dueño de étas, sentado bajo una galería, lo divisó en aquel momento.

-¿Qué hace Ud. aquí? -le gritó.

El ladrón se volvió sin ninguna señal de sorpresa.

—¿Quiere Ud. comprarme un sofá? —replicó.

-No, gracias, no lo necesito.

-Perdone Ud.

Y el individuo salió tranquilamente, llevándose el mueble, que pudo, probablemente, vender en otra parte. No fué sino más tarde cuando la víctima constató que le habían ofrecido

en venta su propio bien.

Apenas nos habíamos instalado de nuevo en muestro vehículo cuando apareció Inginio, todavia muy excitado a consecuencia de una conversación con algunos arrieros, un amigos. Nos levé a todo escape y pronto dejamos dereis de nosotros el pueblo de Nagua-Nagua. La carretera que seguíamos se poblaba siempre más y más; aquí, caravanas de carretas; alli, largas bileras de burros. El conjunto atestado de afados bien ateliados de su conjunto atestado de afados bien ateliados de carreban, más numeroas, en los lados: nos aproximábamos evidentementes a una ciudad.

-¡He aquí a Valencia! -exclamó nuestro cochero, exten-

diendo su látigo hacia el horizonte.

El paisaje que teníamos delante de la mirada merecía nuestra atención. La capital de Carabobo está situada en un valle magnifico de más de tres millas de ancho, limitado al Este por las cadenas del Hilaria y San Diego, y al Ocete por la de Guataparo. Un río poco profundo, de aguas claras y limpidas, recorre el valle en toda su extensión, y va a echarse en el lago Tacarigua, a ocho millas de la ciudad.

Cruzamos dos o tres calles limpias, bien empedradas, bordeadas de tiendas, e Inginio detuvo sus caballos ante una gran casa con cuatro ventanas y puerta cochera. Era un verdadero hotel bien amueblado, bien atendido, fundado antaño por un

francés v dirigido por su hijo.

Encontramos lo que nos faltaba desde hacia mucho tiempo, un cuarto cómodo y un excelente almuerzo. Esperânsimo, confortados de este modo, gozar de un momento de descanso; pero no contibamos con los mendigos. Tienen costumbre, en Venezuela, de hacer una ronda general el sabado, de puerta en puerta; llaman en todas partes aquel día sin cansarse con una tenacidad incretible.

-¿Quién? -se les grita al fin y al cabo.

Y una voz doliente contesta:

—: Una limosnita por amor de Dios!

Su visita está prevista generalmente y se prepara en su honor un montoncito de centavos. Cuando está agotado se contentan con decirles: ¡Perdón!

Y se van, esperando tener más suerte en otra parte.

Todos conocen en Caracas a un mendigo que es un tipo de género. Es un mulato viejo y bondadoso de pelo cano, que va de calle en calle confortablemente sentado sobre un burro, entrando por todas partes con su jumento y distribuyem do generosamente su bendición a cuantos le regalan algunos

centavos.

Los venerolanos son naturalmente muy caritativos. Varios establecimientos de beneficencia, asilos de huefranos, arterotros, están mantenidos por completo gracias a sus donativos voluntarios. Señoras que pertenecen a la major sociedad organizan a menudo exposiciones de objetos de toda clase reunidos por sus cuidados, que despachan para dedicar el producto a buenas obras. Es raro que una verdadera desgracia llegada a ser pública no obtenga de todas las clases de la población consucentos y socorros. Tuvimos que recordarnos estas disposiciones verdaderamente benévolas para no maltratar a los mendigos verdaderamente benévolas para no maltratar a los mendigos que asediaban nuestra casa el dia de nuestra llegada a Valencia, y en el momento en que nos preparábamos a gozar de las dulturars del sueño.

## CAPÍTULO XXI

Valencia. Su situación. — Sus recursos. — Parco en la ciudad. — El General Uslav. — La joven leprona. El Morro. — La misira en la glaza Gazanda Blanco. — El camenterio. — Una foia común al arec libre. — La curso del Gazanda Blanco. — El crameterio. — Una foia común al arec libre. — La curso del Gazanago. — El faint. — Oberesciones generales. — Vuelta a Valencia. — Un buntizo. — Compatere y comatres. — "¡La bendición, maderias!"

La ciudad de Valencia, en la época del viaje del señor de Humboldt, comprendía unos seis mil habitantes: pose 56.140 según el último cenos. Este enorme aumento se debe a la posición verdaderamente excepcional de la ciudad, en el centro de los distritos más fértiles de la República enriquecidos por grandes haciendas a las cuales cest unida per numeroso caminos. Todo favorece allí el desarrollo de la industria y del comercio, mejor que en la misma capital, separada del interior del país por una muralla de montañas y más alejada de las grandes explotaciones agrícolas, las construcción de un ferro-caril entre Puetro Cabello y Valencia aseguraria a esta última ciudad numerosas ventrajas, bastante importantes para hacer de ella una de las más floroccientes de la América del Sur.

El clima es agradable y sano, siendo el promedio de la tem-

peratura de 19 a 20° R. todo el año.

Valencia fué fundada en 1555 por Alonso Díaz Moreno a quinientos cincuenta y seis metros de altura por encima del nivel del mar, no lejos de un río navegable, el Guárico, que comunica con el Orinoco 1, y a cuarenta millas de distancia de Puerto Cabello, el mejor de los puertos venezolanos. No sin discusión se decidieron más tarde a preferir Caracas a Valencia para establecer alli la sede del gobierno federal. Sin embargo esta resolución se justifica perfectamente. La capital de Carabobo, donde el primer congreso nacional verificó sus seque sea durante las peripecias de una guerra civil, sea en caso de invasión extranjera. Hechos irrecusables dan fe de ello desde el siglo XVI. En 1578, los caribes venidos de las orillas del Orinoco la atacaron súbitamente y no fueron rechazados sino después de una heroica resistencia, dirigida por Garcí González; en 1667 2 filibusteros franceses se presentaron a su vez y la saquearon. Caracas, menos favorablemente situada, es por otra parte más fácil de proteger y defender.

Volvamos al presente. Al salir del hotel para dar un paseo por la ciudad, llegamos por una calle ancha y de buen aspecto a la vista de un parque hermoso y espacioso, adornado con vigorosas plantas tropicales. Allí se levanta la Catedral, edificio bastante vasto, flanqueado de dos torres, pero cuya arquitectura no ofrece nada notable. El interior no es del mejor gusto y se vuelven a encontrar en él las estatuas pintadas y los dorados que deslucen todas las iglesias hispanoamericanas. Nos mostraron, en uno de los ángulos del mismo parque, la casa habitada antes por uno de los más valientes compañeros de Bolívar, el general Uslar. Salido de una antigua familia alemana, este vicio soldado había luchado a las órdenes de Wellington en Waterloo. Terminada la guerra, vino a Venezuela y puso su espada al servicio de los patriotas. Hecho prisionero por el general español Morillo, éste le empleó con otros - cautivos en la construcción de un puente sobre el río Valencia. Más tarde, después de algunos meses de prisión, fué can-

<sup>1</sup> El Guárico corre muy lejos de Valencia, en el actual Estado Guárico. Nace cerca de Villa de Cura y se echa en el Orinoco entre Cabruta y los manuales de Geografía. (N. del T.).

jeado por un oficial superior español, se reunió con Bolívar y tomó una participación activa en la batalla decisiva de Cara-

bobo donde mandaba una división venezolana

No nos sentiamos dispuestos a dar largos paseos porque el traqueteo del carro y la falta de sueño nos habian casaos. Nos limitamos, pues, aquel dia, a recorrer los alrededores del aparque Bolivar y de la plaza de la Candelaria, donde sue errigido recientemente una estatua al Mariscal Falçón, de factura bastante mediocre.

Al día siguiente recibimos la visita de algunas personas a las cuales habíamos sido recomendados. Una de ellas, un honorable negociante de Valencia, se ofreció para acompañar-

nos y guiarnos en la ciudad.

—Hoy es domingo —nos dijo— y tendréis una excelente ocasión de encontrar bellas mujeres y formaros una idea de las

valencianas.

Anduvimos hasta la Plaza de la Catedral y allí, sentados debajo de una gran mata de bambúes, a algunos pasos de la liglesia, esperamos la salida de los feligreses. Protto los vimos desfilar, las señoras elegantemente trajeadas, con el libro de oraciones o el roustio en la mano, la cabeza cubierta con la mantilla de encajes; las muchachas caminaban dándose el berso y chataban alegremente entre sí. La mayor parte eran bonítas y entre ellas observamos a una de una esplendida belleza. Nos cebó al pasar una mirada de reinas, y reconocido a nuestro compañero, inclinó suavemente su hermosa cabeza moreas y se aleió fentamente, sesuida por una visia neera.

—¡Qué hermosa persona! —exclamé. El Sr. X...... quien al saludo de la joven había contestado:

"Adiós, Camila", me dijo con emoción:

—Es la hija de un blanco, ex-emigrante irlandés, y de unaindia de Turmero. Su hermosura pasará como un sueño. Dentro de un año será tan fea que no la mirarán sino estremeciéndose de aversión y lástima.

-¿Será posible? ¿Cómo es esto?

—Su madre es lazarina y la joven tiene ya un principio de lepra. -¡Qué horror! -dije muy turbada-; ¡su tez sin embargo

parece tan lisa y tan coloreada!

—¡Oh! —replicó nuestro compañero—, esta apariencia no debe engañarnos. Yo la veo a menudo y cada vez que una emoción cualquiera la agita, su cara encantadora se cubre de manchas. . . 18s horroroso!

Después, cambiando de repente de conversación:

-¿Desean Uds. hacer una bonita excursión?

—De buena gana.

—Pues bien, escalen esta colina pedregosa que se ve desde aquí; se llama El Morro; dicen que se goza allí de un hermoso panorama.

-- Ud. no ha ido nunca?

-No, lo confieso; hace cinco años que vivo en Valencia y como lo saben Uds., la pereza es muy seductora bajo el trópico...

-¡Venga Ud. con nosotros!

-En verdad -replicó riendo nuestro interlocutor-, no tengo el ánimo de hacerlo. Hasta les aconsejo no ir ahora

mismo porque hace ya demasiado calor.

Seguimos su consejo, con tanta buena gana cuanto que nos sentiamos cansados. Al volver al hotel, encontramos a M., un negociante de la ciudad, a quien habíamos sido recomendados. Nos transmitió una invitación de parte de su mujer y aceptamos un compromiso para la noche. En la tarde, nos pusimos resueltamente en camino, mi marido y yo, decididos a escalar El Morro, una colina granítica de doble cima, de 800 pies de altura, que forma uno de los contrafuertes de la cadena del Hilaria. El panorama de que se disfruta desde este punto elevado es hermosisimo. En el horizonte, las aguas azules del lago de Valencia; más abajo, una línea de montañas que dominan el famoso campo de batalla de Carabobo: cerca de la ciudad. el valle se estrecha y, en un fondo verde, se divisan los pueblos de Bárbula y de Nagua-Nagua. Al pie de la colina se extiende Valencia, cuyas casas están desparramadas entre grupos de árboles v jardines rientes.

Al ponerse el sol fuimos a casa de M. Su mujer, una jo-

yan y bonita criolla, nos recibió moy amablemente. Habisido convenido que triamos juntos a escuchar algunos trozos de mósica ejecurados por una banda militar en la Plaza Gurmán Blanco. Estos conciertos se verifician regularmente el juevos y el domingo. Nos pusimos pues en camino y llegamos pronto a nuestro destino.

La plaza Guzmán Blanco forma un hermoso parque plantado de árboles en cuyo medio se levanta una estatua pedestre del presidente, en un pedestal de mármol de 12 metros de altura. Esta estatua fué erigida en 1873 por mandato de la lesalatura de Caraboloo. Palmeras y almendros rodean el monu-

mento y completan el decorado de la plaza.

Una multifud numerosa llenaba el parque que presentaba el aspecto más animada. Los bancos estaban ocupados por los negros, la población acomodada iba y venía, cambiando saludos y cortesia en la alameda central. A la diez en punto músicos te llevaron sus pupitres y los oyentes se dispersaron en todas direcciones.

Algunos días más tarde, subíamos en coche para ir a visitar el cementerio de Valencia y la gran cueva del Guacamavo. El campo de los muertos está situado en un terreno elevado, a poca distancia de la ciudad. Se notan en él algunas tumbas bien cuidadas y cercados llenos de flores. Una torre bastante espaciosa a lo alto de la cual llevaba una escalera de caracol, llamó nuestra atención. Subimos en ella y ¡cuál no fué nuestro horror, cuando llegamos a una estrecha plataforma, al constatar que todo el interior de este edificio circular estaba tan lleno de osamentas confundidas de tal modo que lo colmaban casi enteramente! Cráneos desnudos surgian aqui v allá en este lúgubre amontonamiento de desechos humanos. Algunas cabezas medio descompuestas llevaban aún huellas de barba y de cejas. Una de ellas, probablemente la de una desgraciada emigrante irlandesa, estaba medio velada bajo una espesa cabellera roja derramada sobre otros despojos.

Era lastimoso, y este espectáculo nos causó la impresión más penosa. Parece que tienen la costumbre en Valencia de desenterrar los cuerpos después de un año de sepultura, a menos que haya una concesión especial comprada con dinero, y de echarlos en este osario común donde quedan expuestos al sol ardiente y a los aguaceros.

Sería de desear, en interés de la higiene pública, que se renunciara a tal práctica, tan perjudicial para los vivos como

poco respetuosa para los muertos.

A la estata del cementerio, a la decela, se presenta una colina árida y rocallosa limada el Calvario, Se tiene la intención de colina árida y de trazar en ella un jardin. Se descubre did le upatorian grandico que abra ta un jardin. Se descubre del desenva redesda de montaña y, en lontananza, el espejo avulado del lago de Tacarigua. Dejamos nuestro coche al cuidado de un negro, y precedidos por Inginio quien nos servia de guía, salimor a pie para la cueva del Guacamayo.

Una cadeni de colinas, bastante bajas, se alargaba hacia el Este. La costeamos, caminando en las altas hierbas, entre las cuales se levantaban aqui y allá algunos matorrales espinosos. El suelo era accilloso, poco fertil, e luginio nos reveló que estábamos en una verdadera guarida de serpientes. Nos señalo por fin, a distancia, una enorme excavación abierra en la por fin, a distancia, una enorme excavación abierra en la portina de la come caracterista del co

ntaña.

-Allí está la gruta -nos dijo.

-Pero, ¿cómo hacer para alcanzarla?

-Es preciso seguir el lecho del torrente hasta el pie de las rocas.

No era fácil. Fué necesario escalar grandes derrumbes o daries vuelta, abrires un camino entre amontonamientos de ramas y saltar por encima de los charcos de agua. Depués de varias caldas y de un cuarto de hora de marcha penosa, llegamos ante una especie de garganta cuyo aspecto era de los más corperendentes. Figuraos un immenso portón de unos cuarenta pies de ancho, casí en ruinas, compuesto de bloques gigantes-cos entre cuyos intersticios crecen algunas enredaderas; en el fondo, un túnel negro y profundo de donde se escapa un torrente salido de las entrañas de la montaña; a la derecha, a cierra altura, una vasta plataforma, desde donde se extiende la vista sobre todo el valle de Valencia; por encima de esta

primera base, una segunda plataforma dominada por una bóveda maciza y alumbrada solamente por una grieta en la roca-Ésta, de formación calcárea, está horadada, picada, agujereada en todas partes y presenta en su conjunto la apariencia de

una esponja colosal, repentinamente petrificada.

Esperishmos tan poco ver un cuadro tan extraño, que no quedamos algún tiempo contemplándolo con estupor. La larga galería que sirve de orificio al torrente parecia practicable pero no nos atrevimos entrar en ella sin faroles porque los animales dañinos, alacranes, serpientes, murcielagos, abundaban probablemente y hubiera sido poco prudente arrostardo en las tinieblas. Resolvimos sin embargo visitar la entrada, lo cual hicimos a costa de nuevas caidas y numerosas excorfaciones. Luego esculamos la montaña hasta la primera terraza, descrita más arriba, donde descansamos un poco, mientras Ingino nos contaba las levendas fantatisticas de la cueva del Guacamayo. Una tribu de indios había vivido en ella antaño, nos decis, y había sido destruída. Sus almas, sin embargo, se habían quedado y visitaban aún el lugar bajo la forma de murcidiasos y choracabras.

Está fuera de duda que estas cuevas han sido habitadas antaño. Todavía hoy se nota en una de las galerías superiores

una mesa de piedra labrada por la mano del hombre.

A pesar de todos nuestros esfuerzos no pudimos, sin escalas, llegar hasta la apertura de esta galería, situada a cinco o seis metros del lugar en que estábamos y por encima de una muralla casi perpendicular. Inginio, ell, habís penetrado en ella algunos años antes ayudado por unos compañeros. Es esta electro que exvando el suelo de esta caverna se harian descubrimientos muy interesantes susceptibles de proporcionar elementos nuevos para la historia de las antiquas tribus indigenas. A este respecto, todo está sún por hacer en Venezuela, cuyo suelo no ha sido en ninguna parte explorado científicamente. Solo por casualidad se han puesto al día de vez en cuando algunas tumbas de caciques inidios en los valles de Aragua. Se han recogido osamentas de mastodontes en las grutas de los Morros de San Juan, de las cuales habbaremos más

adelante. Los llanos, antaño cubiertos por las aguas, deben contenen riquezas paleontológicas inmenas acerca de las cuales no se tiene aón ningún dato. Hay bastantes elementos para estimular vivamente el celo de los abios y exploradores, a quienes no se puede recomendar nunca lo bastante estas ragiones de la América del Sur, cuya importancia ha sefando ya el Dr. Errast, el inteligente y celoso director del museo de Caracas. Un danés que vive en Valencia, el Se. Stolh, se ha aplicado igualmente en hacerlas conocer reuniendo colecciones de antigüedades indias que envía luego al museo de Copenhague.

daba nuestro guía, éste seguía la historia de la gruta y nos decía que un bandolero célebre, Hernando Maza, se había alojado en ella en el siglo pasado, que le habían acorralado,

cogido y matado como una fiera.

—¿Se han hecho alguna vez excavaciones entre las rocas?
—pregunté a Inginio.

—No —contestó moviendo la cabeza—; sería muy difícil convencer a los peones para que trabajaran en este lugar donde están las almas de sus antepasados, y se necesitaría mucho

dinero para hacerlos venir.

Pocas personas conocen la cueva del Guacamayo, aún entre los venezionanos, y ha sido deudeñada por la mayor parte de los viajeros. La del Guácharo, situada a dos días de marcha de Cumaná, es mucho más econocida porque ha sido descrita por Humboldt y el geógrafo Codazzi. Está compueta por una sucesión de cavernas, galerías y vastas salas, tapizadas di estalucitas, y forma un verdadero laberinto que se extiende hasta una legua casi debajo del suelo. Un río, el 1º Negro, la cruza, cubriendo con sus aguas verdaderos abismos tan profundos que si una gruesa piedra es cehada en fl. desaparce sin ruido. Esta gruta, probablemente más rica aún en especimenes paleontológicos que la del Guacamayo, seria todavia emenos fácil de explorar. Como se encuentra lejos de los lugares habitados, haría falta hacer acampar allí a los trabajadores, hacerles trarer provisiones, mantenerlos durante un tiempo

bastante largo, lo cual arrastraria gastos superiores a los recursos privados, y no podría ser llevado a cabo sino bajo los aus-

sos privados, y no podría ser llevado a cabo sino bajo los auspicios de un gobierno o de poderosas asociaciones científicas.

Después de una parada bastante larga en lo alto de las rocas, realizamos una peligrosa bajada con la ayuda de Inginio, y volvimos a entrar en el cauce del torrente. Nuestro coche nos esperaba cerca del cementerio, y pronto rodamos hacia

Al volver al hotel, nos extrañó notar en él una viva animación. Señores y señoras, en traje de gala, se paseaban de un lado a otro de la galería del patio; en un salón vecino había sido levantada una larga mesa cargada de frutas y vinos, y en la multitud circulaba una negra alta y fuerte que caminaba orgullosamente manteniendo en sus brazos a un nene minásculo envuelto en muesilus.

-¿Qué pasa? -preguntamos a una mujer especialmente

encargada de nuestro servicio.

-Es un bautizo -nos contestó-, y los padres del niño han escogido nuestro hotel para ofrecer un banquete a sus

fbamos a retirarnos, después de admirar al nuevo cristiano, cuando una mujer joven, elegante y bonita, se acercó a uno de los convidados y le habló al oldo. De inmediate éste se nos aproximó y saludándonos muy cortésmente nos dijo sonriendo:

-Mi mujer me encarga convidarles a nuestra mesa. Uds.

son extranjeros y su presencia traerá suerte al nene.

En estas circunstancias, hubiera sido difícil no aceptar y asistimos al banquese con los amigos de la familia. El padrino y la madrina, radiantes de alegría, ocupaban los sicitos de hon y se subdaban alegtemente con el nombre de "compadre" y "comádre" al cual tienen derecho las personas que tienen un mismo ahijado. Dos amigos, cada uno de los cuales est el padrino de los hijos del otro, son igualmente compadres. Los ahijados han adoptado por corta parte en Venecuela una costundo estados han adoptado por corta parte en Venecuela una costundo estados han adoptado por corta parte en Venecuela una costundo estados la compadra de la cale de la compadra de la cale de l

Durante mi permanencia en San Esteban, recorría a vecesel pueblo con una joven señora, parienta de nuestros huéspedes. Era madrina de una docena de negritos quienes, en cuanto

-¡La bendición, madrina! —Oue Dios los bendiga, muchachos —contestaba grave-

mente la joven mujer. Y los negritos se iban, riendo, gritando, muy felices de ha-

ber sido vistos y reconocidos.

La conversación era muy animada cuando al fin de la comida se trajo el champán. Un señor se levantó de pronto e hizo un discurso pomposo seguido de una media docena más, todos calurosamente aplaudidos. El padre del niño dejó después su asiento y distribuyó a cada convidado una pequeña tarjeta litografiada sobre la cual estaba pegado un dólar americano de oro como un recuerdo de la ceremonia. Esto es aún una costumbre nacional: los ricos emplean monedas de oro: los pobres, pequeños ramilletes de flores de los cuales está colgada una monedita de plata del valor de un real. Una vez terminada la comida, volvimos a nuestra casa para prepararnos a seguir el viaje que debíamos reanudar desde el día siguiente.

#### CAPÍTULO XXII

Solida de Valencia. — Los Gasyas, — Los indias de Guacara. — La ciudat. — Como Inginio estradia di amor. — La posada de San Joaquis. — Bl. pueblo. — Una cena vennodana. — Sureccho. — Hallacas. — Arejas. — Bl. Lago de Tacerigua. — Sus idas. — Los peces que vivien en la — Plantas y floren. — Mariara. — Parates termades. — La poleta india. — La bacienda de don Marisi Tovan. — Marcay. — La ciudad y un recumo Tovan. — Marcay. — La ciudad y un recumo Tovan. — Marcay. — La Ciudad y un recumo de la compania de don Marisi Tovan. — Marcay. — La ciudad y un recumo de la compania del la compania de la compania del la compania de la compania del la compania de la compania de la compania del la c

Eran las seis de la mañana cuando salimos de Valencia, por el gran puente que cruza el río del mismo nombre en el cual trabajó el general Uslar durante su cautiverio. La carretera, bastante ancha, perfectamente llana, rodea la colina de El Morro cuya ascensión habíamos hecho algunos días antes, y se dirige, extendiéndose en una vasta llanura, hacia las orillas del lago. A partir de El Morro, el valle se ensancha considerablemente y se cubre de hermosas haciendas, desparramadas en el horizonte. A ambos lados del camino, el paisaje es menos atractivo. No se divisa más que una flaca vegetación, cubierta por una espesa capa de polvo. A una legua de la ciudad se halla un pueblo. Los Guayos, de unos 4.000 habitantes, que posce una pequeña iglesia bonita. Lo cruzamos sin detenernos, perseguidos por negritos que brincaban alrededor de nuestro coche. Una hora más tarde alcanzamos a Guacara, ciudad de 5.000 almas, rodeada de tierras fértiles y ricas plantaciones. Un pequeño río sombreado por hermosos árboles corre en los alrededores. Al aproximarnos al vado, un ruido de voces hirió nuestro oído. Mujeres indias se bañaban no lejos de allí. Entre ellas notamos a dos muchachas de una belleza espléndida que se echaban riendo agua a la cara. Tenían las facciones finas, delicadas, y hubieran hecho la admiración de un artista. Observemos a este propósito que los indígenas que viven en los pueblos de Carabobo descienden casi todos de la tribu de los Chaimas. En Turmero y Guacara la raza es un poco diferente. Sus representantes son de estatura menos elevada, bien formados, y parecen muy inteligentes. Al acercarnos, las bañadoras se sobresaltaron; unas desaparecieron detrás de peñas, no bastante sin embargo para que no viéramos sus ojos curiosos que seguian todos nuestros movimientos: otras se hundieron más profundamente en el río; otras menos asustadas aún, se contentaron con velarse con sus largos cabellos y nos miraron pasar sonriendo. Apenas estábamos fuera de su vista cuando grandes risotadas nos revelaron que los juegos náuticos habían recomenzado a más y mejor.

Nuestro cochero que había sido interesado vivamente por este espectáculo, se volvió hacia mi marido y le dijo con un suspiro de satisfacción:

-2No es verdad que son hermosas, señor, las indias de

-Sí, muy hermosas -le contestó-. ¿Ha vivido Ud. en

Guacara durante algún tiempo?

-Durante dos años -replicó Inginio-. Tenía allí una amiga llamada Carmelita y habitábamos en el rancho que Ud. ve . . .

Y nos mostró una pequeña choza destartalada en cuyo umbral se encontraba una vicia negra que fumaba gravemente un cigarrillo.

—Era lavandera —continuó— y yo trabajaba en las haciendas. Un buen día me dejó para seguir a un peón. -Ud, ha debido sufrir mucho -le dije con simpatia,

-De ningún modo -dijo soltando la carcajada-. He vendido el rancho marchándome a Puerto Cabello donde he

escogido la profesión de cochero. Gano mucha más plata que

-¿Ud. no la quería, pues? -hice observar asombrada por esta indiferencia.

-¡Caramba!, la quería mucho, por lo contrario. Era la muchacha más bella de Guacara.

-¿Y ha podido olvidarla así?

—¿Y ha podido olvidaria asi?
—Era muy necesario —replicó Inginio—. Por otra parte hay en el mundo otras muchachas hermosas.

Como yo me extrañaba de esta manera un poco meridional de entender el amor, nuestro cochero, cuyo espíritu móvil no se paraba largo tiempo sobre el mismo tema, alargó de nuevo la mano señalándonos algunas ruinas diseminadas en un cercado desirro.

-He aquí la casa del Marqués del Toro -nos dijo-; to-

dos los alrededores de Guacara le pertenecían antaño.

Este nombre no nos era desconocido. Era el de un noble español, emigrado a las colonias, que se había creado en ellas un dominio principesco. Sus descendientes viven aún en Caracas y no tienen más que el recuerdo de la alta posición a taño coupada por su familla.

Habíamos visiado basta entonese bastante lentamente. In-

Habiamos viajado hasta entonces bastante lentamente. Inginio apresuró el paso de sus caballos para alcanzar antes de la noche el pueblo de San Joaquín donde pensábamos alojarnos. El camino estaba desierto y no divisamos durante el trayecto más que dos granjas aisladas, Las Raíces y La Paloma.

Llegamos a nuestro destino sin ningún incidente hacia las cinco de la tarde. No había motivo para alegrarse de ello. La posada ante la cual acabibamos de detenernos parcela mal atendida, sucia, casi en ruinas. El posadero, un vejo mulato, vino a nuestro encuentro y nos llevó a un gran cuarto tapizado de telarañas donde picoteaban palomas y gallinas. Estaba completamente desprovisto de muebles.

En donde quiere Ud. que nos acostemos? —le pregun-

té-; ni siquiera tiene Ud. catres.

—Pero —nos dijo el buen hombre—, alli pueden colgar

sus chinchorre

Y nos enseñó anillos de hierro empotrados en la pared. No teníamos ningún chinchorro y la situación se hacía dificil cuando la mujer de nuestro huésped, una vieja negra, vino a sacarnos del apuro. —Todo puede arreglarse —observó—; yo pediré prestados dos catres a los vecinos; en cuanto al cochero, dormirá sobre

su cobija en el patio.

Aceptado el convenio, pedimos a nuestra huéspeda que nos preparara de comer y mientras se ocupaba de ello fuimos a dar una vuelta por la aldea. Está compuesta de cuatro o cinco pequeñas calles bordeadas de casitas de ladrillo o adobe. El comercio está representado por dos o tres pulperias que se abastecen en Maracay, ciudad situada en el distrito de Aragua, en la frontera de Carabobo. San Joaquín posee una pequeña iglesia ante la cual se extiende un parque lleno de plantas de toda espocie.

Al volver a la posada, el posadero, quien nos acechaba, nos hizo admirar su corral donde retozaban algunos cerdos rodesdos de gallinas y pintadas. El corral, ubicado detrás de la casa, era vasto y sombreado por algunos altos árboles. En uno de sus ángulos se elevaba un tinglado cubierto de paja donde descansaban nuestros valientes corceles que relincharon al divisarme porque tenía la costumbre en cada parada de traerles

azúcar, atención que sabían apreciar.

Vinieron a avisarnos que la cena estaba servida. La mesa estaba puesta en un rincón del patio. El posadero y su mujer, sin tomar parte en la comida, se sentaron a alguna distancia para charlar familiarmente con nosotros mientras toda la gente emplumada abandonaba el corral y se reunía alrededor de nuestras sillas, reclamando una parte del festín. Los mismos cerdos acudieron, y el ruido se hizo tal que no pudimos resistirlo. Llevaron la mesa a nuestro cuarto, un poco más sombrio, pero al mismo tiempo menos accesible. La comida era muy venezolana. Primero nos presentaron un sancocho, fuerte caldo de pollo, en el cual habían prodigado el name (dioscorea sativa), la auvama (cucurbita pepo), las patatas, las raices de yuca. Era excelente pero tuvimos que contentarnos con él porque los otros platos no se podían comer. Para festejarnos, nuestra vieja huéspeda había confeccionado sin embargo hallacas, manjar que los nacionales consideran como muy delicado. La hallaca se compone de un poco de pollo cortado en trozos menudos, tomates, pasas de corinto, pimentón, mezclados con harina de maíz, el conjunto encerrado en una hoja de plátano apretada alrededor del pastel. Es una golosina de Navidad en la cual se confunden lo salado, lo azucarado, lo picante v hace falta ser del país para apreciarlo. A las hallacas había sucedido un guisado de carne frita, buey picado y frito; este plato no hubiera sido malo, sin la cantidad de grasa en la cual nadaba que lo hacía imposible de comer. Hicimos mejor acogida a algunos plátanos fritos y al queso de mano, o queso nacional. Como pan nos habían dado arepas, una especie de pastel de harina de maiz bastante bueno cuando está caliente pero que se endurece al enfriarse y se hace muy indigesto. La fabricación de la arepa es muy complicada y requiere el mayor cuidado. Es preciso primero separar los granos de maíz de su espiga y machacarlos en pilones de madera. Cuando se han transformado en harina, se agrega un poco de agua y sal, luego se hace hervir a fuego lento la masa así obtenida. Después se la saca para hacer tortas redondas de una extrema blancura que se ponen a cocer de nuevo en hornillas de barro. Este pan es muy conocido en toda la República mucho más que el pan de trigo reservado a los ciudadanos y a la gente

Terminada la cena, fuimos a la ventana de antigua estructura, que daba a la calle. Dos asientos de mamposteria habian sido instalados y un curioso sistema de enrejado con huecos grandes y pequeños, según las necesidades de la curiosidad, nos ponia al amparo de los indiscretos. Allí, con un libro en la mano, seguimos algún tiempo las fantasias poéticas de un aturo afamado. Su obra no volvió a ocupar su lugar en nuestra biblioteca de viaje sino en el momento de acostarnos.

Al día siguiente temprano, seguiamos de nuevo el camino, real detrás de nuestros tres caballos que habían de recorrer una nueva etapa hasta Maracay. Llegamos pronto a corillas del lago de Valencia, es decir, a la vista de uno de los más hermo-

sos paisajes que existen.

El lago de Valencia, o de Tacarigua, si se quiere conservarle

su nombre indio, tiene 32 millas de largo y 12 millas de ancho. Veintidás islotes, unos verdes y otros áridos, se levantanentre sus aguas de un azul admirable. Aunque no se le conoce
minguna salida, su nivel baja sensiblemente, según resulta de
observaciones preciasa, bechas en diferentes épocas. Guando el
viaje de Humboldt en Venerucala, la ciudad de Valencia, situada hoy a ocho millas del lago, no estaba entonces más que
a una distrancia de tres millas Mesetas antes cubiertas por las
aguas emergen actualmente y en los alrededores se han hallado
conchas en la cima de colinas elevadas. Los terrenos devudes
de este modo a la cultura son de una feracidad inagotable. Se
ha constatado que contenían en algunos lugares hasta sesenta
pies de humus.

Catorce roios alimentan el lago de Valencia cuya altitud es

de 1330 pies por encima del nivel del mar. Su profundidad es considerable y alcanza en diversos puntos varios centenares de metros. Ha perdido uno de sus principales alfuentes, el Pao, que un colono dirigió por medio de canales hacia la Portuguesa, deseando utilizar su curso para regar los camos circumos circumos circumos consecuencias de consecuencia de con-

cundantes.

Una fuente de agua termal venida de Mariara se vierte en el laga. La temperatura media de éste es de 22º R. Se realizan pescas abundantes y posee una fraun especia. Se encuentra sobre todo en el una especia de sardina; un per muy appreciado, el bagre; orte igualmente solicitado, la guabina, de aletas plateadas bordeadas con un hillillo verde. Un caimán de pedefia estatura llamado baba vive en las cañas que crecen cerca de las orillas.

Verdaderas ciudades lacustres, fundadas por tribus indias, animaban antaño la superficie del lago Tacarigua. Si se hicieran algunos dragados, se llegaría probablemente a reconstituir un curioso período de la historia antigua de Venezuela.

La carretera que seguíamos era encantadora. Por un lado la vasta sabana líquida vivamente coloreada de azul y oro, bordeada de montañas de formas pintorescas, una vegetación poderosa entre la cual se distinguia el ceibo de flores amarillas, mimosas de follaje iterno y delicado, el erythryna de anchas flores purpireas, veruideas de toda especie. Alcanzamo asat la Cabrera, pequeña casa ta Cabrera, pequeña casa als Cabreras descanara los caballos. Dejando el cocho bajamos bacia la orilla, cruzando un especo bosque de platanos silvestres llenos de pájaros que exodoresban a nuestro afrededor dando gritos espantados. La Cabrera era antaño una ida, hos unida a la tierra firme

por una especie de istmo. Una familia negra se estableció allí

v cultiva su suelo.

alli su maiz.

Sentados en la hierba, con nuestros ilhumes shiertos y nuestros lápices en la mano hubiéramos podido creernos, detrás de muestro bosque de plástanos, lejos de todo espacio habitado y tangulos, de un azul oscuro, que se parecia a una zona cuanquilo, de un azul oscuro, que se parecia a una zona graça, cabo Blanco. Cerca de esta última, se levanta un monolito de unos dos metros de altura, sobre el cual se podría seguir de período en período el descenso lento de las aguas.

Fuimos sacados de nuestra contemplación por Inginio, quien vino a rogarnos que subiésemos de nuevo en carro para llegar a Maracay antes de las horas más cálidas del día. Salimos, pues, aunque a nuestro pesar, y luego de un recorrido bastante largo que nuestros caballos hicieron a todo galope. llegamos a la vista de una gran posada, ubicada en el borde del camino, donde hicimos un nuevo alto. Mientras llevaban a "Estrella", "Rayo de luz" y "Flor de Mayo" al río para bañarlos bajo el ojo vigilante de su dueño, nos dirigimos a pie, guiados por un negrito, a campo traviesa, en búsqueda de la "piedra de los indios", una de las curiosidades de la población. Esta niedra, que vace a orillas de un torrente, sombreado de todos lados por macizos de árboles, es un monumento del pasado. Larga de unos cuatro metros y ancha de unos dos metros, su superficie está horadada con trece agujeros redondos de un pie de profundidad y cuarenta centímetros de diámetro. Estos agujeros, a igual distancia unos de otros, han sido formados por los mazos de las mujeres indias que machacaban

Siendo la roca muy dura, se necesitaron varias generaciones

para ahuecarla y dejar en ella estas señales de ruda labor y paciente resignación.

No lejos de la "piedra de los indios", salta una pequeña cazada que biña el pie de una cadena de colinas ricas en aguas termales. Toda esta región depende de las haciendas de Mariar y de La Concepción que forman uno de los más hermosos y más vastos dominios del país. Esta magnifica propiedad, que ocupa una posición excepcional, regada por diversos ríos, pertence a uno de los descendientes del Conde de Tovar, noble español quien, como el Marques del Toro, emigrá a las colonias. Don Martín Tovar, el representante actual de esta familia, vive en Carscas en la bella casa de campo de Camba que hemos tenido ya la ocasión de mencionar al describir los alreddoros de la capital federal.

Después de dar un real al negrito que nos habis servido de quia volvimos al coche y nuestros caballos, refrescados por el baño, nos arrastraron rápidamente. Costeamos aún durante varias millas, las tierras de la hacienda de Mariara, para las cuales se han ofrecido 600,000 francos de contado a su dueno, quien se negês a desprenderas de ella. Se pueden establecer ahi los cultivos más diversos e immenos pastos. Las plantes medicinales, las maderas tintoreas y de construcción abundan. Notamos de paso hermesos añiles (indigofera añil) muy geporado de la verarina; variallas, érboles de caucho, y yucación de la verarina; vainillas, érboles de caucho, y yuca-¡Cuántas fauezas se pueden recoper en est suelo adm vir-

egen de Veneruela, tan poco conocido en Europa J., decir que los habitantes de esta hurmos región se concentra en las ciudades donde el cincuenta por ciento de ellos son funcionarios del estado e operan llegar a serlo, se ocupan de política del estado o septran llegar a serlo, se ocupan de política del literatura, redactan periódicos o revistas, mientras podrían correspre honoradomente en los discritos rurales una vida amplia regionario de la companio de caracterista de caracte

chosas, el cultivo del tabaco, del arroz, del maíz, de las papas,

Los árboles de caucho son muy abundantes entre el Orinoco, el 16 Siapa y el Casiquiare; la zarazapartilla, la quina
nuez moicada, darian lugar a intercambios importantes todos estos recursos están descuidados en gran pare. El cocotero, este árbol tan útil, que puede proporcionar más aceite que
ninguna planta oleaginosa de Europa, no se encuentra sique en una zona estrecha que se podría extender ampliamente. Existe en Cumaná una fábrica, fundada por un france,
donde se puede tritutar un promedio de un millón de nueces
al año. Es el unico establecimiento de este gráero que, egoi sabemos, funciona en el país. Se obtienen doscientos cincuenta eramos de aceite nor cada cien nueces.

À las observaciones que anteceden, los venezolanos oponen las pérdidas sufríads por la agricultura durante las discordias civiles, pérdidas bastante serias para apartar a los más emprendedores. Si es verdad que en un estado social aón poco firme, los agricultores corren algunos riesgos, ¿no tiene también la profesión de político sus esteciones muertar? ¿Es más segura su cocecha que la del propietario rural a quien queda por lo menos después de la tormenta, la tierra, semper fecunda y siempre dispuesta a producir? Una objectión menos especios se bass sobre la rureza y el alto costo de la mano de obra. Dellas, des como de la mano de obra. Dellas, de como de la controla de la mano de obra. Dellas, de como de la costo de la mano de obra. Dellas, de como della controla de la mano de obra. Dellas, como controlables, como controlables, cerá de una impensa avuda en Venezuela, que

Eran más de las doce cuando después de vadear el pequeño río de Tapatapa, llegamos a la frontera del Estado de Aragua, en Marzaay. Queriamos dormir allí y dirigimos al día siquiente a San Luis de Cura y al pueblo de San Juan para vel las célobres grutas calcáreas de Los Morros. La posada antela cual nos aperamos estaba miejor atendida que la de San Juan para actual nos aperamos estaba miejor atendida que la de San Juan para quin aunque muy poco confortable. Almorzamos con buen acetico, lueco fuimos a dar nuestro nasco acostumbrado.

sufriría así gracias a ella una transformación profunda.

Maracay es una pequeña ciudad de unos seis mil quinientos

habitantes. Alli están concentradas las tropas de la provincia, mandadas cuando pasamos por ella por el general Crespo, uno de los jefes del ejercito más influyentes de la República. La ciudad es limpis, de aspecto tranquilo y rodesda por doquier de una hermosa vegetación. Como en San Joaquín hay una modesta iglesia encalada, que se levanta sobre un parque cultivado a manera de jardin. Las casas son bajas y, según la costumbre española, con ventanas enrejadas. Numerosos recuerdos históricos se unen a esta ciudad ya bastante antigua. Allí fué, para limitarnos a un solo hecho, donde el gran patriota Miranda, derrotado y abandonado por la mayor parte de sus compateros, vino a bascar un refugio y firmó una cade sus compateros, vino a bascar un refugio y firmó una cade sus compateros, vino a bascar un refugio y firmó una cade sus compateros, vino a bascar un refugio y firmó una cade sus compateros, vino a bascar un refugio y firmó una cade sus compateros, vino a bascar un refugio y firmó una cade sus compateros, vino a la posada, encontrango a Inapisio, quien venfa. Al volver a la posada, encontrango a Inapisio, quien venfa

a anunciarnos que sus caballos, estando muy cansados, no podrían llevarnos a San Luis de Cura con su tiro. Esta declaración nos fué tanto más desagradable cuanto que deseábamos mucho visitar los Morros de San Juan.

-- ¿No hay un medio de procurarse mulas en Maraçay? -- preguntamos a nuestro cochero.

—Puede ser, voy a informarme.

Volvió una hora después y nos dijo que había encargado dos.

-Pero no conocemos el país. Necesitamos un guía.

—Pues bien, yo les acompañaré.
—; Y su coche, y sus caballos?

-Los dejaré al cuidado del posadero.

—Los dejare al cuidado del posadero.
—¿Cómo nos seguirá Ud., si no hay más que dos mulas?

—¡Oh!, encontraré a una persona que me prestará un burro;

no se preocupen por mí.

Con esta seguridad fuimos a acostarnos después de preparar-

lo todo para la excursión del día siguiente.

#### CAPÍTULO XXIII

La illa de las Barena. — En camino. Plantaciones de tabaco. — Lo mata de seda. Sen Lais de Cues. — Nuestra bidiscisio. — El medio de Miguel y Anita. — Las cueva de San Juan. — Vuelta e Marasay. — El samia de Gare. — La postad de Trumera. — La cidad y su recuro. El trasjo. — San Matro. — Reveredo histórico. — La Veltoria — Be cercuno. — Casyar y los monos audileores. — Ejelendida carretres como tentro de la comoción. — La Adjustata. — Antimano. — El mesticonita. — La Adjustata. — Antimano. — El mesticonita. — Oberraciones generales.

Al día siguiente nos despertamos al pateo de las mulas que estacionaban ya ante nuestra puerta. Pronto estuvimos vestidos y listos para salir. El enjaezamiento de nuestros jumentos era nuevo para nosotros y dispuesto a la llanera. Las sillas, llamadas en el país "vaqueras", terminaban por delante y por detrás por dos puntas elevadas entre las cuales el jinete se encuentra, por decirlo así, encajado. Estas sillas están adornadas con bordados más o menos ricos v cubiertas de una piel de carnero, de caballo o de tigre. A ambos lados, en la parte delantera, se encuentran las pistoleras destinadas a las armas del viajero; luego bolsillos de provisiones y detrás del jinete, largas correas destinadas a apretar la cobija y el chinchorro, dos objetos absolutamente necesarios. Los estribos tienen la forma de un zueco abierto del lado del tacón: son de madera y a veces muy bonitamente labrados; se los llama "africanos". Llegué a instalarme no sin dificultad sobre mi mula porque la "vaquera" no es precisamente una silla de señora. Me alcé como pude, no sin encontrar sus formas un poco angulosas. Inginio nos precedía al paso tendido de su pequeño burro que montaba en pelo y dirigía con ayuda de una simple cuerda. El aire era fresco, nuestras mulas llenas de ardor y durante algunas horas viajamos rápidamente, cruzando va plantaciones de cañas de azúcar, de tabaco y otros productos, ya vastos espacios incultos invadidos por las altas hierbas. Hacia las doce, hicimos alto para almorzar y dejar descansar nuestras mulas a las cuales quitaron momentáneamente sillas y bridas. Tan pronto como estuvieron libres las pobres bestias demostraron su alegría revolcándose en el polvo y dando saltos extravagantes, escena que el asno de Inginio contemplaba con aire triste, moviendo sus largas orejas.

Los sacos de provisiones fueron abiertos y su contenido depositado sobre las riberas de un río cerca del cual nos sentamos para comer. Nuestros jumentos no fueron olvidados y hallaron en un gran campo de malojo que se extendía no

lejos de allí con qué alimentarse a sus anchas.

Después de una hora de descanso fué necesario reanudar la marcha, esta vez en pleno sol en un camino polvoriento, lleno de baches, que cruzaba una región ondulosa, cortada aquí y allá por pequeños ríos. De trecho en trecho, entre el follaje, surgía el techo de paja de un rancho aislado en el campo, Pronto Inginio nos hizo tomar un sendero que según nos dijo acortaba considerablemente la distancia. Topamos con dos o tres peones quienes con el fusil en la mano buscaban perdices. Nos contemplaron curiosamente; luego uno de ellos, reconociendo a Inginio, le gritó desde lejos: -¿Oué tal, tocavo?

-Asi, asi -contestó nuestro guía-; este burro maldito me va a matar. ¿Todo va bien en San Luis de Cura?

-Así, así -dijo a su vez el peón- la cosecha de café no ha sido buena: los hacendados están descontentos y falta trabajo.

-¿Hay muchos llaneros en la ciudad?

-; Bastante! Han llegado anoche con un gran rebaño que llevan a los valles de Aragua: sólo se les ve a ellos en las pulperías, donde no hay medio de hallar un vaso de aguardiente.

La conversación continuó así sin ton ni son. Cruzame el ró Arqua, y nos encontrarmos depués en medio de vastas plantaciones de tabaco en pleno rendimiento. Notemos aquí de paso que el tabaco venezolano, sin valer de modo absurbe el de Habana, es muy apreciado sin embargo y de calidad superior. Las provincias de Camaná, Barias y Maturio a las que lo explotan más. Los tabacos venezolanos se consumen casi exclusivamente en el país, de donde no se exporta anualmente sino tabaco para fumar y rapé.

Inginio nos hizo notar, al borde de la carreterra, una planta

anguno nos inizo notar, ai sorde de la carretera, una pianta singular, cuyas frutas parecian huecas, arrugadas y a punto de estallar bajo la presión. Las hojas eran espesas, esponjosas, y contenían un jugo lechoso; las flores, pequeñas, blancas en el centro y violadas en los extremos de sus pétalos. Abrié una da las frutas que contenía una seda blanca de un brillo her-

moso y extraordinaria finura.

—Es la mata de seda —nos dijo— cuya hoja mezclada con el aceite de coco, es un buen remedio en las enfermedades del hígado.

Agregó que se había tratado de hilar esta seda vegetal,

pero sin éxito.

Hicimos nuestra entrada en San Luis de Cura hacia las cinco de la tarde. Es un pueblo bastante importante cuya población es difficil de apreciar, porque sirve de factoría comercial para numerosos distritos, y al mismo tiempo de punto de salida para los llanos, y el elemento flotante es considerable. Mercaderes y comisionistas vienen a desembalar allí sus productos los llaneros se abastecen en éli por fin. turistas lo

visitan de vez en cuando, pero son raros.

La presencia de un gran número de extranjeros, venidos del interios, te da un aspecto particular. Se encuentran el misma calle, en la misma plaza, señores de levita y somberos de copa alta, poenos vestidos con trajes de algodóm blancos; llaneros con camisas coloreadas y pantalones arremangados en la rodilla; mujeres con la falda abigarrada y el amplio som-

brero de paja, y negritos en el traje primitivo de nuestros primeros padres. El cuadro era realmente de una originalidad notable.

Nuestras mulas, que conocían la población, se dirigieron por si mismas hacia un tinglado que servía de cochera. En el fondo, debajo de una especie de abrigo, compuesto de cuatro postes y un techo de hojas de plátano, estaban parados cinco o seis caballos y algunos asnos que se regalaban con malojo. Nuestras mulas, hambrientas y cansadas, alargaban la cabeza por este lado.

-Muy bien -dije a Inginio- ¿pero nosotros?

El indio se puso a reir silenciosamente.

-Déjelas hacer -replicó- caminarán mucho mejor dentro de poco. -¿No hemos llegado?

-Pues bien, dejaremos las mulas aquí y nos iremos a pie

-Hay una posada, en verdad -observó Inginio- pero noes muy limpia y Uds. estarán muy mal en ella. Tengo un amigo quien posee una casita fuera de la ciudad, en la cual Uds, encontrarán un alojamiento mejor.

Después de un momento de consulta, nos decidimos a seguir

a nuestro guía, quien, habiéndonos encaminado por un atajo, nos llevó de nuevo hacia el campo. Seguimos un pequeño sendero que venía a parar al río Tucutunemo que vadeamos. Este río se precipita bajo tierra cerca de San Luis de Cura y no reaparece sino a varias leguas de allí recibiendo el nombre de río Pao. Sus orillas están cubiertas por una hermosa y espesa vegetación; anchos convólvulos de flores variadas se levantaban hasta las primeras ramas de los árboles vecinos y volvían a caer bajo la forma de cortinas verdes, consteladas de brillantes colores; begonias crecían en desorden hasta el curso de las aguas, ocultando entre sus tallos insectos de toda especie, cuvos zumbidos se confundían con los sonidos agudos de la chicharra que aleteaba sobre nuestras cabezas. Pronto divisamos una casita rodeada de árboles por doquier, de apariencia bastante buena, ante la cual jugaban dos niñitos de

- Inginio! jes Inginio! - gritaron acudiendo a su encuen-

-¿Qué tal, mijitos? - respondió riendo nuestro guía quien, bajando de su asno, besó a los dos niños, ¿Dónde está Miguel? ¿Dónde está Anita?

Están cazando una iguana que han descubierto sobre un

alto ceibo detrás de la casa. -¡Qué bien! Vamos a tener una cena estupenda. Vamos, muchachos, ayudad a la señora a bajar y dad de comer a las

Luego, precediéndonos en la casa, nos ofreció taburetes de

madera y salió en busca de sus amigos.

La habitación se componía de dos cuartos iluminados por la puerta de entrada. Ésta, una vez cerrada, le dejaba a uno en la oscuridad. Nos miramos mi marido y vo con aire consternado. y ya sentiamos no haber descendido a la posada, cuando reapareció Inginio, acompañado por nuestros huéspedes, Miguel y Anita, indios ambos. La muier llevaba a la espalda atado a un palo, un enorme lagarto de más de cuatro pies de largo. Los recién llegados nos desearon la bienvenida, y nos ofrecieron, según la costumbre española, su casa y cuanto contenía. Los preparativos de la cena pronto fueron hechos: plátanos fritos, un cuarto de iguana, compusieron el menú, Aunque pueda parecer bastante repugnante a europeos comer lagarto, debemos confesar que su carne nos pareció tierna y delicada. El problema del alojamiento fué más difícil de resolver. La familia nos cedió el cuarto del fondo, reservándose el primero, que compartió con Inginio. Esta pobre gente no tenía catres para ofrecernos, y tuvimos que contentarnos con nuestras cobijas y tomar nuestras sillas a manera de cabezales. Para agravar las dificultades de la situación dos gallos de pelea estaban atados, a poca distancia uno de otro, en la habitación donde nos encontrábamos, y hacían oír de vez en cuando su clarin guerrero. Estábamos tan cansados que nos dormimos sin embargo, como si nada hubiera dejado

que deser. Hacia las cuatro de la madrugada, nuertos gallos hicieron tal ruido que fué necesario abri tos ojos. Se halba ba en el cuarto vecino. Nuestros huéspedes cataban de pie y preparaban el café. Las mulas, traídas ante la puerta, pateaban impacientemente. Plegamos nuestras cobijas para ir a respirar el aire fresco y puro de la mañan.

—Iba a llamarles a Úds. —nos dijo Inginio divisándonos—; hemos de salir lo más pronto posible para evitar el polyo y

llegar temprano a los Morros.

Después de desayunarnos y dar las gracias a la buena gente que nos había dado hospitalidad, reanudamos la marcha. Un valle estrecho se abrió pronto ante nosotros, atestado de pedazos de roca y troncos de árboles. El aspecto de esta soledad era grandioso y dejaba la impresión de que un combate de gigantes se había librado ahí, devastando las montañas y derramando a los leios sus desechos.

A este valle sucedió otro, aun más profundo y desolado, Los primeros rayos de la aurora iluminaban masas rocallosas enormes, entre cuyas grietas se extendían franjas de vegatación. Llegamos por fin a la vista de los Morros, cuyo conjuntos forma un cuadro verdaderamente fantástico. Hace falta imaginare un monte muy elevado, de crestas basílticas, de formas agudas y desgarradas, que se avanza, así como una península, en el lecho seco de un antiguo mar. Fortalezas en ruina parecen coronar su cima; mientras que sus laderas están horadadas por grandes cuevas, donde las aguas han cavado galerias y formado pozos de tal profundidad que se puede echar en ellos una bala de cañón de fuerte calibre sin oite alcanzar el fondo.

No esperábamos semejante espectáculo, ante el cual nos detuvimos sobrecogidos de admiración. El sol naciente lo inundaba en este momento con un chorro de luz y aumen-

taba su sorprendente hermosura.

Estas grutas evocan las leyendas más extrañas. Según los habitantes de la población, los demonios moran en ellas y salen de vez en cuando durante las noches de tormenta; una fuente de aguas sulfurosas, que derrama un espeso vapor, demuestra

su presencia y sale de las entrañas de la tierra calentada a las llamas ardientes que torturan a los condenados. Estas creencias populares indican hasta qué punto las inteligencias aun más incultas sufren la influencia de las grandes escenas de la naturaleza.

Si un viaje a los Morros tiene con que tentar a los poetas y artistas, no ofrece menor interés para los sabios. Osamentas fósiles descubiertas por casualidad en una de las cavernas, hace algunos años, fueron enviadas al museo de Londres, don-En nuestra excursión avanzamos hasta la aldea de San Juan.

de fueron reconocidas como las de un mastodonte.

situada no lejos de las grutas, que no presenta nada notable. No es más que una estación para uso de los viajeros que van v vienen de los llanos. No hicimos sino un alto corto, para tomar de nuevo, poco tiempo después, el camino de San Luis de Cura, de donde pensábamos salir para Maracay. No lejos de los Morros corre un pequeño río, la Puerta, célebre por dos acciones bastante mortiferas que se verificaron en sus orillas durante la guerra de Independencia entre españoles y patriotas. y terminaron con la derrota de estos últimos. Llegamos muy tarde a Maracay, muy cansados por nuestro

largo paseo. Fué necesario sin embargo subir de nuevo en coche

al día siguiente muy temprano y continuar el viaje.

A cierta distancia de la ciudad, cerca de algunas casas que hacen frente a la carretera, se levanta el famoso "Samán de Guere", este gigante vegetal de la especie de las mimosas, que tiene más de diez pies de diámetro y cuyas ramas extendidas abarcan una circunferencia de más de 500 pies. Es verde aún y lleva orgullosamente su gran vejez. Las autoridades locales lo han hecho rodear de una veria de hierro y de un jardincito lleno de flores.

Desde el Samán de Güere hasta Turmero, pequeña ciudad de cinco o seis mil habitantes, la carretera es riente y bordeada de hermosas plantaciones. En este distrito, y no lejos de la ciudad que acabamos de mencionar, se encuentra la bella y grande hacienda de Guayabita, propiedad del general Guzmán Blanco. Una sorptesa nos esperaba en nuestra nueva etapa. Durante unuestras cortereias por el interior, labiamos conocido más de un mal albergue y sin embargo nuestras previsiones a este ercepecto fueron dejadas muy atrás en Turmero. A nuestra competamente o ocuro, cuyos escasos muebles decambas sobre la tierra denuda. Estaba separado de otro por un tabiente en esta en esta de la del para se porte que tan bajo, que, al alzarse en la punta de los pies se posta ver lo que pasaba al Jado y viceveras. Gallinas, pavos y palomas se pasaban en libertad, mientras que mulas piafaban en la puerta y cerdos grantían en el patio lleno da negras y chavales que non miraban curiosamente deseender del coche. No nos quedamos en nuestro cuartucho sino el tiempo necesario para dejar nuestro equipale, y nos refugiasmos en la calle.

Hábiamos llegado un día de fiesta, y la mayor parte de las casas estaban embanderadas con los colores nacionales. La ciudad nos pareció alegre y bastante animada. Está situad muy ventajoamente en el centro de los distritos más ricos de la provincia, y rodesda de plantaciones. Dos ríos la cruzan, venidos de las alturas circundantes. Una precueña inlesis,

construída en una colina, domina toda la ciudad.

Depués de vagar un tiempo bastante largo, fué necesario volver a la posada para cenar. No insistiremos sobre el flaco sançocho con que tuvimos que contentarnos . . . Nuestra latención había sido pasar algunos días en Turmero, pero teníamos el valor de aceptra largo tiempo tal régimen y re-

querimos nuestro tiro para el día siguiente.

Deade las siete de la mañana, Inginio estaba sobre su asiento experando a sus viajeros. No se hicieron desear y nuestro pesado carro salió pronto de Turmero. Cruzabamos una región poco quebrada pero muy fértil. Inginio nos hizo notar hermosas copatbas cuya resina emplean los indígenas en la curación (la heridas. Mienteras nos daba explicaciones a este respecto, me di cuenta de que tenía en la mano una especie de tira de cuero que mordisquesba de vez en canado.

-¿Qué come Úd.? -le pregunté.

-Tasajo.

-¿Qué es el tasajo?

-Es carne de vaca que he comprado en San Luis de Cura. Al decir esto, Inginio cogió una cesta debajo del cajón de su asiento y sacó varias tiras grises y secas que se parecían a la

que había llamado mi atención. Como yo las contemplaba con sorpresa, ya que su apariencia apartaba la idea de que fueran comestibles, nuestro cochero nos explicó que se recortaba de este modo la carne en los llanos, la secaban al sol después de salarla, y podía conservarse

bajo esta forma durante varios meses sin echarse a perder. -¿La señora quiere probar mi tasajo? -dijo con aire in-

Lo probé, pero no creo que recomenzaré nunca este experi-

-Es preciso que la señora aprenda también a conocer la bebida de los llaneros -observó Inginio- su famoso "carato"; yo haré preparar una taza en la pulpería de San Mateo.

Mi marido, quien desconfiaba más que vo de los manjares desconocidos, se divertía mucho de mis ensavos culinarios.

El paisaje no cambiaba mucho a nuestro alrededor. Recorríamos una llanura, más o menos cubierta de montículos, bastante bien cultivada, pero algo monótona. Divisamos con placer, pues, las primeras casas de San Mateo, pequeño pueblo edificado en un cerro, citado a menudo en los anales de Venezuela. Allí se verificó en efecto, en 1814, uno de los episodios más heroicos de la guerra de Independencia.

El ejército español, mandado por Boyes, y el de los patriotas, a las órdenes de Bolívar, estaban en presencia. Un depósito de armas y municiones, que pertenecía a los venezolanos, v situado fuera de las líneas, había sido confiado a la guardia de Antonio Ricaurte, quien no tenía consigo más que un número reducido de soldados. Mientras los dos ejércitos luchaban con encarnizamiento en la llanura, Boyes envió un destacamento para atacar el depósito del cual tenía empeño de apoderarse. Ricaurte resistió heroicamente, cediendo paso a paso ante

la masa de los asilantes. Estos penetraron pronot en gran número en los atrincheramientos, dando gritos de victoria. De repente se oyó una explosión formidable; un resplandor deslumbrante llenó los aires mientras desechos de toda especie caían sobre el suelo occurecido por el polvo y el humo. El valiente defensor del depósito, queriendo sustraerlo a toda costa a los enemigos, había incendiado la polvora, sacrificando su propia vida a la causa nacional y quitando a los españoles una multirud de adictos valientes y animosos.

Paredes ennegrecidas y medio desplomadas, aisladas en el campo, recuerdan aún, hasta hoy, este episodio sangriento de

una guerra larga y desastrosa.

Cruzamos San Mateo sin detenerios en el pueblo. Al extremo de sies, se abría una pequeña pulpería donde Inginio tuvo
el giusto de ballar carato ya preparado. Es una especie de cereveza hecha con maiz hervido y fermentado puesto en infusión
en agua. No lejos de allí, nos enseñaron una tienda que no
ofercia por otra parte nada notable, sino el haber pertendo
antaño a Bollvar, Nuestro viaje seguía siendo fatigoso y monótiono. Las poblaciones que recorriamos, aunque ricas y fártilles, carecían de originalidad y colorido. Alcanzamos pues
unestro punto de llegada, La Vetoria, con placer, tanto más
cuanto que fuimor recibidos en un hotel atendido confortablemente donde halfames, lo cual no nos había ocurrido debabacía mucho tiempo, colehanes sobre nuestros extrere.

La Victoria que son seu encontra con consenso de la contine unos seis

mil ochocientos habitantes. Montañas calcáreas la redean por todos lados, y dos de ellas, la Palma y Guaraima, no bastante elevadas. Un bonito rio, tributario del rio Aragua, el Calanche, riega la ciudad y le proporciona agua. En la época de Humboldt, se cosechaba en el distrito de La Victoria una cantidad bastante grande de cereales. Este cultivo ha sido abandonado por completo, está reemplazado hoy por el de la caña de azúcar. Immensos campos extán cubiertos con ella, entre los cuales se levantan a veces hermosas habitaciones. Mencionaremos particularmente la magnifica casa de campo de la fanullia de Alcáreary, coloçada que na altura y precedida por una cualis. larga alameda de sauces. Se goza allí de un panorama muy extenso que se prolonga a lo lejos en un océano de vegetación.

No visitamos la ciudad sino después del desayuno; nos pareció riente, limpia y agradable. Se ve una iglesia, un mercado cubierto y algunas tiendas que contienen como de costumbre una mezcal, de objetos de toda especie. Los compradores no vienen siempre a pie; muy a menudo un jinete empoja la puera y sin tomarse el trabajo de apearse de su caballo, lo durige hacia el mostrador, adonde viene a hacer sus compras. Este uso por otra parte, de una pariarcal desenvoltura, no es particular al distritto de La Victoria; está aceptado en toda

enezuela

Dejamos la ciudad hacia las tres de la tarde porque no tenamos más que un corto trecho que recorrer aquel dia y habiamos formado el proyecto de dormir en Guyas, pequeña aldea a algunsa leguas de distancia, Hacia calor de un modo desagradable y los terrenos calcáreos que bordeabm los dos lados de la carretera despedian hacia nostoros una luz blanca que cansaba mucho la vista. Una planta que goza de mucho favor en la farmacopea indigena, el cremón (Thespesia populnea), crecia allí abundantemente. Inginio nos aseguró que curaba infaliblemente los dolores de cabera y se aprovisionó de ella para sus futuras juquecas, Eran las esis cuando alexanzados de composito de

rablemente escogio. Altas montañas muy poblidas de árboles y abundante escogio. Altas montañas muy poblidas de árboles y abundante en caza limita por doquier el horizonte y forman el marco ingonente de esta riente soledad. Un torrente de aguas cristalinas, a orillas del cual creen cañas silvestres, la fertiliza y mantiene una constuare frescura. Por todas partes tes hay vegetación, delicionos lugares combreados y la paz profunda de los valles sias, doesado, atenda la naturaleza es són abandonada a el material miterioriosmente sus frestores. Guayas no debe constante delica o quince habitantes.

xantes.

Contrariamente a nuestras previsiones, la posada en que decendinos era muy recomendable. Se nos sirvió no solamante una buena cena sino que pusieron también a nuestra disposición un vasto cuarto provisto de cuarto catera disposición un vasto cuarto provisto de cuarto catera. Come éramos, aquella noche, los únicos viajeros, no teníamos que compartirlo con nadie.

Tranquilizados por este lado, aprovechamos un hermoso claro de luna para dar un paseo afuera y nos adelantamos hasta la linde del bosque teniendo cuidado de golpear las hierbas

al caminar para no pisar un reptil cualquiera.

De repente unos rugidos horrorosos retumbaron en la enramada.

-¡Es el tigre! -grité espantada.

Mi marido se había detenido al mismo tiempo que yo, escuchando atentamente.

No —dijo tranquilizándome—, no es el grito del tigre;

debe ser un mono aullador.

—Da lo mismo —repliqué—, volvámonos a pesar de todo. En el momento en que desandábamos el camino, se escucharon de nuevo los mismo sonidos, pero con mucha más fuerza. Era un coro de voces formidables, extraordinarias, de una in-

creíble amplitud.

—¿Oyeron Uds. los araguatos? —nos dijo el posadero viêndonos aparecer caminando a grandes pasos hacia la casa.

-Pero -hice observar-, yo creia que estos monos no se

acercaban nunca a los lugares habitados.

—Ud. tiene perfectamente razón. Los que gritan allá se encuentran por lo menos a un kilómetro de distancia. Voy a mostrarle uno de estos animales que uno de mis peones ha cogido en la trampa el otro día.

Diciendo esto, nuestro huésped cohé su cigarillo, se levantó y entré en un tinglado, Salió un instante después seguido por un indio que llevaba una caja provista de barrotes de madera. Un gran mono rejo estaba encarcelado en ella y nos consideró con aire tan triste que nos movió a lástima. Tenia un aspecto casi humano con su larga barba roja, de assecto imperial que le daba una apariencia falsa de viejo oficial ju-

Los araguatos viven en las selvas espesas, se alimentan con frutas y raíces y saltan con una extraordinaria destreza de rama en rama ayudándose con sus miembros vigorosos y su cola prensil. Su aullido es terrifico y no se puede describir. Es un sonido desgarrador, agudo, prolongado, que no tiene nada de terrestre. Escogen la noche para entregarse a estos conciertos, dignos del más fantástico aquelarre.

Era demasiado temprano para acostarnos. Fuimos a pasar una hora en el borde del torrente cuyas linfas al claro de la luna parecían arrastrar plata fundida. Detrás de nosotros, en la sombra, se estremecían cual cintas las hojas de las cañas

silvestres agitadas por el viento de la noche. Hizo falta por fin pensar en el descanso. Nada nos parecía

más fácil sino pasar una buena noche después de un día tan ocupado. Tomamos posesión, pues, de nuestros catres con toda confianza. ¡Desgraciadamente nos esperaban allí! Sería imposible decir los pinchazos que sufrimos en algunas horas. Éramos presa de unos seres infitamente pequeños, es verdad, pero de una agilidad realmente estupenda; sucumbiamos bajo su número.

Después de una lucha desesperada, cuyo desenlace no fué largo tiempo dudoso, no tuvimos más que abandonar el sitio y refugiarnos en un corredor delante de la casa. Allí fué donde Inginio nos encontró muy temprano.

- ¡Cómo! - exclamó-, Jel señor y la señora se han levan-

tado va? Mi marido se queió bastante vivamente de los catres. -¡Oh! -dijo nuestro cochero, riendo-. ¡Guavas es co-

nocido a este respecto pero en Los Teques es todavía peor! Los Teques eran nuestra próxima etapa y nos miramos es-

tremeciéndonos.

Una taza de excelente café oportunamente servido me devolvió el buen humor. Me pareció que debía defender a los infinitamente pequeños.

-Es necesario que todos vivan -observé estoicamente,

-Yo no veo la necesidad de ello -dijo mi marido sacudiéndose.

Ocupamos de nuevo nuestros asientos en el coche, los caballos reanudaron la marcha, subjeron una pendiente y pronto Guayas se encontró lejos de nosotros. Avanzábamos lentamente por un camino arenoso que salía del valle, siempre pendiente, que se levantaba sin cesar, seguía primero las laderas de las montañas, subía hasta sus crestas, formaba curvas increibles y dominaba un panorama magnifico de una belleza imponente. Había allí un amontonamiento de montañas de todas las formas, de picos rocallosos, de macizos forestales, completamente indescriptibles. Se hubiera creído ver un océano, levantado por furiosa tempestad, cuvas olas enormes se hubieran petrificado de repente en el tumulto del huracán. Este cuadro mágico de colores vivos se nos presentaba resplandeciente de luz bajo un cielo azul, a los ravos del sol naciente. Era una escena eminentemente alpestre, pero sin niebla, en completo relieve, una inmensa decoración enteramente tropical. No podíamos apartar nuestra vista de ella; nuestros ojos tenían dificultad en acostumbrarse a estas grandes líneas, a este desorden extraño, cuyo conjunto estaba sin embargo lleno de armonía. Se levantaba de vez en cuando un grito lejano, un canto de pájaro, a los cuales sucedía un silencio profundo, el silencio de las altas cimas y de los vastos horizontes.

Era cerca de la una de la tarde cuando llegamos a Los Teques. Es un pueblo importante construído en el lugar de una antigua población india, en medio de las montañas. Un río, el Tuy, corre murmurando en un valle vecimo. Muchos árboles hermoso, algunas ricas plantaciones animan el paisaje

circundante.

Encontramos en los Teques una excelente postad y un buen cuarto adonde hicimos trasladar nuestro equipaje. Una vez terminada osta instalación, salimos de inmediato según nuestra cortumbre. Una siglesia bastante monumental llamó primero nuestra atención y más sain, un edificio bastante vasto levantado a la entrada del pueblo, del lado de Gusyas. Esta ditima construcción es un manicomio, el único regularmente

construido en Venezuela. Ha sido creado bajo la presidencia del general Quarim Blanco quien al establecerlo ha cumpildo del general Quarim Blanco quien al establecerlo ha cumpildo una acto de humanidade. Los desgreiandos locos ceran antaño abandonados a insimos y central entido como consecuencia de leiminar. Gonera en su asilo de las ventajas de un clima summente sano. La temperatura en Los Teques se eleva raras veces con encienta de los 16º N. y las noches sono bastantes (frias.

Deciamos más arriba que el pueblo actual había reemplazado uma antiqua población india. Allí es, en efecto, donde vivió, combatió y murió el valiente cacique Guaicaipuro, uno de los más valeroos adversarios de los conquistadores espoles. El arqueólogo encontraría allí numerosos sepulcros indios, todavía intactos, y el geólogo podría explorar yacimientos de

cobre, actualmente no explotados.

En cuanto a nosocros, en nuestra calidad de transeúntes curiosos, nos limitamos a vagar de un lado a otro, prolongando nuestro paseo hasta las orillas del Tuy. En cierto lugar notamos una enredadera que llevaba vainas cubiertas de podo de los cuales nos habían enseñado a desconfíar. Era la picapica (Urtica urens)<sup>12</sup> cuyo contacto es muy doloroso y puedo coasionar fiebre. La naturaleza bajo el trópico está armada en pie de guerra, y se defiende con todos sus recursos, contra la proximidad del hombre.

Volvimos por fin a la fonda mientras hablábamos de las predicciones de Inginio. ¿Sería posible pasar una buena noche? Fuimos agradablemente sorprendidos al día siguiente al despertarnos bastante tarde sin haber tenido que domar la menor

fiera.

Inginio nos esperaba desde hacía mucho tiempo. No tuvimos sino el tiempo de desayunarnos y tomar sitio en su vehículo, polvoriento aún a causa de los viajes de la víspera. Esta vez dejamos las cimas para descender de nuevo a las llanuras: no hi-

<sup>1</sup> En realidad el nombre científico de la picapica de Venezuela es Mucuna Pruriens según el "Manual de las plantas usuales de Venezuela", por H. Pittier. (N. 461 T.).

cimos más que bajar de pendiente en pendiente siguiendo estrechos vallecitos, que se angostaban a veces en forma de gar-

gantas profundas.

Hacia las diez dejábamos atrás una gran pulpería llamada Las Adjuntas; luego volvíamos a ver sucesivamente poblaciones ya conocidas, Antímano, La Vega, Palo Grande, para llegar por fin a Caracas, nuestro punto de salida, hacia las dos

de la tarde.

Habiamos llegado al fin de nuestro viaje, Durante varios meses habiamos vivido liberemine como verdaderos nómades, recorriendo un país rice y fértil, sumamente variado en sua aspectos, todavia poce conocido, en el cual habiamos hallado en todas partes una hospitalidad franca y cordial. No nos quedaba sino reunie nuestros recuerdos, analizar nuestras impresiones y hacerlas sobrevivir tratando de expresarlas en toda su intensidad. El relaro que se caba de leer es su resumen fiel, y por incompleto que sea, esperamos que inspirará a otros el deseo de seguir nuestras huellas y completar nuestra obra con estudios nuevos y observaciones más extensas y más profundas.

# CAPÍTULO XXIV

La literatura en Venezuela. — Prosistas: Bello, Baralt, Aristides Rojas, A. L. Guzmân, General Guzmân Blanco. — Novelitas: Edwardo Blanco. — Poetas: Francisco Pardo, J. A. Maitiu, A. Lozano, J. V. Camacho, García de Quevedo, D. R. Hernández, Pérez Bonalde, Elias Calixto Pompa, I. A. Calcaño. - Consideraciones generales.

La actividad literaria en Venezuela es notable. Se manifiesta particularmente en el dominio de la poesía y de la imaginación. La mayor parte de los venezolanos posee el instinto delritmo y muchos entre ellos logran dar a sus composiciones una forma graciosa y elegante. Naturalmente impresionables, disponiendo de un idioma sonoro y acentuado, que se presta perfectamente a la versificación, producirían obras notables si no abusaran demasiado a menudo de su facilidad, y si pudieran obligarse a fecundar sus recursos por la cultura intelectual, el trabajo y la meditación.

Varian poco sus temas. Un pedazo de cielo azul, parterres esmaltados de flores, una multitud de mariposas, y entre todas estas imágenes cambiantes o aladas, la mujer, ora simpática y sonriente, ora altiva y desdeñosa, tales son los elementos de sus cuadros. Su fraseología es pomposa y revela en general más afectación que originalidad, más espíritu que emoción verdadera. Muchos escriben no para expresar sentimientos o pensamientos sino para obtener elogios. Estos, desgraciadamente para ellos, les son prodigados. El autor del menor folleto es inmediatamente aclamado y los periódicos locales le dedican

columnas de prosa llenas de adjetivos retumbantes, comparándolo con los escritores de más fama. La crítica honrada, sincera, falta completamente en Venezuela, v sin embargo, cuántos servicios podría prestar! Haría justicia de estas alabanzas hiperbólicas tan contrarias al buen gusto, hoy en uso en el país, no sólo entre los literatos sino también entre los políticos. Las más altas personalidades, que su mérito real debería hacer respetar, no escapan de este diluvio de adulaciones vulgares, cuvo efecto es mantener la idea en el extraniero de que una mezquina vanidad empaña el carácter nacional aun entre los mejor dotados. El general Guzmán Blanco, actual presidente de la Unión venezolana, tan sencillo en sus gustos y costumbres, ha tenido que sufrir más que cualquier otro del ruido que se hizo así alrededor de su persona. Los oficiosos que embocan a su paso las trompetas de la fama ni siquiera sospechan que su principal mérito es haber preferido la acción a la palabra, la sustancia a la forma, el buen sentido a los artificios de la retórica. Tratando de asimilárselo, se muestran incapaces de apreciarlo y comprenderlo. Al lado de numerosas mediocridades que se apoyan unas a

otras para surgir de la multitud en que sin embargo está señalado su lugar, debemos mencionar algunos escritores de un talento incontestable cuyas obras gozan de una justa fama. Uno de los más conocidos es Andrés Bello, nacido en Caracas en 1781, filólogo y poeta; ha dejado entre otros trabajos un Tratado de Derecho de Gentes, una Gramática Española muy apreciada, estudios filológicos y una cosmografía popular. También tenemos de él varias composiciones poéticas traducidas del francés, y en particular de Victor Hugo cuyas bellezas vertió muy hábilmente; además un poema descriptivo. original, titulado: "La zona tórrida", de una forma inmejorable v concepción bastante amplia,

Bello, contrariamente a muchos compatriotas suyos, escribe muy puramente. Su estilo es elegante, sus expresiones escogidas, sus períodos bien construídos. Tenía más imaginación, colorido y vigor que sentimientos. Le falta la nota emocionada. Murió en 1865, en Santiago de Chile donde un monumento fué dedicado a su memoria. Era miembro correspondiente de la Academia Española.

Baralt, nacido en 1810, en Marsealbo, se distingue lo mismo que Andrés Bello como poeta y prosista. Se le deben odas muy hermosas, entre las cuales "El Adós a la Paria", "La Deseparación de Judas". "La Anunciación" "Pómenasja e Cristóbal Colón" <sup>11</sup> merecen una mención especial. Su historia de Venetuuda está escrita concienzudamente y con imparcialidad. E el trabajo más completo hecho hasta el presente según los anales, tan dramáticos y variados, de esta vasta región. Baralt, lo mismo que su antecesor, tuvo la buena suerte de ser apreciado en el extranjero. Era comendador de la orden de Carlos III y miembro de la Ácademia Española donde ocupo el allón del Marqués de Valdegamas. Habiéndose establecido en Madrid definitivamente, alli vivió hasta 1860, época de su muerre.

Aristides Rojas, nacido en Caracas en 1826, hermano delex-ministro de Venezuela en París, difiere esencialmente de estos escritores de pluma fácil y exuberante vanidad a los cuales hemos aludido en otra parte. Se ha preparado para la vida pública por fuertes estudios seguidos pacientemente en los Estados Unidos y en Europa. Primero doctor en medicina, sus aficiones literarias lo decidieron pronto a fundar, de acuerdo con uno de sus hermanos, un establecimiento de librería e imprenta que llegó a ser en pocos años el más importante del país. Es el autor de numerosas obras que tratan de temas nuevos e instructivos: ha sabido desarrollarlos con gran riqueza de estilo y hacerlos muy interesantes. Mencionaremos entre ellos: El elemento vasco en Venezuela; Un libro en prosa: la Península de los Caracas, estudios indígenas, y por fin sus Humboldtianas, donde ha reunido los recuerdos y tradiciones que se refieren al paso del ilustre viajero por los Estados venezolanos. Se le debe también un diccionario de las palabras indias todavía en uso en la lengua española, estudio filológico

<sup>1</sup> El título exacto es "A Cristóbal Colón". (N. del T.).

muy curioso que sólo podía llevar a cabo el descendiente de

una antigua familia colonial.

Antonio Laccadio Guzmin, uno de los fundadores de la Independencia de Venezuela, "accido en 1902," padre del presidente de la República, scupa una posición considerable en la historio literaria evacuolana. Publicado en valence, la pressa direita de la pressa direita para difundir carte sua Compartorios apenas estancipados del régimen colonial el sentimiento de la junticia y del derecho, la succiones del ibertad y progreso. Bacarcelado, condenado a muerte, libertado después de sufrir las pruestas más dolorousa, ha permanecido durante una cartera larga y brillante fiel a la causa que ha defendido siempre. Sus memorias en curso de publicación servirin para dilucidar un período conmovedor de los fastos del país, ya que su autor tue, a un su una contra con su contra del consenso de publicación servirin para dilucidar un período conmovedor de los fastos del país, ya que su autor tue, a un un consenso de publicación servirin para dilucidar un período conmovedor de los fastos del país, ya que su autor tue, a su período conmovedor de los fastos del país, ya que su autor tue, a su período conmovedor de los fastos del país, ya que su autor tue, a su período conmovedor de los fastos del país, ya que su autor tue, a su período conmovedor de los fastos del país, ya que su autor tue, a su período conmovedor de los fastos del país, ya que su autor tue, del país que del país, ya que su autor tue, del país, ya que su autor tue, del país que del país, ya que su autor tue, del país que del país, ya que su autor tue, del país que del país, ya que su autor tue, del país que del país, ya que su autor tue, de

El general Guzmán Blanco, como su padre, escribe con soltura y distinción. Su estilo lleva un sello muy individual y diffiere sensiblemente del de la mayor parte de sus compatriotas. Está formado con periodos breves, firmes, claros, muy concissos. Todas las superfluidades españolas están estrictamente eliminadas. Se reconoce la mano de un hombre de acción que ha manejado no sólo la pluma, sino también la espada.

La tribuna política, los debates del pretorio, han hecho surgir algunas personalidades relevantes entre las cuales mencionaremos a Fermín Toro, de una antigua familia patricia espa-

<sup>1</sup> Este juicio es muy exagerado, aunque Guzmán fué secretario de Bolivar en el Perú. Sobre el particular véase el libro fundamental de Ramón Díaz Sinches: "Guzmán, elipse de una ambición de poder" Caraca, 1950. (N. del T.).

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Antonio Leocadio Guzmán nació en 1801 (Ramón Díaz Sánchez: ob. cit.). (N. del T.).

<sup>8</sup> La Sra. de Tallenay se muestra muy parcial para los guzmanes, padre e hijo. El padre no ocupa tal posición en la literatura venezolana. En cuanto a su conducta política, véase el estudio mencionado de Ramón Diaz Sánchez. (N. del T.).

ñola; el Sr. Barberii, de ascendencia francesa, Cecilio Acosta, de origen indio; <sup>1</sup> Diego Urbaneja, abogado instruído y elocuente; Rafael Seijas, ministro de Relaciones Exteriores, ya ci-

tado anteriormente, etc.

En el deminio de la novela, no hallamos más que un nombre rodeado de cierta popularidad, el del Sr. Eduardo Blanco. Una de sus últimas obras, "Zárate", cuya escena pasa en los pinto-reacos valles de Aragua, contiene no sólo epicodos comovedores, escenas de coastumbres muy bien traducidas, sino también algunas descripciones del país, tratadas con un sentimiento verdadore de las bellezas de la naturaleza.

El Sr. Blanco se ha ensayado en otros géneros. Su "Venezula Heroica" e una especie de relato épico de os altos hecho militares de la guerra de Independencia, escrito con muchas imágenes y colorido pero con demasiado énfasis. Es un poema en prosa que en realidad no pertenece ni a la historia más austera e imparcial ni al género línico propiamente dicho. Se debe al mismo autor un drama en tres actos, "Lionfort", representado hace algunos años en Caracas; un volumen titulado: "Cuadros históricos" 3; novelas cortas originales y por fin otra noche que tiene como título "Una noche en Ferrara". Como el Sr. Blanco está sún en toda la fuerza de la edad y del talento, parece llamado a ocupar, sobre todo como novelista, un lugar distinguido entre los literatos nacionales.

No hemos mencionado hasta aquí sino escritores a la vez eruditos y poetas. Tenemos que hablar ahora de los que se han dedicado exclusivamente al género lírico. Son numerosos y algunos mercecrian ser más conocidos fuera de Venezuela. Entre estos últimos, Francisco Pardo, cuatro veces premiado en certámenes literarios instituídos por el gobierno venezolamo ha adquirido con justo título un renombre verdadero. Francisco Pardo nació en Caracas en 1830 8, "guidó primero una carrera bastante activa y ocupó diferentes funciones pú-

<sup>1</sup> Cecilio Acosta tenía ascendencia española y no india. (N. del T.).
2 "Cuadros históricos" es el subtítulo de la "Venezuela Heroica".
(N. del T.).

<sup>3</sup> Pardo nació en 1829. (N. del T.).

blicas. Reveses de fortuna y pesares de todo género lo antiaron temprano, y ensombrecitoron su vida. Muntíé en 1832, depués de una larga y cruel enfermedad. Algunos versos conmovedores escritos peco tiempo antes de su muerte y dirigidos a su mujer acerca de su hijo, revelan sus últimos cuidados y la bondad de su corazón. He aquí una traducción que no expresa sino muy imperfectamente la gracia melancólica del texto original.

Elle dort calme et reposée, Entre tes bras, ó mon amour, Comme une goutte de rosée Dans une fleur, avant le jour.

Sur sa lèvre erre un doux souvire, Aussi pur qu'un reflet des cieux, Et cependant . . faut-il le dire Je vois des larmes dans tes yeux!

Des larmes! . . Je connaîs ta peine, ce doux sourire te fait peur, Car cette âme belle et sercine Connâitra trop tôt la douleur.

Ne pleure pas sur notre fille En t'effrayant de ses destins; Car à défaut d'une famille, Dieu veille sur les orphelins!

Pardo no ha publicado más que un volumen de poesías, pero ha dejado un gran número de obras inéditas que serán publicadas próximamente por sus admiradores y amigos. Alguns de las composiciones salidas a luz contienen bellezas de primer orden que sentimos no poder presentar a nuestros lectores, a causa de la dificultad de verterlas, sin deblitarlas demasiado, a un idioma extranjero. Entre las más notables citaremos: "Angle caído"; "Sóclades del mar"; "Confidencia"; "Sueños"; "A una palma seca"; "La gloria del Libertador"; "Aver y hoy", etc.

Fuera de todos estos trabajos, Pardo había iniciado un poema en cinco cantos, titulado "Indianas" destinado a celebrar las elorias indígenas y las peripecias más dramáticas de las luchas que ensangrentaron a Venezuela en la época de la conquista del país por los españoles. Cada uno de los cantos de este poema había de llevar el nombre de un cacique celebre en los anales venezolanos. El primer canto, titulado "Paramaconi", ha sido publicado y contiene la leyenda del calvario que hemos contado ya. La mauerte ha venido a interrumpir al poeta, y su obra, llena de colorido, sumamente nacional, ha ouedado inconclusa.

J. A. Maitín ha dejado también una selección encantadora de poesías, de una versificación muy armoniosa y llena de sen-

timientos. Es el Lamartine venezolano. Abigail Lozano se ha hecho igualmente acreedor a una fama justamente merecida. Nació en 1823 en Valencia, capital de Carabobo, no lejos de las orillas pintorescas del lago Tacarigua. Su familia, muy pobre, no pudo darle ninguna educación. y debió, penosamente y por sus propios esfuerzos, desarrollar sus recursos intelectuales. Habiendo abandonado su ciudad natal para venir a vivir a Caracas, fundó allí un periódico literario e hizo imprimir un volumen, "Tristezas del alma" que fué bien acogido y difundió su fama hasta España, Esta publicación fué seguida pronto de otra, llena de melancolía como la anterior, titulada "Horas de martirio". A consecuencias de un amor desgraciado, abandonó de repente a Caracas y se trasladó a San Felipe en el Yaracuy, donde escribió las "Otras horas de martirio" y algunas hermosas composiciones poéticas dedicadas a Simón Bolívar, a la "Flor de Mayo" y a Ricaurte, uno de los héroes de la guerra de Independencia.

Otro poeta de talento que murió joven aún, Juan Vicente Camacho, hace honor a la literatura venezolana. Una de sus obras, que lleva como título "La causa de mi bronquitis" es notable aunque lleva el sello de un doloroso escepticismo.

El Sr. García de Quevedo a quien debemos colocar entre las celebridades de Venezuela, ha vivido largo tiempo en Francia. Su padre, adherido a la causa monárquica, había abandonado el continente americano después del triunfo de los patriotas para refugiarse en Puerto Rico. El niño pasó allí sus primeros años, después fué enviado a Europa, luego a París, más tarde a Madrid. Llegado a ser un joven, se aficionó a los viajes y visitó a Egipto y al Asia Menor. Su carrera literaria no data sino de 1846. Publicó en esta época algunos poemas en los periódicos de la península. Escribió después, en colaboración con el célebre poeta español Zorrilla, las encantadoras composiciones tituladas: "Un cuento de amores", "Pentápolis", "María". Entre los versos más hermosos salidos de su pluma, se mencionan particularmente los que ha dedicado a los temas siguientes: "La segunda vida", "El proscripto", "Delirium". Quevedo no se ha limitado a la poesía lírica: se ha ensavado en la novela y el drama y ha tenido éxito en ambos géneros. Sus dramas entre los cuales los principales son: "Nobleza contra nobleza", "El juicio público", "Un paje y un caballero", "Contrastes", han sido representados con éxito en España, Entre sus novelas, dos fueron muy celebradas: "El amor de una niña" y "Dos duelos a 18 años de distancia".

El papel de Quevedo como hombre político fué tan activo como su carera de hombre de letras. Fué uno de los más celosos defensores de la reina Isabel. Murió en Paris, durante la Comuna, herido de bala a la entrada de la avenida de la Grande Armée, García de Quevedo era caballero de la Legión de

Honor y condecorado con varias órdenes extranjeras.

Depués de él, citemos aún a Gutiérrez Coll, Eloy Escobar, D. J. Ramírez y D. R. Hernández. Este último, cuyo estilo tiene mucha ingenuidad y delicadeza, ha tenido inspiraciones felices. No teniendo más que pocos ocios que dedicar al trabajo literario, su obra se compone de un solo volumen que contiene una selección de poesías, algunas de las cuales son encantadoras. Transcribiremos aquí, para dar una idea de ellas, la que su autor título: "Alas de mariposa", haciendo observar que una traducción no expresa más que de manera muy imperfecta su forma graciosa voriginal:

> Là-bas, à l'horizon vermeil, Brillaient les rayons de lumière, Du disque écletant du soleil Dans une aurore printanière.

Et parmi les calices d'or Des jeunes fleurs à peine ouvertes, Les papillons prenaient l'essor, Voltigeant sur les berbes vertes.

Un enfant courait après eux, Les chassait, arrachait leurs ailes, Qu'il gardait, tremblant et joyeux, Entre ses doigts, fines et frêles.

Le soleil monta lentement A Phorizon, dorant la plaine. Et l'enfant alors seulement Ouvrit, tout charmé, sa main pleine.

Qu'est ceci? dit-il stupéfait En voyant sa recolte entière, Ce riche trésor, plein d'attrait, Tomber sous ses yeux en poussière.

Pourquoi t'etonner, mon enfant? Lui dit en soupirant sa mère; La fleur de mai, l'insecte errant, Les rocs, les bois, tout est poussière!

Ces débris qu'emporte le vent Te révelent la fin des choses, Et nous irons tous en révant Où vont les lys blancs et les roses!

Ainsi sur les bords d'un sillon L'enfant appris sa destinée, Par des ailes de papillon, Tout en commencant sa journée!

Pérez Bonalde, otro poeta venezolano, es muy conocido en Estados Unidos donde se ha retirado desde hace varios años. Se tiene de él una buena traducción española del "Intermedio lírico" de Heine.

Elías Calixto Pompa, natural de Guatire, ha cultivado el género elegíaco con acierto. Una de sus piezas lleva por título: "¿Por qué estás triste, mujer?" Está llena de sentimiento y

nelancolía.

J. A. Calcaño, cuyos trabajos literarios han sido muy apreciados en Europa, nacié on Cartagena, en Colombia, en 1820.<sup>1</sup> Sus padres, de nacionalidad venezolana, llevaron a su hijo a Caracas, donde hizo sus estudios. Calcaño es uno de los mejores poetas venezolanos y puede ser comparado con Pardo por la elevación y la fuerza de las ideas, la perfección y armonia del estilo. Siempre se volverán a leer con placer las bellas composiciones siguientes: "En la orilla de la mar"; "La fiesta de las reinas"; "La barca del pescador"; "El ciprés"; "C'est lui, c'est le réveru".

Otros escritores contemporáneos siguen valientemente la

<sup>1</sup> José Antonio Calcaño nació en 1827. (N. del T.).

minna carreza y entre ellos J. M. Sixiaga, Duniel Mendoza, Amenodoro Urdaneta, todos recomendables, de los cuales labrárimos de ocuparnos más largamente si quiséramos dar algo más que un esboor cripido del movimiento literario en Venezuela. Hemos señalado sus tendencias generales y a esto debe limitarare mustra tarea; Terminaremos, pues, la serie de nuestros cuadros, deseando que estos esbozos trazados al correr de la pluma contribuyan a hacer apreciar mejor y conocer a un país aún poco explorado, que por su admirable situación, su país sún poco explorado, que por su admirable situación, su país sún poco explorado, que por su admirable situación, ocupa un lugar considerable entre los estados nuevos de la América del Sun considerable entre los estados nuevos de la América del Sun desenvolves de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos de la América del Sun de la considerable entre los estados nuevos del sun de la considerable entre los estados nuevos del serviciones de la considerable entre los estados nuevos del serviciones de la considerable entre los estados nuevos del serviciones de la considerable entre los estados nuevos del serviciones de la considerable entre los estados nuevos del serviciones del servicion

FIN

### INDICE

CAPÍTULO I	
Llegada a las Antillas La Désirade Navegación costanera Guadalupe El puerto de la Pointe - à - Pitre La ciudad y sus	
habitantes La vuelta a bordo El litoral Un baño acciden- tal Basie-Terre y sus recursos Una noche en el mar	15

## CAPÍTULO II

Saint Fierze. — La Capilla de Colón. — Fort-de-France. — Una invitación ineperada, — Un jardin bajo los trópicos. — Bellevue. — Pa800 nocturno. — La sergiente hierro de lauxa. — Escona popularea. —
Recuerdos de antaño. — Condidereciones generales. — Las modas mertiniquedas. — Costumbrot. — Las quasciones en Martinica. — Visita
co. — Salida del "Saint-Germania" — or see Fort-de-France.

c. — Salida del "Saint-Germania"

#### CAPÍTULO III

El último día a bordo. — Desembarco en La Guaira. — La ciudad; sus habitantes; sus recursos. — Salida para Caracas. — La venta de Guaracarumbo. — En camino. — Llegada a Caracas

#### a married and

#### CAPITULO V

Decubriminto de Venezuela. — Origen de este nombre. — Luchas contra los indos . — Los Caracas, y los Teques. — Restirencia de los caribre. — Sus antiguas cremcias. — Españoles y criollos. — Decontros de los colonos. — Francisco de Minada. — Proclamación de la Independencia. — Guerra civil. — Simón Bollvar. — Sus derrotas y éxisto. — Trutura de la Revolución. — Muere de Simón Bollvar. — La confederación de los Estados Unidos de Venezuela. — Annonio Custania Blanco.

#### CAPÍTULO VI

Instalación en el Gran Hotel. — Presentaciones oficiales. — Situación pintoresca de Caracas. — Origen y progreso de la ciudad. — Pascos por la ciudad. — La Plaza Bollvar. — Topografía local. — Las caraqueñas. — Concierto al aire libre. — Una expresión criolla

#### CAPÍTULO VII

Una visita a la Casa Amarilla. — Excursión por el campo. — Terremotos y erosiones. — La Toma de Agua. — En el bosque. — Liantas indígenas. — Los Mecedores. — Un almeror sobre la hierba. — Incidente desagradable. — La rosa de las montañas. — La oración de San Pablo. — El caballo del diablo. — Una lluvia trocical

Una corrida de toroa — El juego de cintas. — El Hipódromo de Caracas. — Las riñas de gallos. — Golosinas locales. — Rasgos de carácter. — El Municipio. — El Capítolio. — El Parque Guzmán Blanco. — La Universidad de Caracas. — El Museo y la Biblioteca. — El Salón Académico. — La Galería de Bellas Artes

#### CAPÍTULO IV

La historia según los monumentos. — El individuo y el Estado, — Prácticas religiosas, — La Semana Santa en Carcas, — Sibutas sedesidaticas, — Visita a la Catedral. — San Francisco. — Las tiglesias de San Juan, Ana Tercas, y 16 Candelaria, — El Panteón Nacional. — La Quinta Gurmán. — La Merced. — Altagracia y la Pastora. — El terremoto de 1812

#### APITILO X

Los arrabales de Caracas. - El Matadero y el Mercado. - Los conventos. - Los alrededores. - El Calvario y su leyenda. - Un parque en el monte. – El valle de Chacao. – El acueducto Guzmán Bianco. – El leprocomio

#### CAPÍTULO XI

Excumión a Petare — La estación del Este. — El guanna. — La sarrecerta — Reinas del antiguo castillo egnido. — Canaco. — La poleria. — El castillo de Hamboldt. — Sabana Grande. — La Sila. — Lo. Den Caminon. — Petare. — Careo del Guaire. — Valtar al Dr. Bolet. — El interior de un casa. — Apicultura. — La iglosia de Petare. — Vuelta a Careo. — El puente de herre. — El Portechando. — La Floria de la Careo. — El puente de herre. — El Portechando. — La El cirio de la agonia. — El Valla. — Turnecito del de delinea. — El cirio de la agonia. — El Valla. — Turnecito

#### CARITTON

Ojeada ertrospeciria sobri la politica, — Monte y tanierro de Alciatura. — Gurro civil. — Carase durante la revolución. — Un insidente desgardable. — Destrifens. — Los demoldores. — El trimifo
de Codeño. — Excursios a Antimano. — La carretra. — El campamento de los gurmanciatas — Reparto de tabaco y centavo, — Persecución de un toro farioso. — Aspecto del valla. — La Vega. —
El "paragua de Gurmán". — Antimano. — El Carond Pantalsón. —
Vogetta a Carasa. — Properativo de finna. — Internal visioli de la

#### CARITURO VII

Salida para Macuto. — El ferrocarril de La Guaira. — El Rincón. — De La Guaira a Macuto. — La playa. — Los baños. — La alameda. — Caraballeda. — Naiguatá. — El mulato Platón. — Salida para Puer-

#### CAPÍTULO XIV

Puerto Cabello. — Aspecto de la ciudad. — Hotel de Santander. — El clima. — Un poco de historia. — La Calle del Comercio. — El indio Tiburcio. — El puerto. — La alameda. — El baile del club. — El vals venezolano. — Visita al Castillo Libertador .

#### CAPÍTULO XV

Alrededores de Puerto Cabello. — La gran llanura de sal y los zamuros — Dos cementerios. — La carretera. — Haraña de Tiburcio. — Borburata. — Su población y recursos. — La instrucción en Vene-

				con cocos	
de San Estel	an Mario	uitas I	I trapiche.	- Plantación	de cacao-
teros San	Esteban	El rio	El clima	- Fabricación	de flores

#### ADÍTIMO VIII

Propecto de ascensión a la Cumbre. — Preparativos de viaje. — Nurstros penos, — Sálida. — La "rijedar de los nidios". — Campanero. — El puente del diablo. — Paro Hondo. — Modo de cruzar el río. — Relatos de Lorenzo. — Canciones populars. — La selva. — La soledad. — Palo Bonito. — ¡Ahi mismo! — Los Canales. — ¡Llegamos a la cumbre!

#### OANGERING MAN

Contrucción de un rancho. — La velada stredefor del fuego. — Conversación con la peone. — La selada pela El cariba. — Una serpiente gumuda viva. — Espléndido panorama sobre la linanza de carabo de Caray p. me. Espléndido panorama sobre la linanza de carabo de marian. — Una historia de tigre. — Malverarra de un boránico. — Un disparo de funil. — El árbo de Valex. — Vuelta a San Estráno.

#### CAPÍTULO XVIII

Salida de San Estekan. — A bordo del "Venezuela". — El pajamento. — En el mar. — Los tiburones. — Aspecto del gollo y de las costas. — Las Llaves. — Legada a Tuccarea. — La posida. — Las compañías de minas y del ferrocarril. — Enterildad del terreno. — Nustra hubigoda. — Tertulla popular. — Paso a cleas de lana. — El comenticio de Tuccas. — Malventura nocturas. — La población y la emigración. — El marrimenio "in articulo mortir".

#### CAPITULO XIX

Salida de Tuccasa. — El tress. — Su recorrido. — La selva. — San Pelipo. — Palma Sola. » Nuentro computero de camino. — Su teoria
scerca del medo de tratar a los crisdos. — El queso de mano. —
La Luz. — En baiquenda du najorimiento. — Nuentro alberguo. —
Otra vez don Aureliano. — Manderulla chimerra. — La valuda. —
Paratra es pricinica de la trocita scence de los criscos. — Medo prinparatra es pricincia de la trocita scence de los criscos. — Medo printra. — La minus del Wannauda. — Nuentros adione a los Vazques. —
Voolis a Tuccaso.

#### CADÍTIHO V

Salida de Puerto Cabello. — Inginio y sus caballos. La carretera de Valencia. — IL Aristologuis ringena. — El Palito. — Llegada a El Cambur. — La posada. — La serpiente con dos cabezas. — En camino. — Un hurcian en la Cordillera. — Bárbula. — Nagua-Nagua. — Hornadez del pueblo en Venezuela. — Llegada a Valencia. — Una limonita por smor de Dion. — La carldad venezolana.

#### CAPÍTULO XXI

Valencia. — Su situación. — Sus recursos. — Passo en la ciudad. — El General Usdar. — La joven leptona. — El Morro. — La música en la plaza Gozmán Blanco. — El cementerio. — Una fosa común al aire libre. — La curva del Guacamayo. — El túnel. — Observaciónes generales. — Vuelca a Valencia. — Un bautizo. — Compadres y comadres. — "ILa bendición, madrinal".

#### CAPITULO XXII

Salda de Valencia. — Les Gueyou. — Las indias de Guecara. — La ciudad. — Cómo Inginio entendis el amor. — El posada de San Joaquia. — El pueblo. — Una cena venecolana. — Sancecho. — Hallacar. — Arepaa. — El Lago de Tescrigua. — Sul silan. — Los poes que viven en di. — Planta y florea. — Mariara. — Puentes termiles. — La ciudad y un recutros — de de de Mariari. — Francey. — La ciudad y un recutros —

#### CAPITITIO XXI

La silla de los Bastros. — En camino. — Pântaciones de tabaco. — La mata de sado. — Sin Liui de Carra. — Nuestra phisicación. — El ráncho de Miguel y Anita. — Las cuevas de San Juan. — Vuelte a Marseay. — El Sumin de Giere. — La ponda de Turmero. — La ciudad y sus recursos. — El tassjo. — San Mateo. — Recuerdos hiscirios. — La Victoria. — El remón. — Guayas y los monos aulladores. — Esplendida carreters obre la montaña. — Los Teque. — El maticonio. — La Mojunta. — Antimuno. — Ligual a Carreter. —

#### CAPITULO XXI

La literatura en Venezuela. — Prosistas Bello, Baralt, Aristidis Rojas, A. L. Guzmán, General Guzmán Blanco. — Novelitas: Eduardo Blanco. — Poetas: Francisco Pardo, J. A. Maitin, A. Lozano, J. V. Camacho, García de Quevedo, D. N. Hernández, Pfezz Bonalde, Elías Calixto Pompa, J. A. Calcaño. — Consideraciones generales

### ENÉ L. F. DURAND

PROFESOR y escritor francés residente en Venezuela desde residente en Venezuela desde publica de l'Alla de

El profesor Durand, Licenciado en Letras, Diplomado de Estudios Superiores de Español y Agregado de la Universidad Francesa por concurso sostenido en la Sorbona en 1935, ha publicado numerosos artículos, estudios, ensayos, traducciones y obras entre las cuales se destacan: "Sans Vapeur et sans voile", "Images de la Martinique" (editado en Fort de France en 1942): "Un Chevalier Errant parmi nous" (ensayo sobre el Quijote, editado por la librería Didier de París en 1950) y las traducciones al francés de "Doña Bárbara" de Rómulo Gallegos y de "El Reino de este mundo" Alejo Carpentier, que figuran en la Colección Croix du Sud de la editorial Gallimard.

Tiene actualmente en prensa un libro sobre "Algunos poses venecolanos contemporâncos", que forma parte de las publicaciones de 
la Facultad de Humaniodes y Educación. Por etra parte pienas 
terminar dentre de poco un importante y denso estudio, en el 
cual está trabajando desde varios 
años, acerca de "Movimiento Literario en Venezuela en la época 
romántica".